

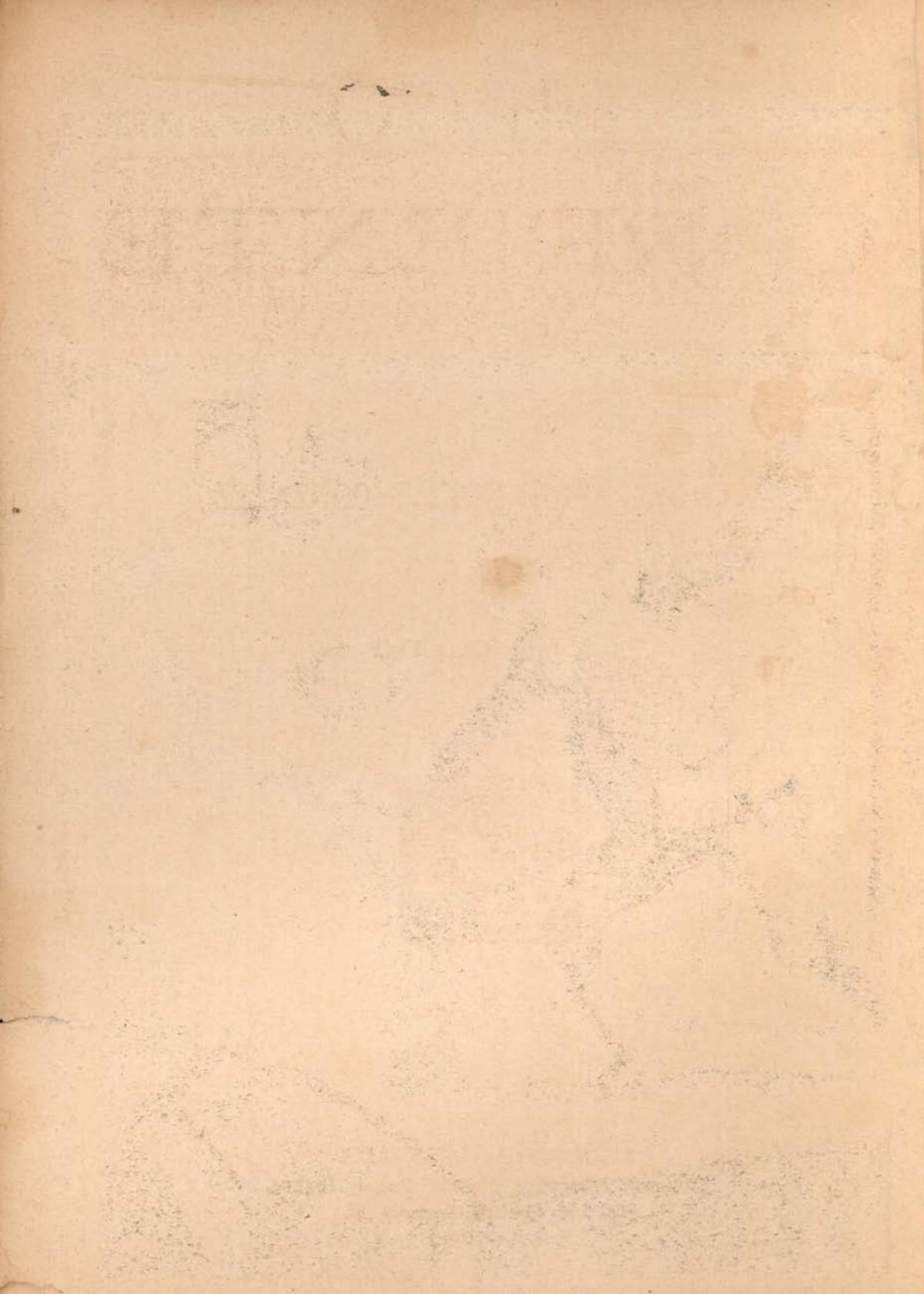
# DIEGO CORRIENTE

TOMO CUARTO

POR M. FERNANDEZ Y GONZALEZ



Estaba inclinado como una fiera que se prepara a la acometida.



R-43548



# DIEGO CORRIENTE

POR

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

TOMO CUARTO



LA NOVELA ILUSTRADA  
Director Literario: Vicente Blasco Ibañez.  
Oficinas: Mesonero Romanos, 42.  
MADRID

1-£-600/28

# OBRAS PUBLICADAS POR LA NOVELA ILUSTRADA

- 1.—Renata Mauperin, por J. y E. Goncourt.
- 2.—Centinela alerta! por Matilde Serao.
- 3.—Los mil y un fantasmas, por A. Dumas.
- 4.—El hijo de la parroquia, por C. Dickens.
- 5.—Carmen, por Próspero Merimée, y Corazón de torero, por Teófilo Gautier.
- 6.—Hércules el atrevido, por A. Dumas.
- 7.—El doctor Rameau, por Jorge Ohnet.
- 8.—Humo, por Iván Turguenev.
- 9.—El pescador de Islandia, por Pierre Loti.
- 10.—Raffles el elegante, por E. W. Hornung.
- 11.—La Savelli, por G. Agustín Thierry.
- 12.—Amor de española, por J. R. d'Aureville.
- 13.—Fuerte como la muerte, por G. Maupassant.
- 14.—La dama vestida de blanco, por W. Collins.
- 15.—Crimen y castigo, por F. Dostoyewsky.
- 16.—Miss Mcfistófeles, por Fergus Hume.
- 17.—El sombrero del cura Cirilo, por E. Marchi.
- 18.—Tiempos difíciles, por Carlos Dickens.
- 19.—Las aguas del monte Oriol, por Guy de Maupassant.
- 20.—El hombre del antifaz negro, por E. W. Bornung.
- 21.—Venganza corsa, por Próspero Merimée.
- 22.—Padre y fiscal, por Francisco Coppé.
- 23.—El ilustre Cantasirena, por G. Rovetta.
- 24.—El ladrón nocturno, por E. W. Hornung.
- 25.—El ídolo de los ojos verdes, por P. Brehner.
- 26.—Los buscadores de oro, por E. Conscience.
- 27.—La bohemia, por Enrique Murger.
- 28.—La Peña del muerto, por Quiller Couck.
- 29.—Los caballeros del bosque, por Jorge Sand.
- 167 al 169.—El hijo de Artagnan, por Paul de Féval; tres tomos.
- 170 al 172.—La señorita de Montecristo, por Carlos Solo; tres tomos.
- 173.—El oro sangriento y
- 174.—Flor de alegría, por Daniel Lesueur.
- 175 y 176.—Novelas ejemplares, por Cervantes; dos tomos.
- 177.—Eugenia Grandet. Los avaros de provincias, por H. Balzac.
- 200.—El gran tacaño, por Francisco de Quevedo.

## COLECCIÓN CONAN DOYLE

- 11.—Sable en mano.
- 12.—Al galope.
- 14.—La bandera verde.
- 21.—La tragedia del Korosko.
- 29.—El millón de la heredera.
- 32.—El vendedor de cadáveres.
- 43.—El robo del diamante azul.

## COLECCIÓN VICTOR HUGO

- 35.—Bug-Jargal.
- 36.—Han de Islandia.
- 37.—El noventa y tres.
- 38.—El hombre que ríe; dos tomos.
- 39.—Los trabajadores del mar.
- 40.—Nuestra Señora de París.
- 41 y 42.—Los miserables; dos tomos.

## COLECCIÓN TOLSTOI

- 44.—Resurrección.
- 45.—La guerra y la paz.
- 46.—La Sonata de Kreutzer.
- 47 y 48.—Ana Karenine; dos tomos.

## COLECCIÓN ROCAMBOLE POR PONSON DU TERRAIL

- 77.—La herencia de los doce millones.
- 78.—El tonel del muerto.
- 79.—El Club de los Veinticuatro.
- 80.—El Rival de Bacarat.
- 81.—La estocada de los viejos luis.
- 82.—El juramento de la gitana.

- 83.—Las dos Condesas.
- 84.—El triunfo del mal.
- 85.—Rocamboles tiene miedo.
- 86.—El espectro de la guillotina.
- 87.—Los caballeros del Claro de Luna.
- 88.—La sombra de Diana.
- 89.—El pacto de las tres mujeres.
- 90.—El hombre de las gafas azules.
- 94.—El número ciento diez y siete.
- 95.—La cárcel de mujeres.
- 96.—Los lobos de la nieve.
- 97.—El telegrama falso.
- 98.—Las garras de color de rosa.
- 99.—La taberna de la muerte.
- 100.—El fantasma de las cadenas.
- 101.—Las canteras del crimen.
- 102.—El cadáver de cera.
- 103.—La viuda de los tres maridos.
- 104.—Las fieras de la selva.
- 105.—El barril de pólvora.
- 106.—Los tres verdugos.
- 107.—El molino sin agua.
- 108.—El plan del hombre gris.
- 109.—El cementerio de los ajusticiados.
- 110.—Una cita de amor.
- 111.—Los dos detectives.
- 112.—El río de muerte.
- 113.—La cuerda del ahorcado.
- 114.—La niña muda.
- 115.—El secreto de la cartera.
- 116.—La casa de las rosas.
- 117.—Los papeles del asesino.
- 118.—El rapto de una muerta.
- 119.—El hilo rojo.

## COLECCIÓN DUMAS

- 49 y 50.—Los tres mosqueteros; dos tomos.
- 51 a 53.—Veinte años después; tres tomos.
- 54 a 59.—El vizconde de Bragelonne; seis tomos.
- 60 a 63.—El Conde de Montecristo; cuatro tomos.
- 64 y 65.—Ascanio; dos tomos.
- 66 a 68.—Las dos Dianas; tres tomos.
- 69 y 70.—El paje del Duque de Saboya; dos tomos.
- 71.—El Horóscopo.
- 72 y 73.—La reina Margarita; dos tomos.
- 74 a 76.—La dama de Monsereau; tres tomos.
- 91 a 93.—Los cuarenta y cinco; tres tomos.
- 120 a 125.—Memorias de un médico; seis tomos.
- 126 a 129.—El collar de la reina; cuatro tomos.
- 148 a 150.—Angel Pitou; tres tomos.
- 151 a 153.—La Condesa de Charny; ocho tomos.
- 165 y 166.—El Caballero de Casa Roja; dos tomos.
- 178 a 180.—Los compañeros de Jehú; tres tomos.
- 186 a 196.—Los Mohicanos de París; once tomos.
- 197 a 199.—Las lobas de Macheucil; tres tomos.

## ORTEGA Y FRIAS

- 136 a 138.—El Tribunal de la sangre; tres tomos.
- 139 a 147.—El siglo de las tinieblas; nueve tomos.

## MAYNE REID

- 159.—La venganza de Amarillo.
- 160.—El bosque sumergido.
- 161.—El barco negro.
- 162.—Los naufragos de la Pandora.
- 163.—Las dos hijas del bosque.
- 164.—Mano Roja.
- 181.—Los balleneros.
- 182 y 183.—El pabellón de socorro; dos tomos.
- 184 y 185.—La criolla de Jamaica; dos tomos.

## FERNANDEZ Y GONZALEZ

- 200 a 203.—Don Juan Tenorio; cuatro tomos.
- 204 a 208.—La maldición de Dios; cinco tomos.
- 210 a 215.—Diego Corriente; seis tomos.

# DIEGO CORRIENTE

POR

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

I

En la quinta del Río se pasó horriblemente la noche anterior.

Es decir, la pasó doña Isabel, porque los criados, por mucho que amen á sus amos, no se atosigan demasiado por sus desgracias, salvas raras excepciones.

Cuando doña Isabel volvió en sí, se encontró asistida por sus dos doncellas, que la hacían oler esencias.

Apenas se había recobrado, el recuerdo de su hija la reanimó de una manera terrible.

Saltó del lecho y corrió como una loca al cuarto de doña Francisca.

Registró toda la casa sin preguntar á nadie, sin hablar con nadie.

Al fin, cuando se hubo convencido que en la casa no estaba su hija, rompió á llorar desolada, desesperada, y llamó á Cotorreras.

Pero Cotorreras estaba metido en la cama pidiendo á voces, sin que nadie le escuchase, que le pusiesen bizmas en el lado izquierdo, que lo tenía todo aporreado.

Así es que cuando Petra fué á decirle que la señora le llamaba, respondió:

—Pues perdónela señora, que yo no me puedo mover; que para venir aquí he tenido que arrastrarme, y que ahora estoy en un grito, y que de un lado al otro de la cama no me puedo mover.

Llevó esta razón á su señora, Petra, y doña Isabel dijo:

—Iré yo.

Y fué.

—No me diga su merced nada, señora—dijo Cotorreras en cuanto la vió—; que yo no he tenido la culpa, y que harto he hecho con tirarme desde lo alto de la tapia al otro jardín, para procurar que no se llevasen á la señorita.

—¿Pero se la han llevado?—exclamó doña Isabel.

—Sí señora, sí, por la tapia que está pegada á la habitación de la señorita, por allí se ha ido.

—¿Cómo que por allí se ha ido!—exclamó doña Isabel—; pues qué, ¿usted cree que la señorita Curra se ha fugado por su voluntad?

—Yo no sé lo que me digo, señora—contestó Cotorreras—; pero á mí me parece que si la

señorita Curra no hubiera querido escaparse, no se hubiera ido por una ventana de su cuarto, por una escalera que le puso un hombre, ni luego se hubiera subido por aquella escalera á la tapia, sola, sin que nadie la empujase, y mientras aquel mismo hombre le tenía la escalera para que se sostuviese firme, yéndose este hombre después detrás de la señorita.

—Pero ¿cómo puede ser esto, señor?—exclamó desesperada doña Isabel. Usted, Cotorreras, ¿sabía si la señorita hablaba con algún hombre?

—¡Cáspita! ¡qué había yo de saber, señora!—respondió Cotorreras—; pues si yo lo hubiera sabido, ¿no lo hubiera avisado á su merced?

—Estas dicen—continuó doña Isabel refiriéndose á Petra y Catalina que estaban con ella—, que en la quinta han entrado ladrones, y que han atado á los criados y aun á ellas mismas, y que á ellas no las soltaron más que para que me socorriesen á mí, que me había desmayado en el jardín pequeño, y que usted estaba hablando con el capitán de los ladrones.

—¡Pues ya lo creo, señora!—dijo Cotorreras—; ¡como que á mí me encontraron al mismo tiempo que encontraron á su merced desmayada, y el señor Diego Corriente me decía...

—¿Se llama Diego Corriente ese capitán de ladrones que ha entrado en la quinta esta noche?—exclamó doña Isabel, pálida como una muerta.

—Sí señora, sí, Diego Corriente se llama: digo, así le nombraban los suyos.

—¿Y qué le dijo á usted Diego Corriente?

—Me preguntaba si la señorita tenía novio, si no lo tenía, y quién venía y quién no venía á la casa; y yo le dije que no, que la señorita no quería á nadie, que yo supiese, y que á la casa no venía más que de tiempo en tiempo el señor don Francisco de Bruna, que era un antiguo amigo de su merced; y nada más, porque yo no tenía más que decirle, y el señor Diego Corriente se fué con sus hombres, que eran ciento y uno, sin robar ni lo que vale un cañamón en la quinta.

—¡Pero se ha llevado á mi hija!—exclamó fuera de sí doña Isabel.

Y salió y mandó que al momento engancharan las mulas á un coche que en la quinta había.

Y como necesariamente las puertas en Sevilla debían estar cerradas, escribió una carta manifestándole al señor Bruna que estaba en la puerta del Arenal y que necesitaba hablarle al momento para un asunto de la mayor importancia,

Cerró esta carta y la sobrescribió de la manera siguiente:

«Ilustrísimo señor don Francisco de Bruna, oidor de la real Audiencia y teniente de alcaide de los reales alcázares de Sevilla.»

Armada con esta carta doña Isabel se metió en el coche, y escoltada por cuatro criados tomó el camino de Sevilla, á cuya puerta del Arenal llegó á punto que sonaba en la Giralda la una de la noche.

Doña Isabel salió del carruaje, y llamó por sí misma á la puerta.

—¿Qué se ofrece?—contestaron desde adentro con muy mal talante.

—Dispensen ustedes, amigos míos—contestó con su voz dulce, y á más apenada y dolorida doña Isabel—: soy una señora principal que vive fuera de Sevilla, en el campo, en la quinta del Río, y han sucedido esta noche cosas tan graves, en esa quinta, que es urgente, urgentísimo, que el señor don Francisco de Bruna reciba al momento una carta que traigo para él.

—El señor don Francisco—dijo ya más suave la voz de adentro—, ¿no es el señor del gran poder?

—Sí señor, sí: así le llaman—contestó doña Isabel—; y yo aseguro á usted que agradecerá mucho se le haya llevado al momento esta carta.

—Vaya, pues, señora, métala usted por debajo de la puerta, que se llevará.

Doña Isabel metió la carta por debajo de la puerta, y dijo:

—Muchas gracias, y adiós, que voy á esperar en mi coche á que el señor Bruna venga.

—Vaya usted con Dios, señora—contestó ya con respeto el de adentro.

Doña Isabel se metió en un coche, y esperó en él, devorada por la impaciencia, doblegada por el dolor, media hora larga.

Al cabo de la cual se abrió la puerta al solo respeto de don Francisco de Bruna, que no se había atrevido á entretenerse pidiendo una orden al Asistente lo cual hubiera sido largo, porque atendida la hora y lo metódico de aquel alto funcionario, debía estar durmiendo, y en lo mejor de su sueño.

Pero bastaba el nombre del señor del gran poder para que todo, hasta lo más difícil, se allanase en seguida.

A tal altura había llegado el prestigio de don Francisco de Bruna.

Adelantó éste ávidamente hacia el coche, y al entrar en él dijo al cochero:

—Pedro, á mi casa.

El coche entró en Sevilla seguido de los cuatro criados que le escoltaban.

La puerta del Arenal se cerró inmediatamente.

—¿Quién será esa señora—dijo uno de los

guardas á otro, que ha hecho que se levanta y venga á escape el señor del gran poder?

—¿Y quién sabe?—dijo el otro—: ¡estos señores tienen unas historias!... me alegraría de haberla visto: debe ser muy hermosa; y si no es hermosa, es rica, porque mira tú que el coche es muy bueno, y las mulas «juncales», y que venían cuatro «gachós» en buenos jacos y muy armados guardándola.

—Pues poco se conoce la riqueza, porque nada nos ha dado.

—El señor del gran poder no da á nadie nada: manda y no paga; y si no se le obedece en seguida, mete en la cárcel, y al que él mete en la cárcel debe darse por contento si no saca más que azotes.

—Anda, anda, y allá ellos.

En cuanto entró don Francisco de Bruna en el coche, dijo á doña Isabel:

—¡Qué es esto! ¿por qué vienes á buscarme? ¿qué asunto es ese tan grave que te ha obligado á dejar sola en la quinta á nuestra hija?

—Nuestra hija es el asunto que me trae—exclamó Isabel.

—¡Cómo!—exclamó anhelante el señor Bruna.

—¡Nos han robado nuestra hija, Francisco!

—El señor Bruna no contestó.

Tembló de pies á cabeza, y pasó por él la agonía de la muerte.

—¿Que nos han robado nuestra hija?—exclamó al fin.

—O más bien, Francisco, nuestra hija se ha ido con un hombre.

—¡Cómo! ¡cómo! ¿qué hombre es ese?—exclamó irritado, terrible el señor Bruna—: para que ella se fuese con un hombre, era necesario que se amasen hasta la locura: ¿y cómo ha sucedido esto sin que se vean los indicios?

—Acuérdate, Francisco—dijo doña Isabel—: desde hace algún tiempo nuestra hija estaba muy triste.

Pero ¿qué cuidado, qué vigilancia se ha tenido? ¿cómo ha podido Francisca convenirse con un hombre para huir sin que nada se haya notado?

—Yo no lo sé, Francisco, yo no lo sé, y creo que no me acusarás de descuido; pero ¿qué me importa que me acuses ó no, que vengan sobre mí todas las desgracias imaginables, si estoy desesperada? ¡oh! la justicia de Dios se cumple: estamos malditos: yo por la muerte de mi padre; tú porque te has unido á mí, y Francisca porque es nuestra hija.

—¡Oh! calla, calla; no me hagas pensar que este dolor, esta deshonra que viene sobre nosotros es un castigo de Dios; no, no me hagas pensar esto, porque si es un castigo de Dios, no hay esperanza.

—¿Y qué esperanza nos queda?—dijo doña Isabel—: ¿cuál, cual puede ser nuestra última esperanza?

—Casar á nuestra hija con el hombre que haya elegido bueno ó malo.

—¡Ah! tú no lo sabes todo—dijo doña Isabel: por eso no crees como yo, que lo que nos sucede es un castigo de Dios.

—¿Pues qué más hay?—exclamó alentando apenas el señor Bruna—: ¿sucede acaso algo más terrible de lo que me has dicho.

—Sí—dijo doña Isabel—: la quinta ha sido acometida por salteadores que han sorprendido á los criados, y estos salteadores son los que se han llevado á Francisca.

—Esos salteadores han sido sin duda pagados—dijo el señor Bruna—, por alguien que ama á nuestra hija.

—Espera, Francisco, espera, y ármate de valor, porque vas á oír el nombre del capitán de esos bandidos.

—¿El? ¿acaso él?—exclamó con acento cobarde el señor Bruna.

—Sí, él, sí: mi nieto; Diego Corriente.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó el señor Bruna con el acento de la más honda desesperación: y bien, sí—dijo en una reacción de su terrible carácter: es tu nieto, es hijo de tu hija Isabel, á quien yo amo como á nuestra hija Francisca; no importa: no nos conoce: es de suponer que no nos conozca: no nos conoce: Isabel no sabía nada, Isabel era muy niña... puede sin embargo haberla revelado su historia el infame conde de Pinorrey, ese criminal miserable, ese bandido terrible que oculta su ilustre alcurnia bajo el nombre de don Tadeo Ledesma; ¡ah! no importa: nosotros no le conocemos no podemos conocerle, es un bandido.

—¡Tooooo!—dijo entonces la robusta vez de Pedro, dirigiéndose á las mulas, porque había llegado á la puerta del patio del alcázar, donde como teniente alcaide de él vivía don Francisco de Bruna.

El lacayo ó el zagal, como queramos, saltó de la delantera, puso el banquillo bajo la portezuela, la abrió, y don Francisco de Bruna salió, dió la mano á doña Isabel, adelantó nervioso hacia la puerta del alcázar, é hizo retembar el pesado llamador.

Se abrió inmediatamente la puerta, y el señor Bruna entró, llevando del brazo á doña Isabel.

Era la primera vez que entraba en su casa delante de los criados con una mujer el señor Bruna.

Aunque doña Isabel era de tal edad y estaba tan destruida, por decirlo así, á fuerza de penas, que todo menos una cuestión de amores podían sospechar los criados al ver entrar á su amo, á su severísimo amo, con una señora, y á tal hora.

—¿Entramos también, señor?—dijo Pedro que se había arrojado de la delantera.

—No—dijo el señor Bruna, por evitar que sus criados de Sevilla hablaran con sus criados de la quinta, que no se conocían: vete con los

otros á un mesón, y mañana por la mañana vuélvete allá: toma para el gasto (y le dió algunas monedas de plata), vete.

Pedro salió.

El criado que había abierto y el alguacil que estaba de guardia junto al señor Bruna, cerraron la puerta del alcázar.

El señor Bruna entró con doña Isabel en una gran sala baja de las habitaciones que como teniente de alcaide del alcázar en el alcázar tenía.

## II

Aquella sala estaba amueblada con gran lujo, pero con este lujo serio y costoso que solo se ve en los palacios y en las casas de las gentes ricas que son verdaderamente distinguidas.

Tapicerías y alfombras, muebles dorados, apagado un tanto el brillo por el tiempo, buenos cuadros de la escuela sevillana, techo pintado, grande araña de cristal: he aquí todo.

El gran espacio del salón se prestaba al efecto.

En una de las consolas de marmol, sobre las cuales había grandes espejos, ardían en un candelabro cuatro bujías de cera perfumada y de color de rosa.

Las del otro candelabro estaban apagadas, y estas luces apenas bastaban á alumbrar á medias el extenso salón.

Doña Isabel se sentó abatida en un canapé, sobre el cual se veía de gran tamaño y de cuerpo entero el retrato del señor rey don Carlos III, de buena memoria.

El señor Bruna arrojó su sombrero sobre un sillón, se puso á pasear agitado, cogida su capa de verano de tercianela bajo el brazo.

Rugía sordamente como un tigre herido.

—¡Oh! ¡cuánto va á tardar en amanecer!—dijo.

—¿Y qué va á suceder en amaneciendo?—exclamó ansiosa doña Isabel.

—¡Ah! ¡la abuela, la voluntariosa, la irreflexiva abuela, que vuelve por el nieto, por el nieto infame, por el nieto asesino, por el nieto ladrón!

—Es mi sangre—exclamó con energía doña Isabel.

—Sí, tu sangre, tu sangre, y la de...

El señor Bruna se detuvo.

Cogió al aire las palabras terribles que habían estado á punto de escapársele.

—Sí, mi sangre y la de un asesino, la de un ajusticiado, la del matador de mi padre—exclamó doña Isabel con acento opaco, como teniendo por dichas las palabras que había contenido el señor Bruna—; la sangre maldita, la sangre que se ha unido á otra sangre de ajusticiado, de ladrón, de asesino, á la sangre de Joseito el Lencero, padre de Cecilio Corriente, del bandido muerto alevosamente en Utrera, del marido de mi pobre hija Isabel: ¡ah, sí, sí!

pero es mi sangre, sangre transmitida en pecado por la impureza, por la común sangre maldita; y la maldición se cumple, Francisco, y en vano tú, el padre irritado, el juez terrible, pretendes que mis entrañas no se abran para ese desventurado; no es suya la culpa, no: ha nacido maldito: ¿qué ha hecho en Utrera? defenderse de una agresión: ¿y qué ha resultado? el pregón de su cabeza, el anatema de las leyes, porque había desacato, resistencia, violencia y heridas á la justicia: ¿qué refugio tiene ya el infeliz? ¿querías que se dejase prender, que presentara su cabeza para que tú, el juez inflexible, sobreponiéndote á todo, no mirando más que á la ley, le mandases ahorcar? ¡ah! no se puede ser juez y ser hombre, no: tu amor, ¿qué importa el amor cuando se trata de la justicia? ¿qué importa que yo muera de horror al ver en el patíbulo á mi nieto, si la justicia queda satisfecha? no, no; un juez no puede ser hombre.

—Y no lo es—dijo el señor Bruna volviéndose terrible hacia su mujer—; no lo es para debilidades é infamias, pero lo es para ser mártir; pero estamos divagando: nos estamos perdiendo en una lucha contra lo imposible: nuestra hija, robada por tu nieto, por su sobrino, deshonrada tal vez: dicen que es hermoso, hermoso como su madre; que sin educación social, sin adornos de ninguna especie, seduce, fascina por sus buenas maneras naturales; que es valiente como un león, y generoso como un caballero; pero no hay disculpa, no hay disculpa posible; las buenas cualidades naturales no atenúan el crimen, no: un bandido, un salteador, un hombre que desconoce todos los derechos humanos, que desobedece sacrilegamente todos los preceptos divinos, es un miserable, una criatura podrida, un ser infame que debe morir de una manera infame á manos del verdugo, para escarmiento de todos, no, no, no busquemos disculpas al crimen; no le adornemos con bellas cualidades; no intentemos una celebridad funesta para aquellos que á todo se atreven, celebridad que puede conducir á incautos y á soberbios mal educados, á perderse por esa senda funesta á cuyo fin encontrarán por apoteosis el patíbulo; no, Isabel, no: es tu sangre, es la mía, porque lo que es tuyo es mío; pero no importa: no quiera Dios que yo incurra en la vergonzosa debilidad, qué digo en la vergonzosa, en la criminal debilidad de faltar ni aun en sueños á la justicia, villana y miserablemente ofendida: ¡ah! si sólo hubiera sido lo de Utrera una riña leal, un accidente desgraciado, allí no había ni crimen ni vergüenza: yo hubiera trabajado con todo mi poder para obtener un indulto, y creo que á pesar de la severidad del rey nuestro señor, de su justa y loable severidad, lo hubiera conseguido; pero yo, Francisco de Bruna, yo que nunca he tenido para el crimen más que muerte y sangre, yo no dejaré de ser severo, terrible contra él;

de perseguirle, de prenderle, de juzgarle, de sentenciarle, de ahorcarle, sí, de ahorcarle: ni una palabra, Isabel, ni una palabra; sé digna de mí: ¿crees tú que yo me vuelvo contra él por venganza, porque me ha robado mi hija, seduciéndomela, porque sin duda me la ha deshonrado á la hija de mis entrañas? ¡ah! no; y seré también con ella severo, porque esto es horrible, sí, de todo punto horrible: creo que tienes razón, que estamos malditos; sobreponete á todo, Isabel, arrostra valientemente el martirio, medita, no es todo la maldición, no es todo la fatalidad: Dios ha dado á sus criaturas la razón, la conciencia, el libre albedrío; Dios ha señalado á sus criaturas el bien y el mal, les ha dado precepto; medita, Isabel: Diego comete un delito, un delito que las leyes castigan á muerte, porque es necesario preservar con penas terribles las personas de los hombres encargados de administrar la justicia, de la irritada venganza de los criminales, ha cometido un delito, pero no un crimen, porque delito es la transgresión de las leyes; pero no puede llamarse crimen al delito, sino cuando en el delito hay infamia, perversidad, dolo, traición, saña, y medita, medita bien: un hombre, honrado, un hombre virtuoso, un hombre que tiene la fortuna de que en su corazón no se alberguen odio ni desprecio, ni infamia contra sus semejantes; un cristiano, cuando la desventura le pone bajo las leyes por un delito grave, hijo tal vez de la cólera ó del derecho de la propia conservación, huye el rigor de las leyes, pero no evita el ser preso entrando de lleno en la vida airada, envitecida, miserable, horrible, del bandido, de ese bandido que acomete al viandante indefenso y le roba el pobre fruto de su afanoso trabajo y le maltrata; de ese bandido que penetra en las pequeñas poblaciones abandonadas á sí mismas, y las escandaliza y las veja, dejando en ellas el germen de su infamia; de ese bandido que acomete á los caseríos y los incendia, de ese ser monstruoso que se convierte en el terror de una comarca; medita, Isabel; para llegar á todo ese horror, á toda esa vileza, á todo ese desprecio, á todo ese odio contra el prójimo, se necesitan propensiones para ello; el ladrón, el asesino, nace; cualquier cosa le hace: ¿qué, no hay más que acometer en cuadrilla una quinta indefensa, y robar á una hija de familia, á una doncella, arrojando sobre aquella familia torrentes de amargura y de deshonra? Y esa mujer, esa hija que oculta á sus padres un amor liviano, que huye con un bandido abriéndole la puerta para que tal vez asesine á su madre... ¡ah! él y ella, ella y él, como si no fueran mis hijos, como si fueran hijos de Juan cualquiera que acudiese á mí pidiéndome justicia.

—¡Oh! ¿quién sabe, quién sabe—exclamó doña Isabel—, quién sabe si no es él quien ama á nuestra hija, á quien nuestra hija ama? ¿quién

sabe si no ha hecho más que cumplir un encargo.

—Y bien: uno más á quien juzgar, á quien sentenciar.

—Pero ¿crees tú que nuestra hija ha podido enamorarse de un salteador, de un hombre ordinario, hasta el punto de abandonar por él á su madre, de olvidarse de su honra? Esperemos, esperemos, Francisco; tal vez aún no sea de todo punto nuestra situación desesperada.

—Esperemos, sí, esperemos en lo que podemos esperar, en que resplandecerá la justicia: por ahora, Isabel, no hablemos más: recógete; yo me voy á trabajar desde este momento en este asunto; voy á buscar al Asistente: en cuanto amanezca el día salgo á buscar por mí mismo, como busqué en otra ocasión, hace treinta y un años, y encontraré, no lo dudes.

Doña Isabel comprendió que nada recabaría de su inflexible marido, y guardó silencio.

El señor Bruna la asió por una mano, la levantó, la llevó á un dormitorio, y la dijo:

—Procurar reposar: hasta luego.

Y salió.

Doña Isabel se arrojó vestida sobre el lecho, y rompió á llorar.

El señor Bruna se fué á buscar al Asistente.

### III

La vocinglera fama lleva con una rapidez maravillosa las noticias de los grandes acontecimientos.

Apenas había llegado Diego Corriente á la quinta de la condesa de Pueblarrica, inmediata al pueblo de los Palacios, cuando ya se sabía que el Gallero había sido estropeado y medio muerto por Diego Corriente, que su cortijo ardía, y que los migueletes que habían ido á prenderle, habían sido vencidos.

Esto puso el colmo á la reputación del incipiente capitán de ladrones.

Había hecho demasiado en veinticuatro horas.

Se había metido en la villa de los Palacios.

Había robado un dineral al alcalde, le había encerrado, y se había llevado sus sobrinas.

Luego había ocupado la quinta de la señora condesa de Pueblarrica, había estado hablando con ella largamente, se había ido sin hacer el menor daño, había vencido al hombre más valiente de Andalucía, y había hecho morder el polvo á los migueletes.

Después había vuelto á la villa de los Palacios, como quien nada tiene que temer.

Diego Corriente hizo hacer alto á los suyos, adelantó solo, llegó al portalón de la cerca de la quinta de la condesa de Pueblarrica, pero no tuvo necesidad de llamar, porque en el momento que al portalón llegaba, se abrió éste y apareció un hombre á caballo.

Era el conde de Rovira que se sorprendió

al ver á Diego, pero no de miedo, sino de asombro.

No comprendía tanta audacia.

—Dios guarde á vucencia, señor conde—dijo Corriente.

—Y á ti también—contestó secamente el conde—¿á que vienes aquí?

—A deshacer una equivocación, señor conde: anteanoche, vucencia se llevó un caballo que no era suyo, y me dejó este, que no es mío; y como el caballo de vucencia es de mucho precio y el mío un matalote, vengo á deshacer el cambio, porque no quiero que digan que yo he robado á vucencia.

—De caballo á caballo—dijo el conde—, tales cualidades tiene el tuyo, que me parece que si tu deseas el cambio, es porque te crees perjudicado. Este caballo me ha servido muy bien: es fuerte, incansable, ligero como el viento, á pesar de su mala estampa.

—¿En cuanto tiempo ha traído y llevado á vucencia de aquí allá y de allá aquí?—preguntó con acento irónico Diego Corriente.

—En muy poco tiempo—contestó tranquilamente el conde—; pero concluyamos: ¿en cuánto precio crees que aventaja este caballo que yo monto al que montas tú, para mandar que te lo den?

—Ese caballo—dijo Corriente—, apenas vale veinte doblones, y el de vucencia vale ciento cincuenta como un ochavo.

—Pues te lo regalo—dijo el conde.

—Es que yo no admito regalos de nadie—contestó Diego Corriente.

—¡Hola!—dijo el conde.

—Necesito yo explicarme más con vucencia—continuó Diego Corriente—; y si vucencia quiere, entrémos casa de su señora tía, y hablemos á solas.

—Entremos—dijo el conde.

Y echando pie á tierra, entregó su caballo al mozo que había venido con él para abrir el portalón.

—Al momento soy con vucencia—dijo Corriente revolviendo el caballo.

Salió, se fué á una hondonada donde le esperaba su gente, les dió su caballo, y les dijo:

—Aguardad allí, en aquella riberita, entre los árboles.

Y les señaló una especie de oasis situado á poca distancia.

Después se volvió á pie, y entró en la quinta.

El conde de Rovira, le esperaba altivo.

A una seña de éste, el criado cerró el portalón.

—¿Y nada temes?—dijo el conde encaminándose á la casa seguido de Diego Corriente.

—¿Y qué he de temer?—respondió con indiferencia el joven.

—Que yo te haga prender por los criados de mi tía.

—Vucencia es mucha persona para convertirse en alguacil—contestó Diego—, y además, soy

yo mucho ratón para que le cacen los gatos que hay en la quinta; y sobre todo, ¿qué importaría? yo estoy desesperado; y de que yo esté desesperado, tiene vucencia la culpa.

—¡Yo!—dijo deteniéndose el conde de Rovira.

—Sigamos adelante, señor conde, sigamos adelante, que me perezco por encerrarme con vucencia para hablarle claro.

—Pues adelante—dijo el conde.

Y apretó el paso y llegó al vestíbulo, y se entró por la izquierda en un salón, y al fin de él en un gabinete ricamente amueblado.

No eran, sin embargo, las mismas habitaciones en que había estado el día anterior Diego. Aquellas estaban á la derecha.

El joven se quitó el sombrero, y permaneció de pie.

—Siéntate—le dijo el conde.

Diego se fué á un sillón, dejó en él su sombrero, se deshebilló la canana, y con las pistolas y el cuchillo que contenía, la dejó sobre otro sillón.

Tomó un tercero, y vino á sentarse junto al conde, que había tomado asiento en otro sillón junto á un velador.

Tal era la actitud de Diego Corriente, que el conde de Rovira se quitó su sombrero de tres candiles y lo puso sobre el velador.

—¿De qué tienes queja de mí?—preguntó.

—Vucencia protegió á un canalla, á Bernabé el Gallero: es un hombre lleno de crímenes y de infamias, y sin embargo, no fué á la horca porque vucencia le salvó; le echaron á presidio por toda su vida, y vucencia todavía hizo por él, y la verdad fué que solo estuvo cuatro años en presidio; el Gallero siguió siendo un bribón, tomando seguros de todos los ladrones y de los rateros de la Tierra Baja, porque le tenían miedo, y vucencia siguió protegiendo al Gallero.

—Y bien: ¿y qué? me había buscado.

—Pero vucencia debió decirle mucho mejor que á mí: compónte como puedas; pero ya se ve, como yo me había atrevido á amar á una señorita igual á vucencia, vucencia lo tuvo esto por un delito mucho más grande que todos los enormes delitos del Gallero; y vea vucencia las resultas: abandonado, desesperado, preso y libre por milagro, he tenido que echarme á ladrón para defenderme de ir á la horca; y mire vucencia, le voy tomando el gusto al oficio: cuando era hombre de bien no tenía un cuarto, y á las veinticuatro horas de haberme echado á canalla, soy rico: nadie hacía antes caso de mí, y ahora me respeta todo el mundo: antes, cuando era gañán, vucencia se hubiera guardado de decirme me sentase delante de él, y ahora que soy capitán de ladrones en cuadrilla, vucencia me hace sentar y se quita el sombrero porque lo tengo quitado yo; esto es ya ser algo, y lo debo á vucencia, que no quiso protegerme: muchas gracias, señor conde.

—Hay que escucharte con calma—dijo el conde de Rovira, que estaba pálido de cólera—, porque como has dicho antes, estás desesperado, y los desesperados no saben lo que se dicen.

—Pues yo lo sé demasiado, señor conde—contestó Diego—: hablé á vucencia de una equivocación que importaba poco, del cambio de los caballos: ahora voy á hablar á vucencia de otra equivocación que importa mucho más.

—¿De cuál?

—Por una casualidad entramos anteanoche en la quinta del Río vucencia y yo, cada cual por su parte: yo iba por dos mil onzas que en la quinta había: vucencia iba por una doncella que había también en la quinta; tan ladrón éramos entonces el uno como el otro.

—¡Vive Dios!—exclamó conteniéndose á duras penas el conde de Rovira.

—Estoy hablando yo—dijo Corriente—, y exijo de vucencia que me escuche: cuando haya concluido, vucencia hablará; á más de eso, no he dicho ninguna mentira: á robar íbamos los dos, con la diferencia de que un robo de dinero, por grande que sea, es mucho menos doloroso que un robo de honra.

—Yo tenía mis motivos para hacerlo—contestó el conde—, y á más de eso, si he robado á doña Francisca, ha sido para casarme con ella.

—Vucencia ha robado á doña Francisca para echarme encima el odio de una temible familia: ¿ignora vucencia que doña Francisca es hija del señor del gran poder, del terrible don Francisco de Bruna?

—Doña Francisca no lo sabe, pero lo sospecha: el nacimiento de doña Francisca está envuelto en el misterio; por lo mismo, yo no podía pedirle por esposa: necesitaba tomarla.

—Sí: necesitaba vucencia amargar la vejez de la madre de doña Francisca: ¿sabe vucencia cómo yo encontré á esa señora? desmayada, mortal; ¿y sabe vucencia por qué yo me salí de la quinta sin tocar á nada, sin robar, mientras vucencia se salió robando? porque vi el retrato de una señora joven en el dormitorio de doña Isabel, porque aquella señora del retrato se parecía mucho á mi madre, y porque cuando vi á doña Isabel desmayada, me pareció que á mi madre veía; pero dejemos esto, y vengamos á que vucencia ha sido muy valiente atreviéndose al señor del gran poder; pero aun es más: no es el señor del gran poder el pariente más terrible de doña Francisca, porque doña Francisca tiene un sobrino que por lo que ha hecho ya, ha manifestado bastante lo que hará, y ese sobrino soy yo.

—¡Tú!—exclamó el conde levantándose.

—Sí señor, yo—dijo Diego Corriente levantándose también.

—¡Imposible!

—Yo no lo sabía—exclamó Diego—; pero un ermitaño á quien vucencia conoce mucho, el Duende, que conoce largamente mi historia, me lo ha contado; sentémosnos, y dígame vucen-

cia hablar de una marquesa de Becerril que fué muy nombrada en toda la Tierra Baja?

—Sí—contestó el conde, que miraba con asombro á Diego.

—Pues esa señora es abuela mía, y si no hubiera muerto desastrosamente, en vez de ser yo un capitán de bandoleros sería marqués de Becerril y grande de España; todo hubiera consistido en que la marquesa mi abuela hubiera tenido vida bastante para reconocer á mi padre Cecilio Corriente, que fué asesinado vilmente en Utrera, sin saber de quién era hijo: de ese Cecilio Corriente y de una hermana de doña Francisca, pobre hermana que no conocí á su madre ni á su padre, y que á su hermana no conoce, y que tal vez no la conocerá, porque quién sabe si es viva ó muerta, nació yo: vea vucencia de qué manera soy yo sobrino de doña Francisca; y vucencia vea que como soy su sobrino, y como tengo en mucho el reposo y la tranquilidad de mi abuela doña Isabel, vengo por mi tía para llevármela á las ancas de mi caballo á la quinta del Río y entregársela á su madre: después vucencia casará con ella ó no casará, pero mi tía me ha de ser entregada.

—Tú estás loco—dijo el conde—, y no sé cómo he tenido paciencia para oírte.

—Señor conde, vucencia habrá tenido paciencia ó no, pero lo dicho está dicho: sin mi tía no me voy, y vea vucencia cómo ha de impedirlo, porque si vucencia no me la entrega por bien, me la entregará por mal.

—¡Cómo! ¿á mí amenazas?—exclamó el conde echando mano á su espada.

Pero antes de que pudiera desenvainarla se la había arrebatao Diego Corriente y la había roto contra su rodilla derecha, arrojándola después.

—He hecho propósito de no matar á nadie—dijo Diego—, porque no quiero malas visiones; pero que no se me haga resistencia, porque si se me irrita, haré con vucencia lo que he hecho con el Gallero, y con la quinta de la señora condesa de Pueblarrica lo que he hecho con el cortijo del Punta!: ponerle fuego.

Y yendo rápidamente al lugar donde había dejado su canana, se la ciñó, mientras el conde permanecía mudo por la cólera.

—¿Sí, ó no?—dijo Diego—: ¿se me entrega mi tía, ó no se me entrega?

—No—respondió el conde.

—Pues hasta la vuelta—contestó Diego—; no, no huirá vucencia con mi tía á otras tierras, como se lo aconsejó el Gallero: estoy yo aquí.

Y Diego salió.

El conde era valiente é irritable, pero le había desarmado Diego.

Temió una violencia que no podía contrarrestar. Comprendió que en aquel momento todo era inútil, y dejó ir á Diego; pero en el momento en que éste salió, corrió á poner la quinta en armas.

—Pero ¿qué es esto, qué es esto?—dijo asustada la condesa de Pueblarrica, con la cual estaba doña Francisca pálida y enferma á causa de la violenta situación en que se encontraba.

—Esto es que la quinta va á ser asaltada por ese Diego Corriente, por ese bandido del infierno—exclamó el conde.

—¡Pero si ayer estuvo aquí y quedamos los mejores amigos del mundo, y me encargó hiciese por buscarle á su madre y á qué sé yo que mujer que decía se le habían perdido! ¡ah! ¡sí, sí! es verdad—añadió recordando la condesa—; pero también me amenazó con que si no entregabas á doña Francisca á su madre, te buscaría y te mataría.

—Pues bien, no hay momento que perder—dijo el conde—; el peligro está encima: la partida de ese hombre es numerosa y brava; voy á armar á la gente.

En efecto, el conde hizo que los criados y los mozos de labor, en número de doce, armados de escopetas se pusiesen en la puerta de la quinta para defenderse, y cuando estuvieron prevenidos ya, Diego Corriente, forzando de un trabuazo el portalón, entraba con sus catorce bandidos.

—¡Fuego!—dijo el conde á los criados, apenas vió avanzar á Diego Corriente y á los suyos.

Pero tal espasmo les entró á los de la quinta, que ninguno disparó.

—¡Ah, perros, cobardes, ladrones!—exclamó el conde—: ¿para eso se os paga? ¿para eso coméis el pan de vuestra señora?

Pero estas palabras del conde fueron inútiles, nadie contestó: sino que como los bandidos estuviesen cerca del vestíbulo, los mozos escaparon escaleras arriba para esconderse.

El nombre de Diego Corriente hacía la guerra.

El conde, solo en el vestíbulo, desesperado, irritado, disparó sobre Diego Corriente, que estaba ya próximo, y le rozó un hombro.

Diego despreció el disparo, cargando sobre el conde; pero el Rayo se plantó, giró y disparó su trabuco.

El conde vaciló un momento y cayó.

Diego Corriente llegó al vestíbulo, y sin mirar al conde, dijo:

—Que nadie más le toque, bastante tiene: esperad aquí.

Los bandidos esperaron, parte dentro del vestíbulo, parte en su escalinata.

Diego Corriente entró por la puerta de la derecha, á través del salón, y penetró en el gabinete donde había estado el día anterior.

En él encontró en un canapé, abrazadas la una á la otra y temblando, á la condesa y á doña Francisca.

—¡Ah, sí, sí! usted es—dijo Diego Corriente mirando á la joven, que fijaba en él con espanto su mirada—; se parece usted mucho á mi madre: su madre de usted debe estar mu-

riéndose, y es necesario que no acabe de morir: sígame usted, doña Francisca.

—No—exclamó aterrada la joven—: don Francisco me va á matar.

—Ningún padre mata á su hijo—exclamó Diego—; por último, sígame usted: de no, yo me la llevaré.

Y avanzó hacia doña Francisca, que se desmayó de terror.

No estaba en mejor estado la condesa.

—Mejor—murmuró Diego—: así cuesta menos trabajo llevarse.

Y asiendo de la cintura á la joven, la arrancó de los brazos de la condesa, y suspendiéndola con su gigantesca fuerza, salió.

—Conmigo todos—dijo.

Y se lanzó á través del jardín, con doña Francisca suspendida bajo su brazo, y á la carrera.

Llegó adonde estaban los caballos tenidos por Sata, montó, poniéndose delante á doña Francisca, y dijo:

—Tú, Colorín, y tú, Rayo, y tú, Mochudo, idos allá por las mujeres que se han quedado entre los árboles, y á picar detrás de nosotros, que vamos á la quinta del Río.

E inmediatamente se puso en marcha.

#### IV

Como á las nueve de la mañana llegó Diego Corriente á la quinta del Río con la mitad de su gente.

La otra mitad se había ido á la ermita de la Cruz de la Fuente á informarse de la salud de don Tadeo, y á decirle que Diego Corriente estaba allí, y que pronto iría á verle.

Pero se encontraron los que habían ido á la ermita con que el Duende no parecía.

Apartaron la tarima, bajaron al sótano, y vieron que todos los utensilios que había habido allí habían sido quemados.

—Pues se me antoja á mí—dijo Sata que andaba en el reconocimiento—, que lo que es este pájaro, voló; y no me gusta á mí mucho que se haya escapado, porque es mal bicho, y cuando ha huido el bulto es porque le tiene miedo al capitán; y malo es esto, porque se me antoja á mí que no va á parar hasta entregarnos.

—Pues mira—dijo Colorín que iba con ellos—; me alegro de esto, Sata, porque no podía yo fragar al tal Duende: yo no sé por qué, nosotros le teníamos miedo; en fin, ya ves tú, en cuanto al capitán le acusó las cuarenta, se acabó el hombre, señal clara de que no era lo que valía.

—¡Quía!—contestó Sata—; es que los hombres vivimos de aprensiones: ¡mira tú! ¿qué le habíamos visto nosotros hacer al Duende? nada: sino que todo el mundo hablaba de él y decía que era muy malo y que sabía mucho, y que él tenía minadas las Andalucías, y que en no contando con él, no se podía hacer

nada: ¡y mira tú qué trapo viejo! en cuanto el capitán se le puso serio, se acabó.

—Mira, Sata—dijo calmamente Mochudo—, que me parece que detrás de aquel tonel asoma la punta de una capucha franciscana.

Púsose pálido como un cadáver, Sata, y exclamó mirando con inquietud al tonel:

—Pero ¿y yo qué he dicho? una chanza cualquiera la tiene; ¡como si no supiéramos aquí que el duende es una gran persona!

Sonó algo dentro del tonel, sin duda alguna rata, y nuestro valiente se echó á temblar.

Echáronse á reír los otros, lo tomaron á chacota, le quemaron cumplidamente la sangre á Sata, y salieron del sótano completamente seguros de que el Duende había desaparecido, y se fueron á la quinta á ponerlo en conocimiento de Diego.

Este, entretanto, habiendo hecho esperar á los bandidos que le acompañaban entre los árboles, había adelantado solo, llevando en su caballo á doña Francisca, que había vuelto de su desmayo y suplicando en vano que no la entregasen á su madre.

Diego se hacía sordo á las súplicas de doña Francisca.

Llegó al portalón de la huerta, llamó, le abrió el hortelano, y se sorprendió al ver á su señorita sobre el caballo de Diego Corriente.

—Necesito ver á la señora—dijo éste.

—La señora está en Sevilla—contestó el hortelano temblando de los pies á la cabeza, porque había reconocido á Diego.

—Está bien—contestó éste—: ¿y no vuelve la señora?

—Si señor—contestó el hortelano—: la estamos esperando.

—Pues yo la esperaré también—contestó Diego.

Y sin dejar á doña Francisca, adelantó por la huerta, llegó al jardín grande: en medio de los criados, asombrados, echó pie á tierra, puso en el suelo á doña Francisca, y dándola el brazo, subió con ella á las habitaciones de doña Isabel.

Nadie le había seguido.

El terror que inspiraba le hacía dueño de aquella casa.

Los criados no se atrevieron á acometerle ni á salir de la quinta, porque tenían la seguridad de que cuando Diego Corriente se metía allí con tal desenfado y tan sin miedo, tenía bien guardadas las espaldas.

Doña Francisca se replegó en un sillón, y rompió á llorar.

—¡Oh, qué vergüenza, Dios mío!—exclamó.

—¡Vergüenza!—dijo Diego que se pasaba nervioso, excitado: ¡vergüenza! ¿y de qué? ¿no me ha jurado usted por el camino cuando volvió en sí, que el conde de Rovira la ha respetado?

—Como que me quiere para esposa suya—contestó doña Francisca anegada en lágrimas.

—¡Válgame Dios—dijo tristemente Diego—, y qué cosas que trae el amor! ¡vamos, el amor es la perdición del mundo! yo también...

—¿Usted ama?—exclamó doña Francisca buscando un medio de salvación—; pues entonces, si usted sabe lo que es el amor, ¿por qué no me ha dejado usted en casa de la condesa de Pueblarrica? ¿no es una virtuosa señora?

—Yo he ido por usted—contestó Diego—, á la quinta de esa señora, y la he traído aquí para ahorrar desdichas: ¿no sabe usted que en la misma hora en que el conde de Rovira se la llevaba á usted, entraba yo en la quinta? ¿no sabe usted que la casualidad de haber entrado en ella el conde por una parte y nosotros por otra, y el de haber usted sido robada y no haber robado nosotros perdía al conde, porque se podía creer, y se creará, que el señor conde de Rovira había venido con nosotros para robar á usted, que había sido como nosotros ladrón en cuadrilla, y no había remedio sino escapar de España para evitar el rigor de la justicia? ¿qué cree usted que le hubiera sucedido al conde si le hubieran preso? de nada le hubiera valido ser lo que es: el señor del gran poder le hubiera ahorcado sin compasión.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó doña Francisca.

—Pues bien, eso es lo que yo quiero evitar: ha estado usted una noche y media fuera de su casa, pero esto no lo saben más que los criados de esta quinta; los de la otra, ni siquiera saben cómo se llama usted: á estos criados puede hacerseles callar, y todo será como si no hubiera sucedido: ¿qué resultará? que todo vendrá sobre el pobre Diego Corriente, que se dirá que ha allanado una quinta, y no se entenderá cómo ha sucedido esto, porque no ha robado; eso lo sabemos Dios y yo: alégrese usted, doña Francisca, alégrese usted; usted se casará al fin con el hombre á quien ama, porque don Francisco de Bruna no será tan cruel que se vuelva contra sí mismo, y todo se volverá contra el pobre Diego Corriente.

—¡Oh! si eso es verdad—exclamó doña Francisca—, qué generoso es usted: ¿por qué ha hecho usted esto? ¿qué le importábamos á usted mi madre, ni yo, ni don Francisco?

Suspiró Diego Corriente, y contestó:

—He querido dar una lección de generosidad al conde de Rovira, que si me hubiera protegido á tiempo me hubiera excusado de ser lo que no quería ser; en fin, ello no tiene ya remedio: paciencia.

Y Diego Corriente continuó paseándose y doña Francisca llorando.

Oyéronse de improviso pasos precipitados de mujer.

Se abrió violentamente la puerta del aposento, y entró doña Isabel.

—¡Mi hija! ¡me han dicho que está aquí mi hija! ¡ah, sí! ¡hija mía!

Y se arrojó sobre la joven, y la abrazó y la besó sollozando.

Por algún tiempo la madre y la hija, permanecieron estrechamente unidas.

Al fin doña Isabel se levantó, miró al joven y tembló.

Se parecía á su pobre Isabel, que había reconocido.

—Tú eres Diego Corriente—le dijo.

—Sí yo soy—contestó temblando por la primera vez de su vida Diego—, y mirando anhelante á su abuela.

—¿Y eres tú quien has traído á mi hija?

—Sí señora.

—¿Pues no fuiste tú quien la robaste?

—No.

—¿No entraste tú anteanoche en la quinta?

—Sí.

—¿Y á qué entraste, si no entraste á robar á mi hija?

Diego Corriente adelantó hacia un buró que había en la estancia, puso sobre él la mano y dijo:

—Venía á llevarme las dos mil onzas y las alhajas que hay aquí.

—¿Y por qué no te las llevaste?

Diego Corriente asió de la mano á su abuela la llevó á su dormitorio, y la dijo señalándola el retrato que en el dormitorio había:

—Por esa señora: la vi y me espanté.

—¿Y por qué te espantaste?

—Porque esa señora se parece á mi madre cuando era más joven.

—¡Tu madre! ¿dónde está tu madre?—exclamó doña Isabel.

—No lo sé: me la quitaron; pero yo la encontraré, la encontraré aunque tenga que revolver el mundo.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!—exclamó doña Isabel—: esto es horrible: ¡qué prueba tan espantosa! ¿por qué eres bandido, Diego?

—Porque estoy maldito de Dios—contestó el joven.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!—exclamó doña Isabel—; pero tú no puedes estar aquí: es necesario que huyas; que te vayas: él va á venir: tardará poco: si te encuentra ¡Dios mío! si te encuentra no respetará nada: anteanoche estaba terrible; yo le hablaba en tu favor, y él decía: no, no, debe morir á manos del verdugo; y no cederá, no, porque es de acero.

—Lo sentiría por mi madre.

—¿Y por mí? ¿y por mí?—exclamó doña Isabel, que se había visto reconocida por el joven en la expresión con que el joven la miraba.

—¡Ah! por usted también—exclamó Diego inclinando la cabeza—: ¡qué desgraciado soy, Dios mío!

—Pero yo no reniego de tí, Diego: yo no te desconozco; yo te amo; pero huye, Diego, huye: vete á Portugal: mira, mira, llévate esas dos mil onzas, llévate mis alhajas: vive, vive

honradamente en el extranjero; pero huye, huye antes de que venga él.

—Sí, sí, huiré de aquí, huiré dentro de algunos momentos: don Francisco de Bruna, por usted, por esa desdichada, es sagrado para mí, pero no saldré de España, no me separaré de Sevilla hasta que me la lleve.

—¿Quién, quién te has de llevar, Diego?

—Un ángel que adoro.

—Pero ¿quién, quién es?

—La hija del marqués de Rodovilla.

—¡Desgraciado! está en el convento de Santa Clara.

—Lo sé; pero ¿qué importa? ¿no cuentan los viejos sevillanos que don Juan Tenorio se llevó de ese convento á una amante suya? pues bien: yo me llevaré de él á la hija del marqués de Rodovilla.

—¡Oh! Diego, Diego! no unas al crimen la impiedad: no provoques á Dios más de lo que ya le has provocado, haciéndote enemigo de los hombres.

—Madre—exclamó Diego Corriente asiendo las manos de su abuela—: si el señor del gran poder, antes de doblarse se rompe, yo soy lo mismo: mi alma, mi vida, mi eternidad, son de Dolores: ella me ama, y ella no verá en mí al ladrón, al infame, porque ella ha sido la causa de que yo me vea así; y si ella me despreciase, si ella me desconociese, no sería menester que me matase la justicia, me mataría yo; pero nos estamos entreteniendo en una conversación que á nada viene: ya tiene usted aquí á su hija tan honrada como salió: no hay necesidad de que nadie sepa que se la llevó el conde de Rovira.

—¡El conde de Rovira!—exclamó doña Isabel.

—Sí, el conde de Rovira, que vino por ella sin saber que yo venía á robar en esta quinta, aconsejado por un demonio.

—¿Por un demonio dices?

—Sí: por don Tadeo Ledesma.

—¡Ah, maldito!—exclamó doña Isabel—: ¡siempre ese hombre, siempre ese terrible hombre! ¡y aún vive!

—No vivirá mucho, madre: he enviado á que le cojan á la mitad de mi gente, y ya le habrán cogido: pero adiós: no quiero encontrarme con don Francisco, sería terrible, porque mientras yo tenga esperanza de tener á mi Dolores, no me dejaré prender por él ni por nadie; adiós, madre mía: yo vendré, yo vendré, no tardaré mucho, y hablaremos largamente.

—Llévate ese dinero.

—Soy yo muy rico—contestó sonriendo de una manera sardónica Diego—, y no quiero que digan que he robado en mi casa; adiós, madre mía.

Y la abrazó y la besó en la boca.

Salió del dormitorio y se dirigió á doña Francisca que estaba en la estancia inmediata, y que nada había oído porque la abuela y el nieto habían hablado en voz baja.

Diego la contempló un momento, se inclinó hacia ella, la asió la cabeza con las manos y la besó en la frente.

Doña Francisca se estremeció.

Diego escapó.

Bajó rápidamente las escaleras, tomó en el jardín el caballo, montó, atravesó la huerta y salió sin que nadie se le opusiera.

Llegó á los árboles donde había dejado la mitad de su gente, y la encontró toda.

—¿Qué es eso?—dijo—: ¿y el Duende?

—El Duende ha oído la tostada—dijo Sata—, y no está; y por lo que parece, se ha ido para no volver, porque ha pegado fuego á los chirimboles que había en el sótano.

—¡Ah!—exclamó Diego—: ¡el cobarde! ¡el asesino! pero yo os juro que no se me escapará: vamos, ¡á caballo, muchachos, á caballo y á las Marismas!

—¿Y yo?—dijo la Vicenteja, que estaba entre los bandidos—: ¿no me merezco yo que se me lleve á las ancas? ¿ó es que se ha enamorado usted de esa señorita, y ya no se acuerda usted de mí?

—Monta—contestó Diego presentándole el estribo.

La Vicenteja montó con facilidad.

Las otras dos doncellas que estaban allí, montaron á las ancas del Rayo y de Colorín.

—¡A las Marismas!—repitió Diego.

Y arrancó con su caballo, tomando un camino contrario al que debía traer el señor Bruna.

## V

A tiempo había escapado Diego Corriente, porque apenas había tomado por la margen del Guadalquivir, en dirección opuesta á la que traía el señor Bruna, llegó éste á la quinta.

Y por cierto que no venía mal acompañado, porque como «in illo tempore», treinta y un años antes, se había puesto á todo su poder en persecución de malhechores.

Don Francisco de Bruna era un hombre muy excéntrico.

Había recibido sucesivamente noticias aterradoras, porque como Diego Corriente había hecho sus fechorías muy cerca de Sevilla, habían llegado muy pronto los partes.

El Asistente había recibido sucesivamente la noticia del robo hecho al alcalde de los Palacios, de la presentación en la quinta de la condesa de Pueblarrica, inmediata al pueblo, de una fuerte partida de malhechores, de las graves heridas inferidas á Bernabé el Gallero, del robo y del incendio de su cortijo, y del combate habido entre Diego Corriente y su partida con los migueletes, en que éstos habían sido vencidos de una manera escandalosa, puesto que habían caído heridos quince, entre ellos su capitán; del asalto, de la extracción de doña Francisca de la quinta de la condesa de Pueblarrica; y de la herida del conde de Rovira aun no tenía noticia el Asistente

cuando salió de Sevilla don Francisco de Bruna, ni sabía tampoco el anterior asalto y robo de doña Francisca en la quinta del Río, porque como esto atañía al honor del señor Bruna, no había dado parte, reservándose para sí solo la justicia y la venganza.

El día anterior, don Francisco había recorrido algo por los alrededores de Sevilla.

Doña Isabel no había podido moverse de la casa del señor Bruna, donde había permanecido oculta, porque se había puesto mala, pero al amanecer del día en que marcha nuestro relato, el señor Bruna recibió una atentísima carta del Asistente, en que disculpándose por incomodarle, muy á su pesar, le rogaba fuese al momento á verle, porque tenía que comunicarle asuntos de mucha importancia.

Exactísimo el señor Bruna en el cumplimiento de su deber, se vistió apresuradamente y se fué á ver á la alta autoridad que con tanta cortesanía y al par con tanta premura, le llamaba.

Cuando llegó el señor Bruna acompañado de su eterno ayudante de campo y de otros dos, esto es, de Cleofás y de dos alguaciles de su ronda á la plaza de San Francisco, donde junto á la Audiencia vivía el Asistente, encontró formadas en la plaza una compañía de caballería, otras dos de cazadores del regimiento inmemorial del Rey, y una compañía de migueletes.

—Mucho debe suceder—murmuró don Francisco entrando en la casa del Asistente—, cuando tanta fuerza se prepara.

Y subió nervioso y rígido las escaleras, dejándose en el vestíbulo á Cleofás y á los otros dos alguaciles.

—¿Sabéis lo que sucede?—dijo el bonachón del Asistente en cuanto vió á don Francisco.

—Supongo, por lo que he visto fuera, que no sucederá nada bueno, amigo mío—contestó el señor Bruna.

—Pues sucede—dijo el Asistente—, que el escándalo no puede llegar á más. Que ese nuevo bandido, que ese Diego Corriente que ha aparecido ayer de mañana, cree sin duda que en España no hay justicia, ó que la justicia es tan débil que está en su mano burlarla y escarmentarla. No bastaba el haber estropeado, robado y deshonrado al alcalde de los Palacios, encerrándole en un sótano, quitándole su caudal y robándole sus dos sobrinas; no bastaba el haber penetrado en la quinta de la condesa de Pueblarrica, intimidándola y amenazándola, sino que según el parte que hace dos horas he recibido del capitán de migueletes don Miguel de Zárate, ese insensato ha acometido al cortijero del Puntal, le ha causado heridas le ha robado, le ha incendiado el cortijo, y se le ha llevado la mujer. Y no es esto solo, sino que como al irse tropezase ese Diego Corriente

con veinte migueletes mandados por don Miguel de Zárate, embistió con ellos, hiriendo á quince, incluso al capitán y ha escapado soberbio. Por lo mismo, señor don Francisco, yo, sin atender á la hora, he llamado al presidente de la Audiencia, me he ido con él á casa del capitán general, y reunidos los tres, hemos determinado se pregone en buen precio la cabeza de ese Diego Corriente, y que al punto se salga en su persecución, porque anda por los alrededores de Sevilla, y es menester no darle tiempo para que se meta en la Sierra, donde se haría fuerte hasta sabe Dios cuando; para cuyo fin el capitán general me ha facilitado dos compañías de infantería y una de caballería, á las que yo he añadido la primera de escopeteros de Sevilla; y tratándose de quien había de ser el jefe de esta fuerza, todos convinimos en que usted lo fuese, porque se conoce su valor, su actividad, su energía y su prudencia, y se sabe que ha más de treinta años usted limpió de tal manera de malhechores la Tierra Baja, que en mucho tiempo no pareció uno por el mundo; y se desea que, como entonces sirvió usted á su majestad y al bien público, los sirva ahora; por lo cual creo oportuno salga usted cuanto antes en persecución de esos criminales, y vaya fijando por los pueblos por donde pasare este pregón.

Guardó el señor Bruna el papel que le daba el Asistente, le aseguró que haría cuanto estuviese en su mano, y el Asistente, llamando á los jefes de la fuerza, les dió á reconocer como jefe superior, á cuyas absolutos órdenes quedaban á don Francisco de Bruna.

Despidiose éste del Asistente, salió, se llevó tras sí la tropa y los migueletes, que formaron en el patio del Alcázar, y envió delante de sí á doña Isabel á la quinta del Río, donde pensaba establecer su cuartel general.

La quinta del Río estaba á una distancia igual de Dos Hermanas, de Cantillana, de los Palacios, por donde se decía andaba Diego Corriente.

He aquí por qué doña Isabel se había apresurado á echar fuera de la quinta á Diego Corriente.

Llevaba otro objeto también don Francisco.

Había recibido una confidencia de que el ermitaño de la Cruz de la Fuente era un bribón, y el alma, por decirlo así, de todos los latrocinios y excesos que se cometían en el campo, en la circunferencia de Sevilla, por caballistas y ladrones de toda especie, y de los hurtos y robos que en la ciudad se hacían.

Entonces había comprendido el señor Bruna como habían podido robarle su hija.

El lobo tenía su guarida muy cerca de la quinta.

Sobre aquel lobo iba principalmente el señor Bruna.

Acompañaba, además de la fuerza armada, á don Francisco toda su ronda y su nuevo secretario don Lino Salvilla, porque aquel don Basilio de otro tiempo, había muerto.

Don Lino era un tunante fornido, avieso, hombre de puños, y que tanto se le daba manejar la pluma como la espada ó la escopeta.

Gran jinete como buen andaluz, hombre de trastienda y de picardías hasta perderse de vista, y como de cuarenta y cinco años.

A este tal, cuando se aproximaron á la quinta del Río, mandó don Francisco se adelantase con la mitad de la ronda y media compañía de migueletes, echase sobre la ermita y prendiese al ermitaño, aunque tuviese más hábitos que San Francisco y pareciese el santo más santo de la tierra.

Don Lino, relamiéndose ya porque le ponían en caza de un ratón, se fué hacia la ermita, y don Francisco con la otra media ronda mandada por Cleofás, con la caballería, la infantería y la otra media compañía de migueletes, se fué á la quinta, metió la fuerza en la huerta, mandó que inmediatamente se hiciese un rancho á la tropa de tocino, arroz y garbanzos, y que para él y los oficiales se hiciese almuerzo, que todo lo sufría la quinta, porque estaba muy bien abastecida.

Acto contínuo, el señor Bruna se entró solo en la habitación de doña Isabel.

¡Y cuál sería su sorpresa al ver allí á doña Francisca!

Quedóse estático y mudo.

Pasó por él toda una tempestad de afectos.

La irresolución se marcaba en su semblante. Era padre, y á pesar de su severidad de juez, vacilaba.

Nadie va contra las leyes de Dios, que son las leyes de la naturaleza.

—Nada se ha perdido, nada—dijo doña Isabel aprovechando la irresolución del señor Bruna—: él la ha salvado á tiempo.

—¡Eh! ¿y quién es él?—exclamó el señor Bruna.

—Diego—contestó doña Isabel.

—¿El la ha salvado?—exclamó el señor Bruna—¿pues no fué él quién la robó?

—No por cierto—contestó doña Isabel—; fué una coincidencia. Al mismo tiempo que se llevaban á Francisca, entraba él con su gente en la quinta, con harto distinto objeto. Y debemos tener traidores entre nuestros criados, porque no ha mucho me decía Diego, poniendo la mano sobre este buró:

—Yo venía por las dos mil onzas y por las alhajas que hay aquí.

—¡Qué!—exclamó el señor Bruna—¿y por qué no se las llevó?

—Venga usted, don Francisco, venga usted—dijo doña Isabel, que delante de su hija tra-

taba á don Francisco como un antiguo amigo, y nada más.

Si doña Francisca creía que el señor Bruna era su padre, era por inducción.

Doña Isabel llevó al señor Bruna á su dormitorio, y señalándole su retrato, le dijo:

—Por eso no nos ha robado Diego, porque me ha reconocido.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó el señor Bruna—¿y has hablado tú con él?

—Sí, cuando yo vine estaba aquí con Francisca.

—¿Y se ha explicado?

—Sí: ya no hay misterio entre nosotros: conoce su historia, sabe que soy su abuela, como yo sé que es mi nieto.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó el señor Bruna—¿y dices tú que no fué él el que robó á Francisca?

—No: quién la robó fué el conde de Rovira, de cuyo poder la ha sacado Diego.

—¡El conde de Rovira! ¿y cómo un caballero ha incurrido en tal delito?

—No lo sé, no lo sé; no he tenido tiempo de explicarme con Diego, pero él dice que vendrá á verme otro día.

—¿Y hace mucho que partió? No, no puede ser mucho, porque yo he venido inmediatamente detrás de tí, y tú le has encontrado aquí, le has hablado.

—¡Oh, Dios mío! Francisco ¿qué piensas hacer?

—Perseguirle como es mi obligación.

—¡Ah, no, no saldrás!—dijo doña Isabel—: te lo impediré yo. ¡Ah, no, no! ¡sería horrible si él te matara y si le mataras tú! Y además de eso, ¿por dónde irá ya?

—¡Isabel, apártate!—exclamó el señor Bruna, Doña Isabel se aterró.

Tal habían sido el acento y la mirada del señor Bruna al pronunciar sus últimas palabras.

Doña Isabel cayó de rodillas y abrazó las de don Francisco.

—¡Ah, no, no! ¡por Dios!—exclamó—esto es horrible, espantoso! que le persiga otro; ¡pero tú...! ¡Dios mío! Mira, es bravo como un león, se le conoce en la cara. La gente que le acompaña es terrible. ¡Ah, no por Dios! ¡no, Francisco, yo no quiero que te expongas! El está desesperado, obligado á defenderse. ¡Ah, no, no vayas, por mi alma, por la tuya, por la de nuestra hija!

—Aparta, Isabel, aparta; no me obligues á cometer una violencia contra tí.

—¡No, no, mátame—dijo doña Isabel.

Y se asió con más fuerza á las rodillas de su marido.

El señor Bruna asió las manos de doña Isabel, que era débil, y la separó de sí.

—¡Ah, no!—exclamó ésta—: detente ó gritaré, gritaré, sabrá todo el mundo y sabrá nuestra



hija que tú eres mi marido, que Diego Corriente es mi nieto.

Se detuvo el señor Bruna.

Aquello era más de lo que esperaba.

La abuela defendía al nieto de una manera terrible.

Bruna no podía ser el juez intransigente, el juez terrible, y le cogía su destino esclavizado.

Por eso hemos dicho que un juez no puede tener corazón.

No puede ser un hombre de la vida con pasiones, con honra, con afectos.

Un juez, tal como se necesitaría para la estricta obligación de la justicia, debería ser un autómatas.

Era demasiado lo que tenía sobre sí el señor Bruna, y por el momento le faltó toda la energía de su carácter.

Se anquiló.

Doña Isabel había logrado parar el primer golpe.

Pero era necesario temer que el señor Bruna volviese sobre sí y recayese en su feroz monomanía de la estricta aplicación de la justicia; porque esta idea santa había llegado á ser una especie de monomanía en el señor Bruna, sostenida fuerza es decirlo, por su soberbia.

Vaciló, dió dos pasos indecisos, se dejó caer sobre un sillón, y abatió la cabeza.

—¡Francisco! ¡Francisco!—exclamó doña Isabel—¿qué te va en que ese desdichado muera? ¿crees que matándole á él se acabarían los crímenes? ¿que ni siquiera se disminuirán

—¡Calla!—dijo Bruna—: mi amor, mi insensato amor por ti es ya un pecado; soy débil. ¡Pero no, no, eso no puede ser! ¡La muerte antes que deshonrarme faltando á la confianza que en mí se ha depositado! Solo hay un remedio, Isabel, escucha: ¿no dices que él ha prometido que volverá á verte?

—Sí.

—Estos bandidos se cubren, se disfrazan, conocen el terreno, se escapan por cualquier parte. El vendrá, sí, estoy seguro de ello, le importa mucho: entonces Isabel...

—¿Pretenderás acaso que yo le entregue?

—No, Isabel, no. Yo no puedo exigirte eso. Pero oye; háblale, persuádele, dale medios, todo cuanto poseemos, para que se marche á Portugal. Convéncele para que abandone esa horrible vida de perdición, de crimen. Todo lo que yo puedo hacer, y aun así avergonzándome de mí mismo, es darle algunos días de respiro, dejarle ir; pero es necesario que estos crímenes se acaben. Yo no puedo, sin hacerme cómplice suyo, dejarle ejercer sus horrendos actos de bandido. ¡No! Dios nos ha hecho administradores de la justicia para que velemos por la honra, por la vida, por la hacienda de nuestros semejantes. Otro cosa, es ser más bandidos que los bandidos, más miserables que ellos. Es cometer el

crimen sin responsabilidad y sin peligro. ¡Que se vaya, que se vaya cuanto antes!

—¡Oh, gracias, gracias, Francisco! yo le venceré, yo le salvaré, él huirá. El se irá á Portugal ó á América.

—¡Oh, sí, donde nadie sepa quien es ni lo que ha hecho! Pero que esto sea pronto, pronto; porque si tarda demasiado, si vuelven á tenerse noticias de nuevos crímenes, ya no me detendrá ningún respeto humano, ninguna consideración, ningún afecto. ¿Y nuestra hija?

—Pura y arrependida.

—¡Ah!

—Todo lo debemos á Diego, porque el conde de Rovira te temía, porque pensaba haberse ido con ella de España.

—Pero ¿cómo, como ha podido enloquecerse nuestra hija hasta el punto de abandonarnos, de deshonrarnos? ¡de deshonrarte! porque á mí se me cree soltero y se me creerá siempre.

—La locura de la pasión, Francisco, con la cual debemos ser indulgentes, porque nosotros también hemos sucumbido á esa locura, y nuestra es la culpa de lo que acontece. ¡Ah! si yo no me hubiera olvidado como ella de la honra de mi anciano padre, si tú no te hubieras olvidado de todo por tu amor y no te hubieras unido á mí, no existiría Diego, no existiría Francisca, Pero no perdamos el tiempo en declamaciones inútiles: vamos á lo que importa. Sólo los criados de casa saben que Francisca ha estado fuera dos días. Callarán, y si no callan, nadie los creará, que los de allá, los de la casa adonde la ha conducido ese hombre, no la han visto; y además; aunque la hubieran visto, no la conocen. En el conde Rovira ha habido pasión, olvido, pero ha habido también caballerosidad: ha tratado con la mayor delicadeza á Francisca mientras la trasladó de aquí á la quinta de su tía la condesa de Pueblarrica, excelente señora, de la cual tengo muy buenas noticias.

—Pero ¿y por qué, por qué ese hombre no te ha dicho: señora, amo á su hija de usted, y la quiero para esposa?

—Temieron tu carácter, tu terrible carácter. Francisca ha sospechado que eres su padre. Francisca ha adivinado nuestra situación. Francisca ha temido, y no en vano, que yo me hubiera negado, obediéndote. La fatalidad de nuestro destino, Francisco, no lo desconozcamos. Lo que se quería era obligarte á causa de nuestra honra y de nuestra hija.

—Pero eso, Isabel, merece una estocada.

—Y la infeliz, enamorada, loca se muere si por un empeño de la soberbia la sacrificamos. Es necesario que esto concluya, que concluya de todo punto. Ya que nuestra hija puede ser feliz, que lo sea; según me ha dicho, el conde la ama de tal manera, que cerrará los ojos á todo.

—¿Y qué necesidad tenemos de que nadie cierre los ojos respecto á nosotros?—exclamó con irritación el señor Bruna.

—¡La soberbia! ¡siempre la soberbia, que no produce más que desgracias! — exclamó doña Isabel—: ¿con qué derecho pretendemos nosotros que el castigo de nuestros pecados recaiga en nuestros inocentes hijos? ¿por qué no hemos de arrostrar las consecuencias de nuestra falta? ¿por qué hemos de sacrificar á nuestra vanidad corazones inocentes?

—¡Basta!—exclamó Bruna levantándose—: yo sé lo que debo hacer.

Y salió del dormitorio.

Atravesó el saloncito sin volverse á mirar siquiera á doña Francisca, que estaba doblegada, bajó á una habitación del piso inferior, y llamó á Cleofás.

## VI

Apareció Cleofás.

Estaba ya viejo: como que cuando le presentamos en la primera parte de este libro contaba ya treinta años, lo que quiere decir que había llegado á los sesenta y uno.

Que había vivido como un hongo al lado de don Francisco de Bruna, sin pasar de ser su primer alguacil, su mayordomo, su criado de confianza.

Pero se había enriquecido abusando de la confianza que en él había depositado el señor Bruna, y explotando la posición que la confianza de éste le daba.

Por supuesto, obrando muy prudentemente, con gran astucia, y de tal modo, que el receloso señor Bruna nada había sospechado de él, y le llamaba el hombre más honrado de la tierra.

Sin embargo, este hombre honrado mantenía sus innumerables vicios á costa de las picardías productivas que continuamente practicaba con la mayor sagacidad del mundo.

El señor Bruna estaba muy satisfecho de él.

A pesar de sus vicios, Cleofás se mantenía fuerte y robusto, y soportaba bien la constante fatiga á que le sentenciaba la actividad del señor Bruna.

—Y bien, Cleofás—le dijo éste—: ¿qué hay de la ermita?

—¡Qué ha de haber, señor, sino que el ermitaño ha oído la tostada y se ha ido á tiempo, dejando señales de que no piensa en volver!

—¡Bah! un primer golpe en vago—dijo el señor Bruna, que estaba de un humor del infierno—: se habrán cometido torpezas: ¡qué le hemos de hacer! ¡uno no puede estar en todas partes!

—Juro á usía—dijo Cleofás—, que yo no he cometido torpeza alguna, ni la he podido cometer, porque yo he venido con usía, y no me separado de él.

—Bien, bien—dijo el señor Bruna—: yo no te culpo: que aviven el almuerzo, porque en cuanto almorcemos, marcharemos: vete.

Cleofás salió.

Pero volvió á entrar en el momento.

—Señor—dijo trayendo un pliego en la mano—: acaba de llegar uno á caballo con esta carta para usía del señor Asistente.

Tomó el pliego, el señor Bruna, y Cleofás salió.

Abrió con inquietud el pliego el señor Bruna, y vió que decía lo siguiente:

«Señor don Francisco de Bruna, amigo mío y de mi mayor estimación: Este es el cuento de nunca acabar, y el tal Diego Corriente es un demonio que nos va á dar mucho qué hacer.

»Acabo de recibir un aviso alarmante de la señora condesa de Pueblarrica, que vive en su quinta cerca de los Palacios; allí ha estado Diego Corriente esta mañana con su cuadrilla, ha cometido excesos, y ha malherido en una pierna al señor conde de Rovira, sobrino de la condesa, que ha procurado defender la quinta.

»Los bandidos, pues, están cerca del pueblo de los Palacios y se lo aviso á usted para lo que pueda convenir.»

Bruna arrugó esta carta.

—¡Fatalidad y siempre fatalidad!—dijo—: ¡ah, el conde de Rovira! ¡el hombre que se ha atrevido á insultarme está en la quinta de la condesa de Pueblarrica, y herido! ¡herido por Diego, que ha salvado á mi hija! ¡bien, sí! ¡es necesario obrar de una manera enérgica! ¡Cleofás!

Entró el alguacil.

—¡El almuerzo! ¡el almuerzo!—le dijo el señor Bruna—: que le dispongan cuanto antes.

—Aun tardará una hora, según se me ha dicho—contestó Cleofás.

—Pues nos iremos sin almorzar—exclamó el señor Bruna—: mi caballo: que se disponga toda la gente; nos vamos á los Palacios: allí se comerá si hay lugar.

Trajeron el caballo al señor Bruna, montó, y reunida la fuerza, marchó sin despedirse de doña Isabel ni de doña Francisca, que se quedaron dominadas por la mayor ansiedad, porque habían entendido que el señor Bruna iba á la quinta de la condesa de Pueblarrica, donde estaba el conde de Rovira.

Cuando llegó el señor Bruna á los Palacios, mandó que la gente se alojase en el pueblo.

La hizo distribuir dinero para que comiesen por su cuenta, y con Cleofás y los alguaciles se fué á la quinta de la condesa de Pueblarrica, á la que llamó anunciándose en nombre del rey.

La pobre condesa se aterró; pero se apresuró á recibir al señor Bruna.

Saludóla éste ceremoniosamente, y la dijo:

—No es ciertamente á vuecencia á quien yo busco aquí, señora, sino á su sobrino el excelentísimo señor conde de Rovira, de quien tengo noticias se encuentra aquí herido á causa

de una invasión de bandidos en esta quinta.

—En efecto, caballero—contestó la condesa, que estaba pálida como una difunta, mirando con ansiedad al señor Bruna; pero suplico á usted prescindir de mi tratamiento y del de mi sobrino, como yo prescindo del suyo: entre gente noble...

—Por supuesto, señora; y ahora bien: ¿podré ver á ese caballero?

—Con él están el cirujano y el médico, y yo he estado hasta ahora. La herida, por fortuna, no ha interesado más que el músculo.

—¿Y cómo ha sucedido eso?

—¿Es una declaración lo que usted me pide?—preguntó con cierto cuidado la condesa—; porque

—¡Yo! ¿pues y qué tengo yo que ver con esa señorita?—exclamó el señor Bruna, á quien se le heló el corazón porque se veía obligado á negar á su hija, á quien adoraba.

—Legalmente—dijo la condesa—, es cierto Nada tiene usted de común con ella; pero yo sé por mi sobrino que es usted un antiguo amigo de su madre, y que sobre esa señora tiene usted una grande influencia.

—Es verdad—contestó el señor Bruna—: fui grande amigo de su padre; esa señora ha sido muy desgraciada.

Lo creo.

—El casamiento del señor conde de Rovira con doña Francisca, no es fácil.



Aparta, Isabel: No me obligues á cometer una violencia contra ti (pág. 14)

si es una declaración, como hay que hablar de cosas que importan á usted, me atrevería á suplicarle que esta formalidad pasase entre nosotros.

—¿Cosas que me interesan á mí?—preguntó Bruna haciéndose el ignorante.

—¡Ya lo creo! Como que todo lo que ha acontecido ha sido á causa de la señorita doña Francisca Hernández, á quien usted conoce demasiado.

—¿De modo que—exclamó conteniéndose mal el señor Bruna—, si yo pusiera preso al señor conde de Rovira, cumpliría con mi deber?

—Y se divulgaría, señor don Francisco, lo que no hay necesidad que nadie sepa. En fin, creo terminada la cuestión de la manera siguiente: ¿concede usted la mano de la señorita doña Francisca Hernández al conde de Rovira mi sobrino?

—¿Y por qué?

—Porque doña Francisca es hija natural.

—En Castilla, el caballo lleva la silla—contestó sonriendo la condesa.

—Pero ¿y las consecuencias, los hijos?

—Que tengan paciencia, como la tiene la pobre doña Francisca.

—¡Oh! ¿adónde vamos á parar?—contestó el señor Bruna—: ¡qué tiempos! ¡qué costumbres! ¡un hombre que se atreve á invadir el hogar ajeno! ¡una joven que se olvida de sus deberes, y deja en la desolación á su madre!

—¡El amor! ¡y siempre el amor, que produce funestísimas consecuencias, para evitar las cuales hay que hacer lo que yo he hecho, caballero, vivir sin amor, llegar á la vejez sin hijos, estar solos en el mundo; no tener ni felicidad ni consuelo! ¡Todo tiene su precio en el mundo, y el precio del amor es muy caro!

—¡Ah!—exclamó don Francisco—: hay que violentarse; es necesario tener valor para arrancarse las entrañas.

—¿Pero hay valor bastante para arrancárselas á otro?

—No sé por qué insisto—contestó el señor Bruna—; no sé por qué insisto, señora, porque á la verdad, ¿qué tengo yo que ver con esto? Eso es más cosa de doña Isabel Hernández, de su hija, del señor conde de Rovira. Asuntos de familia en que yo no puedo mezclarme.

—Sí es cierto, pero la influencia de usted con esa señora...

El señor Bruna sudaba.

Comprendía demasiado que la condesa no ignoraba nada, y por lo mismo se mostraba cada vez más ajeno á la cuestión.

—En fin, señora—dijo—, si no pretende usted otra cosa sino que yo aconseje á la madre de esa señorita, haré lo que me dicte mi conciencia. Esos son asuntos graves, gravísimos.

—Tan graves son—repuso la condesa—, que espero que usted tendrá en cuenta su gravedad.

—Bien, señora, bien. Pero yo no he venido á otra cosa que á obedecer una orden del Asistente, que me manda venir á informarme de lo que ha acontecido aquí esta mañana, y á tomar declaración á cuantas personas hubieren tenido noticia de ello.

—Lo que ha acontecido aquí esta mañana—dijo la condesa—, es muy grave, demasiado grave, y sin embargo, se reduce á muy poco; pero ese poco le importa á usted mucho callarlo, señor don Francisco; porque en ese poco está envuelta la señorita doña Francisca Hernández, hija de su grande amiga de usted doña Isabel.

—Y bien—dijo don Francisco, que estaba aturdido porque veía toda la gravedad de la situación.

—Lo mejor es—dijo la condesa—, que se eche tierra á este negocio, porque si se pone en claro la verdad, resultará que mi sobrino, enamorado como un loco, llegó hasta el exceso de cometer el rapto de una hija de familia y me la trajo, con la buena intención de que yo la tuviera en depósito, hasta que obligada la familia de doña Francisca y por cubrir su honra, la concediese en matrimonio á mi sobrino.

—Pero esa es una violencia como otra cualquiera, señora.

—Concedido, don Francisco, concedido; pero hay que tener en cuenta que el amor, cuando llega á la pasión, es violento y en nada repara.

—Pues para las violencias están las leyes.

—Vuelta á la manía de las leyes; ¿por qué no se han de arreglar las cosas cuando pueden arreglarse? pero vamos á lo que aquí ha acontecido; se nos ha echado encima ese Diego Corriente que acaba de aparecer como salteador, y que tiene ya más fama que otros muchos envejecidos en el camino, por lo que ha hecho en veinticuatro horas, y al entrar se encontró con mi sobrino que salía: le dijo que tenía que

háblarle, y mi sobrino, que la echa de valiente y que á nada cede, le introdujo en la casa y tuvieron una agria disputa, después de la cual el capitán de bandidos salió de la casa, llamó á sus bandidos, nos acometió, hirió á mi sobrino, entró adonde yo estaba con doña Francisca, y violentamente se la llevó; estoy segura de que ha ido á entregarla á su madre, porque ese Diego Corriente es un bandido muy original y que tiene mucho de caballero, y de caballero desfacedor de entuertos, aunque bien creo que no ha recibido educación para ello ni ha leído DON QUIJOTE DE LA MANCHA; ¿tiene usted alguna noticia acerca de si doña Francisca ha sido devuelta á su madre ó no?

—Doña Francisca está en la quinta del Río, de la que quisiera Dios no hubiera salido.

—Pues figúremonos que no ha salido, señor don Francisco; puedo asegurar á usted que aquí nadie la ha visto, porque cuando la traje mi sobrino era de noche, estaba yo esperándola, los criados dormían, y sin ser vista de nadie la introdujo aquí mismo, y aquí no ha entrado nadie, mientras doña Francisca ha estado, hasta que entró Diego Corriente para llevársela, y cuando salió con ella ese extraño bandido nadie pudo verla, porque los criados habían huido, aterrados por la acometida de los ladrones.

—Bien, bien, señora—dijo don Francisco—: nuestra conversación ha terminado por sí misma; hemos hablado ya cuanto teníamos que hablar: necesito hablar ahora con el señor conde de Rovira, si el estado de su salud á causa de su herida, se lo permite.

—Señor don Francisco—dijo la condesa—; afortunadamente, la herida no es de peligro: yo misma voy á conducir á usted.

Y se levantó, salió del gabinete, atravesó el salón, salió al vestíbulo, y atravesó, seguida siempre por el señor Bruna, entró por una puerta del frente, recorrió otro salón y otro gabinete, é introdujo al señor Bruna en una inmensa alcoba que en el gabinete había.

Allí, en un magnífico lecho, estaba el conde de Rovira, pálido y sombrío.

Acababa de curarle el cirujano, y el médico que había asistido á la operación, permanecía también allí.

—¿Han concluido ustedes ya?—dijo la condesa.

—Sí señora—contestó el cirujano—, y no hacemos falta hasta la tarde que levantaremos el apósito; pero estamos haciendo falta, una gran falta en el cortijo del Puntal, donde hay algunos migueletes gravemente heridos, y á los cuales hemos abandonado por acudir al señor conde en cuanto se nos avisó.

—¡Ah!—dijo el señor Bruna—: ¿están ustedes asistiendo á los migueletes que han tenido el encuentro desgraciado esta noche pasada con esa partida de salteadores que ha aparecido recientemente, aterrando á la comarca?

El cirujano miraba profundamente al señor Bruna, porque le parecía mucho sujeto.

La condesa le sacó de perplejidad, diciendo:

—Este caballero es el ilustrísimo señor don Francisco de Bruna, oidor de la real Audiencia de Sevilla, teniente alcaide de los reales alcázares de la misma ciudad, y gentilhombre de su majestad, á quien por su grande influencia se conoce vulgarmente por el señor del gran poder.

—¡Ah!—exclamó el cirujano mientras el conde de Rovira miraba intensamente y con algo de espanto al señor Bruna: pues me alegro mucho de haber conocido á usía, porque todo el mundo dice que usía es un juez muy recto.

—Procuro serlo—contestó el señor Bruna.

—Pues mire usía, que buena falta hacen los jueces rectos y terribles, porque lo que sucede no se puede aguantar, ¿no es verdad, don Jenaro?

—¡Válgame Dios!—dijo por decir algo el médico, que era muy corto de genio y que se había asustado en cuanto había sabido que aquel señor alto, seco y vestido de negro que estaba allí, era el señor del gran poder; porque no nos hagamos ilusiones, don Jenaro era un pícaro que se entendía con los caballistas, y no solamente los curaba cuando era menester, que ya sabemos que llamado por don Tadeo acudió á asistir á Diego Corriente, sino que les servía de espía y de otras muchas cosas, de todo lo cual sacaba buen provecho.

—¡Si usía supiera lo que nos sucedió anoche!—dijo el cirujano—: figúrese usía que estábamos durmiendo tranquilamente cada uno en su casa, don Jenaro y yo, cuando vinieron á buscarnos dos mozos del cortijo del Puntal para que fuéramos á asistir á los cortijeros; decían que el Gallero había sido muy mal herido, y que la Vicenteja, su mujer, de verle tan malito se había puesto mala, y que él necesitaba cirujano y ella médico; nosotros quisimos disculparnos diciendo que no nos atrevíamos á salir de los Palacios, porque el camino estaba muy mal seguro, pero nos atajaron diciéndonos que con nosotros iban á ir veinte migueletes que había en el pueblo; ¡cómo habíamos de creer nosotros que hubiese nadie que se atreviese á meterse con veinte migueletes! pero ¡ay, señor! yo creo que los ladrones de ese Diego Corriente son más que los innumerables mártires de Zaragoza, y perversos, porque los caballistas que incendian y matan no tienen perdón de Dios.

Bruna escuchaba al cirujano como quien escucha una declaración, serio y grave, fijando en él una penetrante mirada, lo que aturdiría un tanto al cirujano y desconcertaba del todo al médico.

—Pues yo digo esto, señor—continuó el cirujano—, porque mucho antes de llegar al cortijo nos dió en la cara un resplandor muy grande; ¿y qué era? que el cortijo ardía por los cuatro costados, porque los caballistas le habían puesto fuego: en cuanto vieron esto los migueletes,

se dispararon para allá, y nosotros nos quedamos algo rezagados con los mozos: ¡ay, señor de mi alma, la que se armó! á poco después no se oían más que escopetazos y trabucazos: las balas pasaban junto á nosotros, y tuvimos que echarnos en el suelo para no ser heridos: aquello se acabó muy pronto; como que apenas duraría cinco minutos, y entonces nos buscaron los mismos bandidos, y dieron con nosotros, y nos llevaron, y nos encontramos con quince migueletes heridos, entrando en ellos el capitán: ¡ay, señor! y llevaron aquellos perversos la iniquidad hasta hacerme curar un caballo, como si yo fuera un alfébar.

Pero se guardó muy bien de decir el cirujano que por haber curado el caballo le habían dado cuatro onzas, y por cada uno de los migueletes heridos una, como asimismo al médico.

—¿Y se batieron bien los migueletes?

—Como leones, señor, como leones: los pobres muchachos cumplieron con su obligación; ¿pero qué había de suceder si los caballistas eran ciento y la madre, y soltaban cada trabucazo que temblaba la tierra? mucho va á dar que hacer este Diego Corriente, porque es el hombre de más alientos que he conocido: mire usía que tiene lo que tiene haberse metido ayer en el pueblo y en la casa del alcalde, que aunque es muy rico, le han llevado á mitad de rico, porque se le han llevado más de dos millones que tenía en oro escondidos debajo de la cama, y además de eso sus dos sobrinas, que las abandonaron á poco, y se han vuelto al pueblo jurando y perjurando que las han respetado los caballistas; pero ¿quién las cree, si son dos muchachas como dos soles? Cuando esas se casen, ya habrá criado la rana pelo, á no ser que su tío se las lleve á Sevilla, donde pasan todas las monedas falsas.

—Bien, bien—dijo el señor Bruna—; estoy enterado, y agradezco las noticias que me ha dado usted: ya se le tomará á usted declaración más despacio, y se hará justicia, completa justicia: por ahora no quiero detenerlos á ustedes, porque están haciendo falta en el cortijo del Puntal, donde hay gravemente heridos algunos buenos servidores del rey: vayan, vayan ustedes para allá, aunque no sea más que por caridad de esos pobres heridos.

El cirujano y el médico comprendieron que los echaban, y al salir el médico, dijo al cirujano:

—Es usted un charlatán: por decir usted á todo el mundo que ha hablado con el señor del gran poder y que el señor del gran poder le ha escuchado, nos ha puesto usted en el caso de tener que prestar declaración; y es muy posible que se sepa que hemos tomado dinero de los ladrones por la cura de los migueletes y de aquel dichoso caballo, bien que ese le curó usted, y el señor del gran poder es hombre capaz de echarnos á presidio por ello, ó cuando menos, de hacernos azotar públicamente, y de que recibamos la mitad de los azotes aquí en

el pueblo y la otra mitad en Sevilla, como sabe usted que ya lo ha hecho con otros.

—Oiga usted, don Jenaro—dijo don Restituto—: usted dice eso porque como todo el mundo sabe en el pueblo que usted se trata con los caballistas, tiene usted miedo de que le pregunten mucho; ¡pero á mí, qué se me da! yo, con decir que he tomado el dinero porque los ladrones no me pegaran una paliza ó hicieran otra cosa peor, estoy del otro lado; y todo será, si ha habido alguna falta, que yo satisfaga, dejando gran parte del dinero para la cofradía de las Animas.

—En fin, si de esta escapamos sin más que cárcel ó azotes, yo me alegraré mucho; ¡pues á fe á fe que al señor del gran poder no le gusta mucho que sacudan las espaldas al prójimo! en fin, con mentecatos como usted no se puede ir á ninguna parte.

—A mí no me llame usted mentecato, don Jenaro—dijo el cirujano, que la echaba de matón—, porque le quito á usted la caña de Indasi y se la rompo en las quijadas.

—¡Qué me ha de quitar usted á mí, ni qué me ha de romper á mí, sacamuélas!—contestó don Jenaro, que con la costumbre de tratar con caballistas la echaba también de matón.

A todo esto, escuchaba con mucha atención Cleofás, que era un alguacil muy maligno, y que esperaba en el portalón de la quinta, cerca del cual se habían contrapunteado los dos facultativos.

Estaban además allí, en el camino, cuatro ó seis alguaciles, y media compañía de migueletes.

Cleofás no intervino para poner en paz á los contendientes, sino que esperó con muy mala intención á que pasasen á vías de hecho.

Lo cual quería decir que Cleofás, como alguno de nuestros modernos políticos, prefería al sistema preventivo el restrictivo.

Pudo evitar la camorra, pero prefirió castigarla.

Y aconteció que, queriendo llevar á efecto la amenaza don Restituto de quitar á don Jenaro el bastón y pegarle con él, el médico se hizo dos pasos atrás, y sin encomendarse á Dios ni al diablo sacudió dos tremendos bastonazos al cirujano, uno de lleno en la mandíbula izquierda, y otro al revés en el temporal derecho, de lo que resultó con la cabeza abierta y con la boca bañada en sangre don Restituto.

Y entonces Cleofás, brillándole los ojos como al gato que se arroja sobre un ratón, se dió á luz desde detrás del portalón, donde embozado había oído la disputa, y con otros dos alguaciles y al grito de: ¡téngase ahí, que hay un hombre herido! ¡dénse presos! se echó encima llegando á tiempo de impedir que don Restituto llegase al suelo, y echó mano de los dos.

—A ver, Corduela—dijo á uno de los alguaciles—, si te encuentras en el bolsillo dos cuerdas para atar á estos.

—¿Cómo se entiende?—dijo todo sulfurado don Jenaro blandiendo su caña de Indias—: ¿prenderme á mí porque he castigado á un bribón y á un insolente, y querer atarme como á un canalla? ¿á mí, que soy el médico titular de la villa?

—Sí señor, sí: que nos prendan, que nos aten—dijo irritado don Restituto—, que yo saldré en salvo, y á usted ya le ajustará una buena cuenta el señor del gran poder, por ser gancho y satélite de los ladrones.

¿Quién tal oyó? Cleofás, Corduela y el Chato, que así se llamaba el otro alguacil, arremetieron á los dos, los ataron, á pesar de las protestas de don Jenaro, y cuando esto estuvo hecho, Cleofás, volviéndose magnífico, imponente como un dictador á los migueletes, dijo:

—A ver, sargento, lleve usted á estos dos pícaros á la cárcel, déjelos usted en ella, y que le den recibo.

El sargento, que era un ternejal con más patillas que soberbia, aunque la tenía y grande, y con dos migueletes, se apoderó de los míseros facultativos, y haciéndolos andar á empujones se los llevó hacia el pueblo.

Cleofás se había quedado con la caña de Indias con puño de plata, del médico, como cuerpo de delito, y se paseaba apoyándose en ella, lleno de sí mismo; como que había dado algo de alimento á su mala intención.

—¿Y no da usted parte, señor Cleofás, al señor don Francisco de la prisión que se ha hecho?—dijo el Chato.

—Su señoría debe estar muy ocupado allá adentro—contestó Cleofás—: cuando salga, ya se le dará parte; y te advierto Chato, que no te atrevas otra vez á hacerme á mí advertencias, porque doy una queja al amo, y te quito la vara y te meto en la cárcel con lo que haya lugar.

—Perdone usted, señor Cleofás.

—No hay de qué, Chato.

Y Cleofás continuó paseándose por delante del portalón de la quinta.

## VII

La condesa había dejado solos al conde de Rovira y á don Francisco de Bruna.

Por un momento, entrambos se miraron de una manera profunda.

Pero era harto distinta la expresión de aquellas dos miradas.

En la del conde había ansiedad: en la del señor Bruna, cólera.

El conde veía en don Francisco al hombre que podía negarle ó concederle su felicidad: esto es, la mano de doña Francisca.

El señor Bruna veía en el conde al seductor de su hija, y lo veía esto con el doble carácter, desde la doble altura de juez y de padre.

—Y bien, señor—dijo el conde—: ¿podré saber á qué debo el honor de hablar á usted?

—Al parte que ha enviado esta mañana la señora tía de usted al Asistente—contestó roncamente el señor Bruna.

—¿Mi tía ha enviado un parte al Asistente?— exclamó con disgusto el joven: ¿y para qué? ¿para que se persiga á los bandidos que me han herido? Lo siento: de estas cosas, cuando median hombres como yo y bandidos como el que me ha puesto en este estado, bandidos extraños, que tienen mucho de caballeros andantes de nuevo género y que pretenden medirse de persona á persona con un hombre de honor, no se da parte: se les busca y se les mata.

—¿Sabe Dios si estará ahorcado ese hombre cuando usted haya sanado, señor conde!—dijo don Francisco, que no cesaba de mirar de una manera terrible al joven.

—Lo sentiré: ese hombre me ha insultado.

—¿Me hará usted el favor de decirme, caballero, lo que ha acontecido entre usted y ese hombre?

—Sí, por cierto.

—Espero que no ocultará usted ni la menor parte de la verdad.

—¿Es una declaración la que se me pide?

—No, puesto que he dejado en la villa á mi secretario.

—¿Esta es, pues, una conversación particular?

—No: esta es más bien una explicación entre dos caballeros, aunque uno de ellos se haya permitido actos indignos.

—¿Señor Bruna!

—Sí, si señor: actos indignos, señor conde—repitió con una terrible calma don Francisco.

—Si usted llama indigno lo que se hace para buscar la felicidad...

—La felicidad que se busca á costa de la honra y de la felicidad de otros, es ciertamente una felicidad muy poco envidiable, porque se ha llegado á ella por medio del crimen: pero ¿qué felicidad puede haber sin la tranquilidad de la conciencia? ¿qué hombre de honor no respeta la familia, la honestidad, ni cómo unirse sin vergüenza y sin horror á una mujer que ha abandonado á su madre, huyendo con un hombre que no es su marido, y que haría muy bien en burlarla, en despreciarla, en abandonarla? ¡á qué punto, á qué olvido de todo lo respetable, de todo lo justo, de todo lo digno hemos llegado!

—¿Ah! es usted muy severo, señor don Francisco—exclamó avergonzado el joven.

—Severo no, justo.

—Usted lleva la idea de la justicia hasta un punto terrible.

—En cuestiones de justicia no hay ni más ni menos: la justicia es una, sola, invariable, y no admite modificación.

—¿No ha amado usted nunca, don Francisco?

—Bien, ¿y qué?

—Que si usted no ha amado, no puede us-

ted comprender hasta qué extremos conduce la violencia del amor.

—No es el amor el que infama, arrojando sobre la vida de la criatura, una mancha indeleble.

—Doña Francisca sabía que podía confiar en mí.

—¿Doña Francisca! ¿quién ha autorizado á usted para pronunciar ese nombre?

—La situación en que me encuentro.

—Situación verdaderamente difícil.

—¿Qué! ¿después de lo que ha sucedido, me negará usted la mano de doña Francisca?

—Si yo tuviera derecho á negársela á usted, no sólo se la negaría, sino que exigiría á usted una satisfacción terrible, á muerte, de caballero á caballero.

—¿Qué no tiene usted derecho á negarme ó concederme la mano de doña Francisca?

—No: porque no soy su padre.

—¿Pues quién es el padre de doña Francisca?

—¿Yo no!

—¿Ah! bien temía ella la inflexibilidad de usted.

—No me temía: no me teme mucho, cuando se ha arrojado á hacer lo que ha hecho: pero y bien: ¿por qué había de temerme? ¿qué soy yo para ella más que un hombre á quien conoce desde su infancia, desde el momento á que alcanzan sus primeros recuerdos?

—Señor, don Francisco, estamos solos y puedo ser explícito con usted,

—Veamos.

—Doña Francisca cree que usted es su padre.

—Doña Francisca se engaña—contestó tranquilamente el señor Bruna, á pesar de que tenía el corazón destrozado.

—¿Ha visto en usted tal amor!...

—El amor que se tiene á las criaturas á quienes se ha visto nacer, crecer, pasar de niños á adolescentes, de la adolescencia á la edad de la razón.

—Permítame usted, señor don Francisco, le haga una pregunta, que en la situación en que me encuentro creo tener derecho á hacerle.

—No veo el derecho: sin embargo, escucho la pregunta.

—¿Quién es el padre de doña Francisca?

—No puedo responder.

—¿No lo sabe usted?

—Ese secreto no es mío.

—De modo que nada puedo esperar de usted.

—Sí: puede usted esperar una explicación.

—¿Sobre qué?

—Sobre la familia de doña Francisca.

—¿Ah! al fin va usted á revelarme secretos.

—Y por qué no: si se casa usted con doña Francisca, debe usted conocer la historia de su familia: si después de conocer esa historia, no quiere usted casarse con ella, entonces encargaré á la muerte cierre la boca de usted para que no haya nadie vivo que conozca ese secreto.

—¡Ah! no llegará el horrible caso de que usted y yo crucemos nuestras espadas.

—Despacio, señor conde, despacio—replicó el señor Bruna, que parecía cada vez más irritado, aunque hacía poderosos esfuerzos para dominar su irritación—; puede suceder muy bien que después de conocer usted la historia de la familia de doña Francisca, no quiera usted contraer una alianza con ella.

—¿Y por qué han de caer sobre los hijos las culpas de los padres?

—Porque Dios ha querido que caigan. Pero no divaguemos: lo que sucede, sucede porque debe suceder. Oiga usted.

El señor Bruna, que había permanecido de pie tieso y rígido, con su sombrero de tres candiles bajo el brazo, apoyado en su bastón, magnífico bastón con borlas en que se había convertido la vara de ébano con extremos de plata que había usado en sus primeros tiempos de juez, bajo Felipe V, porque había variado la moda.

Don Francisco de Bruna, repetimos, que había mantenido su cana cabeza alta y amenazadora, dejó sobre una mesa su sombrero y su bastón, tomó un sillón, le puso junto al lecho, arrojó sobre su respaldo su capa de terciopelo, dejando ver su severa casaca negra de seda con ligeras bordaduras de colores, por el estilo de las que usan los Académicos de la Lengua, en sus casacas: sacó su caja de oro y de ella un polvo, que sorbió lentamente, más por disimular su excitación y tomarse un poco de tiempo para coordinar su relato, que por necesitar de aquel aromático excitante: guardó su caja, é irguiéndose de nuevo y desplomando de nuevo la mirada de sus poderosos ojos en la atónita, y aun podemos decir medrosa mirada del conde, dijo:

—Hace cuarenta años que andaba yo una noche por Sevilla: oí un ruido extraño en una casa principal.

Llamé en nombre de la justicia; abrieron, entré, registré.

Encontré á un buen caballero bañado en su sangre y muerto.

Un amante de su hija, de su hija única, introducido por ella en el domicilio paterno, un infame sin valor, sin corazón, y sin ley, un vil que había seducido á la hija, fué el asesino del padre.

Yo no he encontrado nunca para estos delitos, para los delitos de seducción, de alevosía y de infamia, más que sangre y muerte.

Sentencié á horca á aquel miserable, y fué ahorcado.

Sentencié á horca á la hija liviana é impura causa inmediata de la muerte de su padre, y no fué ahorcada.

—¡Ah!—exclamó el conde—: ¡tuvo usted al fin compasión de ella!

—No, no tuve compasión: yo no comprendo

la compasión cuando se trata de la justicia; porque, lo repito, la justicia es una, sola, indivisible, indeclinable. No, no tuve compasión; pero no había sentenciado en justicia, y Dios que es la justicia misma, Dios que es la omnipotencia, Dios que se vale de las pasiones de los hombres para ejercitar su Providencia, impidió viniese sobre mí más tarde un remordimiento. Yo había mirado la cuestión desde el punto de vista de la moral profanada, del pudor olvidado, del hogar paterno envilecido, del padre asesinado. Veía siempre delante de mí aquel mísero cadáver, con los ojos abiertos, que no había cerrado una mano amante; retenida aún en ellos la expresión del dolor, del asombro, de la ira, de la maldición paterna. Vi en la hija la causa de la horrenda tragedia del padre, y sentencié. Pero las causas no son siempre responsables de los efectos. Ante la estricta justicia, aquella mujer no había tenido la intención del crimen, ni aun le había previsto. Su culpa era puramente moral.

No debió ser sentenciada, y Dios no permitió que mi sentencia se cumpliera.

Aquella desdichada estaba encinta.

—¡Pero doña Francisca—saltó el conde—, no tiene cuarenta años.

—Es usted demasiado impaciente—contestó el señor Bruna—. Doña Francisca es después. Permítame usted continuar.

A causa del estado de maternidad en que aquella mujer se encontraba, fué necesario suspender la ejecución.

Seis meses después, aquella infeliz dió á luz en la cárcel una niña, y murió.

—¡Ah!—exclamó el incorregible conde—: ¿esa niña es la madre de doña Francisca.

—No en verdad—contestó con impaciencia el señor Bruna.

Doña Isabel Hernández de Lara, madre de doña Francisca, cuenta cincuenta y siete años.

—Pues no comprendo—contestó el conde, que estaba embrollado.

—Siga usted escuchando, y me comprenderá.

Yo adopté á aquella hija de la desgracia y del crimen, á aquella desdichada que nació en la cárcel, predestinada al martirio.

La voz terrible del oidor se mojó en lágrimas.

Hizo un esfuerzo, logró recobrar su serenidad aparente, y continuó:

—La madre de aquella criatura murió, pero no murió.

—¡Cómo!—exclamó el conde—: ¡un milagro!

—Casi, casi. Había yo preso á un hombre terrible, á un caballero degradado, á una criatura que podía llamarse infernal, á un don Tadeo Ledesma, cuya identidad por entonces y durante muchos años después no pudo probarse, pero que al fin resultó ser el funesto conde de Pinorrey, que tantos escándalos dió en la corte de Felipe V.

—¡El conde de Pinorrey!—exclamó el joven—: ¿y vive aún ese hombre?

—Sí, vive, se le siente—contestó el señor Bruna.

—Debe ser muy viejo.

—De setenta á setenta y cinco años; pero no nos separemos de nuestro propósito: nada nos importa la historia del conde de Pinorrey.

—A mí sí, puesto que tengo pleito con sus herederos, y me interesa saber si vive ó ha muerto, porque yo soy pariente de ese hombre con mejor derecho que los que le han heredado.

—Pero ese es otro asunto—dijo siempre impaciente el señor Bruna—; eso es para después para más adelante: vengamos á lo del momento.

El conde de Pinorrey, esto es, don Tadeo Ledesma, estaba preso entonces, conoció en la cárcel á doña Isabel, y se enamoró perdidamente de ella.

Conocía á muchos bribones, como que era jefe de ellos, y por esto se le perseguía ante las leyes, y entre estos bribones á un boticario muy hábil que le procuró una pócima que hizo aparecer muerta á la sentenciada. Esto de una parte, y de otra la ignorancia de los médicos, hicieron que saliese de la cárcel libre por la muerte aquella desventurada, que fué robada de la iglesia á que se la condujo.

Creyése que este rapto lo habían hecho algunos parientes de la difunta por evitarse la sepultasen en el cementerio de los ajusticiados y aunque se persiguió este delito, no se logró sacar en claro otra cosa sino que unos gitanos habían sorprendido al sacristán de la iglesia donde la difunta estaba depositada y se la habían llevado.

Seis años después, por una sucesión de acontecimientos que nada importan, supe que aquella mujer existía.

Una poderosa influencia la amparaba, y gracias á que despreocupado yo porque había pasado mucho tiempo desde el crimen y veía con más claridad, produje un informe favorable á la sentenciada, y gracias á la altísima influencia que la protegía, fué libremente absuelta por el señor rey don Felipe V.

Pero si se la absolvía ante las leyes, no podía absolvérsela ante el mundo, y ocultó su vergüenza en la soledad, y en la soledad devoró su desgracia, porque aquella que había sido mala hija, fué madre infeliz.

El fruto de sus funestos amores, aquella niña que nació en la cárcel, aquella criatura que yo había adoptado, á quien había amado como padre, nos fué robada por el conde de Pinorrey; y ahora aparece, pero aparece de una manera terrible, porque esa desgraciada es madre de ese terrible bandido que tiene á usted postrado en el lecho, de ese apenas conocido, y ya por desgracia, célebre, Diego Corriente.

—¡Ah! ¿qué es esto?—exclamó incorporándose de una manera violenta el conde—: ¡acabe usted por Dios! ¿qué hay de común entre ese bandido y doña Francisca?

—Es su sobrino.

—Entonces doña Francisca es hermana de esa desgraciada que nació en la cárcel, que usted adoptó, de la cual se apoderó el conde de Pinorrey.

—Sí.

—Entonces la madre de doña Francisca es...

—Doña Isabel Hernández de Lara, absuelta libremente por el rey, pero acusada por la opinión pública de haber sido la causante de la muerte de su padre.

—Y bien—dijo el conde—, ¿qué importa? no soy yo de los que dicen que las culpas de los padres deben caer y caen sobre los hijos. Concédame usted la mano de doña Francisca, y me caso con ella.

—¡Qué porfía!—exclamó conteniendo apenas su impaciencia el señor Bruna—: yo no tengo ningún derecho para negar ó conceder la mano de doña Francisca. Yo no soy más que el amigo antiguo, el hermano del corazón, por decirlo así, de su madre.

—Tanto da, pues—dijo con un acento singular el conde—: ruego á usted, señor don Francisco, influya con esa señora para que me conceda la mano de su hija.

La situación se había despejado.

Todo estaba comprendido.

Sin embargo, como caballero, el conde de Rovira no tenía derecho para decir á nadie que don Francisco de Bruna era padre de doña Francisca: y sin embargo, se había sobrentendido, y tanto, que el conde no preguntó al magistrado quién era el padre de la joven.

—¿Y está usted seguro—dijo el señor Bruna—, de que cuando pase el deseo de la pasión, no se arrepentirá usted de haberse enlazado con una hija natural, cuya madre está señalada por el inflexible dedo del mundo que nunca perdona?

—¿Qué me importa de todo si la tengo á ella, si ella es mi vida y mi alma, si ella no puede vivir sin mí ni yo sin ella; si ella y yo, por no morir desesperados, nos hemos atrevido á dar un paso extremo con el objeto de obligar á usted ó á esa señora á nuestra unión por razón de honra?

—Basta, señor conde, basta—dijo el señor Bruna—. Dios no puede dejar sin castigo la amargura causada por una hija á su pobre madre. Allá, allá ustedes con Dios. Espero que por mi mediación, doña Isabel Hernández de Lara consentirá en el enlace de usted con su hija doña Francisca. Todo se arreglará perfectamente: la dote...

—¡Por Dios, señor don Francisco!

—De todo se debe hablar en estos asuntos. La dote de doña Francisca es doscientos mil pesos fuertes.

—¡Aunque nada fuese!

—¡Los hijos! ¡los hijos! que son lo primero que sobreviene. Hemos concluido acerca de este

asunto. Veamos el otro. El que tiene á usted en el lecho.

—Diego Corriente ha tenido razón—exclamó el conde—; y si yo lo hubiera sabido, no estaría ciertamente en este lecho; si lo hubiera sabido antes, no sería ese desgraciado bandido.

—No hablemos, no hablemos de eso. Hay criaturas que nacen malditas, y es inútil pretender contrarrestar una maldición.

Y un suspiro se escapó del pecho del magistrado.

—Diego Corriente—añadió—, morirá en la horca ó moriré yo ó dejaré de ser juez. Es un miembro podrido, un ser miserable, una cabeza infame. Vengamos á la situación. ¿Qué declara usted acerca de lo que ha sucedido en la quinta?

—Que ha sido acometida por salteadores—contestó el conde—, y que en la defensa he sido herido yo.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—Adiós, señor conde—dijo don Francisco levantándose.

Y tomando su sombrero y su bastón, dijo:

—Dentro de poco vendrá mi secretario á formalizar la declaración de usted.

—¿Y doña Francisca?

—Cuanto antes, cuanto antes—contestó el señor Bruna—; pero para no dar qué decir, será necesario esperar á que usted se restablezca. Adiós.

—¡Y su mano de usted!—dijo el conde.

—Adiós—contestó el severo señor Bruna.

Y se retiró.

En aquel momento se abrió la puerta de escape de la alcoba, y apareció la condesa.

—¡Oh, gracias, gracias, señor don Francisco!—dijo—: perdóneme usted mi emboscada; era muy natural, porque si usted ama á doña Francisca como si fuese su hija, yo amo á mi sobrino como si fuera hijo mío. Su mano de usted; su mano de usted, que yo soy inocente, que yo no he ofendido á usted.

—Extraño deseo, señora, el de tocar la mano de un cadáver—dijo con acento opaco el magistrado.

Y extendió su mano helada y rígida hacia la de la condesa, que ardía y temblaba.

—¡Oh! ¡cuánto corazón, y cuánta desgracia!—dijo la condesa acercándose al señor Bruna y pronunciando estas palabras en su oído.

—Adiós, señora, adiós. Y como lo espero, hasta muy pronto. Adiós, señora. Adiós, señor conde—dijo Bruna saludando ceremoniosamente á la tía y al sobrino, y saliendo lento y rígido.

—¡Oh! ¡qué hombre! ¡qué hombre!—exclamó la condesa.

—¡Es su padre, es su padre, madre mía!—exclamó el conde, que llamaba madre á la condesa.

—¡Su padre! ¿quién sabe?—exclamó la condesa—: este es un tejido de misterios; en fin,

si no te casas con ella te mueres y se muere ella también. Yo no quiero que ninguno de los dos muráis. Arrostremos por todo. Pero ese Diego Corriente, ese desgraciado...

—¡Madre, madre! en cuanto me case, voy á la corte, revuelvo el mundo...

—Hijo mío, con el rey don Carlos III no hay influencia que baste contra la justicia; es necesario adoptar otro medio: buscarle, convenecerle para que huya.

—Está enamorado, madre mía: está enamorado de una manera funesta. Enamorado de una mujer que no puede ser suya: de Dolores, la hermosa hija del marqués de Rodovilla, el de Utrera; él no se alejará de Sevilla sin ella.

—Bien, bien—dijo la condesa—: le ayudaremos; y ahora se explican su altivez y su arrogante figura, y aquél no se qué. A veces mira como un rey. ¡Qué lástima! ¡Y qué cumplido caballero sería si la desgracia y la maldición no se hubieran posado sobre su cuna!

—Sí, sí, algo debe de haber de eso—dijo el conde—; porque yo, que á nadie he negado mi protección, se la negué cuando aun era tiempo, cuando aún no era bandido, hace algunos días.

—¡Ah! no pensemos, no pensemos en eso—dijo la condesa—. Tranquilízate, hijo mío, porque aunque el médico y el cirujano dicen que la herida no es peligrosa, puede sobrevenir una inflamación.

Se anunció entonces don Lino Salvilla, secretario del señor Bruna, que venía á formalizar la declaración del conde de Rovira.

Entró y la condesa los dejó solos.

## VIII

Corduela, el Chato y los dos migueletes, conduxeron á empujón limpio y mediando alguno que otro sopapo, con escándalo del pueblo por el cual atravesaban, al médico y al cirujano.

Al ver atadas codo con codo á estas dos eminencias de la villa, los vecinos temblaban, porque decían: el señor del gran poder va á echar la mano hasta al campanario de la iglesia.

Y era que no estaban muy tranquilos, porque en la villa de los Palacios el que no era ladrón era capa de ladrones.

Llevaron los agentes de la autoridad al médico y al cirujano á la cárcel.

Esta cárcel no era otra cosa que un cuartucho reducido, situado en el piso bajo del conistorio, con una reja á la calle.

Allí había cuatro patanes, encerrados por el alcalde por leves faltas.

Allí fueron empujados el médico y el cirujano.

Y el alguacil del Ayuntamiento, que era al mismo tiempo el alcaide de la cárcel, en lo cual como se ve no había incompatibilidad, porque los dos cargos dependían de la justicia, expi-

dió cómo pudo el recibo que le pidieron, y le entregó á Corduela, que con el Chato y los dos migueletes, y sus cuerdas en el bolsillo, porque se las habían quitado á los presos, se volvió á la quinta.

Apenas se habían alejado los «esbirros», como decía el alguacil, olvidándose de que él era un «esbirro» principal, abrió la puerta, se metió en la cárcel; cerró, y patiabierta y con las manos metidas en los bolsillos de los calzones dijo á los dos presos con un asombro maleante:

—Pues don Restituto, don Jenaro, yo nada puedo hacer por ustedes, porque los «esbirros» que los han traído me han sacado á rapapelo un recibo que mete miedo, porque tuve que escribir lo que me decían, y como está en la villa el señor del gran poder, hay que andarse con tiento.

—Usted tiene la culpa, que es un insolente—dijo el cirujano al médico.

—Usted tiene la culpa, que es un bruto—dijo el médico al cirujano.

—Mire usted, don Jenaro, que aunque yo esté malherido, no permito que me llame usted á mí bruto, que si usted me ha herido á mí ha sido porque me ha cogido la vez, que de otro modo quien le soba á usted soy yo.

—¡A ver! ¡a ver!—dijo el alguacil-alcaide—. A mí no me comprometen ustedes, porque eso no estaría fino. Ven tú acá, Mazorca, y tú, Palomo—dijo dirigiéndose á dos de los cuatro presos que allí había; aquí junto á este rincón me vais á tener sujeto á don Restituto, y tú, Torduelo, y tú, Zancajo, me vais á tener en ese otro rincón á don Jenaro. Y cuenta con que el médico y el cirujano se agarren, dejándoos yo encargado que no se agarren, porque entonces os agarro yo á vosotros y no lo pasáis bien.

—Ya se verá, ya se verá lo que de aquí resulta—dijo el cirujano comiéndose con los ojos á don Jenaro, á quien Torduelo y Zancajo se habían llevado á un rincón cogiéndole en peso, porque no obedecía y era hombre que respiraba fuerte.

Pero Torduelo y Zancajo y Mazorca y Palomo eran cuatro ganapanes capaces de salirse de la cárcel echando la pared abajo de un puñetazo, y por consecuencia bastaban para tener separados, á pesar de sus humos, al médico y al cirujano.

Establecida esta separación necesaria, el alcaide entró en las buenas vías.

—Pues señor, es necesario curar á usted, don Restituto—dijo—, porque le sale á usted mucha sangre de las quijadas y de la cabeza.

—Pues yo no le curo—dijo el médico—, que le cure un rayo ó que reviente.

—Si usted se arrima á mí—dijo don Restituto—, á quien hay que curarle es á usted, pillito.

—Señores—dijo el alcaide-alguacil—, que no se diga que las dos personas más decentes del

pueblo se tratan como si fueran dos trapos, que todo ello por último será nada, y yo tampoco quiero que don Jenaro cure á usted, porque como están ustedes así, si se los juntara á ustedes se comerían á bocados y quedarían los rabos; pero yo enviaré al barbero, que sin ofender á usted, don Restituto, sabe tanto como usted, como que cura á todos los pobres que no pagan iguala, y como los pobres son los que más aprietan la mano, el hermano Pulga anda siempre con las suyas en la sangre, y para esto de dar puntos y poner parches no hay quien le gane.

—Hombre, sí, Aceituna—dijo don Restituto—, envíame pronto á Pulga, que es buen muchacho, como que le he criado yo á mis pechos, y dile que tengo resentido el temporal derecho, y gravemente contusa la mandíbula izquierda; que se traiga bálsamo de aquel contra las inflamaciones que yo le di la receta, y compresas y vendajes á propósito y buenas hilas, que no sean de aquellas que les pone á los greñudos, que algunas veces sale del paso con cáñamo ó con yesca ó con telarañas, y esto no es bueno: oye, oye, y que se traigan una cama de casa, y que en casa echen á cocer una gallina para hacerme caldo, y nada más, que yo pronto saldré de aquí, no como don Jenaro, que de aquí va á la cárcel de ciudad, y allí me lo van á calzar de Vizcaya y me lo van á tener con cadena al cuello como un mastín; y me parece á mí que las zapatetas que va á dar en la plaza de San Francisco no van á ser de cuidado: ¡ladrón traicionero!

—En cuanto á mí me suelten—dijo don Jenaro—, rajo á ese animal, á ese vándalo, á ese canalla, desde la horcajadura hasta el pescuezo.

—Por el amor de Dios, señores—dijo Aceituna—, que esto es una lástima; y luego, si se va á ver por qué, resultará que por nada: ¿qué le traigo á usted de su casa, don Jenaro?

—A mí, veneno, rayos, fuego.

—No, pues eso no lo traigo yo; lo que yo le traeré á usted será una cama y el almuerzo, que ya es hora, y les diré á su mujer y á su sobrina para que se tranquilicen, que esto no es nada, que nada será, porque al fin, aunque por lo visto le ha roto usted la cabeza á don Restituto, eso cae por encima; y si nos fuéramos aquí á asustar de eso ¡válgame Dios, señor! cuando á cada paso se ve aquí un hombre que por la gatera que le abren se puede mirar como por una catalineta como tiene el corazón y las asaduras, mire usted si nos asustáramos aquí de la picadura de una pulga, cuando estamos acostumbrados á que nos piquen víboras, como si tal cosa; y si yo no hubiera dado el recibo, yo los dejaría á ustedes irse á la buena fe á su casa, que todo esto lo arreglaría el señor alcalde, pero con lo del recibo no me atrevo, que estos «esbirros» son de los que andan con el señor del gran poder, y hay que

andar listos; ¡y poco aire que tienen metido en la cabeza esos indinos, que no parece sino que son alguien! ¡válgame Dios! con que á ver, muchachos, que no se agarren estos dos señores, porque si nos quedamos sin ellos y vienen otro médico y otro cirujano nos pueden tratar peor, y más vale malo conocido que bueno por conocer; y con Dios, que me voy por lo que hace falta.

Cuando salía el señor Bruna de la quinta, vió á Cleofás que continuaba paseándose gravemente, apoyándose en el bastón del médico, y agitándole y garrardeando con él.

El bastón tenía borlas negras, como bastón de médico.

Emblema lúgubre lo más propio del mundo.

—¿Qué bastón es ese, Cleofás?—dijo severamente don Francisco.

—¡Ah, señor!—contestó el alguacil deteniéndose y levantando el bastón á la altura de las narices, asido con dos dedos—: este es un cuerpo de delito que cumpliendo con mi obligación he embargado; ítem, he enviado presos á la cárcel, contando con la aprobación de vuestra señoría, al médico y al cirujano de esta villa.

—¿Y por qué eso, Cleofás?

—Porque se han peleado; se han puesto como dos trapos: el médico llamó al cirujano charlatán, y el cirujano llamó al médico pícaro y encubridor y espía de ladrones.

—¡Ah!—exclamó el señor Bruna.

Ya les había caído encima todo lo que les podía caer al médico y al cirujano.

—Y además—continuó Cleofás—, pasando á vías de hecho, el médico dió dos bastonazos al cirujano; y como esta caña es excesivamente gruesa, resultó que le hirió y corrió la sangre; por lo cual, visto que en la disputa habían pronunciado palabras graves que llamaban la atención de la ley, y visto que había heridas causadas por la disputa, yo arremetí á ellos, los até, y con Corduela y el Chato...

—¡Cleofás! ¡Cleofás! con Martínez y Prieto: ya sabes que no me gustan los apodos.

—Bueno, bien, pero como ellos no entienden por otra cosa, se le olvida á uno como se llaman, señor: pues bien, con Martínez y Prieto y con dos migueletes, los envié á la cárcel á disposición de usía, y aquí está el recibo del alcaide.

—Bien, bien, guárdale para unirle á los autos, y vámonos para allá, que en la quinta no tenemos nada que hacer.

Montó á caballo el señor Bruna, montaron Cleofás y los alguaciles, y picaron hacia la villa seguidos de la media compañía de migueletes.

Cuando llegaron, el señor Bruna se metió en el consistorio, y paseando por su sala capitular, que más que esto parecía un granero,

mandó llamar á su secretario don Lino Salvilla, que se le presentó al momento.

—Monté usted á caballo, don Lino—le dijo el señor Bruna—; vaya usted á escape á la quinta de la señora condesa de Pueblarrica, y extienda usted la declaración del señor conde de Rovira sobre lo que ha acontecido en la quinta esta mañana; la declaración será breve. Vuelva usted á escape, porque le necesito á usted cuanto antes.

Don Lino se retiró, y salió murmurando:

—¡Pues nos ha venido Dios á ver, que el provecho que de aquí se saque... Bueno, paciencia; cuando me canse, me pongo malo y tendrá que venir otro.

El señor Bruna esperó media hora, paseándose de largo en largo por la sala del consistorio.

Todo el mueblaje consistía en una gran mesa sin tapete, puerta á un extremo de aquel espacio que no podía llamarse sala, ni salón, ni estancia, porque por las dos ventanas, sin cristales, entraba el aire libremente.

Detrás de la mesa había un sillón viejo, una silla á la derecha, y delante á lo largo haciendo calle, dos escaños.

Sobre la mesa una campanilla de metal y un tintero de piedra, de aquellos que usaban los frailes.

A la media hora se presentó don Lino, trayendo la declaración que el señor Bruna leyó.

Se reducía á muy poco.

A que unos salteadores habían acometido la quinta, que defendiéndola había sido herido el conde de Rovira, y que los salteadores se habían retirado.

El señor Bruna puso esta declaración sobre la mesa, y se sentó en el sillón presidencial, por decirlo así.

—¿Trae usted papel, don Lino?—dijo el señor Bruna.

—Sí señor—contestó el secretario sacando algunos pliegos de papel enrollados, desenrollándolos, quitándolos el vicio y poniéndolos sobre la mesa.

El señor Bruna agitó la campanilla.

El alguacil, que estaba más listo que Cardona pegado al quicio de la puerta por la parte de afuera, se presentó é hizo una reverencia.

Adelantó hasta la parte media de la sala capitular, y allí no fué una reverencia sino una genuflexión la que hizo, y se quedó con la cabeza inclinada mirando de abajo arriba, no sin recelo, al señor del gran poder.

—¿Quién es usted?—le preguntó el señor Bruna.

—Yo, señor—contestó tartamudeando Aceituna—, soy el alguacil del ayuntamiento y el alcaide de la cárcel.

—¿Cómo se llama usted?

—Aceituna, para servir á Dios y á su señoría.

El señor Bruna hizo un gesto.

—Ni para servir á Dios ni á nadie se llama usted aceituna ni pepino ¡estúpido! ese es un apodo que no nos hace falta: había que imponer multas, y aun presidio, para desterrar este abuso de los apodos, de los alias.

El mísero alguacil temblaba.

—Pues yo, señor, me llamo Pedro Cárcamo, de nombre de pila y de padre, y por mi madre, soy Esparraguera.

—Escriba usted, don Lino: el día tal de tal, etc., llamado por mí, etc., el alcaide de la cárcel de la villa de los Palacios, y compareciendo, dijo llamarse Pedro Cárcamo y Esparraguera.

Entróle sudor frío al alguacil, porque no sabía si aquello que se escribía de él iría á acabar en sentencia de azotes.

—Siga usted escribiendo lo que resulte—continuó Bruna—: Pedro Cárcamo—añadió dirigiéndose al alguacil—¿ha dado usted recibo de los cuerpos presos del médico y del cirujano de esta villa á un mi alguacil?

—Sí señor.

—¿Sabe usted por qué han sido presos?

—No señor.

—Baje usted y haga subir al señor Cleofás, cabo de mis alguaciles.

—Muy bien, señor.

Salió Aceituna no muy tranquilo, pero algo más consolado.

Bajó, y preguntó quien era el señor Cleofás.

Echósele encima el alguacil, diciéndole yo soy en las narices, y Aceituna le comunicó la orden de que se presentase al momento al señor del gran poder, como lo efectuó, y éste le dijo:

—¿Has extendido el parte como te lo mandé?

—Sí señor, aquí está.

—Dáselo con el recibo, al señor don Lino para que lo una á los autos.

Dió Cleofás dos papeles, uno grande y otro chico al secretario.

—¿Quién era el que acusaba al otro de pícaro y de ladrón, encubridor de criminales?—preguntó el señor Bruna.

—El herido.

—¿Y quién es el herido?

—El cirujano.

—Pues baja y ve á ver si se nos puede presentar, y si así puede ser, que se nos presente al momento.

Bajó Cleofás, y á poco se presentó con don Restituto, que traía toda la cabeza entrapajada.

—Vea, vea vuestra señoría como me ha puesto la cabeza ese bribón de don Jenaro—dijo en cuanto vió al señor Bruna.

—Vamos, vamos, señor mío, moderación—dijo el severo magistrado—, y espere á que se le pregunte; y tenga entendido que está en tribunal de justicia, y que seré severísimo si hallo méritos para serlo.

Se le amargó la saliva al cirujano, se le pegó la lengua al paladar, abrió mucho la boca

y los ojos, en los cuales apareció una expresión de espanto, y guardó silencio.

—¿Jura usted á Dios y á una cruz y por los Santos Evangelios, decir verdad en cuanto le fuere preguntado.

—Sí juro—contestó con voz desmayada el cirujano.

—¿Su gracia de usted?

—Restituto Gutiérrez, señor, hijo de muy buenos padres y muy cristiano, y además de esto muy hombre de bien y muy...

—¡Alto! que todo eso está muy bien, pero ahora es impertinente—dijo el señor Bruna—: ¿edad?

—Cincuenta años.

—¿Estado?

—Casado y con hijos.

—Los hijos sobran: ¿profesión?

—Cirujano, comadrón y dentista.

—¿Naturaleza?

—Lebrija.

—¿Vecindad?

—Los Palacios.

—Muy bien: ¿conoce usted al médico de esta villa?

—Sí señor, sí; le conozco por mi desgracia: es un pícaro redomado que...

—Poco á poco: ruego á usted contenga su verbosidad y que declare lo que sepa con las menos palabras posibles, que no estamos para perder tiempo, y sobre todo, que me canso de advertir; y mire no lo tome á desacato y lo pase mal: ¿ha tenido usted algún disgusto con el médico?

—Sí señor; un disgusto muy grave.

—¿Por qué causa?

—Porque me dijo que yo era un charlatán, á propósito de lo que yo había tenido el honor de hablar á usía, en la alcoba del excelentísimo señor conde de Rovira.

—Continúe usted, para que vengamos á parar á la causa del disgusto.

—Oyéndome yo llamar charlatán, dije al médico que más valía ser charlatán que ladrón y encubridor de ladrones y espía de ellos, irritado por lo cual, don Genaro Villazorras, que así se llama el médico, me sacudió con el bastón, con la mala intención de matarme; lo cual tal vez ha conseguido, porque...

—Eso, por ahora no importa—dijo el señor Bruna—; ya se verá después—¿qué más sucedió?

—Que apareció sin saber por donde un alguacil, nos prendió á los dos y nos envió á la cárcel, por lo cual han quedado desatendidos los migueletes que están heridos en el cortijo del Puntal, que aunque yo estaba así, hubiera enviado á Pulga.

Nuevo gesto de don Francisco de Bruna.

—Basta, basta—dijo—: con usted hay que armarse de paciencia; vengamos al asunto: ¿qué motivos tiene usted para llamar ladrón y encubridor de ladrones y espía de ellos al doctor Villazorras, médico titular de este pueblo?

—Tengo los motivos siguientes.

—Primero—dijo el señor Bruna.

—Primeramente, que á don Jenaro Villazorras le visitan con frecuencia caballistas, y muchas veces pasan la noche en su casa.

—Don Lino, tome usted nota preventiva al alcalde de este pueblo—dijo el señor Bruna.

—Sí señor, sí: hace su señoría muy bien—dijo don Restituto olvidándose de las advertencias del oidor; por aquello de condición y figura hasta la sepultura, y lo otro de el que malas mañas ha, tarde ó nunca las olvida—, sí señor, sí: hace bien, muy bien, porque el alcalde es un bribón que tolera cosas...

—Que yo no tolero—dijo el señor Bruna—; tome usted nota, don Lino: un mes de cárcel y diez ducados de multa á este señor, por incorregible, sin perjuicio de lo que hubiere lugar por lo que arroje de sí este proceso; continúe usted: ¿usted justifica el haber acusado de ladrón, etc. al médico primeramente, que recibe visitas de caballistas ó salteadores á caballo, y de encubrirlos y tenerlos en su casa?

—Sí señor.

—Veamos en segundo lugar.

—En segundo lugar, porque don Jenaro, cuando hieren á un ladrón, ó un ladrón está enfermo en sus guaridas, va á curarle aunque sea á las tres de la mañana, cuando para los vecinos del pueblo que le pagan iguala, no quiere salir aunque no sean más que las diez de la noche, y lo deja para otro día aunque el enfermo se esté muriendo.

—¿Qué testigos tiene usted para aseverar su dicho?

—Con cuatro habrá bastante, ¿no es verdad?

—Sobrados—dijo el señor Bruna.

—Pues ahí está el tío Pitones.

—Pitones no—dijo Bruna pronunciando aquel nombre de una manera que producía casi el efecto de un escopetazo—; ¡es mucha cosa éstal el tío Pitones, el tío Pitones: ¿no tiene ese hombre nombre de bautismo?

—A la fuerza, señor: pero yo no sé el que sea, ni lo sabe nadie; y puede ser que él tampoco lo sepa.

—Bueno: la de siempre—dijo el señor Bruna—; transijamos con los pitones: ¿qué otro?

—El tío Rasca.

—Siga usted, y acabe usted de una vez.

—Y el tío Miérdano, y el tío Patas.

—¿Ha tomado usted nota, don Lino?

—Sí señor.

—¿Qué más tiene que decir el declarante acerca de la acusación inferida por él á don Jenaro Villazorras.

—Digo que don Jenaro se trata mucho y es muy amigo del ermitaño de la ermita de la Cruz de la Fuente, que es un ladrón furioso, capitán de todos los ladrones de España, y creo yo que de todos los ladrones del mundo y de todas las brujas y de todos los ensalmadores y de toda la gente mala.

—¿Y por qué no dado usted parte de todo eso á la justicia?

—Ya lo hago ahora.

—Tarde ha sido: ¿tiene usted algo más que declarar?

—No señor: sino que pido justicia contra don Jenaro Villazorras, que me ha maltratado.

—Ese es otro negocio: demande en forma, ó declárase parte del proceso que se instruirá; se le va á leer á usted la declaración.

El secretario la leyó.

—¿Está usted conforme? — preguntó el señor Bruna.

—Sí señor: eso es lo que yo he dicho.

—Firme usted.

Don Restituto firmó.

Agitó la campanilla el señor Bruna, y apareció Cleofás.

—Este hombre á su prisión, y comparezca don Jenaro Villazorras, médico titular de esta villa de los Palacios, que debe estar preso según el parte.

Cleofás se llevó á don Restituto.

—Don Lino—dijo á su secretario el señor Bruna—, cite usted á todos esos alias, y al barbero y al alcalde de esta villa.

El secretario extendió las citaciones en pequeños papeles.

Las concluía cuando subió Cleofás trayendo á don Jenaro, que venía temblando.

—Toma estas citaciones y lívatelas—dijo el secretario á Cleofás, que se retiró.

El señor Bruna exigió el juramento en forma al médico, su nombre, su edad, que dijo ser de cincuenta y cinco años, su naturaleza Sevilla, su estado casado, y de profesión la que ya conocemos.

—¿Sabe usted por qué está preso?—le preguntó el señor Bruna.

—Supongo — contestó don Jenaro—, que por las heridas que he causado al castigar graves insultos que me prodigaba ese don Restituto Gutiérrez, cirujano de este pueblo.

—¿Qué injurias eran esas?—preguntó el señor Bruna.

—Vaciló un momento don Jenaro, y al fin dijo todo trémulo y asustado:

—Me llamó ladrón y encubridor y espía de ladrones, y ya ve vuestra señoría...

—A ver voy: ¿conoce usted al ermitaño de la ermita de la Cruz de la Fuente?

—Le conoce todo el mundo en los Palacios, señor.

—¿Cómo se llama?

—El Duende—contestó con la voz apenas perceptible el médico.

—¡El Duende! ¡siempre los apodos! ¡y qué apodo tan propio de un cenobita! El nombre de pila de ese hombre.

—No lo sé.

—Está usted acusado de gran conocimiento y de grande amistad con ese ermitaño á quien se acusa de ladrón.

—Calumnias, señor, calumnias—dijo el médico.

—Don Lino, hágame usted el favor de salir fuera: déjeme usted solo con este hombre.

El secretario salió.

El señor Bruna se levantó y asió violentamente por un brazo al médico.

## IX

—Necesito saber—dijo el señor Bruna oprimiendo el brazo de don Jenaro, que estaba doblegado, y desplomando en él la terrible mirada de sus severísimos ojos—, quién es ese ermitaño que se llama el Duende.

—Yo, señor—exclamó don Jenaro—, no puedo decir nada á usía: no conozco á ese ermitaño; esta es una calumnia del cirujano que quiere perderme: sé que le llaman el Duende, y nada más.

—¿Por qué habla usted de calumnia? Esto es ya suponer que solamente con tratar con ese ermitaño se comete un crimen: ¿no puede ser un santo varón, por más que sea muy extraño que á un santo se le cuelgue ese apodo de Duende?

—Dicen, señor, que ese ermitaño es un hombre terrible.

—¿Y no sabe usted si dicen cómo se llama? porque detrás de cada apodo hay un nombre.

—No me atrevo, señor, no me atrevo—exclamó don Genaro, que estaba de todo punto aturdido.

—El indulto en nombre del rey de todos tus crímenes—dijo el señor Bruna soltando el brazo de don Jenaro y yendo á sentarse de nuevo en el sillón, si me revelas todo lo que sabes acerca de ese hombre.

—Pero yo, señor, no sé nada.

—¿Y si se te prueba con testigos bastantes que tú recibes en tu casa caballistas y mala gente, y que pasan la noche con mucha frecuencia en tu casa grandes malhechores?

—¡Pero, señor, si esto pasa en cada casa del pueblo hasta en casa del alcalde, y hasta en la quinta de la señora condesa de Pueblartica! y el mismo cirujano cuando le llaman para que cure gente herida, ¿no va? ¿y no toma dinero de ellos? ¿y no ha sucedido estar buscando la justicia y los migueletes en el pueblo un ladrón, y tenerle escondido entre los colchones de la cama el cirujano?

—Bien, muy bien—dijo el señor Bruna—; todo se andará; pero consta, ó puede constar que tú eres encubridor y espía y cómplice de ladrones, y si esto se prueba, vas á la horca sin que lo remedie nadie.

—¡Pero, señor, si se conjuran contra mí enemigos míos y testifican en falso!...

—Mientras no se les pruebe que son falsarios, les tendré por buenos; y en vista de lo que acerca de ti aparezca, sentenciaré en justicia.

—¡Pero, señor, usía no ve que es muy difícil probar un falso testimonio!

—No será mía la culpa si te se ahorca ino-

cente, porque yo habré juzgado y sentenciado con sujeción á las leyes.

—¿Y dice usía que si declaro de plano, seré indultado por su majestad?

—Yo te empeño mi palabra de honor.

—Pues señor: el ermitaño llamado el Duende, no es ermitaño, ni quien tal vió: es el cacique de todos los ladrones de la Tierra Baja; pero no crea usía por esto que yo soy ladrón como ellos, sino que me pagan bien para que los cure cuando están enfermos ó heridos, porque ya ve usía, si salgo de noche de mi casa me dan dos onzas, y esto no es de perder.

—Más se pierde que se gana cuando se sabe dónde hay ladrones y no se les denuncia á la justicia: el nombre de ese bandido.

—Don Tadeo Ledesma—contestó el médico.

—¡Cómo! ¿aun vive ese hombre?

—Está como si no pasasen por él los años, fuerte y terrible.

—¿Y dónde se oculta? Cuenta con que mi palabra no me obliga á procurarte el indulto si no declaras toda la verdad.

Pasó una expresión de agonía por el semblante del misero médico.

—¿Pero sabe usía, señor—exclamó—, que si no logra usía coger á don Tadeo, y don Tadeo sabe que yo le he vendido, que no me va á servir de nada el indulto, porque don Tadeo hará que me maten?

—Entre una muerte y otra vale más escoger la eventual que la cierta, porque te advierto que si no me revelas en verdad dónde está ese bandido, antes de dos meses te hago bailar en la horca.

—Señor—dijo el médico—, don Tadeo está en el cortijo de los Tres Alamos, en los subterráneos que en él hay.

—¿Y hacia dónde cae ese cortijo?

—Hacia Cantillana.

—Ese bandido tendrá puestos vigilantes.

—Si señor, pero si usía va con gente práctica y le corta los atajos, no podrá escapar.

—Basta—dijo el señor Bruna—; veremos si me has engañado; y si es así, peor para ti. Y tocó la campanilla.

Entró Cleofás.

—Llévate á ese hombre y enciérrale, no con los otros presos, sino en otro aposento del consistorio, y ponle dos alguaciles de guarda de vista que no le dejen hablar con nadie: si ha venido ya el alcalde, que entre.

—Ahí está esperando, señor; voy á mandarle de orden de usía entrar.

Cleofás salió llevándose á don Jenaro, que iba encogido, y poco después entró don Hilario Alcarcil, alcalde de los Palacios.

Venía pálido, enfermo; no le había salido del cuerpo el susto del día anterior.

Hizo una profunda reverencia al señor Bruna, y le dijo:

—¿Qué me manda usía?

—Siento mucho—contestó el señor Bruna—, tener que preguntar á usted como se pregunta á

un criminal: ¿qué gobierno hay en este pueblo? ¿Cómo los vecinos se atreven á encubrir á malhechores, á ocultarlos de la justicia.

—Señor—dijo humildemente don Hilario—, nosotros no tenemos la culpa: los pueblos están indefensos; por casualidad si se ve aquí una partida de migueletes; los malhechores son gente que tiene echada el alma atrás; alentados porque vienen en cuadrilla, y soberbios porque todo el mundo les tiene miedo: ¡y qué más, señor, qué más! ¿cree usía que si yo fuera amigo de los ladrones habrían allanado ayer mi casa, me habrían encerrado en la cueva, me habrían quitado dos millones de reales en oro, y se habrían llevado mis dos sobrinas? mis sobrinas han vuelto, pero el oro no ha parecido; y vea usía, dos muchachas deshonradas, porque aunque juran y perjuran que no les ha sucedido ninguna desgracia, ¿quién las va á creer, si se han estado por allá veinticuatro horas, y han venido diciendo que los ladrones las han dejado para que se vuelvan? ¿puede haber una desgracia mayor que la mía? Arruinado y deshonrado, porque al fin mis dos sobrinas son mi sangre, hijas de mi difunto hermano Melchor: ya ve usía que cuando me han tratado á mí así los ladrones, y me han puesto enfermo, que como usía ve no puedo echar el habla del cuerpo sino con muchísimo trabajo, no son muy amigos míos: por lo demás, un alcalde de pueblo, señor, es la carabina de Ambrosio, porque tiene que hacer lo que los vecinos gordos quieren; y decirles aquí que no reciban á los caballistas y que no les obsequien y que no les tapen, es lo mismo, señor, que dar voces en desierto; nada, nada, lo que yo voy á hacer es poner en arrendamiento mis tierras y marcharme á Sevilla á comerme mi renta con mis sobrinas, á vivir en paz como un cualquiera, y á ver si las caso; que lo que es aquí ya tienen lo que las hace falta, y temo que al verse despreciadas acaben de perderse.

Condolióse Bruna del mísero alcalde, porque debajo de su áspera corteza y de su expresión y de su mirada y de su palabra severísima, era hombre compasivo, y sentía la elocuencia del abatimiento, del dolor de don Hilario Alcarcil.

Este, además, estaba visiblemente enfermo.

—¿Cómo se llama usted? —dijo el señor Bruna.

—Hilario Alcarcil y Pedroñeras, para servir á usía—contestó el alcalde.

—Y si yo pido informes de usted al pueblo, ¿está usted seguro de que sacaremos en claro que es usted hombre de bien?

—Sí señor que se sacará en claro—contestó don Hilario—, porque todo lo que pueden decir es que porque les temo acoyo á los caballistas y los amparo, y si se me hubiera de castigar por esto, habría que castigar á todos los alcaldes de los pueblos pequeños de la Tierra Baja; ¡y qué digo á todos los alcaldes! á todas las justicias, á todos los propietarios, á todos los vecinos, porque nadie quiere, señor, que le que-

men sus mieses ni que le allanen su casa, ni tener la vida en un hilo y el ¡ay! en los labios.

—¿Pues qué no se puede armar á los vecinos honrados?—dijo el señor Bruna.

—¡Ay, señor! que de poco valen las escopetas contra el incendio de las mieses, ni cuando el pueblo está recogido y en silencio por la noche, cansados del trabajo, se puede evitar que den sobre una casa y la allanen y cometan atrocidades; esto no tiene remedio, señor, no tiene remedio, porque en la Tierra Baja todos tiran al monte, y aquí no se tiene por deshonra el caballeo.

—¿De suerte que hemos de sufrirlos á ciencia y paciencia?

—El rey y sólo el rey, señor—dijo el alcalde—; y para eso tendría que enviar aquí un ejército, y llevarlo todo á sangre y fuego.

—Dígame usted, alcalde—preguntó el señor Bruna—, ¿conoce usted á don Tadeo Ledesma?

—Sí señor, sí, demasiado: ¿por qué he de engañar á usía? don Tadeo es un bribón muy malo; ahí ha estado algún tiempo en la ermita de la Cruz de la Fuente, disfrazado de ermitaño, engañando á todo el mundo y haciendo de la ermita una ladronera; ¿y sabe usía por qué me atrevo yo á decirle esto? porque si usía no manda otra cosa, mañana por la mañana me voy á Sevilla con mis sobrinas y no vuelvo más al pueblo, y en Sevilla no es tan fácil que esos pícaros me hagan daño, porque no se atreven á sus fechorías cuando corren el peligro de ser cogidos: en fin, señor, yo no puedo más, y ruego á usía que teniendo en cuenta las desgracias que por mí han pasado, me deje libre y en disposición de marcharme á Sevilla.

—Bien, don Hilario, bien; pero pretendo de usted una cosa.

—¿Y qué es, señor?

—Que me procure usted, si los hay en el pueblo, cuatro ó cinco hombres honrados que conozcan todos los atajos del cortijo de los Tres Alamos, para que esta noche pueda yo echarme sobre ese cortijo sin ser sentido.

—Pues mire usía, los mejores hombres que yo conozco son el tío Zapata y el tío Dígalo y el tío Cara de Grajo y el tío Sobitos.

—¡Válgame Dios por apodos!

—¡Sí aquí en los pueblos no entienden de otra manera, señor! ¡si son tan brutos que ya es obra de tratar con ellos y gobernarlos medio sí y medio no!

—Hágame usted el favor—dijo el señor Bruna—, de repetirme esos apodos.

El alcalde los repitió, y el señor Bruna los escribió.

—Vaya usted con Dios—dijo al alcalde—, y esté usted tranquilo; me parece usted hombre de bien: nada, nada, á irse á Sevilla y á quitarse de esto.

—Quede usía con Dios, y muchas gracias.

El alcalde salió.

—¡Pues no he escapado de mala—dijo—, con

que ese señor me haya mirado con buenos ojos! en fin, lo que me vale, es lo que no me vale; esto es, lo que me han dejado, que sabe Dios lo que me habrán dejado: ¡malditas muchachas!

Y bajó lentamente las escaleras, como las baja un enfermo.

—¡Y yo que quería casarme con la Antonia!— añadió—: ¡válgame Dios! en fin, veremos.

Y se fué paso entre paso á su casa.

Cuando se quedó solo el señor Bruna, tocó la campanilla.

Apareció Cleofás.

—¿Ha venido ese Pulga, ese barbero?

—Sí señor—contestó Cleofás.

—Pues que entre: y tú toma, busca por el pueblo á esos cuatro que están ahí apuntados y que vengan; si se escusan, los traes presos. Y dió un papel á Cleofás.

Este salió.

A poco entró pulga que era un mozuelo muy pinturero, muy vestido á lo jaque y un tanto cuanto desvergonzado, lo que se le conocía á pesar de que procuraba aparecer lo más respetuoso del mundo, por aquel miedo que en toda la Tierra Baja, se tenía al señor del gran poder.

Saludó ó cómo supo al magistrado, y éste le dijo.

—¿Es cierto que usted entiende de cirugía?

—Sí señor, sí, me ha enseñado don Restituto y me ha llevado á sus curas.

—A curar ladrones, ¿eh?

—Señor, yo iba donde don Restituto me llevaba, porque ¿á mí, qué? la cosa era aprender, ¡y si viera usía qué destrozos he visto yo! porque esa gente se tira á matar, y «viajes» que ellos sueltan...

—¿Qué es eso de «viajes»?

—¡Toma! «viajes», «viajes», soltarle un «viaje» á un hombre es abrirle en canal, pues el «viaje» es el golpe cuando lo dan y después la herida cuando la han hecho.

—Bueno, bien; ¡qué corrupción tan escandalosa del lenguaje!—dijo el señor Bruna—: ¡vaya usted á entender que viaje es una puñalada!

—Vaya señor—dijo Pulga, alentado porque no le trataba mal el señor del gran poder—; que en entendiéndose la gente, basta, y nosotros nos entendemos.

—Bien: ahora mismo voy á dar orden para que vaya usted al cortijo del Puntal, donde hay quince migueletes heridos, á curarlos, á que se esté usted allí; pero no, no, vuélvase usted porque aquí tenemos otro herido, el señor conde de Rovira, y es menester curarlo también; de mi cuenta corre el pagarle á usted su trabajo.

—Muchas gracias, señor.

Agitó de nuevo la campanilla el señor Bruna, y de nuevo se presentó Cleofás.

—Que se embargue una caballería mayor—dijo el señor Bruna—, para este muchacho que va á curar á los migueletes que están en el cor-

tijo del puntal: que vayan escoltándole veintidós soldados de á caballo y que le acompañe un alguacil; en cuanto acabe de curar á los de allá, que se venga acá para curar al señor conde de Rovira.

—Para servir á usía—dijo todo lleno de vanidad Pulga—, porque le comisionaban para una cosa importante, y pensaba pedir el título de cirujano y echar á don Restituto fuera del pueblo á fuerza de pesadumbres, empezando por soplarle la querida, que era muy guapa, y con la cual estaba ya medio en tratos.

El señor Bruna se quedó paseando, profundamente ensimismado.

Avanzaba la tarde.

El señor Bruna no había almorzado ni comido, y sin embargo, no tenía apetito.

Se comprendía esto.

Había sufrido una violentísima emoción en la quinta del Río con su esposa.

Otras dos no menos graves con la condesa de Pueblarrica y con el conde de Rovira.

Había prometido su hija, una hija á quien adoraba, en casamiento, á un hombre enamorado hasta la locura, pero cuyo amor podía pasar, dejando al desvanecerse la fascinación de aquel amor, el arrepentimiento en el corazón del conde por haberse casado con una mujer sin nombre, y á más de esto con la hija de doña Isabel Hernández de Lara, anatematizada por la opinión pública.

El señor Bruna estaba aterrado por el porvenir de su hija.

Se veía además obligado á perseguir en cumplimiento de su deber á un nieto de su esposa, á quien ésta amaba como todas las abuelas aman los nietos, á pesar de todo y contra todo.

Sabía además que un terrible enemigo suyo el conde de Pinorrey existía, y el señor Bruna, que no temía á nada, sentía una inquietud mortal al pensar en don Tadeo.

Hé aquí que todas estas grandes, todas estas terribles contrariedades, irritaban el estómago del señor Bruna, inflamaban su sangre, le causaban una de esas fiebres que no nos postran pero que nos atormentan de una manera horrible, y ni aun se acordaba de que no había tomado alimento.

Estuvo paseando como un cuarto de hora, abismado en sus meditaciones.

Al fin se acordó de que había mandado á Cleofás fuese á llamar á los hombres que debían servirle de guía para acorrallar en el cortijo de los Tres Alamos, á don Tadeo.

Se acercó á la mesa y tocó la campanilla.

Entró Cleofás.

—¿Están ahí—preguntó el señor Bruna—, los cuatro hombres de cuyos apodos te dí nota?

—Sí señor—contestó Cleofás—; ahí están los cuatro.

—Que entren.

Cleofás no se movió.

—Te conozco en la cara que quieres decirme algo—dijo el señor Bruna—; ¿qué es ello?

—Que usía no ha comido desde ayer.

—¡Ya! tienes hambre, y quieres que yo coma para comer tú; mira, mira, anda vete y come, que yo no tengo gana; y deja ahí á Rodríguez para que cumpla mis órdenes.

—Yo no lo decía por eso, señor.

—Come, Cleofás, come y que coma la gente, que tenemos que andar y que trabajar mucho esta noche.

Cleofás salió, y al momento entraron cuatro tipos burdos con trazas de cazadores, á juzgar por sus trajes de estezado y por lo curtido de sus semblantes.

Los cuatro adelantaron en fila y se quedaron inmóviles á una respetable distancia del señor Bruna.

—¿Quién es el de más edad de vosotros?—preguntó éste.

—Yo, señor—contestó uno que en efecto tenía los cabellos entrecanos y las patillas blancas.

—¿Cómo te llamas tú?

—Cara de Grajo—contestó el preguntado—, pero mi nombre y apellido es Lesmes Periches, para servir á usía.

—Tu oficio.

—Cazador de monte y de volatería y de cuanto hay en el mundo; á lo que sale, señor.

—Tú y tus compañeros conoceréis bien todas las veredas y todos los atajos de este distrito.

—Y de toda la Tierra Baja y de Sierra Morena á palmos, señor—contestó Cara de Grajo.

—¿Y creéis que vosotros cuatro seréis bastantes, llevando con vosotros tropa y migueletes para circunvalar el cortijo de los Tres Alamos de manera que no pueda escapar nadie?

—¡Vaya! sí señor.

—Pues quedaos ahí hasta la noche que marcharemos, y no os asustéis porque se os encierre, que es para que no habléis con nadie y que no se sepa que salimos en persecución de malhechores.

—Ay, señor—dijo Cara de Grajo—; que eso no es lo tratado, que después usía se va y nosotros nos quedamos solos y son malos enemigos; y para que á uno le peguen un tiro al revolver de una tapia, siempre hay tiempo, y cuanto más tarde mejor; que tenemos mujer é hijos, y si nosotros morimos ¿quién les va á dar pan á los desdichados?

El señor Bruna acabó de convencerse de lo deficit que era la persecución de bandidos en la Tierra Baja, porque todos sin excepción de personas les tenían miedo.

Por lo mismo se irritó contra aquellos cuatro pobres que tenían cara de hombres de bien.

Pero como le importaba mucho coger á don Tadeo, les dijo:

—Yo podría obligaros á que fueseis so pena de ir á presidio por desobediencia á la justicia

pero me hago cargo de la razón que tenéis y quiero que vayáis por vuestra voluntad; se os pagará bien.

—¿Y en qué se nos pagará bien, señor—dijo otro de ellos que se llamaba Digalo—, si luego nos matan? más vale uno en paz que ciento en guerra.

—¿Y si yo, después que hayáis servido al rey, sirviendo á la justicia, os envío con vuestras familias á Madrid y os recomiendo para que os hagan guardas del Real Patrimonio?

—Entonces, señor, iremos con usía hasta la fin del mundo, y haremos lo que usía nos mande, y al ladrón que nos pase por delante le cortaremos como si fuese un venado—dijo el tío Sobitos que no había hablado hasta entonces.

—¿Pues no hemos de ir?—añadió el tío Zapata—: ¿no es verdad, muchachos, que sí?

—¡Que sí! ¡pues por supuesto!—dijeron Cara de Grajo y Digalo.

—Por supuesto—observó Cara de Grajo—, que si nosotros hacemos esto, es porque sabemos que la palabra del señor del gran poder es palabra de rey.

El señor Bruna los despidió, y les mandó se le presentasen al obscurecer.

Después de lo que había convenido con ellos le inspiraron confianza y no tenía necesidad de encerrarlos.

## X

Poco después de obscurecer, el señor Bruna salió de los Palacios con toda su gente.

Fuera del pueblo, el señor Bruna dividió en cuatro partes la infantería, compuesta de dos compañías del regimiento del Rey y de una compañía de migueletes.

Resultaron sesenta soldados y quince migueletes en cada una de las columnas, á las que se añadieron quince soldados de caballería, cuarta parte de la compañía de este arma.

El señor Bruna puso por guía á cada columna uno de los cuatro cazadores, y él se puso con don Lino su secretario, con Cleofás y los alguaciles, á la cabeza de la columna á quien servía de guía Cara de Grajo.

En seguida dió la orden de marchar.

Cada una de las columnas, siguiendo á sus respectivos guías, tomó la dirección particular alguna de ellas á campo traviesa; y Cara de Grajo, tomando por un caminejo á la derecha, siguió por él á buen paso á la cabeza de su columna.

El señor Bruna inclinó la cabeza sobre el pecho y se entregó á sus meditaciones.

-----  
Demos un salto.

Lleguemos antes que las columnas al cortijo de los Tres Alamos.

Era éste un gran establecimiento rural, que servía además de apeadero de cazadores, lo que le daba cierta apariencia de parador.



Era un rectángulo chato con gran tejado, en que se veían muchas claraboyas.

Una cerca muy extensa contenía los corrales destinados á encerrar ganado.

A la derecha y á la izquierda del cortijo, en la tapia, había grandes portalones; en el centro del edificio, una gran puerta, y á los dos lados tres rejas apaisadas, separadas entre sí por un gran espacio de pared.

En entrando se encontraba un ancho portal por donde cabía muy bien un carro cargado, y á la izquierda una inmensa cocina á teja vana, que dejaba ver su techumbre vertical, con las maderas descubiertas y ahumadas.

De manera, que la cocina recibía luz en el centro por tres grandes claraboyas.

La pared de la izquierda tenía cuando más tres metros de altura, y la de la derecha nueve á lo menos.

En esta pared había dos andenes de puertas, á las que se subía por una escalera de madera que en sus dos tramos correspondía á dos galerías.

Aquellas puertas daban á aposentos destinados á los cazadores que pasasen allí la noche, y aunque hubieran sido obscuras nada hubiera importado, pero lo eran sólo las del piso bajo y las del principal, por decirlo así, porque las del segundo piso recibían luz directa por grandes claraboyas abiertas en el techo.

Al frente de la puerta de entrada había una inmensa campana de chimenea, baja hasta el punto de que un hombre de buena estatura, tuviese que inclinar la cabeza para entrar en el inmenso hogar que cubría.

A los dos lados de este hogar había dos poyos de piedra, y á la sazón en que penetramos en este lugar, hervía sobre fuego de leña, pendiente de una cadena, un mediano caldero que olía á cochifrito.

Había bastante animación.

Dos maritornes no mal parecidas, robustas, jóvenes y hembras de poder, se ocupaban en cuidar del gran guiso que se condimentaba en el caldero, y que se componía de tres corderos ya más que medianos, y de otros guisos de aves, bacalao y arroz y morcilla con pimientos y tomates que se condimentaban en grandes sartenes, en unas descomunales hornillas que cogían desde la pared del fondo hasta mucho más allá de la tercera reja.

La batería era buena y limpia, aunque ordinaria.

El vasar bien provisto de vidriado basto y de vasos y limetas de vidrio; y allá en un rincón de la pared de la puerta de entrada se veían sobre una mesa seis enormes pellejos de vino, cuyas cuerdas iban á parar de sus bocas á un clavo puesto en la pared.

Es necesario cuidar de que las odres no tengan el cuello para abajo para que no goteen.

En el centro de la cocina había una mesa

cuatro veces más larga que ancha, siendo su ancho de dos varas.

A los dos lados corrían dos bancos sin respaldo y un tanto enfermos de las patas, y otros dos bancos en los testeros.

Sobre esta mesa lucían, pendientes del techo, dos faroles no muy limpios.

Esta mesa estaba llena de pedazos de pan, de vasos de vino y de guindillas, con que hacían boca para cenar unas diez ó doce personas que estaban sentadas en los bancos alrededor de la mesa.

A más de esto, otras diez ó doce personas estaban sentadas en esas sillas de pino con asiento de tabla que se ven en los cortijos.

Había más gente aún.

Cuatro parejas que bailaban al son de la guitarra del mozo de paja y cebada, que estaba sentado en la punta del poyo de piedra de la derecha del hogar, á pesar de que hacía calor y de que llegaba á él la influencia de la llama.

En la puerta del cortijo había un hombre apoyado en uno de los machones, alto, cenefo, vestido de corto, con pañuelo en la cabeza y muy mala cara.

Aquel era el tío Colasin, capataz y hostelero á un tiempo del cortijo y la hospedería.

Sentado en una silla bajo los tres álamos negros, pomposos y copudos y ya añosos, que daban nombre al cortijo, había un hombre vestido de corto, con chaqueta, chupa, faja, calzonas, botines, zapato blanco, pañuelo en la cabeza y sombrero franciscano sobre el pañuelo.

Pero era tan pequeño este hombre, que el sombrero estaba muy lejos de tener la circunferencia de costumbre, porque si la hubiera tenido aquel hombre hubiera parecido un velador.

Este hombre, aunque hacía luna, tenía envuelto el semblante en la sombra que proyectaba su sombrero.

Pero nuestros lectores han adivinado ya á don Tadeo.

—Colasin—dijo éste—: estoy inquieto. No me hace gracia que el señor del gran poder haya salido en busca de Diego Corriente. Me coge á mí también el chubasco, porque como me he visto obligado á desaparecer de la ermita, es posible que en ello repare el señor Bruna, y que pregunte tanto, pague tan bien, que haya en los Palacios alguien que le diga quien soy yo: me está pinchando el acordarme de don Jenaro.

—¡Bah! quite usted allá, don Tadeo—dijo Colasin—: que don Jenaro es un buen hombre, que no venderá á usted por nada del mundo.

—Qué quieres, Colasin, no me llega la camisa al cuerpo: hace treinta y un años salió como ahora el señor Bruna, armado de todo su poder y casi con un ejército; y la verdad es que por más que hice no pude tenerme firme, y me vi obli-

gado á escapar á uña de caballo hacia Portugal sin entretenerme mucho y á embarcarme en cuanto llegué á Oporto.

—¡Bah!—dijo Colasin—¿no hay una escopeta para saltarle los sesos á ese señor?

—Todos son muy valientes cuando le tienen lejos—dijo don Tadeo—; pero la verdad es que cuando ven una nube de polvo por el camino, pensando que es él, huyen; yo no sé que tiene ese hombre, que todos, hasta los más guapos, le temen y no le esperan.

—¿Pues que ha de tener?—dijo Colasin—, sino que todos saben que en cogiendo él á uno que haga resistencia á la justicia, le ahorca sin remedio? ¿y quién, estando apresurado con el miedo de si le cogerán ó no le cogerán, tiene el pulso bueno para hacer tiro seguro? Desengañese usted, don Tadeo, que la señorita que levantan en la plaza de San Francisco, tiene unos bigotes que espantan al más «terne».

—Pues tú te lo dices todo, Colasin; por lo mismo, es menester que vayan preparando los jacos, porque me está á mí dando el corazón, y mi corazón no se ha engañado nunca, que se nos va á echar encima ese maldito Bruna.

—Pues por mí, con decirle á Tostón que le eche la albardilla á la jaca y al caballo y ponga jamugas á dos machos, estoy del otro lado: ¿se hace ó no se hace?

—Sí, por si acaso.

—Hombre, me alegraría que después que nos avisen, si es que nos avisan, y se vaya usted, se eche encima el señor del gran poder y me agarre á todos esos gitanos que están alborotando el cortijo: que ellos mandan que se les guise por largo, y luego, cuando tienen que pagar arman una disputa que todo les parece caro á los indinos, y como son muchos quieren abusar; pero á mí, en cogiendo yo la estaca, ¿qué se me da?

—Anda, anda, y que preparen los bichos—dijo don Tadeo.

Colasin se asomó á la puerta de la cocina, y dijo forzando la voz para que le oyeran por encima del ruido de la guitarra y de las castañuelas:

—Ven acá, Tostón, mal bicho, y si esos «gachós» y esas «gachís» quieren bailar más, que bailen sin música ó que se la hagan ellos.

Cesó por un momento la guitarra, porque apenas la dejó Tostón la cogió un gitano, que gitanos y gitanas eran todos los que allí había, y siguió el jaleo.

Tostón se acercó á Colasin.

—Vaya, hombre, ¿y qué es lo que usted quiere? ¿no se puede uno divertir? ¡y que estaba yo gustando, porque les estaba soltando unas coplas, que ya!

—Anda, anda, y échales las albardillas á la jaca torca y al caballo negro, y ponles jamugas

al Garboso y al Niño; y si han acabado el pienso, échales más.

—¡Bueno! ¡que si han acabado el pienso! á las cuatro de la tarde se comieron el último medio cuartillo raído; ¡con que figúrese usted como tendrán las tripas los animalitos!

—Pues échales un cuartillo colmado, y llénales el pesebre de paja larga y heno, que se regalen, no se vayan á caer muertos por esos caminos los animalitos, y luego la tengamos con el otro, que tiene un genio que parece un demonio.

—Pues entonces—dijo Tostón—, voy á echar á cada una un cuartillo que parezcan dos, y toda la paja que quepa en los pesebres.

—Anda, anda, despacha pronto, y avisa en estando.

El cortijero se volvió á su sitio anterior.

Pero sólo encontró la silla debajo de los árboles.

Don Tadeo se había escurrido, se había metido en la cocina sin que lo notasen ni el capataz ni el mozo de paja y cebada, habían pedido una luz á una de las muchachas, que le había dado un pequeño velón de Lucena de un solo mechero y sin pantalla, y don Tadeo había subido por las escaleras, y en el andén del primer piso se había metido por una puerta que tenía encima el número 2.

Cambió la llave de afuera adentro, cerró, y para que no pudiesen ver mirando por el hueco de la cerradura, colgó su sombrero en la llave.

Aquel cuarto era reducido: cuanto cabía en él una cama, una pequeña mesa y una silla.

En la pared había colgados una manta y dos retacos.

Sobre la mesa había una maleta.

Don Tadeo abrió la maleta, murmurando:

—No me fio de esta gente: son capaces de robar hasta á su mismo abuelo, cuanto más á mí, y de salir luego diciendo que alguien de los de afuera ha hecho la mala obra; ¡y quien fia en nadie para nada! si no fuera por el miedo que me tienen y porque yo conozco las vidas de todos... me parece que voy declinando, que mi estrella se eclipsa, y sin haber conseguido nada aún; luchando siempre, siempre desesperado: ¡cuando pienso que he tenido miedo á Diego, me escandalizo de mí mismo! ¡yo que no he tenido miedo á nadie ni á nada! ¡los años! ¡la desesperación! ¡bah! me parece que en cuanto acabe mi tarea por la parte de ese maldito Bruna, sacó mi tesoro del escondite del Nido de la Cigüeña, y me voy con él á las islas de Cabo Verde á gozar del fruto del trabajo de toda mi vida: para los años que me quedan, que sabe Dios cuantos serán, me siento muy fuerte, muy sano; parece que no pasa día por mí, y setenta y cinco ya es una razón de edad razonable; ¡y siempre este empeño! ¡qué locura! pero no puedo arrancármelo de la cabeza: ¡Bruna! ¡siempre Bruna! ¡ese hombre! ¡y en

cerca de cuarenta años no haber podido nada contra él! ¡parece que le protege Satanás!

Y á todo esto examinaba su maleta.

En ella había como dos mil duros en oro y alguna ropa blanca.

—Nada, no falta nada—dijo después de este examen don Tadeo—: se me respeta aún; sí, aun valgo algo: pensar en que Colasín ha sentido en peso esta maleta, y no ha procurado tomarla el pulso, es pensar en una cosa rara, en un fenómeno, en un milagro.

Y cerró de nuevo la maleta, quitó el sombrero de la llave, se lo puso, abrió, cambió la llave, cerró, y se apoyó en la balaustrada del corredor, mirando á los gitanos, que armaban un estruendo infernal.

—¡Cómo se divierten esos cuatrerros!—dijo— ¡y qué felices son! para ellos no hay más que dos cosas: las caballerías ajenas y sus gitanillas. ¡Bah! más me valiera haber nacido gitano: ¡el conde de Pinorrey! ¡bah! ¡bah! ¡el viejo conde de Pinorrey que se pasea en la corte, se ha olvidado ya sin duda, hasta de la memoria de su hermano! bueno; no hay que pensar en eso; es una pérdida consumada de las que no tienen remedio: yo no puedo resucitar.

Y bajó lentamente las escaleras, atravesó la cocina, y fué á sentarse de nuevo en la silla que había dejado abandonada.

#### Avanzaba la noche.

Colasín se había sentado en uno de los dos poyos de piedra que se extendían á los dos lados de la puerta del cortijo.

—¿Y el señor marqués?—dijo don Tadeo por decir algo.

—En los Madriles—contestó Colasín—: como es tan rico, se ha empeñado en que el rey le haga grande de España.

—Pues mala la lleva con el rey que ahora tenemos, porque Carlos III, no es como los otros. A don Fernando VI le dominaba su mujer; á don Felipe V su confesor y su querida, pero á don Carlos III, no le domina nadie: se le ha metido en la cabeza la manía de la justicia, y todo lo que se pretenda para con él, es inútil si no lo encuentra justo, justísimo. ¿Y qué justicia asiste al marqués de Ampuero para que el rey le haga grande de España de primera clase?

—¡Toma! la justicia de sus talegas; y cuando se habla de talegas y del señor marqués de Ampuero, las talegas no son de pesos fuertes, sino de onzas de oro. Mire usted, don Tadeo, un día se le puso comprar el molino de Juncalajo, que era del conde de Arenillas, un señor más tieso y con más viento que un fuelle, y por lo mismo dijo que no le daba la gana de venderlo, y que si el marqués de Ampuero lo quería, que se pasase sin él y que se rascase la punta de la nariz; con lo que mi amo tomó tal hinchá, que dijo que aun cuando

hubiese de hacer imposibles, se quedaría con el molino: me llamé á mí, y me dijo:

—Colasín, me he propuesto que el molino de Juncalajo sea mío, porque ya ves tú, tiene diez piedras, y es de muy buena molienda; y además de esto, la Rosario la molinera es una rosa de Mayo, y se lo quiere regalar; con que á ver como te gobiernas con el administrador del conde de Arenillas.

—¡Válgame Dios! dije yo: por aquí algo ha caído que hacer; algo me meteré yo en el bolsillo de esta hecha. Y le eché la albardilla al jaco, me fuí á Sevilla y me agarré á don Pentecostés Librado, que como usted sabe, es el administrador del conde, y más ladrón que una marica, y aquello que cogen sus garras no vuelve á paracer. Mire usted, don Tadeo, el molino vendido á un primo, todo lo que podía valer eran seis mil pesos fuertes. Yo me atenacé con don Pentecostés, y tira arriba, tira abajo, y echándole de gancho al conde de Arenillas una buena moza por quien estaba perdido, que es la «camelá» yo, porque si no él no la «camelá» en todos los días de su vida, porque sobre ser feo es roñoso; y tira arriba, tira abajo, el molino se vendió á mi amo ¡asómbrese su merced, señor don Tadeo! en catorce mil pesos fuertes, y además diez mil que tuvo que darle á don Pentecostés, que olió la carnada y dijo que en él consistía que el conde de Arenillas vendiera ó no vendiera el molino, y que si él no quería no se vendía, y que él no quería que se vendiese si antes de hacer la escritura no se le le daban doscientos mil reales. Y como el marqués de Ampuero lo había tomado á empeño, se los dió, se hizo la escritura, soltó otros catorce mil pesos, y vamos andando; y luego don Pentecostés me dió cinco mil por mi parte, y de estos cinco mil pesos yo di cinco mil reales y otros cinco mil don Pentecostés, para dar quinientos pesos á la Teresa, que por menos dinero no quiso hacerle buena cara al conde de Arenillas. Y en seguida mi amo hizo una escritura de donación «inter vivos» del molino para la Rosario, con más de diez mil duros que la dió para reparaciones del molino; con lo cual, Quitapenas el molinero se compró un peine de oro para quitarse la caspa de la cabeza y se «coscó», y todos pagados y contentos ¡y en paz! Con que ya ve usted, don Tadeo: un hombre que por una mujer de buen palmito y por una tema se gasta treinta y cuatro mil pesos fuertes, ¿qué no se gastará para que le hagan grande de España? ¡Y si usted vieses qué arcón de onzas de oro abrió el marqués para darme las mil y quinientas del molino, se le quita á usted la vista de los ojos.

—Oyes tú, Colasín—dijo don Tadeo hablando al fin seriamente: y todos los talegos que en el arcón había, ¿eran de oro?

—¡Vaya que sí!

—¿Y cuántos talegos habría, Colasín?

—La fin del mundo. ¡Calle su merced, si el

arcón tenía dos varas de largo y una de alto y una de ancho, y estaba con colmo, porque la tapa era como la de los cofres! ¡calle su merced, porque á mí me dieron mareos! ¡Válgame Dios, señor! dije yo: ¿y cómo puede tener un hombre tanto dinero?

—Oyes tú, Colasín: ¿y donde tiene ese arcón tu amo?

—Mire usted, señor: el arca es de hierro, y hay tantos requilorios y tantas cosas para abrirla... y luego, que me dijo el amo que tenía pistolas, y que al que tocaba aquella arca sin saber lo que se hacía, las pistolas le mataban. Y yo dije: ¡guarda, Pablo! que después de muerto, ¿para qué quiere uno el dinero?

—De esas cosas me río yo—dijo don Tadeo—: de las areas de hierro, de las pistolas y de las tenazas que agarran la mano del que las abre. ¿Dónde tiene ese arca el marqués?

—En un cuartito que está orilla de su alcoba.

—¿Está en bajo ó en alto?

—No señor, en bajo; porque ahora es verano, y yo creo que el arcón estará allí siempre.

—Vaya, pues será menester comprar un casuco orilla para arrimarnos al marqués, y llevármolos por trampa el arca.

—Pero hombre, don Tadeo, ¿á mi amo también?

—A Dios Padre, Colasín, á Dios Padre: porque nuestro padre y nuestra madre, nuestro amigo, nuestro amo y nuestro Dios, es el dinero.

—¿Y dice usted que es menester comprar un casuco inmediato á la casa del señor marqués?

—Sí, hombre, sí. ¿Tan bárbaro eres que no comprendes para lo que se necesita ese casuco? Por la tinaja ó el pozo, que ya tendrá una de estas dos cosas el casuco, se abre una mina ¿entiendes tú?

—¡Ah! ya.

—Verde y con asas, alcarrazas. ¡Bendito sea Dios, y qué brutos os ha hecho la Divina Providencia! Luego, cuando la mina está hecha en la dirección conveniente y cuesta arriba, al romperse la mina nos encontramos en el cuartito donde está el arcón á las tres de la mañana, cuando todo el mundo duerme; luego se asiebran los goznes por detrás, por donde no están los tiros, y se van echando los talegos por la mina y cargándolos en unos machitos, y llevándoselos adonde nadie lo sepa.

—Vaya, vaya, don Tadeo, ¿y no le ha de valer al señor marqués de Ampuero ser mi amo?

—¡Tu amo! Tu amo es el dinero, animal. ¿Qué esperas tú ser en el mundo?

—Mire usted, don Tadeo, aunque parece así que yo no soy nada, yo tengo cubiertillo el riñón.

—Con muy poco te contentas, con siete ú ocho mil pesos fuertes que tienes enterrados y que para nada te sirven, porque agua parada no muele molino; y si meneas esa miseria, ¿qué vas á sacar de ella? poco más que tu salario de capataz. ¿Qué cortijos tienes tú? ¿qué

vacadas? ¿qué yeguañas? ¿Qué sabes tú lo que es llenarse el ojo con una tierra cubierta de mies y de oliva, y decir: hasta allí hasta los quintos infiernos, desde aquella torre que usted ve allí, que es el pueblo de Tal, hasta aquella otra de la izquierda, que es la del pueblo de Tal, todo eso es mío? ¿Y oír ponderar los potros que salen de tu dehesa, y oír contar cuántos caballos mató el toro Colorado, ó el Beato, ó el Marqués, y á cuántos diestros cogió en la plaza de Sevilla, y que diga la gente: toros como los de don Fulano, ni en el cielo? ¿Y pasar por esos pueblos y ver que todo el mundo te quita el sombrero, y que el alcalde se apresura á servirte, y que aunque seas más feo que una noche oscura, y más bruto que un alcornoque, todas las mujeres te se sonrien y te miran con los ojos mortecinos, y que te encuentran con los «muchachos», y en vez de aligerarte el bolsillo y cargarte las espaldas, te tratan con miramiento y te alargan la bota y te hacen un cigarro si es menester, y cuando estás en Sevilla todo el mundo va á visitarte, desde el Asistente al último pelón, y comes como quieres y vives como quieres y gozas de todo lo que Dios crió? ¡Anda anda, á ver cómo haces tú todo eso con ochomil pesos fuertes, pordiosero!

—Pero, don Tadeo, para tener todo eso es menester apalear las «jaras», y el que no tiene por donde le vengan...

—Las roba y no se para en que aquél á quien se le han de robar es el amo ó no es el amo, que el que se anda en consideraciones nunca sale de pobre y de aperreado y maltratado por todo el mundo. ¡Pues á fe á fe que no cabe dinero en un hueco de vara de alto y ancho por dos de largo! ¡No sabía yo que el marqués de Ampuero era tan rico! Bien es verdad que cuenta por docenas las haciendas, y que todas son monstruosas, aunque es un hombre que no tiene vicios y despilfarra, aunque vive con arreglo á su rango. Colasín, Colasín, si damos ese golpe, yo me redondeo y tú te pones rico.

—¡Mire usted qué lástima!—dijo Colasín—: ¡cómo si no supiéramos que tiene usted más oro que el que puede menear un temblor de tierra!

—Todo es poco—exclamó con la voz hambrienta, por decirlo así, don Tadeo—: yo no me contento con cualquier cosa. Quiero tener palacios, jardines, mujeres, todo cuanto hay de bueno en el mundo, todo cuanto cuesta caro. Irse á una inculta isla del Océano, colonizarla, ser rey, hacer lo que yo no he podido hacer todavía, piratear: por el mar van los grandes cargamentos, las grandes riquezas; pero yo no quiero ser un pirata cualquiera, uno de esos á quienes les caza un falucho armado con dos cañones; no, no señor: yo quiero ser un pirata formidable; un pirata que pueda echar á pique á un navío de ciento veinte; un pirata como todavía no ha habido ninguno: acometer

á todas las costas del mundo, llevarme las mujeres más hermosas, incendiar, matar, ser el terror de los mares.

—¡Jesucristo!— exclamó Colasín—, ¡pues no quiere usted mucho!

—O ser ó no ser—contestó don Tadeo—. ¿Qué importan ocho ó diez millones de reales? miseria. ¿Qué hace con eso un hombre como yo? Y luego, Colasín, que no merece ser rico el que no sabe gastar su dinero. Yo te aseguro que el que gaste toda su renta, no hay medio de robarle. Comprendo á los ricos que deben, porque por mucho que tengan gastan más que lo que tienen, pero no comprendo á los ricos que ahorran como el marqués de Ampuero. Lo que han ahorrado se les debe gastar porque no es suyo, porque debían gastarlo. Conque déjate de miramientos, Colasín, á ver cómo me buscas el plano de la casa del marqués, y andando. No puedo hacer más que partir contigo.

—¡Ay, don Tadeo, si yo me encontrara con la mitad del dinero que hay en aquel cofre, ¡mádre mía! ¡qué! señor, ¡si no se sabe lo que allí hay!

—Quince ó veinte millones, Colasín—dijo don Tadeo.

—Y diga usted—dijo Colasín—, si á mí me ven de repente con mucha hacienda, ¿no se meterán en saber de dónde la he sacado? y siendo yo criado del marqués de Ampuero y habiéndole robado, ¿no dirá que yo soy el ladrón y me agarrarán y me apretarán las clavijas y me harán confesar el robo y me ahorcarán?

—¡Cernicalo! ¿Y qué necesidad tienes tú de estarte en España, estando ahí Portugal tan ancho y tan hermoso? Y que los portugueses venden más barato que los españoles, y doble terreno por el mismo dinero puedes tener allí que aquí.

—También eso es verdad, don Tadeo; vaya, me va usted convenciendo. En cuanto usted se lleve esas mujeres que están ahí y pueda yo menearme, me voy á Sevilla y averiguo cómo están las habitaciones de la casa del marqués, y le traigo á usted la razón en un papel.

—Pues, hijo, esta noche me traerá el Vidriero la razón de otro escondite más hacia Portugal, y me marchó.

—Y si se marcha usted, ¿cómo vamos á hacer lo del marqués?

—Dejando bien escondidas á esas mujeres, y que se estén así mientras se hace el negocio.

—Vamos, eso es otra cosa: pues al avío; no hay que hablar más, don Tadeo; ¿y cuánto cree usted que se tardará en hacer la mina?

—Todo es cosa de ocho días: nosotros solos podemos hacer el negocio, porque yo trazaré la mina y los dos trabajaremos en ella.

—¿Usted?—dijo con el sarcasmo de los hombres de fuerza cuando se dirigen á uno que creen de menos fuerza que ellos, Colasín—: ¿que va usted á trabajar?

—¡Vaya!—dijo don Tadeo—: tú no sabes to-

davía quién soy yo; me ha hecho Dios á mí los tendones de acero y los huesos de bronce; y si no, echa aquí el pulso, Colasín, que quiero que sepas quién soy yo, y eso que tú eres un hastialón que paras un carro con un tiro de seis mulas, pero eso no le hace: echa acá.

Don Tadeo se levantó, se fué al poyo de piedra, pulseó con Colasín, y le venció con la facilidad del mundo.

—Vaya—dijo Colasín resentido—, eso no vale: es que me ha ganado usted la vez; eso es maña, pero á otra ya lo sé, y no me la da usted á mí.

—Pues á verlo.

Pulsearon.

Don Tadeo dejó que Colasín le sacase alguna ventaja, le venciese algún tanto el brazo, y Colasín exclamó:

—¿Lo ve usted?

—Lo que yo veo es esto—dijo don Tadeo rehaciéndose y dominando completamente á Colasín sin esfuerzo.

—¡Cáscaras!—dijo Colasín—: pues no sabía yo que era usted un hombre de tanto poder; ¡anda, anda, si usted le agarra á un toro un «pitón», lo sujeta como si fuera un carnero!

—Siempre es bueno tener algo guardado y que no se sepa cuánto puede uno—dijo don Tadeo—: en fin, parece que no hay novedad y que no será menester quitar las albardillas á los jacos y las jamugas á los machos. Voy á acostarme: esperaremos todavía, por si acaso voy á echarme vestido: no te descuides tú.

—¡Bah! con esos «flamencos» que van á vender sus muletas á la feria de Sevilla, me parece que tenemos jaleo hasta el amanecer: ahora están cenando; en cuanto se aforren las tripas y empinen el codo á su gusto, no va á haber quien los aguante: siento que no le van á usted dejar descansar; pero no se les puede echar, porque al fin esto es un apeadero, como si dijéramos una posada.

—¡Qué se le ha de hacer! tendremos paciencia: buenas noches, Colasín.

—Buenas noches, don Tadeo.

Este se metió para adentro: atravesó la cocina, en cuya larga mesa estaban devorando los gitanos el guiso de cordero, bebiendo y charlando que aquello era una grillería.

Don Tadeo pasó desapercibido.

Subió á su cuartó y se echó vestido sobre la cama.

Los gitanos acabaron de cenar á su sabor; y cenaron tan bien y bebieron tanto, que contra la opinión de Colasín, acabada la cena les pesaron más las cabezas que los pies, sintieron sueño y fueron á recogerse á un cuarto, todas las gitanas en un lado, todos los gitanos en otro.

Se quedaron solos las dos mozas y los tres mozos, y Colasín sentado en la puerta en observación.

Cuando oyó que nada se oía, se levantó y se entró en la cocina.

—Vaya, se han acostado—dijo.

—Sí señor—contestó una de las muchachas.

—Gracias á Dios—dijo Colasín—: recogeos vosotros, que ya es tarde, y no quiero que la gente se me ande durmiendo de día; mañana se recogerá todo esto.

Las dos mozas, el mozo de paja y cebada y los otros dos, se metieron en dos de los aposentos de la planta baja.

Colasín se volvió á la puerta del cortijo y se sentó en el poyo de piedra.

—Velaremos—dijo—, por si acaso: mañana dormiremos, porque se habrá ido toda esta gente y no tendremos nada que hacer.

Serían como las once de la noche.

Pero por más que se había propuesto velar Colasín, el profundo silencio que reinaba en torno y lo fresco y halagador del ambiente, le adormilaron.

De improviso despertó á la presión de una mano que le sacudió.

Se puso en pie de un salto, y echó mano á la navaja.

—¡Eh! quieto, tío Colasín—dijo una voz de muchacho—: lo que usted tiene que hacer es quitarse de en medio y quitar de en medio á quien importe, que viene encima el señor del gran poder, y no hay escape, que con mucha tropa y muchos migueletes trae rodeado el cortijo, y no tarda diez minutos.

Y el piluelo que había dado esta noticia á Colasín se escurrió, perdiéndose detrás de los tres álamos, y tan bien perdido, que trepó por el posterior y no paró hasta llegar á lo más alto de su copa, en la que se encogió y se agazapó.

Pero aunque aquel escabullimiento fué hecho con gran limpieza, lo vió Colasín.

—Apretado debe ser el cerco—dijo éste—, cuando Quiquiriquí se ampara en un álamo: esto quiere decir que no se puede pasar por ninguna parte: ¡por vida de las tres Marías, y qué buen olfato que tiene ese pícaro don Tadeo! En fin, si le cogen ¡qué se le ha de hacer! no lo siento más que por el cofre de talegos del marqués de Ampuero.

Y entró rápidamente en la cocina, que estaba desierta, y subió al cuarto de don Tadeo, al cual no tuvo que despertar, porque el recelo le tenía desvelado.

—¡Ya están ahí! ¡ya están ahí!—dijo.

Saltó de la cama don Tadeo como una serpiente.

—¡Pronto! ¡pronto los caballos! —dijo don Tadeo.

—¡Qué caballos ni qué demonios!—dijo Colasín—, si vienen cercando el cortijo espesos como los dedos de las manos, y son más de dos mil.

Don Tadeo meditó un momento, y luego salió rápidamente del cuarto y bajó á la cocina.

Colasín descolgó las escopetas, la canana y la capa, y se metió bajo el brazo la maleta para quitarlo todo de en medio y echarlo al pozo para que no le pidiesen cuenta del huésped que por aquellos chismes se echase de menos.

Cuando bajó á la cocina, no vió á don Tadeo.

—¡Calla! dijo: ¿pues y dónde está ese hombre? ¿á que se ha subido á otro álamo? porque éstos tienen todos las mismas mañas, los jóvenes y los viejos. Pues no hay que descuidarse: á la noria con esto.

Y se dirigió á la salida de la cocina.

Pero antes de llegar á ella se encontró con don Francisco de Bruna, á quien seguían Cleofás, un capitán de migueletes, otro de infantería y otro de caballería.

—¡Alto!—dijo el capitán de migueletes como más competente, puesto que su oficio era perseguir malhechores.

—Dese á la justicia del rey nuestro señor—exclamó Cleofás echándole mano, porque no quería renunciar por nada ni por nadie á sus preeminencias de alguacil.

—¡Todo el mundo preso!—exclamó don Francisco de Bruna.

Colasín estaba inmóvil, fascinado, convertido en una estatua, sin atreverse á moverse.

—¿Quién es usted?—dijo don Francisco de Bruna.

—Yo soy Colasín, Trijueque y Valdeastillas—contestó con voz apagada—, aperador del cortijo y apeadero del señor marqués de Ampuero mi amo.

—¿Y qué es eso que lleva usted?

—Esto, señor, son dos retacos, una capa, un sombrero y una maleta de un huésped, que voy á ponerlos en otra parte.

—¿Y quién es el huésped?

—Yo no le conozco, yo no lo sé—dijo el tunante del aperador—; sólo sé que me llamó hace un rato y me mandó llevarse á mi cuarto estas cosas, ¿y á qué estamos, señor, más que á servir á los huéspedes?

—Bien: entregue usted eso á este alguacil, Colasín lo entregó todo á Cleofás.

—¡Diablo, y lo que pesa esta maleta!—dijo el alguacil—: pues no, el suelo tiene más fuerza que yo.

Y dejó caer al suelo la maleta, que sonó á dinero, causando la alegría de los migueletes y de los soldados que asomaban la cabeza por la puerta, porque al fin, aquello era una aprehensión.

—¿Cómo se llama ese huésped?

—Yo no lo sé, señor—dijo Colasín—: ha venido solo.

—¿Y el pasaporte?

—Mire usía, como nosotros no somos de justicia, no le pedimos á nadie el pasaporte: además, que ni yo ni los mozos sabemos leer.

—¿Cómo se lleva la cuenta de la paja y la cebada?—preguntó el señor Bruna, que era práctico.

—¡Toma! con rayas: ya se sabe de quién son las rayas que se hacen: así nos las gobernamos.

—¿Quién ha cenado aquí, que está todavía esta mesa revuelta?—preguntó el señor Bruna.

—Señor—contestó Colasín—, han cenado unos gitanos chalanos que con cincuenta muletas que llevan á la feria de Sevilla, han parado aquí esta noche.

—¿Y dónde están esos gitanos?

—Durmiendo en sus cuartos.

—A ver, Cleofás, á registrar y á sacar aquí á todo el mundo.

Cleofás con algunos alguaciles empezó su tarea por la parte baja, saliendo á poco á luz, á medio vestir, las dos mozas y los tres mozos.

Luego sucesivamente de los otros cuartos fueron saliendo también bastante ligeros, gitanos y gitanas.

Eran unos treinta.

Pero entre ellos no parecía ninguno que pudiese presumirse fuese don Tadeo, porque todos eran altos y robustos.

El terror se pintaba en sus semblantes, lo que quería decir que las muletas no tenían la mejor procedencia, y que tenían que por esto se les hubiese echado la justicia encima.

Se registró por todas partes el cortijo, y don Tadeo no pareció.

Sin embargo, constaba por la declaración de Colasín que uno de los huéspedes faltaba; pero ¿dónde estaba este huésped.

Por último, después de haber mirado por todas partes, don Francisco de Bruna se entregó.

—Otra vez se me escapa—dijo con irritación—: ese hombre debe tener hecho pacto con el diablo.

Y como tenía delante de sí una horda de gitanos, y estos son siempre sospechosos, dijo:

—¿Quién es el caporal de esta gente?

—Un humilde criado de su señoría—dijo adelantando el paso un gitano viejo.

—¿Qué hacéis aquí?

—Hemos venido á hacer aquí noche.

—¿Adónde vais?

—A Sevilla á la feria, que mañana es jueves, señor, con cincuenta muletas que hemos comprado en Archidona en la dehesa de don Celestino Suárez.

—A ver, á ver la certificación de la justicia de la villa con la reseña de las bestias, como está mandado—dijo don Francisco.

El gitano se echó mano á un bolsillo interior de la chaqueta, sacó una cartera larga y negra, la abrió y se puso á registrar papeles.

—¡Ay, María Santísima, que me han robado y me han perdido!—exclamó el gitano con ese acento ponderativo, lacrimoso y alharquiento de ellos—: ¡ay madrecita mía de los Desamparados, y qué va á ser de nosotros, infelices! hijos míos, me han quitado el pasaporte y la certificación del señor alcalde de Archidona: ¡María Santísima de la Esperanza! yo te ofrezco, señora mía, una muleta de oro, como hagas

que parezca la certificación y el pasaporte que me ha quitado algún malasangre.

Empezó un coro de gritos y de lágrimas que cortó con voz estentórea don Francisco, exclamando:

—¡Silencio todo el mundo! á ver, Cleofás, á hacer una cuerda con toda esta gente, y que ahora mismo ocho migueletes los lleven á la cárcel de Sevilla; y te daré á tí Virgen de los Desamparados, bribón, con un grillete; vais á estar diez años en Ceuta vosotros, y diez años en Santa María Magdalena ellas; abijeadores, cuaterros, ¿de quién son las muletas?

—De don Celestino Suárez—exclamó una gitana—, que me las ha regalado á mí, porque sí, porque sí: porque andaba detrás de mí, y porque valgo yo más de cincuenta muletas y más de sesenta.

—Nota á don Lino para prender, si esto es cierto, á don Celestino Suárez por libertino y escandaloso; pero pronto, pronto, afuera con ellos: á Sevilla y á la cárcel, que ya se sabrá lo que es esto, y á cada cual se le dará su merecido.

Renunciamos á describir el cuadro de dolores que allí tuvo lugar, los llantos, las imprecaciones, las maldiciones, los aspavientos que hicieron tanto gitanos como gitanas, mientras los migueletes y los alguaciles los ataron.

Al fin la cuerda salió lacrimosa, chillona, escandalosa, y Colasín fué cogido por la faja por Corduela, á punto que se escurría entre la confusión.

—¡Eh! ¡alto ahí!—le dijo—: que á lo que parece hay que ajustarte una cuenta muy larga.

Y para que no se escapase le ató de pies y manos con su propia faja.

—Le sacaron afuera.

Todos los que se habían encontrado en el cortijo habían sido presos.

—Y bien, don Lino—dijo el señor Bruna—, ¿ha registrado usted todo?

—Sí señor—contestó don Lino.

—Pues bien, me parece que aún falta que registrar.

—No sé, no sé lo que falta—dijo don Lino, como no sea que registremos debajo de tierra.

—Pues cabalmente—dijo el señor Bruna—, debajo de tierra hay que registrar.

Se encogió de hombros don Lino.

—¿No ha visto usted ninguna señal de escondrijo?—preguntó el señor Bruna.

—No señor—contestó don Lino, y se ha registrado todo, hasta los desvanes.

—¿En el piso bajo no hay ninguna trampa?

—No señor.

—¿Ha mirado usted bien?

—Me he desojado.

—Que entre el capataz—dijo el señor Bruna— Y se puso á pasear á lo largo de la cocina.

Los alguaciles y los migueletes que le acompañaban no habían pasado de la puerta.

Don Lino salió y volvió á poco con Colasín. Este venía temblando.

Don Lino le puso delante del señor Bruna.

Colasín permanecía con los brazos atados, no ya por la faja que había sido restituida á su cintura, sino por una cuerda.

El señor Bruna le miró profundamente.

—Buen cuello tienes—dijo.

Colasín se estremeció.

Aquella observación del señor Bruna le había sentado muy mal.

Miró con estupor al magistrado, y guardó silencio.

—¿Me conoces?—le preguntó el señor Bruna.

—Yo no conozco á usía más que para servirle—contestó con la voz trémula y apagada, pero he oído decir que usía es el señor del gran poder.

—Me parece que tengo poder bastante para ahorcarte, y que tú tienes bastantes méritos para ser ahorcado.

—Según lo que mire usía—dijo Colasín.

—Lo que yo miro es que has abrigado en el cortijo cuatrereros y ladrones; sobre todo, á un don Tadeo Ledesma que estaba aquí y que aquí debe estar, porque no ha podido escaparse.

—Como no sea ese que me dijo que bajase su maleta y sus cosas y las pusiese en su jaco...—respondió Colasín.

—¡Ah!—exclamó don Lino—, se me ha olvidado decir á usía que en la cuadra hay una jaca y un caballo enalbardados y dos machos con jamugas.

—Lo que quiere decir—dijo el señor Bruna—, que hay aquí dos mujeres.

—Más ha habido, porque las jitanas eran un enjambre—dijo Colasín.

—No se trata de gitanas, sino de dos mujeres que debían acompañar á don Tadeo Ledesma.

Hizo Colasín un movimiento involuntario, que no se escapó al señor Bruna.

—Vamos—dijo—; ya veo que conoces á ese señor.

—¿A qué señor?

—A don Tadeo Ledesma.

—Pues es la vez primera que le oigo nombrar.

—¡Es posible! yo voy á hacer contigo cualquier exceso de aquellos á que me autorizan las leyes—dijo el señor Bruna desplomando sobre Colasín aquella mirada que había aterrado á tantos criminales, de cuyas resultas Colasín, pálido como un difunto, dijo:

—Pues no haga usía conmigo ninguno de esos excesos que Nuestro Señor Jesucristo, que tanto hizo por nosotros, no pasó de la cruz, ni yo paso de aquí, que lo bueno, bueno está, y no hay que tentar al diablo.

—Harás muy bien en no tentar nada, porque podrás quemarte—dijo el señor Bruna—, y habla pronto y claro que es tarde.

—Pues ha de saber usía—dijo Colasín—, que don Tadeo es un hombre temible.

—Muy bien, eso ya lo sabía yo, un criminal contumaz; pero no es eso lo que yo pregunto: ¿dónde está don Tadeo?

—Cuando yo subí á su cuarto á recoger su maleta, sus armas y su ropa para que no se me preguntase por su persona, ya no estaba allí; debe de haberse escapado.

—¡Imposible!—dijo don Lino—; cuando nos acercamos al cortijo veníamos espesos codo con codo en círculo.

—Don Tadeo se escapa por el ojo de una aguja: ¿no se han dejado sus mercedes atrás árboles al acercarse al cortijo?

—Sí señor, y ¿qué?—exclamó don Lino con ese apresuramiento del tunante que teme se la hayan pegado, cuando él ha creído bien tomadas sus medidas.

—Pues si se han dejado ustedes atrás algún árbol, es muy posible que al sentirlos á ustedes se subiera al árbol don Tadeo, y cuando ustedes dejaran atrás el árbol se bajara y se largara.

—Es que esto puede ser muy bien—dijo el señor Bruna fijando su densa mirada en el escribano, porque don Tadeo tiene algo de gato montés.

—A ver, uno de esos que han servido de guías—dijo don Lino.

Se presentaron los cuatro.

—Vosotros debéis subir á un árbol con la misma facilidad que yo á la torre de una iglesia por la escalera—dijo don Lino.

—Sí señor, que sí—contestó Sobitos—; vaya, pues si cuando hay cuecaña en Sevilla, ¿quién se lleva el pavo más que yo?

—Pues conmigo los cuatro—dijo don Lino.

Y salió con ellos.

Suspendamos por ahora lo que siguieron hablando don Francisco de Bruna y el infeliz Colasín, para seguir al feroz don Lino que iba pasándose la mano por la nariz como si quisiera estirársela, irritado porque su jefe le había soltado una mirada reprensiva.

Tomó ocho migueletes y les dijo:

—Poneos al pie de esos tres álamos (no se veían otros árboles sino muy lejos) y al que baje, que no sea el que suba, le agarráis. A ver, aquí estáis cuatro buenos mozos, tres, cada uno á un árbol.

—Vaya, ¿pues quién se queda?—dijo Cara de Grajo.

—Tú que lo has dicho—contestó Diga'lo.

Y se agarró á un árbol con los brazos y con las piernas, así como sus otros dos compañeros á cada uno de los otros dos álamos, y en tres estrepados llegaron á las cruces; entonces se sintió balancear una de las ramas, largas, debajo de las cuales estaban los migueletes.

Se sintió caer un bulto, y luego una carrera rápida como la de un ratón.

—¡A ése! ¡a ése que se va!—dijo don Lino. Pero por mucho que corrieron los migueletes, no dieron con el ratón que del árbol se había desprendido.

Entretanto, Dígalo decía desde lo alto de un árbol:

—Aquí está.

—Pues échamelo abajo de cabeza—dijo don Lino.

—¿Cómo lo he de echar de cabeza si no la tiene?—contestó Dígalo.

—¿Cómo que no la tiene?

—Como que lo que está aquí es un tirante de «bendo» ó de orillo, como su merced quiera: un tirante de granuja que tiene en un ojal un botón de nácar que parece de la casaca de un señor, y un pedazo de guiñapo.

—Pues hombre, has encontrado bastante—dijo contrariado don Lino.

—¿Y qué quiere su merced que yo le haga, si el «charrancillo» cuando me ha sentido subir se ha ido como una ardilla por una rama y se ha bajado por la punta al suelo? ¿qué iba yo á hacerle, señor?

—¿Y los otros, no han encontrado nada?—dijo don Lino.

—De aquí—contestó Zapata, se ha ido un cuclillo.

—Me parece á mi que estáis de «guasas»—contestó don Lino.

—¿Qué? no señor—contestó Zapata—, es que decimos la verdad; su merced nos pregunta y nosotros contestamos.

A este tiempo volvían jadeando los migueletes, entre ellos un cabo, que dijo atusándose los bigotes, con un ojo entornado y el otro guiñado, lo que dejaba muy bien ver la luna.

—Señor secretario, ese perdido ha debido encontrar alguna madriguera y se nos ha trasconejado; y créame su merced, que para cazar á esta clase de pillos hay que traer hurones.

A este tiempo se habían descolgado ya de los árboles Zapata, Dígalo y Sobitos.

Dígalo traía en la mano el tirante en cuestión, con su botón de nácar á un extremo, al cual estaba adherido un guiñapo de paño pardo.

—Tirante legítimo de granuja de la Encarnación—dijo el cabo de los migueletes—; eso fué que al descolgarse se le agarró á algún gancho, y allí se quedó.

—Nos marearán—dijo don Lino—; ea fia, muchachos, echaos á buscar aunque no encontréis, para satisfacer de alguna manera á don Francisco, que nos va poniendo muy de través.

Pero ¿á qué buscar? Quiquiriquí escapaba ya muy largo hacía el río, y corría como una rata sin más vestido en todo su cuerpo que un pedazo de camisa, porque el medio calzón que

tenía, y que por falta del tirante se le había caído á los pies, le había soltado.

Esta prenda fué hecha prisionera, como á tres tiros de escopeta del cortijo.

Veamos lo que había seguido hablando el señor Bruna con Colasín.

—¿Dónde están dos mujeres y un hombre que acompañaban á don Tadeo?—había dicho el señor Bruna.

Le entraron sudores á Colasín.

—Señor, estoy viendo que de resultados de esto me va á sentar usía la mano de tal manera que los gritos se van á oír en el cielo; y digo la verdad á usía, que si usía no me promete tratarme con misericordia, yo me callo y me aganto, porque usía no sabe á lo que yo me expongo si suelto la «muy».

—¿Qué es eso de «muy»?—exclamó el señor Bruna, que tenía tanto horror al «caló» como á los apodos—; tunante, ¿á mí te me vienen con esa gerga incomprensible que solo usan los pícaros y los malos cristianos?

—Perdone usía, que se me escapó, que por decir lengua dije «muy», y esto nada tiene de particular, porque todos los que vienen á esta casa hablan de esa manera y á uno se le pega.

—Pero no te se pega nada bueno.

—Era menester para eso que algo bueno viniera por aquí, y por aquí no vienen más que ladrones y perdidos y cuatrerros, porque esto está fuera de camino, y es menester hacer lo que ellos quieren para que no le quiten á uno las ganas de mascar. ¡Pues mire usía si perderíamos algo con que se acabaran todas esas briberías y no vinieran aquí más que santos varones con el rosario en la mano! pero sí, espérate, Colasín, que de lo menos que se desenredan cuando te dan los buenos días, si es que te los dan, es de un trabuco naranjero con más boca que el pozo del corral, que es de marca mayor.

—A ver—exclamó viendo que entraba don Lino al oír decir pozo—¿se ha registrado el pozo de esta casa?

—Ya está eso andando, señor—dijo don Lino— y nos hemos encontrado con que el pozo á las dos varas tiene agua, lo que indica que en el pozo no puede haber gente, y lo más lo más que puede ser, es que en el fondo esté oculto dinero.

—Tampoco—exclamó Colasín—, que eso es ya muy viejo, y los pozos no ofrecen seguridad más que á los tontos, porque en sacándoles el agua y cavando en ellos, lo que hay allá abajo se encuentra; y no anda por ahí el «belén», y yo lo digo por donde anda si usía promete tratarme con consideración: y á mí, si se mueren de hambre esas dos mujeres y ese hombre porque no haya quien los lleve la comida, no tiene que decirme Dios ni una palabra, que yo en en esto ni entro ni salgo; y capataz

era, y si usía me deja aquí libre cuidando de la hacienda de mi amo, llevándose á quien haya cometido delito, que yo no, de capataz me quedo.

—Todo lo que yo puedo hacer—dijo el señor Bruna apartando á un lado á Colasín, es, en vez de ahorcarte por aquello de que eres capá y cómplice y gancho y truhán de ladrones, echarte á presidio, y sin que nadie se entere y por segunda mano, darte un situado de un peso fuerte diario para toda tu vida.

—Pues mire usía, por un peso fuerte diario voy yo toda mi vida á presidio y hasta lo solicito, que allá en Ceuta, donde yo he estado algunos años, pongo yo un bodegón en que me hincho de dinero, y me caso y vivo en paz y en gracia de Dios; y luego, que Ceuta es una ciudad muy bonita, y que yo tengo allí hasta parientes; y no se hable más y venga usía conmigo, y que venga también el señor secretario, y si se quiere, que vengan migueletes para asegurar mi persona, porque como tenemos que andar por los desvanes y por los tejados, será menester que me suelten á mí los brazos, porque si no yo no podré dar gusto á usía..

—¡A ver! que desaten los brazos á este hombre, y que se pongan detrás de él dos migueletes cuchillo en mano, para dejarle seco si pretende escaparse.

—Pues mire usía que con cercar bien el cortijo no puedo escaparme yo; porque del tejado me echaré abajo, ¿y qué adelantará yo con eso, que me peguen un par de tiros? no señor, no, que soy yo muy leal, y voy á llevar á usía á cierto «cachimán» secreto que hay en esta casa, que no se da con él ni con sabuesos.

—¡Ea! pues andando—exclamó el señor Bruna.

Desataron á Colasín, estiró éste los dos brazos, los sacudió, luego extendió una pierna, después otra, y ya desentumecido, tomó hacia las escaleras de la doble fila de corredores que se veían en el lado más alto de la cocina.

Detrás de Colasín, como si dijéramos pegados á él, iban dos migueletes, después el señor Bruna, luego el secretario y nadie más; porque como á nadie más se había invitado, nadie se había atrevido á seguir.

Al llegar al pié de las escaleras, el señor Bruna se detuvo y dijo:

—Señores capitanes, tengan ustedes la bondad de venir acá.

Adelantaron el capitán de migueletes, el de infantería y el de dragones del Rey.

—En primer lugar—dijo el señor Bruna—, recomiendo á ustedes eviten se cometan excesos con las mujeres por la gente menuda de la milicia, que es muy disoluta; además de esto, establezcan ustedes alrededor del cortijo un cordón tal de hombres armados y prevenidos, que se toquen con los codus, y de tal manera, que un

hombre que salte del tejado al suelo no pueda escapar; Colás, ven acá: Colás, pon tú buen orden en los presos: á un lado las mujeres y á otros los hombres; ítem, Colás, cuenta y recuenta las muletas que hay en el corral, y guárdalas convenientemente, no se haga noche alguna; ¿y aquella maleta?

—Encerrada la tengo yo en un cuarto y con ella dos ministros—dijo Colás—, y la llave de la puerta en el bolsillo.

Tras esto, el señor Bruna subió lentamente por las estrechas y empinadas escaleras de palo de los corredores.

## XI

Latiale violentamente el corazón al señor Bruna al subir las escaleras.

Iba por fin á ver después de tantos años á aquella Isabel tan querida, á aquella Isabel tan desgraciada, á aquella su hija del corazón.

Por él y por doña Isabel su madre, tan llorada.

—Más despacio, más despacio—dijo el señor Bruna—, que el diablo que pueda con estas terribles escaleras.

La verdad era que aunque muy entero el señor Bruna, no estaba ya para muchos traque-teos.

Moderaron sus ímpetus los que iban delante, que todos menos Cleofás eran gente fuerte y de muy buena edad.

Llegaron al segundo corredor, y á lo último de él metióse por una negra puerta Colasín, lo que hizo decir á uno de los migueletes:

—Mira, espérate un poco, que te voy á echar mano á la faja, que á mí no me la das tú, «gaché»; y como yo conozca por el más leve movimiento que piensas escabullirte, ¡no te lo quiero decir, chiquillo! pero te tientes con el dedo por el pecho la punta.

—¡Sin bruto que eres tú!—dijo Colasín.

Esta respuesta no le valió un pescozón, por los respetos del señor Bruna que no oyó este diálogo.

—Pues aquí hay que echar el brazo y levantar la pata—dijo Colasín—, porque tenemos que salir al tejado.

—Pues mira tú, Tresdías—dijo el miguelete que tenía agarrado á Colasín—, sal tú primero, hermano.

Tresdías, informado de donde estaba el boquete, saltó.

Saltó luego Colasín.

Saltó después el otro miguelete.

Pero aquí fueron los apuros cuando hubo de saltar Cleofás, que estaba ya algo torpe, lo cual se obvió agarrándole por los brazos desde arriba los que arriba estaban, y tirando de él como si fuera un peso inerte.

Lo mismo fué necesario hacer con el señor Bruna.

Al fin se encontraron todos sobre el tejado. Habían salido por una lucana, junto á la cual había una chimenea.

Al sentirse el primer ruido, un bulto que estaba pegado al cañón de la chimenea, se cambió, y se cubrió para que no le vieran los que al tejado salían.

Era el tejado casi plano por su larga vertiente, y tan extenso que no había peligro de andar por él.

Colasín empezó á marchar en sentido opuesto al lugar en que se encontraba la chimenea que ocultaba el bulto: llegó á un lugar del tejado, metió las manos entre las tejas, y tiró hacia arriba.

Se levantó una compuerta: sobre ella estaban adheridas, clavadas las tejas.

Aquella compuerta dejó de manifiesto una estrecha escalera de ojo.

Por allí fueron bajando uno detrás de otro, el último Cleofás, que guardaba las espaldas al señor Bruna, que iba detrás de él.

Se nos olvidaba decir que uno de los migueletes llevaba una linterna que le había entregado Cleofás para que alumbrara.

Una verdadera linterna de alguacil, redonda y de hierro.

La escalera aquella era profundísima, como que calaba por un cañón independiente desde lo más alto del cortijo hasta debajo de él á cinco metros de profundidad.

Al fin había una puerta, cerrada únicamente con un cerrojo sujeto por el rabo á una almella con una cuerda para que no pudiesen abrir la puerta de la parte de adentro zarandeándola.

Después de aquella puerta había un aposento bastante extenso, esterado, con dos camas y algunos muebles.

Sobre una mesa ardía una mariposa puesta en un plato.

Al fondo de este aposento había otro, cuya puerta estaba sujeta por un cerrojo.

En los dos lechos, que eran bastante buenos, dormían dos mujeres.

La una se despertó inmediatamente que entraron.

Se incorporó vivamente, arrebujada en la sábana, única cubierta que tenía porque aún hacía calor, y miró con espanto al señor Bruna y á sus acompañantes.

El magistrado se acercó vivamente á ella. La miró de una manera suprema, y dijo:

—¿Eres tú Isabel?

—Sí, yo me llamo Isabel—exclamó con extrañeza la preguntada, que era ella, la que el señor Bruna buscaba, y que no le reconocía por más que fijaba la atónita mirada en él.

—Sí, sí, tú eres—dijo el señor Bruna—; tú eres la madre de Diego, la esposa de Cecilio.

—Sí, yo soy por mi desgracia—contestó Isabel—¿y usted quién es?

—¡Ah! ¡no me conoces! ¡no me conoces! no es

extraño: ha pasado mucho tiempo, mucho. Yo soy tu padre adoptivo.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Isabel profundamente conmovida—¿usted, usted el señor Bruna? ¡ah! ¿cómo había yo de reconocer á usted? no tenía más que ocho años cuando le vi por la última vez: ¡y cuántas, cuántas desgracias, Dios mío, me han acometido desde entonces! ¿y mi hijo? ¿qué es de mi hijo?

—¡Calla y no le nombres, desgraciada! vengo por tí, y es necesario que de aquí salgamos cuanto antes: tu madre te espera impaciente;

A este tiempo había despertado la Cariblanca, que estaba en el otro lecho, y en cuya graciosa cabeza y desnuda garganta se fijaban sin respeto al señor Bruna, que afortunadamente estaba distraído, las ávidas miradas de Cleofás, que era un bribón, y que murmuraba:

—A esta la embargo yo.

—¿Qué es esto?—dijo la Cariblanca—¿qué murciélagos son estos que se nos han metido aquí esta noche?

—La justicia, hija mía, la justicia—dijo amabilísimamente Cleofás—, que viene á libertar á ustedes.

—¡Pues mire tú el mochuelo este y qué amarrelado que se pone!—dijo la Cariblanca—: más valía que me hubieran ustedes dicho, don Fulano, si habían ahorcado ya á don Tadeo: valiente pillo, que he tenido ya que andar con él tres veces á sopapos: vaya, hombre, si nos hemos de ir, vámonos, que estoy yo ya repodrida de estar aquí; y para que nos vayamos es menester vestírnos, que no nos hemos de ir en camisa, y para vestírnos que ustedes se larguen; ¡calla! ¿quién es aquel señor que besa y abraza á Isabel?

En efecto, había sobrevenido una expansión y el severo juez se desplomaba.

—Vamos, vamos, señor del gran poder—dijo la Cariblanca, á quien le habían soltado la noticia de quien era el que allí mandaba—: á ver si se meten ustedes en ese otro cuarto en donde está Cárcoles, el pobrecito; y mientras nos vestiremos nosotras; y oiga usted, señor, que no permita usted que ninguno de esos mire por las rendijas.

—Pasemos, pasemos á ese otro cuarto—dijo don Francisco.

—Nosotras avisaremos cuando estemos vestidas—dijo la Cariblanca.

El señor Bruna y los que le acompañaban, entraron en un aposento que era más extenso.

En él había otro lecho y sobre el lecho estaba incorporado Cárcoles, que miraba con los ojos muy abiertos, soñolientos, aún sombrados y deslumbrados por la luz, á los que entraban.

—¿Y qué diablos haces tú aquí?—dijo el señor Bruna.

—Eso es lo que yo digo, señor—contestó Cárcoles—¿qué es eso yo aquí? ¿porqué me tienen

aquí? y ha de saber su merced que aquí me tienen emparedado, como dicen que empareda á los herejes la Inquisición.

—Otra vez, darás á este señor el tratamiento de usía—dijo Cleofás.

—¡Ah! yo no lo sabía; perdone usía; usía parece cosa de justicia, es verdad, pero como al alcalde de Utrera se le dice su merced, por eso yo le he dicho su merced á usía.

—Adelante, adelante—dijo el señor Bruna que necesitaba informarse—¿quién te ha traído aquí?

—¿Quién me ha de haber traído, señor, sino un pícaro que primero estaba vestido de ermitaño y que nos tuvo encerrados en un sótano de la ermita de la Cruz de la Fuente hasta poco tiempo después que sin hábito ya y vestido como otro cualquier caballista nos sacó, amenazándonos, y que quieras que no quieras, nos trajo aquí de noche á este cortijo, y cuando en él estuvimos nos subieron al tejado y del tejado nos bajaron aquí; y aquí estamos no sé yo cuanto tiempo hace? porque he perdido la cuenta, porque como aquí no se sabe cuando es de día ni cuando es de noche, ya ve usía.

—Pero y bien—dijo el señor Bruna—¿cómo fuisteis á dar en poder del ermitaño de la Cruz de la Fuente?

—Mire usía, ese es un cuento que hay que tomarle un poquito largo, porque mire usía: una buena moza que usía habrá visto allá fuera es la Cariblanca, pues, Sebastiana, la cortijera del Almendralejo.

—Mira, vete vistiendo mientras cuentas tu cuento, porque nos vamos—dijo el señor Bruna.

—Pues ya que usía me lo manda y que vamos á irnos, me vestiré—dijo no muy contento Cárcoles, porque no sabía adonde, en sacándole de allí, iba á llevarle aquel señor que tenía cara tan de pocos amigos, y se echó á vestir.

—Sigue con tu cuento—dijo el señor Bruna.

—Pues señor, ha de saber usía que la Cariblanca está entregada hasta las entrañas, con fatigas negras y ansias de muerte, á un buen mozo, muy buen mozo y muy «terne», que se llama Diego Corriente, y que debe estar el pobrecito á estas horas en la cárcel ó sabe Dios donde, porque á nosotros que íbamos con él de él nos «despartaron»; y se armó una trabacuenta que el diablo que la desenrede, porque allí hubo migueletes y no hubo migueletes, y qué sé yo, porque la noche estaba obscura como boca de lobo y no se veía una gota; y hubo tiros y heridos y muertos, según se oyó, que verse no se vió, y unos hombres á la Cariblanca, á la Isabel y á mí nos entrecogieron y nos llevaron á la ermita de la Cruz de la Fuente, en la cual entrando, nos enteramos por lo que oímos que los que nos habían llevado allí eran ladrones; y aquella noche no la pasamos en la ermita ni muchas después, sino que nos tuvieron en su aprisco más guardados que oró en paño, y luego

nos llevaron al sótano de la ermita, y de allí aquí, y este es el cuento.

—Algo, algo le falta á tu cuento—dijo el señor Bruna.

—Pues yo creo que lo he contado todo, señor—respondió Cárcoles.

—Si has contado desde que os separaron de Diego Corriente, pero no has contado lo anterior.

—¡Toma! lo anterior es que una noche, estando yo durmiendo en el cortijo, me despertó la Cariblanca y me dijo:

—Levántate, Cárcoles, que ahí ha venido Diego Corriente con su madre, huyendo de una «aratada» que ha hecho en Utrera, y como él se tiene que ir y yo me voy con él, alguien ha de llevar á las ancas á su madre; con que échales las albardillas á los caballos, y andando.

Como se ve, Cárcoles mentía para no confesar que había estado en el lance de Utrera, y no confesar que había pegado un escopetazo á aquel señor que había reñido con la Cariblanca; y Cárcoles, para que Isabel y la Cariblanca lo oyeran y dijeran lo mismo, había dicho á voces su mentira, porque la gente del campo de Andalucía es sagaz, y cuesta mucho trabajo cogerla en un renuncio cuando tienen tiempo de prepararse.

—¿Y cómo es que disteis en poder de esos malhechores?—dijo el señor Bruna.

—Mire usía: andando andando, sin parar y á campo traviesa, llegamos á puertas del sol á la ermita de la Cruz de la Fuente, y allí nos amparamos y por la noche salimos; y era como ya dije á usía la noche muy obscura, cuando de repente se nos echaron encima unos que parecían migueletes, y nos prendieron, y de repente se echaron encima unos que parecían ladrones, y se armó una de tiros que ya; y á mí me temblaban las carnes, porque mire usía que andar á tiros á obscuras es una barbaridad, porque no se sabe á quien se da; y vea usía que cuando menos nos pensamos, nos encontramos empujados por algunos hombres que nos llevaron á la ermita de la Cruz de la Fuente; lo demás, ya se lo he contado á usía.

—¿Y por qué escapaba Diego Corriente?—preguntó el señor Bruna.

—¡Vaya! ¿por qué había de escapar? poca cosa; porque había tenido una pendencia con un señorón por culpa de una mujer de Utrera, y hubo la de Dios es Cristo, y le quisieron prender y él no se dejó; ya ve usía qué trastornos y qué cosas por no haber tenido buen genio Diego; pero los hombres son como Dios los cría, y no hay más remedio que son como Dios quiere: y yo ya estoy listo, que no me queda más que atacarme el último botón de este botín, y deseando verme ya fuera de aquí, y que usía nos dé por libres y por quitos á la Isabel, á la Cariblanca y á mí, que no nos hemos metido en nada; que

si nos fuimos con Diego Corriente fué porque la Isabel al fin y al cabo es su madre, y ¡adónde había de ir sino adonde fuese su hijo! y porque la Cariblanca quiere á Diego como á las niñas de sus ojos, y es capaz de irse tras de él hasta la fin del mundo, y yo, porque estimo á Diego y á la Isabel y á la Cariblanca, que se ha portado siempre conmigo muy bien, porque yo soy gañán del cortijo del Almendralejo y conozco desde hace diez años á la Cariblanca; ¡toma, desde que se casó! y poco menos tiempo á Diego Corriente, que entró cuando todavía era un «chaval» en el cortijo.

—¿Conque esa Cariblanca es casada?—preguntó severamente el señor Bruna.

—¡Quia! no señor: si hace ya un año y meses que reventó Antón el Zurriago, su marido, de un tabardillo que Dios le dió, que no podía morir él de otra muerte, porque era un veneno el tal hombre: pues qué, ¿si la Cariblanca hubiera sido casada, se hubiera ido con nadie? no señor, que la Cariblanca ha sido siempre muy honrada; sólo que como quedó joven y buena moza, á alguien había de querer después de viuda, y quiso á Diego, pero honestamente, señor, honestamente, no vayamos á tener aquí líos; y sepa usía que si se vino la Cariblanca, es porque se venía la madre de Diego, que se tenía tratado que cuando llegásemos á Portugal, la Cariblanca, con el dinero que llevaba y con lo que valían las alhajas que se había traído, compraría otro cortijo y se casaría con Diego.

—¿Y qué se han hecho el dinero y las alhajas que llevaba la Cariblanca?

—¡Toma, toma! nos las quitó el bribón, ladrón, canalla que estaba de ermitaño en la Cruz de la Fuente; y si no, ahí está ese (y señaló á Colasín), que es un ladrón como él y del cual me quejo á usía para que usía nos haga á todos justicia, que nos ha tratado á todos aquí como perros; digo, á mí, porque con la Cariblanca bien amoroso andaba el indino.

—No le haga caso usía—dijo Colasín—, que yo no le he hecho más que lo que me mandaban hacer, y por lo que usía sabe.

—Para hablar otra vez espera á que yo te pregunte—dijo el señor Bruna—. Y di tú, muchacho: ¿qué gente andaba con ese ermitaño?

—Caballistas, señor, caballistas, más malos que la quina cada uno—dijo Cárcoles—, pero cuando nos trajo de la ermita aquí, vino él solo, á caballo también, y vestido como ellos.

—¿Y cómo fué que viéndote solo con él, de él no te libertaste?—dijo el señor Bruna—, porque tú pareces hombre de alientos.

—Los tuve y los tengo, señor—contestó Cárcoles—, pero no me hable usía, que el tal hombre, aunque chiquitín y ruin, que parece que se va uno á quedar con él, es una fiera; y yo ya quise ponerle las peras á cuarto, pero me echó mano al pescuezo y me dió

una-vuelta que me puso tonto y me trajo aquí más manso que una oveja.

—Que estamos ya vestidas—dijo la Cariblanca— y deseosas de salir de aquí.

—Ea, pues; vamos, vamos—dijo el señor Bruna—, y no nos detengamos más.

Y salió de aquel aposento, llevándose por delante á Cárcoles.

—Vamos, hija mía, valor—dijo en voz baja el señor Bruna dirigiéndose á doña Isabel—, que antes de que amanezca verás á tu madre.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!—dijo Isabel—: ¿y mi hijo, cuándo le veré?

—Callóse á esto el señor Bruna, porque no podía dar ninguna esperanza á la pobre madre.

Verdad es que tampoco había dicho á la situación desesperada, la situación horrible en que se había colocado Diego Corriente.

Todos treparon por las escaleras, subieron al tejado, y al llegar á la lucana saltaron abajo los dos migueletes, que recibieron á las dos mujeres que les descolgaron Cleofás y Cárcoles.

De la misma manera descolgaron al señor Bruna y á don Lino.

Bajaron al piso inferior.

—Don Lino—dijo el señor Bruna—, deje usted aquí dos alguaciles guardando esas mulatas: con media compañía de migueletes, llévase usted presos á la cárcel de Sevilla al aperador de este cortijo, á los mozos y á las mozas de él, y á todos los gitanos y gitanas que están fuera; acompañe usted además á la Cariblanca y á este muchacho (y señaló á Cárcoles), á mi casa, y dé usted orden á los criados de que los traten bien: ¡ah! ¿no se han encontrado en las cuadras dos machos con jamugas?

—Si señor—dijo Cleofás.

—Pues tráete uno de ellos para esta señora: señores capitanes, que se reúna la tropa, menos esa media compañía de migueletes que ha de resguardar los presos, y que se disponga á marchar conmigo.

Los tres capitanes salieron.

Poco después asomó á la ventana de la cocina Cleofás, y dijo:

—Ya está dispuesto el macho con las jamugas.

—Pues andando — dijo el señor Bruna.

—¿Y no nos volveremos á ver, Isabel?—exclamó la Cariblanca arrójándosele al cuello.

—¿Pues quién dice que no?—contestó el señor Bruna—: usted va á mi casa con Cárcoles, y ya habrá ocasión para que se vean ustedes, y tal vez para que vivan juntas; vaya, adiós.

—Vaya usía con Dios—exclamó la Cariblanca compungida—: adiós Isabel.

—Adiós, Sebastiana—dijo Isabel besando á la Cariblanca en la boca.

—¿Cuándo veremos las dos á nuestro Diego?— dijo la Cariblanca.

—Cuando Dios quiera—contestó Isabel.

—Vamos, hija, vamos—dijo el señor Bruna.

Isabel le siguió.

—Vaya usía con Dios, y muchas gracias—dijo Cárcoles.

El señor Bruna siguió adelante, llevando de la mano á Isabel.

Al llegar á la puerta, el señor Bruna se detuvo.

—¡Ah! se me olvidaba—dijo—: don Lino, que traigan la maleta de ese hombre y que la pongan á la grupa de mi caballo.

Don Lino transmitió esta orden á uno de los alguaciles.

—¿Y han de ser solos dos los que se queden aquí, señor don Francisco?—preguntó el escribano—; las muletas son cincuenta, hermosísimas y tentadoras.

—Pues bien, que se queden ocho migueletes y un cabo: que se tenga por embargado todo lo que hay en este cortijo, y que los alguaciles que se queden hagan el inventario.

Sacaron á este tiempo la maleta dos alguaciles, la pusieron á la grupa del caballo del señor Bruna, colocaron á Isabel en las jamugas, montaron todos y se emprendió la marcha.

## XII

Se quedaron solos en el cortijo Juan el Dentón y Perico el Chirle, alguaciles de la ronda del señor Bruna, y el bigotudo cabo Miguel Desazones, con otros ocho buenos mozos migueletes, toda gente granada y «terne», que se despejaron y se ensancharon y se pavonearon al verse posesionados del cortijo.

—¡Vamos á ver!—dijo el alguacil Dentón—: ¿quién es quien manda aquí?

—¡Hombre!—exclamó Desazones—: yo mando en mis migueletes y vosotros mandáis en vosotros, ¿entendéis? porque yo con vosotros no tengo nada que ver; digo, porque á mí me han dicho que lo que tengo que hacer es guardar todos los utensilios, trastos y demás que haya en el cortijo, y luego lo demás que haya en la cuadra, y luego cincuenta muletas cerriles que hay en el corral, para lo que te mando yo á ti, Triparrota, que eres el número uno, que te pongas de centinela y te estés paseando de esquina á esquina vigilando mucho; y Memo que eres el número dos, que te pongas de centinela por detrás y te pasees de esquina á esquina con mucho ojo también, y de dos en dos horas entréis y llaméis á los números que sigan entonces.

—¿Y dónde estaréis vosotros?—dijo Triparrota.

—Mira, tú, yo me meteré en aquel cuarto—dijo Desazones (y señaló á uno de los de la planta baja), y los otros, según su número, en el cuarto que tenga el número suyo, que

á bien que somos los amos del cortijo y nos podemos dar buena vida mientras estemos aquí; porque digo yo, tú (y se dirigía al alguacil Dentón), que las gallinas no nos las han dado por cuenta, y que bien podemos comernos algunas, ni tampoco los jamones y el queso y el bacalao que debe de haber aquí, porque este es un parador público, como si dijéramos una hostería; y debe de estar bien provisto, porque aquí paran cuando vienen de caza al soto de las Ranas que está ahí cerca, muchos señores muy principales que les gusta comer muy bien; ni tampoco nos han dejado medido el vino.

—Pues ahí llaman—dijo el alguacil Chirle—: y á mí me parece que lo que hay que hacer es cerrar la puerta del cortijo y echarnos á buscar la tinaja de mosto y la despensa, y cenar bien y dormir, que lo que es por aquí gente de «busca» no viene en quince días, que se ha quedado el olor del señor del gran poder.

—Pues me parece bien—dijo Desazones—; y luego, que todos estamos rendidos y hambrientos y con sed, ¿no es verdad, muchachos?

—De verdad que sí—dijo el Dentón—, y vamos á la obra y á cerrar las puertas, y vamos á buscar el «mostagán» y la «bucólica».

Cogió el vetón Triparrota, que le llamaban de tal manera porque nunca se hartaba de comer, y se echaron todos á buscar dónde estaba la despensa, y dieron con ella en el otro compartimiento del cortijo, y encontraron jamón, tocino, queso, bacalao, y sobre todo, unas cuerdas de chorizos extremeños que daba gozo verlos.

Cada cuerda de aquellas tenía dos docenas.

Los pellejos de vino, como sabemos, estaban á la vista en un rincón de la cocina.

En un vasar se veían cuatro panes empezados, pero enormes, de aquellas largas teleras que se usan en el reino de Sevilla.

Tomaron todos los jarros de á cuartillo que para despachar el vino había en un vasar, y los fueron llenando poniéndoles en fila sobre la mesa.

Se soltaron de la prisión los chorizos.

Se hizo pedazos el pan y empezó el banquete más alegre del mundo.

Si por casualidad vuelve y los ve el señor Bruna, los echa todos á presidio por violación de domicilio y abuso de confianza.

Pero el señor Bruna iba hartó entretenido, hartó conmovido con su aunque tarde encontrada Isabel, para que se le ocurriese volver al cortijo.

El banquete no duró más de media hora, porque aquel tiempo bastó para que todos los chorizos y todo el pan fuesen devorados y bebido un entero pellejo de vino.

Y tan pesados se encontraron después de lo cual, que todos se fueron metiendo allá en el cuarto con que mejor acertaron.



La cocina quedó completamente abandonada. Sobre la mesa cubierta de migajas de pan y de los fragmentos de los chorizos entre los jarros vacíos, apenas alumbraba el velón cuya luz se extinguía.

Tenía algo de lúgubre aquel gran espacio, y mucho de fantástico y sombrío, porque la luz del velón parecía como que ardía en la sombra. Sólo podían verse bultos cuando más.

Pasó algún tiempo, como un cuarto de hora. Se oían acá y allá ronquidos desapacibles y de diferentes entonaciones, que salían de los cuartos.

Entre estos ronquidos se oyó un crugimiento leve y áspero que parecía provenir de la campana de la chimenea.

El que hubiera estado junto á ella, hubiera visto que aparecían dos pies, luego dos piernas, que por último aparecía un hombrecillo que se deslizaba por la cadena.

Cayó sin hacer ruido sobre la ceniza.

Estaba completamente tiznado de hollín.

Sin embargo se le reconocía.

Era don Tadeo, que se había salvado trepando por la cadena del cañón de la chimenea, que había salido al tejado, que se había cubierto con la chimenea cuando al tejado salieron el señor Bruna y sus acompañantes.

Que había descendido, apoyándose en los codos y en las rodillas, cuando vió desde lo alto del tejado que se alejaban del cortijo el señor Bruna con la tropa y los migueletes, y que por otra parte se llevaban los presos.

Se detuvo en el travesaño de hierro en que estaba sujeta la cadena del fogón, y oyó todo lo que hablaron los alguaciles y los migueletes, los sintió retirarse, meterse en los cuartos.

Luego oyó los ronquidos de los uno; y de los otros: luego salió.

Don Tadeo estaba horrible.

Sus ojos brillaban como carbunclos sobre lo tiznado de su tez.

Había perdido el sombrero y la peluca, y parte de su calva quedaba blanca y reluciente.

Tenía las manos crispadas, gafas, encogidos los brazos, encogidas las piernas.

Estaba inclinado como una fiera que se prepara á la acometida y rugía sordamente, estremeciéndose de un temblor convulsivo de los pies á la cabeza.

—¡Ah! sí, sí—dijo—: es necesario que ese hombre sueñe conmigo, que se estremezca de terror al recordarme, que no me olvide nunca; es necesario que vea que es impotente contra mí; y se ha llevado el dinero y las alhajas de la Cariblanca, ¡ah! ¡yo le mataría, yo le mataría pero es poco, poco: es necesario que sufra, que sufra como yo he sufrido, y cuando no pueda sufrir más, que reviente acabado por sus sufrimientos; cuando esté agonizando entonces, entonces ya encontraré yo medio de ir á decirle: tú mueres y yo vivo aún; ¡ah! dejémosle una señal de que no nos ha encon-

trado porque no ha sabido buscarnos, una señal terrible.

Y don Tadeo se inclinó hacia el lado de los aposentos, y escuchó atentamente.

—Todos duermen, todos—dijo—: ¿á todos? á todos no: sería una imprudencia, sería provocar un azar: estos malditos no pierden su fuerza con la embriaguez, tienen «madre», si beben agua y la vomitan, resulta vino: no, no, uno solo, y fuera.

Don Tadeo sacó del bolsillo interior de su chaqueta una cartera, rasgó una hoja, y escribió en ella con lápiz:

«El conde de Pinorrey, difunto, arroja esta sangre al rostro del señor del gran poder, y le despreña».

Luego guardó la cartera, sacó de otro bolsillo de su chaqueta una navaja vaciada y de punta aguda, la abrió, la asió á manera de puñal, tomó la hoja de la cartera, y miró los aposentos de la planta baja.

Sólo una puerta había abierta.

A través de aquella puerta se oían ronquidos simultáneos, ronquidos de dos hombres.

Don Tadeo eligió aquel aposento cuya puerta franca le excusaba el peligro de hacer ruido al abrirla.

Se acercó silenciosamente y entró.

Se oyó á poco un gemido sordo.

Don Tadeo volvió á aparecer.

—No llevaba ni la hoja de la cartera ni la navaja.

Pero si la mano derecha completamente teñida de sangre.

Un miguelete se había dejado sobre la mesa para ir á acostarse, su escopeta, su canana su cuchillo y su sombrero.

El sombrero no pudo aprovecharle don Tadeo; le venía demasiado grande.

La canana tampoco: era mucho mayor la cintura del miguelete que la suya, pero se la llevó con la escopeta.

Salió del corral, entró en la cuadra, encontró su jaca ensillada, la sacó fuera, abrió el portón del corral, montó en la jaca, y se alejó á rienda suelta por la yereda.

Empezaba á ponerse la luna.

¿Quién fué el desgraciado á quien tocó el lote de muerte de aquel crimen cometido al azar por don Tadeo.

Era Juan el Dentón.

La terrible navaja había quedado clavada en su costado izquierdo.

Sobre su cabeza la hoja rota de la cartera de don Tadeo.

### XIII

Entretanto, el señor Bruna apretaba las espuelas á su caballo y le mantenía en un lar-

go portante, ansioso de llegar pronto á la quinta del Río, como que llevaba consigo no menos que aquella tan anhelada, tan llorada, tan suspirada Isabel.

El señor Bruna hacía entonces lo que no había hecho nunca, esto es, llevar el ronzal de un macho porque Isabel fuese junto á él.

Don Lino, llevando á su izquierda á Cleofás, por tener alguien con quien hablar algo, iba muy á retaguardia; detrás de don Lino y de Cleofás iban sobre sus caballos los alguaciles de la ronda del señor Bruna; luego, la compañía de infantería, tirando de sus morrales y estirando las piernas para no quedarse atrás; después la compañía de dragones. Los migueletes que habían sobrado de la media compañía que caminaba hacia Sevilla, y de los ocho que se habían quedado en el cortijo de los Tres Alamos, iban muy delante del señor Bruna flanqueando y asegurando la marcha.

No había nada que temer.

Era demasiada fuerza para que se atreviesen con ella los caballistas.

Llevaba el señor Bruna el corazón oprimido.

La moribunda luna, que diría un poeta romántico, le dejaba ver con esa pálida y ya débil luz, el pobre traje de Isabel, que era un harapiento vestido de percal, un pañuelo limpio, pero muy pobre y muy zurcido, blanco, puesto sobre los hombros, otro pañuelo de algodón de los llamados de hierbas en la cabeza, y unos gruesos zapatos muy recosidos.

La pobre Isabel conservaba sus ricos cabellos negros, de los cuales asomaba un pesado rizo por debajo del pañuelo de hierbas, pero su semblante estaba ya muy demacrado, muy pálido, arrugado ya, y sus ojos hundidos y empañados por el llanto.

—¡Pero mi hijo! ¡mi hijo!—exclamó Isabel á poco de haberse emprendido la marcha—; ¿no me dice usted nada de mi hijo, señor?

—No me llames señor, Isabel—dijo el señor Bruna esquivando la pregunta de la desgraciada—, llámame padre: yo te adopté solamente por ante las leyes, y esa adopción permanece, existe, tiene toda la fuerza de la ley, porque tú no has cometido ningún crimen por el cual pueda yo desconcertarte, desheredarte. No, tú no tienes más crimen que el no haber acudido á mí cuando te encontraste sola en el mundo con tu hijo. ¡Ay! ¡cuántas desgracias se hubieran evitado!

—Pero ¿de qué desgracias habla usted, padre? ¿qué es de mi hijo?

—Desgracias, desgracias—dijo esquivando siempre una respuesta el señor Bruna—: pues qué, ¿te parecen pequeñas las que han pasado por tí? ¿cómo te has visto obligada á criar á tu hijo? pero á fe á fe que no hemos tenido tiempo de hablar de eso. He supuesto que le

habrás criado en la miseria, cuando á los quince años el pobre Diego era gañán.

—¡Ese don Tadeo! ¡ese infame don Tadeo! exclamó llorando Isabel—: él fué quien me robó: me acuerdo, me acuerdo, como si fuese ahora de una noche... mire usted, padre, fué cuando á mí me robaron de aquel cortijo donde estaban Nemesio y Gabriela. Me acuerdo, me acuerdo, aunque sólo tenía ocho años entonces: me acuerdo de todo. Me arrebató un hombre que me llevó á otro cortijo, de aquel cortijo me llevó una mujer en un carro á un sitio donde había muchas chozas de pastores: yo estaba enferma, me dolía mucho la cabeza, sentía mucho ardor, tenía una fiebre terrible. Otro hombre me arrebató del lecho de pies en que me habían puesto los pastores, partió conmigo á la carrera y me entregó á don Tadeo, al infame don Tadeo, que me sedujo, que me engañó, que se me hizo amable porque me dijo que me iba á llevar adonde estaba Cecilio, Cecilio Corriente, padre, á quien yo amaba ya con toda la fuerza del corazón de una mujer, aunque era una niña.

El señor Bruna gimió.

—He crecido, me he desarrollado de una manera terrible, padre—dijo Isabel—; mi sangre es una sangre poderosa, es fuego.

Volvió á gemir el señor Bruna.

—Mi familia debe estar maldita por Dios—exclamó con acento desesperado Isabel.

—Calla, calla—exclamó el señor Bruna—: Dios es infinitamente bueno, justo y misericordioso, y no puede traer sobre sus criaturas una maldición injusta. No, no, es que el mal no puede producir el bien, y á los hijos concebidos en pecado alcanzan las consecuencias del pecado de los padres.

—¡Pero mis padres! ¿quiénes son mis padres? ya es tiempo que yo lo sepa: ¿qué desgracia puede usted revelarme que sea mayor que las que ya pesan sobre mí?

—Ese secreto pertenece á tu madre, á quien verás muy pronto, dentro de una hora. A ella, á ella sola pertenece el revelarte ese secreto ó no. Sigue, sigue tu historia, Isabel.

Guardó por algún tiempo Isabel silencio, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y al fin dijo:

—Cuando yo recuerdo mi historia, me espanto de mí misma. Era verdaderamente extraordinario que una niña de ocho años amase como amaba yo á Cecilio, con el intenso amor de la mujer envuelto en la pureza del ángel; porque entonces mi pensamiento era el de un ángel: todo lo veía puro, todo bello, todo encantador, pero todo ardiente, como es ardiente el sol de la primavera en nuestra hermosa tierra del Mediodía. ¡Ah! Cecilio era para mí el universo, mi pensamiento perpetuo, mi amor exclusivo, y lo es aún, lo es aún; para mí no ha muerto: vive, vive en mi alma.

Tornó á gemir el señor Bruna.

—Así es que—continuó Isabel—, la promesa que el infame don Tadeo me hizo de llevarme adonde estaba Cecilio, me reconcilió con él, y dejé de mirarle con miedo.

Corríamos, corríamos.

La jaca de don Tadeo iba que volaba.

Era un hermoso y valiente animal.

Don Tadeo se mantenía firme en la albardilla me retenía entre sus brazos y espoleaba la jaca, que acrecía en ardor.

La calentura me devoraba. Me abrasaba la sed.

Pedía agua, pero don Tadeo no quería detenerse.

Al fin, mi llanto le conmovió, ó más bien,

tanás—exclamó Isabel—. En fin, me cogió otra vez, montó en la jaca, partió, estuvo corriendo toda la noche; parecía que también alentaba Satanás á aquel incansable animal.

Al amanecer empezamos á fnternarnos por montañas, y á medida que adelantábamos se hacían más ásperas.

Ya muy alto el sol, llegamos á la cumbre de una montaña, á una cumbre rehundida, á una especie de planicie fructifera, frondosa, bellísima, en medio de la cual había un cortijo y una ermita.

Aquella era la guarida de don Tadeo, y se llamaba el nido de la Cigüeña.

—¿Y darías tú con ese sitio, Isabel, si nos metiéramos por Sierra Morena por la parte de



La jaca de don Tadeo iba que volaba.

temió que llamase la atención de algún guarda porque yo gritaba desesperada, afligida por la sed.

Don Tadeo se detuvo junto á una espesura por donde corría un arroyo, y se puso á darme agua.

De improviso aparecieron dos hombres, dos caballistas.

Los conocía don Tadeo, porque hablaron con él tranquilamente; pero poco á poco la conversación se fué haciendo agría; aquellos caballistas me pedían á don Tadeo, decían que por mí iban. Padre, don Tadeo, pequeño y raquítico, mató á aquellos dos hombres, que eran fuertes, robustos y bravos.

—¡Ah! Satanás le ampara—dijo el señor Bruna.

—Si no es que don Tadeo es el mismo Sa-

Cazalla, por donde debió entrarse en la sierra don Tadeo?—exclamó con ansia el señor Bruna—: porque es posible que aquella sea todavía la guarida de ese hombre.

—Sí, si señor, conservo vivos todos mis recuerdos; yo conocería aquel sitio, conocería la habitación en donde estuve algún tiempo; una habitación muy bella, padre, una habitación tan bella como puede tenerla un hombre rico en una ciudad populosa; don Tadeo ha debido ser persona muy principal, porque le gusta el lujo.

—Don Tadeo encubre bajo este nombre supuesto una alta posición perdida por crímenes: don Tadeo es don Carlos del Frondoso, conde de Pinorrey, á quien se cree muerto desde hace muchos años, más de cincuenta, Isabel: don Tadeo es muy viejo; pero sigue, sigue.

—Un día se me apareció de repente Cecilio;

¡estaba tan hermoso! ¡llevaba un traje tan rico! pero un traje de caballista.

—Lo era ya—dijo roncamente el señor Bruna—yo le perseguía á mi despecho, y si le hubiera cogido le hubiera ahorcado, sin consideración á su madre la marquesa de Becerril.

—¡Cómo! — exclamó dolorosamente Isabel—¿Cecilio era hijo de la marquesa de Becerril? El no lo sabía.

—Murió la marquesa asesinada, antes de que pudiese revelar este secreto á Cecilio.

—¿Y quién era su padre?

—Un famoso bandido que fué ahorcado y desuartizado: Joséito el lencero.

—¡Dios mío! ¿ese bandido feroz de quien han quedado coplas y romances, y de que se hacen lenguas todos los viejos bravos de Andalucía?

—Sí: desgraciadamente se concede una funesta celebridad al crimen; la mayor parte de los desgraciados que á él se arrojan, buscan esa celebridad terrible á la que no pueden llegar sino pasando por el patíbulo: son los héroes de la infamia, pero héroes siempre, y el vulgo estúpido y mal educado los admira: ¡ah! es necesario acabar con esto; es necesario inculcar en nuestro pueblo una sana moral, un provechoso temor de Dios, un justo temor á la ley; es escandaloso, terrible, que por cierta clase de gentes, que por desgracia abundan mucho en nuestra patria, se ame y se admire á esos héroes del puñal y del trabuco: ¡la educación y siempre la educación! Los pueblos embrutecidos son inventores de los pecados que por su embrutecimiento cometen, pero mantienen vivas, constantes, casi invencibles, cosas horribles. ¡Ah! una horca en cada ciudad, en cada villa, y en cada ciudad, en cada villa, un ejército de misioneros de la justicia, de la rectitud, de la virtud. ¡La educación y sólo la educación! lo he dicho cien y cien veces en uno y otro informe al Consejo de Castilla: la educación, la buena organización del trabajo de los campos, la buena división de la propiedad; aquí en nuestra tierra no hay más que una docena de ricos, porque las comunidades religiosas acaparan todo el territorio; los demás son todavía el antiguo siervo de la gleba apegado al terruño, haciéndole fructífero con su sudor y con su sangre, y esto y los malos tratamientos, las continuas humillaciones, causan las rebeliones contra la fortuna y la propensión al bandillaje en estos miserables; pero por allá están ciegos, no ven lo que por aquí pasa: lo oyen, pero no es lo mismo oír que ver. ¡Ah! ¡si todos, todos esos consejeros estuvieran hace cuarenta años luchando brazo á brazo con el bandido, ahorrando, desuartizando, rotando, exterminando, y sin conseguir matar á esa hidra del crimen, de cada una de cuyas cabezas cortadas brotan ciento! ¡Ah! ¡ah! esto no puede ser; un día, los pobres convertidos en bandidos, cortarán sus cabezas, se verán fuertes y darán una tremenda batalla á la sociedad: Dios sabe

lo que se oculta en los abismos del tiempo; Dios sabe hasta qué punto es peligroso y horrible el descuido y la ciega confianza de los que imperan. Y bien: que se cumpla la voluntad de Dios; yo hago todo lo que puedo hacer, y más que lo que puedo, ¡y ¡vive Dios! que ya se me cansa la mano de firmar sentencias de horca, y ya mis miembros, entumecidos por la vejez, resisten, se niegan á esta tarea impropia, á esta larga tarea que se me va haciendo imposible: sigue, sigue, Isabel.

Isabel, aturrida por el largo sermón, por la extraña filípica del tremendo señor Bruna, guardó por algún tiempo silencio.

Al fin, dijo:

—Fué para mí un paraíso el Nido de la Cigüeña, durante el poco tiempo que en él estuve con Cecilio.

Al fin, un día don Tadeo, que estaba fuera, volvió con muchos hombres y muy apresurado, y nos dijo:

—Pronto, á ponernos en camino; tenemos encima al señor del gran poder que se ha vuelto loco, ha tocado á somatén, y anda por ahí con su ejército arrasándolo todo, y sin dejar á ningún pobre que se busque la vida nos vamos á Portugal, y en Oporto nos embarcaremos para las Azores, en donde esperaremos á que pase la tormenta.

Y así fué, marchamos, y antes de cuatro días ya estábamos en Portugal, y dos días después embarcados en un buque que fletó don Tadeo y que nos condujo á las Azores.

Allí estuvimos cuatro años.

Don Tadeo hizo se me diese una educación de señorita, y al cumplir los doce años me casó con Cecilio.

Estaba yo entonces desarrollada ya completamente.

No me he desarrollado más, por el contrario, he descendido.

Nos embarcamos, volvimos á Portugal y de Portugal á España, pero con nombres supuestos. Porque decía don Tadeo importaba encubrirnos.

Cecilio se llamaba don Juan del Salto; yo, doña Catalina de Somovilla.

Nos fuimos á Utrera á vivir á la calle de la Zarza á un gran caserón deshabitado que se restauró, se amuebló y se entapizó con gran lujo.

Vivíamos como gente rica y principal.

Con nosotros vivía don Tadeo, y desgraciadamente, corrompido Cecilio por don Tadeo, se entregó á aventuras amorosas, á una vida de disolución que fué mi primer martirio.

Me amaba con toda su alma, pero sus sentimientos no eran míos, y buscaba la satisfacción á un amor repugnante en mujeres perdidas, caprichosas ó interesadas.

Se revolvió en el lodo, y aspiraba su hedor con delicia.

Don Tadeo, afectando que se condolía de mí, me hacía conocer sus desórdenes.

Su intención era infame.

Se había enamorado de mí.

Un día se arrancó el antifaz, que era ya demasiado transparente, y me solicitó de la manera más audaz y más grosera del mundo.

Yo le rechacé con toda la energía de mi dignidad y de mi amor, lo cual produjo terribles consecuencias.

Cecilio fué asesinado.

No hay prueba alguna de que don Tadeo fuese el asesino, y sin embargo, yo no tengo duda de que él fué.

Caliente aún el cadáver de Cecilio, me encontré una mañana en mi casa, sola y robada.

Don Tadeo y mis criados que eran antiguos ladrones, habían desaparecido.

No me habían quedado más que los muebles y dos alhajas de poco valor.

Descendí rápidamente de la opulencia á la miseria.

Me vi viuda y pobre con mi pequeño hijo.

La venta de mis muebles y de las dos alhajas y mi trabajo personal, me permitieron mantener escasamente á mi Diego hasta que cumplió los quince años.

Tenía yo entonces veintiocho, pero estaba enferma, débil, gastada, representaba por lo menos cuarenta.

Treinta y nueve tengo ahora, y parezco una anciana.

—¿Y por qué, por qué—exclamó el señor Bruna—, cuando te quedaste viuda, no te acogiste á mí? ¿me habías olvidado? ¿dudabas de mi amor?

—Ni lo uno ni lo otro, padre, pero tuve miedo: cuando murió Cecilio no quise yo que mi hijo apareciese como hijo natural, y reve' é nuestros nombres: entonces supe con horror que Cecilio Corriente había sido bandido, había cometido crímenes, había sido sentenciado á muerte y pregonado, tuve miedo de llevar á usted la infamia que me correspondía como esposa de un bandido, tuve miedo á la severidad de usted.

Volvió á gemir el señor Bruna, pero de una manera más profunda.

—Y no has olvidado tus buenas maneras, Isabel—exclamó—: no has bastardeado tu educación en medio de la miseria.

—La he ocultado, me he plegado á la educación brutal de las pobres gentes que eran mi sociedad inevitable.

He apurado todos los martirios que puede apurar una madre: he servido, he sufrido humillaciones de todo género, he resistido asechanzas y aun amenazas, cuando aun era hermosa. Todas mis desgracias, padre, todas son inmediatas.

—Bajemos la cabeza ante la voluntad de Dios—dijo el señor Bruna.

—¡Pero mi hijo! ¡mi hijo! ¿qué es de él?

—No lo sé, Isabel, no lo sé—contestó don Francisco, que no se atrevía á decir á aquella pobre madre que su hijo, por fatalidad, por desventura, seguía la tremenda carrera de su familia.

—¡Ah! pues si usted no sabe de él—dijo Isabel—, no está preso.

—Pero está pregonado: ha cometido un grave desacato contra la justicia de Utrera, a herido al corregidor, á un alguacil, á cuatro miguelotes, y no sé cuanta gente.

—¡Ah! es una fiera cuando le provocan—dijo Isabel—: pero para mí el desgraciado es un niño; salvó valientemente á la hija del marqués de Rodovilla, que se enamoró de él, porque mi hijo es muy hermoso, muy simpático, y aunque sin educación social, porque yo no he podido dársela, tiene una gran distinción natural en las maneras.

—¡Ah, viene de muy buena sangre!—exclamó el señor Bruna.

—¿Pero quién, quien es el progenitor ilustre de mi hijo por parte de su padre?

—Isabel, ese es un secreto que no sabrás nunca: mira, ¿sientes este aire húmedo que refresca nuestras cabezas calenturientas?

—Sí.

—Es que nos acercamos al Guadalquivir: ¿ves aquella espesura de árboles, en la cual penetramos dentro de poco?

—Sí.

—Pues bien, entre aquella espesura está mi quinta del Río: en ella vive tu madre.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Isabel vivamente conmovida—¿y por qué vive mi madre en una hacienda de usted?

—Porque....

Y el señor Bruna acercó su caballo al macho en que iba Isabel, y la dijo en voz muy baja: —Porque tu madre es mi esposa.

—¡Ah!—exclamó Isabel.

—Pero guarda, guarda este secreto, hija mía; nadie lo sabe.

—Y yo, yo, ¿soy hija de usted?

—No: tú no eres hija mía por la naturaleza, pero lo eres por el corazón: escucha, Isabel, escucha: vas á conocer á una hermosa joven, á una joven que te se parece mucho y que ya es también muy desgraciada: esa joven es tu hermana, pero no se lo digas, Isabel, no se lo digas: este solo secreto...

—¡Calaré, e laré, padre—dijo llorando Isabel.

Empezaron á entrar entonces por el camino que bajo los árboles conducían al portón de la huerta.

Les minutos les iban á vanguardia, habían llegado media hora antes.

Habían llamado y habían anunciado al señor Bruna.

Doña Isabel y Francisca se habían levantado,

se habían vestido, y habían acudido á recibir, á su marido, á su padre.

—Doña Isabel—dijo el señor Bruna—: hágame usted el favor de recibir á esta pobre mujer y aposentarla como si perteneciera á su familia.

Había alguna gente alrededor de ellos cuando el señor Bruna dijo estas palabras, y por eso las había pronunciado de aquella manera.

El señor Bruna ayudó á bajar á Isabel.

Esta hizo un poderoso esfuerzo sobre sí misma para no conmovirse.

Estaba viendo á la luz de los faroles que tenían los criados á doña Isabel, á su madre, y la lánguida, la melancólica hermosura de doña Francisca, su hermana.

Doña Isabel se llevó á Isabel consigo, sin sospechar siquiera que Isabel era su hija.

Tanto habían borrado los sufrimientos y las desgracias el parecido de Isabel consigo misma, porque doña Isabel, como todas las madres que han perdido á sus hijos, no recordaba á su hijo sino en todo el brillo de su hermosura infantil.

Y sin embargo, había un indudable parecido entre la madre y la hija, ambas gastadas, ambas pálidas, ambas enfermas.

El señor Bruna sufría cuanto un ser humano puede sufrir.

#### XIV

Don Francisco, después de dar las órdenes necesarias para que la gente que llevaba fuese aposentada de la mejor manera posible, entró en la quinta y subió al aposento de doña Isabel, que estaba en él ocupándose en acomodar á su hija.

La luz del alba empezaba á transparentarse en los cristales de la ventana.

Isabel, abatida, con un miserable traje, estaba sentada, encogida en un sillón, con la cabeza inclinada para ocultar su conmoción.

Doña Francisca se había retirado á su aposento.

El señor Bruna cerró las puertas.

—Y bien—dijo doña Isabel—, ¿por qué esas precauciones?

—Es necesario que nadie nos escuche—dijo el señor Bruna—: ha llegado un momento de prueba.

—¿Qué momento, señor don Francisco?—dijo Isabel.

—Es inútil que te encubras, hija mía—dijo el señor Bruna—: esa debía participar y participa de nuestro secreto.

—¿Y quién es ésa?—exclamó doña Isabel abandonando una cómoda de la cual sacaba ropa de cama, y mirando pálida y anhelante al señor Bruna.

—Las largas preparaciones son peores que las sorpresas: fortalécete, Isabel, prepárate; ven tú.

Y asió á Isabel, la levantó del sillón, la

llevó á una consola de mármol, en uno de cuyos candelabros ardian tres bujías, y puso á Isabel de manera que la luz iluminase de lleno su semblante.

Doña Isabel se había acercado sobrecogida, y miraba con ansia á Isabel.

De improviso tembló de los pies á la cabeza.

Su mirada se extravió.

Apareció en su semblante la expresión de una angustia infinita.

Dió un grito: un grito de esos que no pueden apreciarse bien si no se escuchan, extendió los brazos hacia Isabel, y cayó en ellos casi inerte.

El señor Bruna tuvo que sostener el grupo formado por la madre y por la hija abrazadas; de otra manera, hubieran caído.

Sonó un solo beso.

Un beso hambriento.

Un beso delirante.

Un beso infinito.

Las dos se habían reconocido.

Vinieron luego los sollozos.

Por último, las lágrimas.

—¡Nos hemos salvado!—exclamó el señor Bruna—: cuando las lágrimas corren, el corazón se dilata: ¡desgraciado del que no puede llorar!

Y estas últimas palabras las ahogó el llanto.

—Nunca, como entonces, había llorado el señor Bruna.

Las separó al fin, y las sentó la una junto á la otra en dos sillones.

Sobrevinieron las preguntas incoherentes, que caían la una sobre la otra, y las caricias, el delirio que era de suponer atendido el inmenso amor que existía en el corazón de aquellas dos infelices, de la una para la otra.

Doña Isabel no había olvidado á su primera hija.

Isabel no había olvidado á aquella hermosa señora que la llamaba hija, que la abrazaba llorando cuando iba á verla al cortijo del Reló.

Era aquella una de esas situaciones que resisten á la pluma del escritor, porque no se pueden apreciar todos los detalles, todos los movimientos, todas las expansiones del alma que en ellas tienen lugar.

Renunciemos, pues, á ocuparnos de ello.

Basta decir que el señor Bruna dejó que hija y madre diesen expansión á su amor, y al fin dijo:

—Es necesario que reposes, Isabel, estás muy cansada, muy combatida: tiempo nos quedará de sobra para explicarnos, para dar salida á nuestro amor; acuéstate, Isabel, acuéstate en el lecho de tu madre, donde tanto y tanto esta infeliz ha suspirado, ha llorado, se ha desespado por tí.

—¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío!—exclamó doña Isabel—: me parece que nuestras desgracias terminan. He tenido un aviso.

—¿De quién? — exclamó Isabel con esa intuición de las madres.

—Nada, nada—dijo el señor Bruna—: un aviso de que se arregla el negocio de tu hijo: su desacato, su agresión contra la justicia de Utrera, única cosa—añadió el señor Bruna recargando el acento como para avisar á doña Isabel—, de que puede culpárse á Diego.

—Sí, sí—dijo doña Isabel—, todo se arreglará, y dentro de poco estaremos en América todos juntos, todos felices.

—Sí, sí—dijo el señor Bruna—, todo se arreglará—; pero recógete, Isabel, recógete: estás enferma, y es necesario que reposes, que te tranquilices, que te repongas.

—Sí, hija mía, sí—dijo doña Isabel—; ven. Y la asió una mano y la llevó á su dormitorio.

El señor Bruna se quedó paseando en el saloncito.

Diez minutos después, apareció doña Isabel.

—¡Duerme!—dijo—: el cansancio, la conmoción, la terrible conmoción que como yo ha experimentado, la han sumido en una especie de letargo profundo; pero ¿cómo? ¿dónde la has encontrado, Francisco? ¡en qué situación, Dios mío!

—Antes que todo—exclamó Bruna—: ¿qué aviso es ese de que me has hablado?

—Anoche, á la media noche—dijo doña Isabel—, llamaron al portalón de la huerta, abrieron y aparecieron cuatro hombres á caballo.

—No hay que asustarse—dijo el que parecía jefe—, no venimos á hacer daño: esta casa está bendita, y si nosotros hiciéramos en ella la menor tropelia, el capitán nos cortaría la cabeza; pero yo necesito ver á la señora de parte del capitán: entraré solo y sin armas: éstos se quedarán fuera.

—La señora está durmiendo — respondió á aquel hombre Ginés el hortelano.

—Pues te advierto—contestó el bandido—, que la señora sentirá mucho que no se la despiertes, y que yo no me puedo esperar, que la cosa anda mala.

—En fin, Francisco, me llamaron, me avisaron, me levanté, me vestí y mandé trajesen á aquel hombre.

A poco se me presentaba uno como de treinta y cinco años, de muy buen aspecto, aunque un poco torvo, que me dijo:

—Yo, señora, soy para servir á usted, Colorín, el teniente del señor Diego Corriente; y á mí no me gusta cansar, y el señor Diego Corriente me ha dicho que venga á ver á usted y que la diga que mañana á la noche á estas horas, si el tiempo lo permite, vendrá á ver á usted; y para que el tiempo lo permita, será menester que no ande por aquí el señor del gran poder; y como usted le conoce mucho, bueno será que usted le diga que no se ande mañana á la media noche por aquí, para que mi capitán pueda venir y hablar con

usted, como usted quiere que hable; y usted me dirá lo que le tengo que decir.

—Que venga, que venga—le respondí.

—¿Y no habrá cuidado, señora?—me preguntó con recelo Colorín.

—Ninguno—dije yo.

—¿Tiene usted algo que mandarme, señora? que yo lo haré de cabeza—me dijo—: porque basta que á usted la estime el capitán más valiente de cuantos han andado á caballo por la Tierra Baja; y que no se chancee el señor del gran poder, porque á un hombre se le despabila de un trabucazo, y en paz.

—Ade'ante, adelante—dijo el señor Bruna—: ¿en qué has convenido?

—En que venga esta noche al mediar, seguro de que no le acontecerá nada; que venga solo, que se deje lejos su cuadrilla.

—Un sacrificio más—exclamó el señor Bruna, una vergüenza más que se pierde entre el misterio.

—¡Francisco, Francisco, por Dios! — exclamó doña Isabel.

—Sí, sí eso es; para ser juez es necesario no tener ni corazón, ni alma; ser insensible. Bien, bien, que venga, Isabel, que venga; yo me llevaré mi gente hacia Archidona, le dejaré franco el camino, pero que se vaya, que se vaya á Portugal; puede llegar en cuatro días, porque yo pediré que me le entreguen; que se embarque para América; si necesita oro, dásele; si no basta con el que hay en casa, yo haré que traigan de Sevilla todo lo que tengo; que se vaya, que se vaya, que se salve; porque si no se va, si continúa como hasta aquí llenando de horror el reino de Sevilla, yo no consideraré ya nada, nada, ni habrá lágrimas que me ablanden ni súplicas para que ceda: demasiado hago. Y que se lleve á todos los suyos, que se los lleve; dentro de cuatro horas, cuando hayan descansado y comido, me llevaré yo á los míos; descansa, Isabel, descansa, Isabel, descansa, reposa junto á tu hija: me despido de ti. Cleofás te traerá hoy mismo unas tres mil onzas, que con las dos mil que hay aquí, forman una cantidad respetable, una cantidad bastante para saciar la codicia del bandido más ansioso; no quedaremos por esto pobres: adiós, Isabel, adiós.

Y Bruna escapó.

Bajó á una habitación que tenía en el piso bajo, y llamó á Cleofás.

—Toma esta llave—le dijo—, vete ahora mismo con la media compañía de migueletes á Sevilla, entra en casa, vete á mi dormitorio; en él, ya sabes, hay una caja de hierro: esta es su llave; allí hay seis sacos, son de onzas: toma tres y tráetelos aquí, y entrégalos á doña Isabel, y que esto esté hecho á las doce del día; después, con los migueletes te vas á buscar por el camino de Archidona.

Cleofás salió, llevándose la llave y el dolor

en el corazón de que no eran para él las tres mil onzas que tenía que traer á la quinta.

El señor Bruna se echó vestido sobre un lecho que había en aquel aposento.

### XV

A las ocho de la mañana el señor Bruna se levantó, tomó un bocado, mandó que la gente se preparase, y partió con ella hacia Archidona.

A las doce llegó Cleofás con los migueletes, entregó á doña Isabel tres mil onzas, y se fué en busca de su jefe.

Doña Isabel y su hija tuvieron tiempo de acariciarse, de explicarse.

Pero doña Isabel, que confiaba ya en que Diego cedería á la conveniencia, á sus ruegos y á los de su madre, la reveló todo lo que Diego era.

¡Ah, madre mía!—exclamó Isabel—: no confíe usted tanto; creo que mi pobre hijo está perdido, que nada conseguiremos. Es una pasión terrible la que siente por la hija del marqués de Rodovilla.

—No importa: todo puede arreglarse. Diego está en esa terrible vida á la fuerza: se ha horrorizado de sí mismo.

—Oh! no podía ser de otra manera, madre mía—exclamó Isabel—; y si no hubiera sido por esa mujer... es verdad: ¡si es hermosa como un ángel, y pura como un rayo de sol, y mi pobre hijo tan ardiente, tan apasionado... ¡es la desdicha que nos persigue!

Y la madre y la hija pasaron lo que quedaba del día en una ansiedad terrible.

Se marcó, al fin en un magnífico reloj de sobremesa que había en el saloncito de doña Isabel, la media noche.

Y como si hubieran medido el tiempo, al unirse las dos manecillas en la parte superior de la esfera, resonó un largo y potente silbido.

—¡Eh! ¡ahí está!—exclamaron á impulsos de una misma idea, poniéndose al mismo tiempo de pie y palideciendo la madre y la hija.

Poco después entraba Ginés el hortelano, y decía:

—El señor Diego Corriente está ahí y dice que su merced le espera.

—Sí, sí, que entre—dijo doña Isabel.

A los cinco minutos se oyó un poderoso ruido de espuelas, y entró rápidamente en el saloncito un hombre.

Se quitó el ancho castoreño de una manera nerviosa, y dejó al descubierto el semblante de Diego Corriente.

—Aquí me tiene usted, abuela—dijo—, prométeme que vendrá y he venido; ¿qué quiere usted de mí?

—No estoy sola, Diego; no estoy sola—contestó Doña Isabel—: ¿no conoces á quien está conmigo?

Isabel estaba pálida, temblando, de pie, con las manos juntas.

Miraba á su hijo y no comprendía su traje ni la osada altivez de su apostura.

Diego llevaba una redecilla verde, camisa de ancho cuello con pañuelo encarnado sujeto por un cintillo, chaqueta, chupa y pantalón de color de hoja seca con hombreras y adornos negros, capa de grana derribada sobre el hombro izquierdo, botines color de avellana con broches de acero, zapato blanco, espuelas vaqueras; en la mano derecha tenía un ancho sombrero franciscano color de ceniza, con moña roja, y entre este sombrero y su pierna derecha asomaba la ancha boca de un trabuco de bronce; en la cintura llevaba una canana corrida, y á la derecha una bolsa de municiones.

—¿Esa mujer?—exclamó Diego avanzando hacia Isabel—: ¡ah! ¡mi madre! ¡madre de mi alma!

Y tiró su sombrero y su capa, abrazó á Isabel y la besó hambriento en la boca.

—¡Oh, madre mía!—exclamó—: ¡tú estás aquí! ¡tú te has salvado! ¡tú has encontrado á tu madre! ¿qué importa ya que me pierda yo?

—¿Y por qué ¿por qué has de perderte tú, Diego?—exclamó con un ansia de leona, Isabel—: ¿por qué, si tú puedes también salvarte?

—Dios no lo quiere—contestó Diego separándose de su madre y volviendo á coger su capa y su sombrero.

—Sí, sí, hijo mío—dijo doña Isabel—: Dios ha tenido misericordia de nosotros, Dios quiere que te salves; mira, tú no has matado á nadie, ¿no es verdad? tú no has hecho ninguna infamia; lo que has quitado á otros se les dará. Mira, Diego, Dios ha hecho un milagro: yo he conseguido, ha conseguido tu madre que el señor del gran poder se aparte de aquí, que te deje franco el camino de Portugal: mira, vete, vete con los tuyos, con todos puedes llegar á Portugal en cuatro días, llegar á Oporto, embarcarte para la América portuguesa; mira, hijo mío, si tienes ansia de ser rico, rico eres: yo tengo aquí para ti cinco mil onzas; mira, aquí en esta papelera: llévatelas.

—Yo no quiero oro, abuela, yo quiero á una mujer.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!—exclamó Isabel—: la hija del marqués de Rodovilla no ha nacido para ti, Diego.

—Sí, sí, madre mía, para mí ha nacido, porque Dios ha querido que ella me ame á mí y que yo la ame á ella.

—¡Por Dios, Diego, por Dios, que vas á perderte!—exclamó doña Isabel—: mira que don Francisco de Bruna no te da de plazo más que ocho días.

—Por ella todo—exclamó Diego—: no tenía-

dola, qué me importa á mí la vida? ¿quiere usted que yo la vea casada con otro? ¡Ay! el pensarle sólo me desespera: no, no; yo no he de parar hasta que la saque del convento donde la han metido, y la sacaré: sí, sí señora, la sacaré; no hay que hablarme más de esto.

—El señor Bruna te prenderá.

—Si se me pone delante, si pretende impedirme que sea feliz...

Diego se detuvo.

—¡Acaba, acaba, Diego!—dijo doña Isabel—: ¿le matarás?

—¡Dios me libre!—exclamó el joven—: el señor Bruna está para mí bendito; pero no sé, no sé, á qué preguntarme lo que yo haré con quien se me ponga delante de mí Dolores para estorbarme que yo llegue á ella.

—Pero qué pasión tan terrible, Diego—exclamó Isabel—: ¿qué te ha dado esa mujer?

—Por ella me he perdido, y no puedo detenerme ya.

—¿Pero no oyes que aun había remedio?—dijo doña Isabel.

—Para mí no hay más remedio que sacarla del convento donde la han metido, llevármela, casarme con ella.

—Pero eso es una locura, y además un sacrilegio, Diego: ¿no respetarás ni la casa del Señor?

—Nada.

—¿No oyes que el señor Bruna te persigue, y que el señor Bruna es terrible?

—Bien—contestó Diego—: si me prende, que me ahorque.

—¡Oh! ¡qué horror!—exclamó Isabel.

—¡Dios mío!—exclamó su madre.

—Iré á la horca con el consuelo de que he hecho cuanto me ha sido posible por lograr mi felicidad.

—¿Y tú resolución es invariable, Diego?

—Invariable de todo punto, madre mía.

—Oye, Diego, oye—dijo doña Isabel—: aun hay un medio. Vete á Portugal, espera, deja que pase el escándalo que has causado, y luego vuelve encubierto; encubierto y con mucho dinero. A la hija del marqués de Rodovilla la sacarán probablemente del convento cuando sepan que te has expatriado, y entonces te será más fácil apoderarte de ella.

Meditó un momento Diego Corriente, y luego dijo:

—Bien: me iré á Portugal.

—¡Oh! ¡gracias, gracias, Diego!—exclamó Isabel arrojándose en sus brazos.

—Sí, sí, gracias, hijo mío—dijo doña Isabel—: me has quitado de encima un peso horrible; pero mira, llévate esas cinco mil onzas.

—¡Yo! ¿para qué quiero yo el dinero? no, no: para llegar á Portugal tengo el que he menester: pues qué, ¿había yo de llevarme el remordimiento de haber robado á mi familia?

—Pero no nos robas, Diego, no nos robas:

nosotros te damos ese dinero para que seas rico.

—Vamos, ustedes creen—dijo Diego con la cabeza inclinada y revolviendo entre las manos su ancho sombrero—, que yo me he echado á esta vida por ser rico; eso no es verdad: si yo me he echado á esta vida, ha sido porque necesitaba defenderme; no la he buscado yo, se me ha venido ella encima; si el corregidor de Utrera no se hubiera empeñado en perderme, si me hubiera dejado escapar, porque yo ningún mal había hecho, no hubiera sucedido nada de esto; yo huía porque sabía que si me dejaba prender me ahocaban por desacato y heridas á la justicia; y cuando huí, me prendieron migueletes, me dieron una paliza, como si yo hubiera sido una bestia; y si yo no fui preso á Sevilla fué porque me libraron unos caballistas que ahora son de mi partida; ¿querías tú, madre mía, querías tú, abuela, que yo me dejase prender para que me ahorcasea cuando nada había hecho más que defenderme? Pues qué, ¿un corregidor, porque es corregidor, tiene razón para atropellar á nadie, y más á un hombre como yo que tiene el alma puesta en su sitio? no: eso no podía ser, y no ha sido: capitán de ellos me han hecho los caballistas y yo he cometido cuatro atrocidades que nadie se ha atrevido á cometer hasta ahora, para que me tengan miedo no sólo la gente de la Tierra Baja, sino también las justicias de los pueblos y los migueletes; no, yo no soy capitán de saltadores por afán de dinero, sino porque mi suerte lo ha querido así, y no me llevaré ni una sola onza, pero me iré á Portugal.

—¿Y cuándo, cuándo?—exclamaron doña Isabel y su hija.

—Ahora mismo: mi gente está ahí fuera; en lo que queda de noche llegaremos á Sierra Morena, y en llegando á Sierra Morena que nos echen un galgo; allí me río yo de todos los migueletes y de todos los esbirros; con que un abrazo, madre mía, y pide á Dios que nos volvamos á ver pronto.

—¡Oh! ¡sí, pronto, muy pronto!—exclamó Isabel—, en cuanto sepamos que estás en Portugal.

—Estaré pronto; adiós abuela: un abrazo—dijo Diego Corriente.

Doña Isabel abrazó llorando al joven.

—Oiga usted, abuela—dijo Diego Corriente al separarse de los brazos de doña Isabel—: me voy consolado porque dejo con usted á mi madre, y veo que la pobrecilla ha salido de penas, y que nada le hará falta; y oiga usted, abuela, y tú también, madre: conmigo se vino de Utrera una buena mujer que me apreciaba, aunque yo no la quería á ella; ya sabes tú, madre, la Cariblanca; pues bueno, yo quisiera que no la sucediera nada.

—¡Ah! no, no—dijo Isabel—: Sebastiana, con Cárcoles, no han sido presos, no; están en Sevilla en casa de don Francisco de Bruna.

—Pues bien, madre, que el señor del gran

poder la case con Cárcoles que está muerto por ella, y que la dé un cortijo y que vivan en paz; que no solamente se ha de acordar uno de sí propio, sino también de los que le quieren. Ea, y con Dios, y otro abrazo, madre, y otro abrazo, abuela: y no me detengo más; y cuenta que en cuanto salga de aquí echo á andar con la gente para la Sierra.

Abrazó Diego á su madre y á su abuela, y salió precipitadamente como quien huye.

Bajó al jardín grande, le atravesó, salió á la huerta, la atravesó también, llegó al portalón de ella, montó á caballo, rodeó la quinta y se lanzó al galope largo, por la margen abajo del Guadalquivir.

—A la Sierra, sí, decía: á Portugal, no; de la Sierra, á Sevilla á meternos todos dentro de ella, que no nos faltará industria para disfrazarnos; y ya verá, ya verá el señor marqués de Rodovilla de lo que le sirve el haber encerrado á su hija en el convento de Santa Clara.

## XVI

Había en aquellos tiempos, en la calle del Hombre de Piedra, en Sevilla, una peletería ó tienda de pieles.

El peletero era un hombre viejo, como de sesenta años, pero conservado, fresco, colorado y rollizo, y lo más alegre del mundo.

Tenía siempre puesto en invierno y en verano un gorro de algodón azul, que con el sudor había tomado cambiantes y matices indefinibles.

Vestía chaqueta, chupa y calzón de paño de Béjar en el invierno, y de una especie de tela de mahón en el verano, y gastaba constantemente medias azules y zapatos de becerro blanco, abrochados por una orejilla á un botón de acero.

Este era el traje de casa.

Cuando el señor Silvestre salía á la calle, su traje se adicionaba con un gran sombrero franciscano color de barquillo tostado, y con una capa parda en el invierno y una de lamparilla en el verano.

El señor Silvestre no gastaba reddecilla, por la sencilla razón de que no tenía cabellos y de que no había querido suplir aparentemente su falta comprándose una peluca; porque una peluca era un censo demasiado costoso, del que no podía tirar sin comprometer su fortuna un peletero.

El señor Silvestre vivía solo en su casa, y era soltero, porque decía que el hombre, para casarse con una mujer, debe haberse casado antes con buenas talegas, y que aún así podía ser que la mujer propia sobrase porque las ajenas bastaban para el entretenimiento de la vida; de lo que resultaba que el señor Silvestre era un filósofo cínico que no daba á la mujer otro valor que el de un entretenimiento

y para entretenerse, tenía hacia ya muchos años no en su casa, sino en la casa de enfrente, una moza, que había empezado ya á ponerse vieja, y de entretenerse con la cual habían resultado, según creía la gente, dos hijas grandes ya, la una de diez y seis y la otra de diez y siete años, y un varón de á veinte, que cuando no estaba preso lo andaban buscando, porque se había criado en las truhanerías de la Encarnación, de la Feria y del Baratillo: no sabía salir de ellas, vivía á lo bravo, llevaba siempre espadón al cinto, y no se trataba más que con tunantes.

Tenía á la Marisaco, que así se llamaba aquella mujer, el señor Silvestre, en un casuco en frente de su tienda, porque decía que así, sin moverse de su tienda y de su sillón, veía quien entraba y quien salía en la casa de su comadre, ó si no entraba y salía nadie, que era lo que acontecía continuamente.

Y así es que estaban desesperadas y muriéndose de fastidio la Marisaco y sus dos hijas, la Pepita y la Tola, que eran tan bellas tan cachigordas, tan frescas, tan coloradas, y les relucían tanto los ojos, que los mozos del barrio andaban que se desvivían por ellas; y algunos que no eran mozos andaban que se desvivían también por la Marisaco, que estaba oronda y frescota, y como decía ella, en lo mejor de su vida, y en su mayor fuerza y ardimiento.

No entraba en la casa más que un respetable fraile trinitario, confesor de la Marisaco, y preceptor de las chicas, que si sabían leer y escribir y algunas otras cosas tocantes á la moral lo debían á su paternidad. Era además, don fray Zoilo de Manosmuertas, vicario del cercano convento de Santa Clara, por lo cual en casa de la Marisaco, ó lo que es lo mismo, casa del señor Silvestre el peletero, sobraban siempre bizcochos y confites y licores y algunas cosas de más sustancia que las buenas madres regalaban á su vicario; por lo demás, la casa estaba cuidadosamente guardada por dos argos: por el señor Silvestre, que en su juventud había sido el demonio, y que en su vejez conservaba ribetes de diablo, y por Celestino el Tuerto, que así se llamaba el hermano de las dos doncellas.

En cuanto un mocito del barrio pasaba dos ó tres veces de día por la calle, ó se atrevía á rascar una guitarra en la noche, ya tenía encima al señor Silvestre ó á Celestino el Tuerto.

El señor Silvestre decía al importuno:

—Si no viene usted con intención de casarse y con buen oficio ó buena renta para mantener sus obligaciones y buena conducta para honrar la familia, ya se puede usted ir largando más que á paso, sin dar lugar á que yo le pique la retaguardia.

Solían contestar los más de ellos que sí, que

iban con las más honestas intenciones, y entonces, el señor Silvestre les decía:

—Pues, compadre, ya se puede usted ir largando por la sombra, y si sus intenciones son como usted dice honestas, no vuelva usted á parecer por la calle sino cuando vuelva usted con los papeles y probanzas que yo necesito para darle una de mis hijas.

Cuando era Celestino el Tuerto el que salía al encuentro del pretendiente, le decía:

—Compadre, sin entenderse conmigo, nadie ronda á mis hermanas: usted vea si tiene posibles y alientos para que yo le aguante, y si no picando, ó ¡vive Dios! meto mano á la de cinco palmos, y lo hago á usted más astillitas que la leña de la cocina de los padres franciscos.

De lo que resultaba que las pobres chicas estaban fritas, sin novio, aunque con grandes deseos de él, porque no había quien se atreviese á satisfacer las exigencias del padre y del hijo aunque distintas, apremiantes y exageradas.

Pero la verdad era que, á causa de la vigilancia á que estaban sometidas, fuera del padre y del hijo, no entraba en la casa alma viviente más que el padre maestro don fray Zoilo de Manosmuertas y su lego, y no era de suponer que de tan venerable barón y de tan honesto lego tomasen motivo las murmuraciones de las vecinas.

Sea quien quiera, el señor Silvestre vivía muy tranquilo.

Cuando no estaba dentro de su casa en compañía de su familia, estaba frente á su casa, en su tienda, espíandola, sin apartarse un punto de su sillón, sino cuando daba una escapada para ir á la taberna de la esquina, porque había pasado algún compadre de su fama y de su fecha y le había conmovido.

Pero nunca se estaba en la taberna más de tres minutos el señor Silvestre, porque decía:

—Si alguien me está acechando para meterse en mi casa, necesariamente tiene que salir antes de que yo vuelva; si no, he de verle, y en tres minutos poco perjuicio puede hacerse.

El señor Silvestre daba de estas escapadas lo menos veinte ó treinta al día, pero nunca se estaba más de tres minutos.

Sus oficiales trabajaban en un corral interior, sus pieles de gato y de conejo, y las adobaban y las tenían, y las hacían pasar por piel de nutria y de chinchilla y de astracán, y si no las hacían pasar por pieles de oso, era porque no podían agrandarlas y estirarles el pelo.

El señor Silvestre ganaba mucho dinero, porque era el único peletero que había en Sevilla, en aquellos hermosos tiempos en que la concurrencia al mercado no había abaratado la mercancía.

Una mañana, por los tiempos en que va marchando nuestra historia, acababa de volver el

señor Silvestre de apurar su cuarto venial, esto es, su cuarta copa de aguardiente anisado con agua, de donde provenía lo del pecado venial, cuando se encontró con un prójimo que de espaldas contra el pie derecho que dividía su tienda, y con un gran bulto debajo del brazo estaba mirando de hito en hito á las ventanas de la casa del señor Silvestre.

—¿Qué diablos querrá ese adefesio que parece una momia, que tanto mira y remita á mi casa? ¡hola, compadre!—dijo apelando á su relación de costumbre—; si no viene usted con buenas intenciones, ya se puede usted ir largando.

—¡Que si vengo yo con buenas intenciones! ¡vaya y si vengo yo con buenas intenciones! ¡pues mire usted, preguntarme á mi si vengo yo con buenas intenciones, cuando nunca las tuve ni maldicias! hombre, quítese usted de ahí, que me está usted pareciendo una cualquier cosa, y métase usted adentro, que tenemos que ver, que hablar, y que contar.

—Pues, hombre, entre usted, veremos lo que tenemos que ver, que hablar y que contar.

Entró el desconocido.

Detrás de él se metió el señor Silvestre.

—Pues, señor—dijo el incógnito sentándose en una silla que había al lado de la gran mesa que servía de mostrador al señor Silvestre y poniendo sobre ella el bulto que traía debajo del brazo, yo me llamo Sata.

—Para servir á Dios—dijo el señor Silvestre.

—Y para no servirle á usted—contestó Sata—, que yo vengo á que usted me sirva, y no á servirle á usted; ya ve usted que yo soy un buen mozo.

—Per supuesto; eso ya se ve.

—No tengo ni un diente, pero eso fué porque una vez me dió una tos tan fuerte que allá fueron; y yo no sé cómo no se fueron también las quijadas y la mitad de mi persona: en fin, eso á usted no le importa, y téngase entendido que sin dientes y todo soy yo un mozo muy «barib» y de muchos respetos.

—Pero sepamos á cuál de ellas quiere usted, señor Sata—dijo el señor Silvestre.

—¿Qué es lo que está usted diciendo, y que está usted hablando de ellas y de ellos que yo no le entiendo á usted, hombre? — dijo Sata.

—¿Pues no estaba usted mirando á la ventana del cuarto de mi hija Tola?

—Vamos, hombre, usted ha bebido más de lo que puede, y no habla usted lo que sabe, sino lo que quiere el otro; si yo soy un comerciante como usted, sólo que yo soy comerciante de crudo y usted es comerciante de adobillo.

—¿Acabará usted de explicarse?

—¿A cuánto paga usted las pieles de los «michos» de «ongola»?

—¡Hombre! ¿gatos de Angola trae usted? pues usted no lo entiende, porque el gato de Angola vale mucho más que su piel.

—¿Usted qué sabe lo que cada uno entiende, hombre? usted diga si le acomodan las pieles ó no, y asunto concluido.

—Pues á verlas.

Deslió el trapo que había traído Sata, y sacó á luz seis ó siete pieles acabadas de desollar.

—¡Ladrón! ¡mal hombre!—dijo el señor Silvestre—; ¡si estas son pieles de perro de aguas!

—¡Hombre, sí! ¿lo dice usted eso de veras?—dijo muy serio Sata—; ¿no quiere usted engañarme á mí? porque, mire usted, la verdad es que yo de esto no entiendo, que yo me he metido ahora á este oficio porque he tenido que dejar otro: la verdad, á mí me han venido unos pillastres, á quienes yo les había encargado me cazasen gatos de «ongola» y los desollasen, con estas pieles.

—Pues pieles de perro son; pero no le hace, las compro, que estas pieles, en adobándolas y tiñéndolas, pieles de astracán serán para todo el mundo.

—Mire usted, al que no lo entienda, acaso—dijo Sata—, que los hombres de bien no necesitan más que un tonto todos los días para no tener que meterse con nadie; pero ya que éstos no son «michos», sino «pichichis», ¿cuánto da usted por cada uno?

—Dos reales.

—Dos trabucazos, ¡ladrón! ¡pues si me han costado á mí á cinco!

—Pues, compadre, usted ha sido el tonto que se ha encontrado hoy el hombre de bien: ¡que me crucifiquen á mí si doy más de veintidós cuartos por una piel de éstas, y eso es porque me hace usted gracia, hombre!

—Sí, pues bueno: ¿y cuántas pieles quiere usted todos los días?

Se quedó mirando el señor Silvestre á Sata sin saber qué contestarle; al fin dijo:

—Pero señor, ¿tiene usted contrata?

—Eso á usted no le importa.

—Vaya si me importa: ¿pues no sabe usted que yo de cuando en cuando voy á comerme un pastel ahí á la vuelta, á la hostería de las monjas, y me van entrando escrúpulos de que si usted vende tan baratas las pieles, es porque también vende la carne?

—¡Ah, tuno!—exclamó Sata—: ¿conque son baratas las pieles?

Y Sata se estiraba los brazos y los contraía y los dilataba, como quien tiene grandes tentaciones de darle un fuerte trompis al prójimo.

El señor Silvestre, que se atrevía con todo el mundo, no sabemos por qué no se atrevió con Sata.

Le había oído á algo que él no podía explicarse.

Pero se decía para sus adentros que aquel algo no era cosa buena, y miraba á Sata con cierto respeto que envalentonó al bandido, que no estaba acostumbrado á que se le respetara tanto, y que por lo mismo se creció.

—Pues menos de los seis reales—dijo—, para que yo gane algo, no doy las pieles; y las daré á este precio si usted, compadre, se compromete á tomarme por lo menos una docena todos los días.

—Hombre, yo bien lo hiciera—dijo más asustado el señor Silvestre—, pero me da lástima, se me abren las carnes sólo de pensar cuánto te perro tiene que morir para que usted viva.

—Oiga, tío Calmón: lo que á usted debe importársele muy poco es que vivan ó mueran los perros; pero no tan poco lo que yo voy á hacer con usted como me siga usted faltando al respeto; porque usted me falta al respeto, sí señor, y á mí al respeto no me ha faltado nadie sin que por lo menos le haga yo vomitar los dientes como los vomité yo de aquel estornudo.

—Pero, hombre, ¿y á qué viene esta desazón, compadre?—dijo el señor Silvestre—: partámos la diferencia, y no sea usted súpito; vamos, le daré á usted una peseta por cada pellejo.

—Y la convidada—dijo Sata.

—Pues bueno, hombre, bueno, la convidada, con tal de que no se beba usted un cañaveral y tenga yo que convidarle á usted de esta manera todos los días.

—Hombre, no, que á mí me basta con dos parecitos de cañas.

—Pues mire usted, compadre Sata, ahí van doce pesetas por los doce pellejos que usted trae; échelos usted á un lado y métase usted el trapo en que los trae en el bolsillo, y vámonos aquí al montañés de la esquina, que hay una manzanilla del Puerto muy fresca.

—Pues andando, compadre: ¿y no deja usted á nadie en la tienda?

—Hombre, no, que no hace falta, que yo desde el Montañés echo un ojito para acá; y sobre todo, á mí no me roba ningún ratero, porque me tienen mucho miedo.

—Ea, pues, vamos andando.

—Vaya—dijo el señor Silvestre—, y quién viene por allí, compadre, ¡pues no es nada! ¡poco cosa! ¡el marqués de Vadoclaro!

—¿Quién, aquel militar que lleva aquel casco tan reluciente con tanta piel de oso?

—¡Pues ya lo creo!—dijo el señor Silvestre—: ¡si es no menos que coronel de Dragones del Rey! ¿pero no decían que estaba en un castillo? Mire usted, compadre, vaya usted á esperarme allí en casa del Montañés, que yo no faltaré en cuanto me suelte de ese señor, á quien tengo que hacerle mis cumplimientos á la fuerza, porque es muy buen parroquiano.

—Pues mire usted, compadre, á la tienda del Montañés me voy; pero como usted tarde y yo vea que usted no está agarrado al coronel, le agarro yo á usted y le sobo para que no vuelva usted á burlarse de mí.

—Vaya usted, por Dios, vaya usted, que ya está encima el señor marqués.

Sata adelantó, se cruzó con el coronel, y se detuvo á poca distancia y volvió la cara á

ver si era verdad que el señor Silvestre se ponía á hablar con el coronel de Dragones.

Y vió que el señor Silvestre todo se volvía cortesías y reverencias, y que el marqués le hacía un movimiento con la mano para que acabase con aquello, y que luego se ponían á hablar los dos, el señor Silvestre, humilde y encogido, el marqués, tieso y soberbio, apoyándose en su largo espadón de montar.

—Pues es verdad—dijo Sata—, que ese pillo conoce al coronel, y me ha dicho que es el marqués de Vadoclaro; ¿y no nos ha dicho el señor Diego Corriente que el marqués de Vadoclaro andaba que bebía los vientos detrás de su prima la hija del marqués de Rodovilla? bueno; ¿y no nos hemos metido todos en la ciudad disfrazados, que no nos conocemos los unos á los otros, solamente con el intento de que el señor Diego Corriente, y nosotros con él, hagamos lo que podamos á fin de sacar del convento de Santa Clara á la señorita doña Dolores? ¿y no me vengo yo por eso á «camelar» á este tío zorro, cuya querida y cuyas hijas privan mucho con el vicario de las monjas, y ellas entran y ellas salen por el convento como por su casa? ¿y no puede ser que el señor marqués de Vadoclaro haya pensado en lo mismo que hemos pensado nosotros, y que para llevarlo á cabo se haya venido á «camelar» también á ese bribón? Pues mucho ojo, Sata, mucho ojo: que no se diga que haya en el mundo quien sabe más que tú; anda, vete á la tienda del Montañés: anda, vete, y hazte el desentendido, y espérate allí aunque sea cinco semanas, que dinero llevas para tomar con que entretenerte; y lo que es el peletero viene, ¡vaya si viene, hombre! ¡si tiene la cara de borracho más perfecta que yo he visto en todos los días de mi vida! el vino le sale por los carrillos al «gaché». ¡Jesucristo! ¡y que no es cosa lo que me dará á mí el señor Diego si habiéndole puesto en camino de que saque á su novia del convento, consigue por fin sacarla! ¡válgame Dios! ¡y que no «aviya» cosa de «parné» el capitán! ¡hola! ¡eh! ¡Montañés!—añadió gritando con la voz gorda y campanuda: aquí sobre el mostrador todas las bocas que usted tenga, que me las voy á chupar; y para remojarlas, así como treinta ó cuarenta pares de cañas en su bandeja muy limpia; y luego, así como media docena de pescadillas, muy bien frititas, muy calentitas, muy fresquitas, y con la colita en la boca; y luego, para si queda algún rinconcillo, una cazuela de chipiones con sus correspondientes patas, que no se las haya comido la cocinera; ó si no, mire usted, las cabezas y las patas de los chipiones, frititas, ¿eh? y los cuerpos, oiga usted, los cuerpos, frititos también, pero con un salmorejo que sepa mucho á ajo; y oiga usted, compadre montañés, que me pongan luego medio queso de cabra

bien breadito y bien caladito en aceite, que yo me perezco por el queso.

—Y oiga usted, compadre—dijo el montañés—: ¿en dónde trae usted el baúl? ¿dónde va usted á echar todo ese comestible?

—A usted eso no le importa, señor tonto—exclamó Sata—; y usted perdone que le diga tonto, que los tontos son los que se engañan; y usted se ha creído, cuando yo he pedido todo eso, que yo soy un hambriento que no he comido en quince días y que no tengo dinero, y por eso es usted tonto; y lo acredita esta mejicana que le entrego á usted en depósito, para que sobre ella se me traiga á mí para que me regale el «jocico» todo lo que yo quiero.

—Pero, hombre—dijo el montañés tomando la onza—, mejor sería que le hiciéramos á usted unos maimones con cangrejitos machacados, y le daríamos á usted algunas cosas blandas, porque si no, ¿con qué dientes se va usted á comer todo eso?

—Oiga usted, se o sinvergüenza — contestó Sata—, porque es menester no tener vergüenza para decir tales tonterías; ¿no sabe usted que las bocas se chupan, y que las pescadillas son blandas y que se machacan bien con las encías, y que los chipiones...

—De ahí no paso, compadre, que los chipiones son correosos.

—Si usted dejara acabar á la gente, se enteraría; los chipiones me los trago yo enteros.

—Pues entonces, compadre, diga usted que se traga usted la Giralda, y ya no hay cuestión; pero ¿y el queso?

—Pues hombre, por eso mismo le he dicho yo á usted que el queso esté muy caladito de aceite, muy blandito.

—Pues mire usted, se o tío «guasón»—dijo el montañés—, métase usted allá en la sala adentro, y se le llevará todo eso que ha pedido; pero mire usted no vaya usted á tragarse á la muchacha que va á servirle, que es una real hembra.

—Pare usted ahí la jaca, compadre, que no hay quien se trague á una mujer, que ellas son las que se tragan á todo el mundo; y por ver á esa moza, aunque me trague, que ya me ha picado usted la curiosidad, voy á meterme adentro.

—No se apresure usted, cristiano, que por oír misa y comer cebada, no se pierde la jornada; y antes de que entre usted más adentro de mi casa, quiero yo obsequiarle á usted, bebiéndome con usted dos parecitos de cañas de lo rico.

—Pues vengan, compadre.

Llenó el montañés ocho cañas, las puso sobre el mostrador, y cogiendo una y tirándose el líquido á la boca, dijo:

—Usted dirá, amigo, que yo le he traído á usted mucha conversación sin saberse para qué, y es que yo le conozco á usted.

—¡Vaya que sí!—dijo Sata, á quien dió un

vuelco la sangre, porque no le gustaba mucho que le conocieran—: ¿cómo que me conoce usted á mí, hombre? usted á mí no me ha visto en su vida, ni puede ser eso, porque yo ando por el mundo tres días aquí, cuatro allá, en mi comercio.

—Ya lo creo, que usted en su comercio para muy poco en ninguna parte, compadre.

—¿Si querrá usted saber cuál comercio es el mío?

—Vaya si lo sé.

—¿Qué ha de saber usted, hombre? ni olfato tiene usted, porque si usted tuviera olfato, las narices le hubieran á usted dicho ya qué clase de comercio es el mío, porque cada cual huele á aquello con que anda.

—Hombre, usted me olió desde que entró á tripería; pero yo creí que sería un mal olor que había entrado por aquí.

—No señor, que ese mal olor lo traigo yo conmigo, aunque nunca huele mal aquello que produce dinero.

—Hombre, ¿trae usted el redaño de algún cristiano en el bolsillo?

—Calle usted por Dios, hombre, pues qué ¿tengo yo cara de asesino?

—Pero, señor, ¿cuál es entonces su comercio de usted?

—Yo comercio en pieles de perro de aguas. Y oiga usted, compadre, si le hace á usted falta carne para albóndigas ó para algún picadillo de empanada, avise usted, porque yo los cazo gorditos para que las pieles sean frescas y buenas; y ahora que hablamos de pieles, mire usted, en viniendo el señor Silvestre, el peletero de ahí abajo, que entre.

Sata se entró murmurando:

—Pues señor, este hombre me conoce: ¿dónde me ha visto este indino, que no me acuerdo yo de él? ¡yo que creí que iba más tapado que un contrabando, con estas patillazas negras y este pelazo negro metido en esta redecilla y esta montera cordobesa y este vestido escurrido, que no parece sino que voy metido en una funda! ¡ya, sí! por esta caverna que tengo por boca: pues juro que en saliendo de aquí me pongo una dentadura postiza, aunque sea de ajos: ¡pues no sería mala broma que me atraparán á mí y me llevarán al «estarivel», y me sacarán de allí dentro de dos meses montado en un burro, para que luego el «buchí» se meciera sobre mi pescuezo! Pero ¡calla! esta buena moza se viene aquí con un mantel más limpio que el ampo de la nieve.

Pero dejemos á Sata, admirando á la buena moza que se le acercaba, y vámonos á buscar en el capítulo siguiente al marqués de Vadoclaro y al señor Silvestre el peletero.

## XVII

—¿Pero qué es eso excelentísimo señor, qué es eso?—había dicho el peletero después de ha-

ber saludado humildemente al marqués de Vadoclaro—; ¡si me dijo el otro día el sargento Brioso, que vino á que le remendara la piel del casco, que se le había pelado de un respegón en una tapia, que vucencia tenía l'ada una culebra muy grande, y que á vucencia le habían pegado un tiro, y que en cuanto se curara del tiro iban á meter á vucencia en una prisión!

—Todo eso lo hubiera querido el tunante de mi tío el marqués de Rodovilla, Silvestre, pero no se puede todo lo que se quiere: lo que es á mí no me tose nadie, ya sabes tú que no; y en fin, vámonos para la tienda que te tengo que hablar.

—Pues vámonos ¡para la tienda, excelentísimo señor.

Echó á andar el marqués, metiéndose en la peletería, y se sentó.

—Ya sé, ya sé lo que vucencia quiere—dijo el señor Silvestre—; en primer lugar, una buena piel de oso para el crestón del casco, que está ya un poquito así, con viso; pero aguántese vucencia que venga alguna partida de Cádiz, que lo que tengo ahora es panza de burro teñida, y yo no quiero dar á usted asno por oso; pero lo que si puedo yo dar á vucencia dentro de unos días, serán unas pieles de astracán para el capote, que más finas ni más hermosas no se han visto ni se verán; ¿pero qué está mirando vucencia á la ventana de allí entrente, que no pestaña y no me responde?

—Ya te oigo, Silvestre, ya te oigo, y voy á responderte—contestó el marqués sin dejar de mirar á la ventana.

—Mire vucencia—dijo el señor Silvestre oldecidiendo á su costumbre—, que si vucencia no viene con buenos fines, no podemos entrar en trato.

—De lo que se trata—dijo el marqués de Vadoclaro—, no es de pieles ni de oso, ni de de astracán, ni de nutria, ni de gato, ni de perro, de lo que se trata es de un pellejo que me está mirando de candilejo desde aquella ventana, que me está dando más estrépito el corazón en el pecho que todas las campanas de la Giralda cuando tocan á «Sanctus».

—Por eso he dicho á vucencia—dijo con la voz trémula Silvestre—, que si vucencia no viene con buenos fines, no podemos tratar nada.

—¡Pues vaya si vengo con buenos fines! ¡con los de cortejar á esa chica!

—Mire vucencia, eso no puede ser—dijo el señor Silvestre—, porque yo no sé cómo tomará eso del cortejo el santo varón confesor de mi mujer y de mis hijas.

Silvestre lamaba su mujer á la Marisaco, por respeto á la moral pública.

—¡Hola! ¿con que son esas buenas mozas tu mujer y tus hijas? hombre, pues yo no lo sabía: ¡válgame Dios! las vi esta mañana en misa de alba en Santa Clara.

—Sí señor, sí—dijo Silvestre—, porque su confesor las tiene muy arregladas á religión.

—Me gustaron las tres—continuó el coronel—, y á la una por la otra las seguí; vi que se metían en esa casa, y dije yo: enfrente está la peletería de Silvestre, él me informará; y no he venido hasta ahora porque he tenido revista y maniobras, que me han ocupado toda la mañana, pero en cuanto dejé el regimiento en el cuartel comiendo el rancho, me vine.

—¿Con que le gustan á vucencia las tres?—dijo con una sonrisita de conejo el señor Silvestre—; ¡pero vucencia está dejado de la mano de Dios! ¿viene á decirme eso á mi vucencia?

—Mira, tunante, pues qué, ¿tendrías tú á menos que tu mujer ó cualquiera de tus chiquiquillas hablara con el marqués de Vadoclaro?

—Por hablar nada se pierde; pero el hablar que vucencia dice, no me trae cuenta á mí, señor marqués.

—¡Ah, sí, es verdad!—dijo éste—: no me acordaba yo de la cuenta.

Y sacando de un bolsillo de su casaca un largo bolsón de seda verde, le tiró sobre la mesa.

El oro produjo un ruido tentador.

—De modo y manera que lo que yo siento—dijo el señor Silvestre—, es lo que pueda pensar de esto el padre vicario de las monjas de Santa Clara, que es el confesor de mi mujer y el maestro de mis niñas.

—Déjate tú, hombre, déjate tú, que ya veremos si el padre vicario le trae también cuenta el dejar que yo entre en la casa; además, que no hay que decirle nada de lo del cortejo, porque tus chiquillas son dos hembras tan reales, que bien puede darle á un marqués como yo la tentación de casarse con ellas.

—Oiga vucencia: ¿cuál es la que á vucencia le gusta más, la Tola ó la Pepita?

—Hombre, ¿cuál es la más mediana de las dos, la que tiene los cabellos rubios como el oro y unos ojos azules como las vueltas de mi casaca?

—La Pepita: ¡ya decía yo! ¡y qué buen gusto tiene vucencia! porque aunque yo soy padre de las dos...

—Sí, eso es—interrumpió el coronel—, no parecen hermanas.

—Pues al mundo las echó á las dos la Marisaco.

—Bueno, hombre, ¿y eso qué tiene de particular? mira, guárdate eso que está sobre la mesa, y llévame á tu casa y déjame con tu mujer y con tus chicas, que yo las explicaré á ellas por lo que voy y á lo que voy.

—Vucencia es el primer hombre, sacando á mi hijo y yo, que entra en la casa—dijo el señor Silvestre.

—¿Y el padre vicario y su lego?

—Esos son frailes.

—Tienes razón; pero vamos andando.

—Venga vucencia.

Y como el señor Silvestre comprendiese que iba á tardar más de cinco minutos, y tuviese que ir luego á la tienda del montañés á convidar á Sata, dijo volviéndose hacia una puerta que comunicaba con el interior:

—Verdugullo, ven acá, hijo, y guárdame la tienda, y mira no te comas ninguna piel, que he de conocerlo yo y me como la tuya.

Después de esto, el peletero y el coronel de Dragones atravesaron la calle, se metieron en la casa de enfrente, en cuyo portal había una lamparilla perpétuamente encendida á una renegrida virgen de los Desamparados, como patrona de aquella casa, amparada por las pieles y por los hábitos.

Llamó como llama el amo de una casa á la puerta del medio el señor Silvestre, y á poco se oyeron fuertes pisadas en la escalera, pisadas de buena moza, pisadas de esas que incitan porque representan cierto empuj y cierta gravedad específica en las extremidades.

Los piés que producen ese ruido incitante, son siempre pequeños, mórbidos, anchos.

Un inteligente conoce á una buena moza por el modo de andar, y aun sin verla puede describirla en conjunto por la relación que existe entre las partes del cuerpo humano.

Se abrió la puerta y apareció...

La portentosa, magnética, incomparable é indescribible persona de Pepita con una montaña de cabellos rubiopálidos, de esos que son tan hermosos, sueltos porque se estaba peinando cuando llegó su padre, ondulados, pesados, sedosos, largos, medio ocultando una frente de marfil, una frente pura, tersa, sin una nube, una frente digno coronamiento de los hermosos ojos lucientes opacos, ensombrecidos, adormecidos bajo unas largas y curvas pestañas, azules como el azul del cielo de una noche de luna, ¡y qué nariz! ¡y qué boca! ¡qué boca tan pequeña, tan húmeda, tan fresca, tan encendida, tan agresiva, tan terrible! Si debe prohibirse lo que hace daño, el señor Asistente debía haber prohibido la boca de Pepita, porque á fuerza de hermosa era dañina. ¿Y la garganta? ¿y los hombros? ¿y... Basta. Que se despachen nuestros lectores á su gusto, suponiendo las demás partes á medida de su deseo: nosotros nos entregamos; confesamos nuestra impotencia: al pasar por nuestra cámara oscura está bellísima niña, nos ha cohibido.

Un poeta árabe la hubiera llamado una hurí hermana del alba: una hada compañera de la luz.

Un bando escandinavo hubiera creído ver en ella una valkiria, una peri, una ondina, una de esas apariciones vaporosas que cruzan como una exhalación por el fondo oscuro de la selva, con el rayo de la luna que penetra por entre las ásperas rocas en el fondo del lago azul adormecido bajo la noche.

Un fraile cristiano se hubiera quitado de ruidos, y la hubiera llamado lo que era, con esa exactitud de los frailes: una tentación de Satanás, un miedo de San Antón.

El coronel, algo más positivista, la llamó... á sus brazos, porque en cuanto la vió, él, que era pálido, se puso más pálido aún. Ardió en sus negros ojos una expresión de voracidad.

Soltó la fuerte empuñadura de acero de su espadón, y como si hubiera oído todas las trompas, clarines y trompetas de su regimiento reumbando en el toque de carga, allá se fué y aunque la muchacha saltó atrás, la cogió por la cintura, la levantó en peso y se puso á examinarla de cerca como si hubiera sido un juguete, porque ya sabemos que el coronel era agigantado y tenía unas fuerzas de toro.

La muchacha se dejó de ruidos, y aunque no le desagradaba el coronel, porque ya sabemos que era hermoso, ofendida en su vanidad y en su prepotencia de mujer codiciada, le echó las diez garras, y gracias á que el coronel echó atrás la cabeza y sólo le pudo agarrar en el cuello marcándole diez arañazos que le hicieron ver las estrellas, mientras que el señor Silvestre exclamaba:

—¡Señor! ¡excelentísimo señor! ¡señor excelentísimo! mire vuecencia, excelentísimo señor que esto... en fin...

Soltóse la muchacha y Silvestre continuó:

—Esto, en fin, señor excelentísimo... Pepita, hija, trae un poco de agua y vinagre, hermosa; á ver si le lavas la cara á su excelencia, que echa sangre. ¡Garduña! Bueno es que las mujeres se defiendan, pero no hasta el punto á que tú te has atrevido. En castigo...

—En castigo le voy yo á comprar un collar de perlas, ya que por la garganta me ha acometido. ¡Uy! ¡vaya una hembra cruda! ¡vaya una hembra «barbis»! ¡Jesucristo! en mi vida me he echado yo á la cara una moza así.

Y el coronel estaba puesto en jarras y subía y bajaba los calzones de su casaca, que no parecía sino un gigantesco Juan de las Viñas.

La muchacha le miraba entre enojada, confusa y alegre, con sus puntas de avergonzada y sus ribetes de contento.

Se arreglaba el desorden que la había causado en el traje la brusca acometida del coronel y se echaba atrás los cabellos de oro.

—Señor—dijo al fin con una voz de arcángel y con un ceceo capaz de hacer saltar de su asiento á un guardacantón—, ¿quiere usted sacarme esto de lejía ó encender un farol para que veamos lo que es eso? ¡Pues me gusta! Es usted un toro de los malos, y de los que se van al bulto! ¡Alza! ¡y para que yo me meta tra vez en jurisdicción! ¿De dónde ha sacado usted, padre, á este señor, que así se cue'a no hay quien le pare los pies? En mi vida he visto un hombre más descarado y más indino.

—Niña, niña, que no sabes con quien hablas—dijo todo sofocado el señor Silvestre.

—¡Pues buena estoy yo para andarme con miramientos! Pues lo que es yo, le compongo la cabeza á este «gachó» y le pongo á la muerte, y conmigo no vuelve á chancearse más. ¡Pues estamos bien! ¡Pues avise usted ó algo! ¡Jesús! ¡si lo hubiera visto el padre Zoilo! ¡Pues ya teníamos lo que nos hacía falta! Sermon quince días sin ser cuaresma, y penitencia y azolina. ¡Como si una tuviera la culpa de que los hombres se vayan del seguro en cuanto ven una moza medio y medio no!

—Niña, niña, que no sabes lo que te dices—exclamó el peletero—: que este señor es mucha cosa, y tiene excelencia.

—Déjala, Silvestre, déjala, que ella tiene la gracia de Dios. ¡María Santísima! Mire usted, mujer, quiteseme usted de delante, que voy á hacer una atrocidad: ¿con licencia de quien es usted tan buena moza? ¡Ay! ¡chiquilla, que yo no te había visto más que medio á obscuras y con la mantilla echada, que parecías una visión. ¡Ay, madre mía! que me has sacado lo menos la mitad de una espina que tenía en el corazón atravesada. ¡Tunanta!

—¡Calla! ¡y me tutea! ¡Ay, si se entera el padre Zoilo!

—Oye, ¿y qué tienes tú que ver con el padre Zoilo?—dijo el coronel con la voz ronca y la mirada sombría.

—Lo que tiene con el padre Zoilo, excelentísimo señor—saltó Silvestre, á quien se le atragantaban las palabras por decir las pronto—, es que es su maestro: que las enseña virtud, que las tiene al reloj, de modo que no levantan los ojos del suelo las pobrecitas.

—Pero no las ha enseñado á que se corten las uñas, y á que sean cortas de manos: y si no que lo diga mi pescuezo, que me escuece que me rabia, en fin, que me sale sangre; y si no fuera por el corbatín, buena se me hubiera puesto la camisa: como las manoplas.

Y el coronel enseñaba sus guantes de ante, un poco manchados de sangre.

—¡Válgame Dios, y lo que lo siento—dijo la Pepita—; mire usted que lo digo de veras, señor; pero usted tuvo la culpa: vaya, deje usted, que yo tengo arriba un botecito de balsamina, y con una plumita y estas manitas que Dios me ha dado, voy á curar á usted. ¡Jesús! ¡qué fatiga! ¿quién ha traído aquí á este hombre?

Y la muchacha volvió la espalda, dejando ver su hermosísima crencha rubia, que parecía un marto de oro que le llegaba al borde del zagalajo; y por debajo del zagalejo se veían dos medias finas y dos pies...

El coronel la estuvo mirando hasta que desapareció por lo alto de las escaleras, y luego dijo mirando con una expresión singular al peletero.

—¡Cosa fuerte es la que á mi me pasa! ¡y vaya si es cosa fuerte! ¡Malditas sean todas las mujeres, que le ponen á uno hecho una lástima, embobado y borracho! Se me ha subido tu hija á la cabeza, Silvestre! ¡Y qué bien que huele la picara! Hombre, huele como las manzanas cuando están en el árbol. Me parece á mi que ese fraile es un buen sujeto. Nada, nada, ¡si es una miseria el testarazo que se han dado nuestros dos corazones! No el tuyo, alma de cántaro, sino el de Josefilla y el mío. ¡Voto á todo cuanto hay que vo ar!... ¡Rayos! que yo había visto sevillanas que se hundía el mundo cuando ellas pasaban... ¡Silvestre, Silvestre!

—¡Excelentísimo señor!

—Necesito ver á ese fraile. Necesito que meta en seguida en el convento de Santa Clara á la Josefilla.

—Mire vucencia que la Josefilla no tiene vocación de monja; que ya quiso enmonjarla don Zoilo, y dijo que nones: que para ser buena no era menester estar encerrada.

—Mira, tú, ¿tenía novio la Josefilla?

—Oiga usted—dijo la muchacha apareciendo por las escaleras, recogido ya el pelo en una redecilla, con un botecillo en una mano y en otra una pluma de paloma—: mire usted, no sea usted largo de lengua, y no levante usted á nadie falsos testimonios, señorito, que lo que es aquí, no ha habido novio; no ha habido más que iglesia, jubileos y ejercicios de la madre Agueda. ¡Pues bueno es el padre Zoilo para consentirle á una que no sea decente! El que viene, bien venido, llega á la puerta principal y llama, y dice lo que quiere con buenos modos, y se le contesta conforme, y con esas cosas al padre Zoilo ¿entiende usted? Venga usted acá, hombre, que se me está partiendo el alma al ver á usted. Métale usted en la sala baja, padre. Madre y la Tola están arriba, y se han quedado como quiea ve visiones cuando han sabido que en casa hay un hombre. ¡Bueno se va á poner el padre! ¡Pero Jesús, y cuánta sangre echa usted! En fin, usted tuvo la culpa.

—Mira, Josefilla, cállate, ó te rajo y acabo contigo para que se me salga del cuerpo el tarugo que me has metido. Vamos á la sala baja, que me cure este ángel de Dios. ¡C'e! mil tormentas! ¿pues no estoy que me aho\_ó?

Y entró en la sala baja.

—Vamos, me parece á mi que mi prima Dolores se me va á bajar á los zancajos, y como tú estés de recibo...

—Oiga usted, poquito á poco, que eso de recibo no lo entiendo yo; que no soy yo dinero que se presta. ¿Y qué Dolores es esa señora? ¡Vaya, pues me parece bien! Con que Dolores ¿eh? Pues mire usted, en curándole yo á usted, sale usted picando y no vuelve usted á pasar más en toda su vida por la calle del Hombre

de Piedra, porque como pase usted le tiro una maceta.

—Déjate tú de celeras, chiquilla, corazón mío, dijo el coronel sentándose en una silla y echando la cabeza atrás—; cúrame tú este pescuecito, y no tengas tú cuidado. Con ese suspiro que acabas de soltar, cariño, se me han acabado de derretir á mí las entrañas.

—¡Pues hombre!—dijo el señor Silvestre, que tenía en la mano una tohalla que le había dado su hija—: ¡no parece sino que se ha muerto uno ó que está en las Indias, según que vucencia me está piropeando la muchacha en mis propias narices!

—Cuidado, peletero, cómo se habla de la señora marquesa de Vadoclaro—dijo el coronel.

—¡Ay, Dios mío! ¿qué me dá á mi? ¡marquesa y mujer de un tan buen mezo y coronela! Pues mire usted padre, aunque se pongan por las nubes el padre Zoilo y usted y mi madre y mi hermana y el lego, yo me voy con mi marido: pero digo, que andando.

—¡Mira no agarre yo una tranca, bribona!...

—¡Eh! ¿qué, peletero?—dijo el coronel.

—Pues qué señor, ¿no había dicho vucencia que la iba á meter en el convento de Santa Clara?

—¡A mí! ¡monja yo!—dijo Josefilla, que seguía tocando suavemente, con la pluma mojada en balsamina, las heridas del coronel—: yo no quería ser monja, y ahora mucho menos. ¿Por qué ha traído usted este hombre á casa?

—Sosiégate, marquesa, sosiégate, que todo consiste en que tú te has puesto al cabo del negocio. Es necesario que sepas leer y escribir.

—¡Vaya! ¡pues si leo yo de corrido letra de molde y de mano y escribo con una letra más bonita!... Que lo diga el padre Zoilo, que estuvo enseñándome cinco años; y sé yo leer en latín las horas, y no digo disparates como mi madre, que dice: «in verbo calafactum es» cuando debía decir: «in verbo caro facta est», y otra porción de cosas. ¡Y qué garganta tan blanca y tan hermosa tiene usted, señor!

Y se le fué otro suspiro á la Josefilla.

—Oiga usted—añadió—: ¿para qué tengo yo que ir al convento?

—Mujer, tú sabrás leer y escribir, y latín y coser y bordar; pero ¿qué harías tú si yo te llevara á la corte y te visitarán?

—Vamos, ya caigo, que yo no soy señora, y quiere usted que me hagan á mi señora en el convento, ¿no es verdad? ¡Pues como usted es tan fino, prendal... Mire usted, ¡si yo creo que somos de la misma madera, y que mejor marquesa que yo no la encuentra usted ni con candil, ni más apropiada á usted!

—También es verdad, chiquilla; pero no le hace: quiero que estés algún tiempo en el convento de Santa Clara, porque sí...

—En fin, esas son cosas para el padre Zoilo—dijo el peletero, que no sabía lo que le pasaba ni si debía ó no fiarse de aquello de casarse

el coronel con su hija. Anda, anda, vete arriba, Josefilla, que ya has curado á tu novio; y ya que hemos llegado á palabras tan graves señor, hágame vucencia el favor de irse al convento de la Trinidad, y preguntar allí por el padre maestro don fray Zoilo y decirle lo que pasa, y los buenos ojos con que vucencia ha visto á mi hija menor y la honra que quiere hacerla.

—Bueno, bien, hombre, al convento me voy en seguida; á más, que quiero salir cuanto antes de aquí para que me dé el aire, porque me ahogo. ¡Válgame Dios, qué tesoro estaba escondido en la calle del Hombre de Piedra!

—¿No te he dicho que te largues, Pepita?—dijo el peletero—: ¿ó es que aquí no se obedece á nadie más que al padre Zoilo? Mira que todavía no te has casado, y que tu padre soy y te emparejo.

—¡Peletero!—exclamó el marqués.

—Vamos, perdone vucencia; será menester poner en una urna á la señorita. Señora marquesa, hágame vucencia el favor de irse en seguida con su madre y su hermana arriba, porque lo mando yo ¿entiende usted? Y digo, que todavía soy su padre de usted; y si el señor marqués quiere que cuando sea usted su mujer le obedezca, menester será que la haga obedecer á usted á su padre.

—También es verdad—dijo el marqués—. Vamos, corazón mío, vete arriba, que yo no tardaré en venir con ese padre Zoilo.

—Ea, que usted se alivie, señor marqués, y cuando tenga usted que curarse venga usted, que yo le curaré; y con Dios. ¡María Santísima! ¿y quién ha traído aquí á este hombre? Y se fué.

—Pues por encima del marqués de Rodovilla y de todos los duques y condes mis parientes, y por encima del rey nuestro señor, que yo me caso con esa hembra, porque sí; porque la nobleza, si no está acompañada de la robustez y de la hermosura, parece muy mal y que hay que sostener de buena manera la casta. Y que ese angelito y yo vamos á echar al mundo unos crios que van á dar envidia á las gentes. Porque soy yo tan buen mozo, peletero, y tan robusto y tan grande, que necesito un caballo de nueve palmos para que no se desdriñone cuando yo me pongo encima. Porque mi padre supo entenderlo, y se casó con una hija de un aperador suyo, que era al mismo tiempo una flor y un roble. ¡Y que yo haya estado tan loco y tan enamorado de mi prima! ¡Jesús, hombre! ¡si no sabemos lo que nos pescamos! Me voy al convento de la Trinidad.

Y se puso de pie, se apretó el cinturón, encogió el cuello en el corbatín para que no se le viesen los arañazos, y se fué sin despedirse de Silvestre.

—Vaya—dijo el peletero—, gracias á Dios que me dejara solo y puedo ir á cumplir con el de las pieles, que me estará echando mala fama;

y le temo yo á ese hombre: tiene cara de ser malo y con él no valen espantos, que me miraba de una manera y me sonreía de tal «dispositura» con aquella boca sin dientes... nada, nada, vamos allá á convidarlo, y quiera Dios que no pida mucho, porque si no, me van á salir las pieles por un sentido.

A todo esto cerraba la puerta de en medio, atravesaba el portal y se ponía en la calle.

—Y bien mirado—añadió—, ¿qué me importa á mí, si me ha dejado lo menos dos mil pesos en onzas de oro el señor marqués? ¡Y yo que estaba trinando porque tenía esa hija, y mire usted por dónde la Josefilla me ha traído una fortuna á casa! ¡Y vaya si se ha tomado el señor marqués! ¡si le relucían los ojos como brasas y no le quitaba ojo de la garganta á mi chiquilla! ¡si aquello es una azucena, un rollito de manteca, una delicia! como cosa mía ¡preciso!

Y se rascaba la cabeza el peletero al decir estas palabras y andaba despacio como el que camina preocupado por graves pensamientos.

—A la fuerza—continuó—, el marqués en cuanto se case con la Pepita, no querrá que su padre siga siendo peletero, para que no digan los elegantones de Sevilla: Fulanita, hija, vamos á ver que peletería tiene el suegro del marqués de Vadeciaro. Hombre, y para quitarme yo de peletero, á la fuerza tiene que pagarme todas las pieles el señor marqués; pues ahora es cuando hay que meter adobillo en grande, y por lo mismo me conviene estar bien con ese cazador de perros de aguas: ¡y flojo cortijo que nos va á comprar el señor marqués en cuanto se case, para que no quede ni memoria en la ciudad de que yo he sido peletero! y será menester que nos casemos la Marisaco y yo, porque el señor marqués puede fruncir el gesto cuando sepa que la Josefilla es hija de «extrangis», y podía decirse que de padres desconocidos, porque la verdad es... cállate, Silvestre, no sea que te oigan las tapias y se eche á perder la cosa; en fin, el asunto está en manos del padre Zoilo, y él verá lo que se hace, y no digo yo para marquesa, para reina sirve la Pepita; vamos, vamos adentro, que ya estamos en la puerta del montañés.

Y el señor Silvestre se metió en la tienda.

## XVIII

Volvamos á Sata en el lugar en que le dejamos.

Se había encontrado con que la que venía á servirle era una moza «pernera» como él decía, con más fuego que una fragua en los ojos, negros éstos, morena la tez, gran pelo negro y gran empaque, y como de veinticuatro años.

—Oiga usted, moza—le dijo Sata—: ¿sabe usted que yo estoy de rifa?

—Pues lleve usted las papeletas á otra par-

te—dijo la criada, que aquí no se toma ninguna.

—¡Válgame Dios, mujer, qué desaborida es usted y qué sin gustos! A la fuerza á usted la quiere algún arzobispo, cuando le sale usted con esos dengues á un mozo como yo.

—¡Arre allá!—exclamó la muchacha—; y tóquese usted las encías á ver si se le sale algún diente, que yo no soy guitarra.

Esta contestación era el resultado de un conato de falta de respeto del señor Sata á aquella Lucrecia de tienda de montañés.

—Vamos, fuera de disputas de Puerta de Tierra—dijo el montañés entrando y sentándose fren-

piar la ropa al capitán y coserle los botones y guisarle; en fin, tú no eres más que la criada de la cuadrilla, y la cocinera y la costurera y la planchadora; un trapo, que te se deja montar en el jaco y llevar trabuco por adorno y porque hagas bulto.

Mientras decía esto Melchor, Sata se había levantado lentamente con los ojos espantados, en actitud de tomar la puerta para escapar.

Se le figuró que había caído en una trampa, y que estaba cogido por la justicia.

¿Cómo sabía aquel hombre, á quien él no conocía que se llamaba Sata y que pertenecía á la partida de Diego Corriente?



¡Oh madre mía!—exclamó—¡tú estás aquí! ¡tú te has salvado! (Pág. 54.)

te á Sata—; váyase usted á la cocina, seo buena moza, y vaya usted trayendo el servicio que hace falta, y punto en boca: que no la tengo yo á usted aquí para que ande en retóricas con los parroquianos: ¡pues bonita se pondría la tienda si á todos les enseñara usted los dientes.

—Mire usted, señor Melchor—contestó ofendida la joven—: eso me lo dice usted otra vez cuando haya peligro, que lo que es á ese hombre se le ha caído la dentadura, y no puede masticarme á mi; y todo eso que usted me ha dicho ha estado de más y con Dios. ¡Maldita sea la hora en que entré á servir en casa de un montañés!

—Pues lo que es á esa, le siento yo la mano—dijo Sata.

—Déjate tú de tonterías, Satilla—dijo Melchor—; que tú, hombre, ya no puedes con la bula, y no has quedado más que para lim-

Melchor se levantó, agarró por una mano á Sata, le sentó de nuevo en una silla, y le dijo:

—Estate quieto blancote, que no soy yo ningún alguacil; ¡vaya un tío!

—¿Pues quién te ha dicho á tí, compadre, todas esas cosas que tú acabas de decirme? tú te equivocas.

—Vaya: ¿conoces tú á Mochudò?

—Hombre, no; pero le he oido nombrar.

—Pues para servirte, Sata, yo soy hermano mayor de Mochudo, y tengo yo callitos en las asentaderas de andar caballeando por esos mundos de Dios ¿entiendes tú? sólo que tuve juicio, y así que «afané» dinero bastante para sacarle el pan y la carne y el vino y algo más ¿tú entiendes? le metí la mano al escribano, se perdió hasta la Memoria de que Melchorito Espantos había andado por el mundo, y me vine aquí y tomé esta tienda; y aquí estoy hace diez años poniéndome rico, porque todo

el que quiere comer bien y beber bien y divertirse, viene á casa de Espantitos, que así me llaman para lo que gustes mandar, y aquí se le complace y se le «arregosta» á que vuelva, y se le sacan suavemente los cuartos, y en paz; y si yo te digo esto, es porque tengo algunos antecedentes, digo, porque sé yo que tu capitán anda muerto y exponiéndose á que le suceda un trabajo por cierta señorita hija de un marqués, que está encerrada ahí en el convento de Santa Clara, y sé yo que tú has venido hoy á «jonjabar» al señor Silvestre Ardilla, el peletero de ahí abajo, porque el tal Ardilla, que es un maulón, recibe en su casa al vicario de las monjas, que es un fraile gordo, con más cogote que un tiro, y á lo que parece un buen sujeto que se ha tomado mucho interés por la familia del peletero, y le ha criado á las hijas y le ha convertido á la Marisaco, que era una «perdigona», y ahora no hace más que entrar y salir en la iglesia y rezar mucho y darse azotes.

—Vaya, no me cuentes eso á mí, Espantitos, que dicen que la Marisaco es todavía una mujer «juncal», y yo no me fio del resuello que me sale de las naricas.

—Vaya, pues tú no sabes de la misa la mitad: el padre Zoilo es un varón que no hay que poner en él la lengua, porque si te oyen, te arañan las mujeres del barrio y te arriman un pie de paliza los hombres; ¡bonita gente que es esta! tejedores más malos que la quina, y que en diciendo que echan una tela, á Dios le cuten; ¡y poca loa que tiene el padre Zoilo entre ellos! ¡como que á él acuden para todo lo que necesitan! y di tú que si el capitán quisiera hacer suerte, en la rubia la tiene, y gorda; que sé yo de la rubia unas cosas, que ella misma no las sabe. En fin, esta no es cosa para que yo te la comunique á ti que eres un medio día, sino que aquí te pille, aquí te cazo; y dile al capitán que se se pase por aquí esta noche, que ya sabe quién soy yo de sobra el capitán, y vendrá, y le diré... y en fin, bueno: mira tú aquí á la niña que te trae ya, con la gracia de Dios, las bocas de la Isla que has pedido; y toma tu onza, y pide y cómete todo lo que puedas embañar, que yo te convidó, que eres tú muy útil y muy hombre para que donde tú estás no hagan falta mujeres, y por lo mismo yo te convidó; y así que te hayas atracado más y no quieras más, yo te diré lo que has de decir al capitán, que ahora hago falta en la tienda; y mira tú, Anilla, si éste se atreve contigo, santiguale, que lo que es éste, no es ni ha sido nunca más que un espantajo.

—Muchas gracias, señor Melchorito Espantitos, que todo será hasta que á mí se me acabe la paciencia que Dios me ha dado.

Espantitos se había ido.

La onza había quedado en un ángulo de la mesa.

La Anilla la echó mano y se la metió en el pecho.

—¡Eh! oiga usted, moza: eso está muy bien, me ha gustado á mí, hombre: bien hecho está; no digo yo eso, sino más que fuera; pero otra vez se dice: con licencia de usted, y luego, después de habérselo guardado, muchas gracias; porque la buena crianza no está reñida con nadie, cristiana, y es lástima que á una hembra como usted se le olviden esas cositas que están bien en todo el mundo. ¡Ay, qué mozal!

Y Sata, alentado porque la Anilla se había guardado la onza, extendió hacia ella la mano; pero la Anilla le marcó un revés que le dejó inmóvil.

La muchacha había aprovechado el aviso de Espantitos.

—Que le hagan á usted muy buen provecho las bocas, cariño.

Dijo, y se volvió á salir, dándole aire á las sayas.

—Pues señor, estamos bien: ya se sabe aquí que yo soy ladrón, y que aunque parezco así que me como la tierra, tengo buen genio en fondo: ¡el señor Espantitos hermano del Mochudo! hombre, á mí nunca el Mochudo me ha dicho nada de esto; verdad es que el Mochudo no habla en un año tres palabras, digo, conmigo, que con los demás charra hasta por los codos; ¿y qué será eso que tiene que decirle Espantitos al señor Diego, que no quiere decirme lo á mí? Vaya, bueno; ¿y en qué se estará entreteniendo el único hombre que me ha tenido miedo en el mundo? No, pues ese las va á pagar todas juntas; sobre él voy á echar todo el peso de la justicia, porque por más que hago, no puedo conseguir que me respeten; ¡calla! por aquí se sirve bien, pues apenas me he chupado la última boca, ya está ahí esa con las pescadillas: ¿no quiere usted una gotita de manzanilla, reina?

—¿De usted yo, eso espantajo? Vamos, ande usted con eso y trágueselo, que ya he encargado que no estén muy fritas para que las pueda usted roer, y déjese usted de desear comestibles que para usted están muy duros.

—Vamos, esta mujer va á hacer que yo me pierda.

—Pues no se pierda usted, buen mozo, que como usted se pierda, nadie se va á tomar el trabajo de buscarle.

—¡Pues á fe que no soy yo necesario en este mundo!

—Eso es lo que es usted, y con Dios, que voy por los chipiones.

—Pues señor, bueno, me divierto—dijo Sata—; esta mujer es del oficio, me quita una onza y me pega una paliza: ¡y cuánto tarda el peletero ó el demonio! ¿si me la irá á mí á dar por boca de títere? ¿y qué le digo yo al capitán que me ha mandado que me entrometa con él, y que atise, y vea por dónde hay un boqueté para meterse en su casa? Se me

antoja á mí que al capitán le gusta la rubia un poquito, y que aquí se va á armar un ho... vaya usted echando cuentas: el capitán está empeñado en sacar del convento á la hija del marqués; la Vicenteja está cada día más pegada á él, y dice que la va á cortar el pescuezo á la marquesita en cuanto salga, y que si encuentra otra moza con la que tuvo que ver el capitán, se va á arrancar con ella las entrañas, y si ahora el capitán se enamora de la rubia, bueno; yo no temo más sino que se arme un escándalo y nos descubran y nos prendan y nos lleven á casa de «abuela», y de allí adonde no quiero pensar; ¡y luego dirán que soy yo cobarde, y tengo valor para estar en Sevilla, siendo de la partida del señor Diego Corriente, sin más defensa que este vestido, que parece que me han forrado con él, y estas patillas y esta peluca y esta montera! Vaya, hombre, que la gente no sabe lo que se dice: es menester ser más valiente que el toro de San Lucas para meterse en estos líos.

—Aquí están los chipiones y el queso—dijo apareciendo la moza del montañés, y trayendo en cada mano un plato; y si quiere usted más, pídalo, y si lo hay se le traerá.

—Vaya, pues échese usted para acá, prenda, y me la comeré.

—¡Qué hombre, si yo no soy plato de los que se sirven en esta casa! ¿Conque no quiere usted más?

—¡Vaya si quiero! Mira, arría esa onza que tomaste de ahí, que el amo me convida, y no tengo yo para qué regalarte á ti nada.

—¡Vaya, hombre, si esa onza no es de usted!

—¿Y por qué, cariño?

—Porque es mía.

—Pues vaya usted con Dios, y que Dios quiera que la gaste usted en sanguijuelas.

—Para ponérselas á usted en la lengua, prenda. Y se fué.

Apareció entonces en la puerta el señor Silvestre, que no estando en autos, arrojó en la mesa en que estaba Sata tragándose los chipiones, una mirada indescriptible, una mirada que quería decir: ¿cuánto tendré yo que pagar por lo que se está tragando ese bruto?

—Venga usted, venga usted acá, señor Silvestre, que para usted también hay — dijo Sata.

—Allá voy, allá voy, hermano—dijo Silvestre—; me parece que se está usted dando un buen día.

—Pues mire usted, ni lo que he comido ni lo que como me aprovecha, porque hay aquí una perra de una morena que se me ha entrado por el ojito derecho, y se me ha metido en el corazón y no quiere querermé.

—Vaya, déjese usted de eso, señor Sata, que no está usted ya para esos tratos; y diga usted: ¿cuántos pares de cañas se ha bebido usted ya, hombre?

—Veinticinco.

—¿Y qué se ha comido usted?

—Mire usted, me he chupado unas boquitas de la Isla muy ricas, luego me he apretado tres pescadillas, ahora me estoy tragando estos chipiones, y luego me embaularé ese queso.

—Oiga usted: ¿y siempre que á usted le convidan hace usted ese gasto?

—No, señor: cuando yo hago un gasto así, lo pago; pero cuando me convidan, como no me cuesta el dinero, me trago la catedral con canónigos y todo.

—¡Ah!—dijo respirando Silvestre—: ¿conque eso lo paga usted?

—No señor, pero yo lo pedí con intención de pagarlo, sino que luego el amo del establecimiento, que ha resultado ser amigo mío, no ha querido cobrarme; pero á bien que si no me ha cobrado él, esa tunanta de morena se me ha llevado una onza lo mismo que un sol: ¡y que cualquiera les saca á ellas una cosa en cuanto se la meten en el seno! ¡andandito! En fin, ¿qué se le ha de hacer? ¡paciencia!

—Conque es decir que eso que usted se ha comido está ya pagado, ¿no es verdad?

—Hombre, sí.

—Pues mire usted, yo quiero pagar algo por usted, y lo voy á convidar á la sosiega, á aguardiente, que usted tomará encima para que eso no le haga daño.

—Vaya, hombre, pues bueno.

—Pero oiga usted, compadre, ¿cuántas pieles de perro de aguas me puede usted traer á mí todos los días?

—Mire usted, yo, la verdad, no se lo puedo decir á usted de seguro, porque yo no entiendo de esto; pero si quiere usted que yo le traiga al que caza los perros, él le responderá á usted de fijo.

—Pero, hombre, ¿cómo caza los perros?

—¿Qué cómo los caza? con cuerda.

—Pero, hombre, si á un perro que es de uno se le echa una cuerda al pescuezo, tira hasta que se ahorca.

—¡Calle usted, calle usted, hombre, que usted no sabe! Mire usted: el tal ata un pedazo de carne á la punta de una cuerda, y se va por esas calles de Dios, ¿usted entiende? Cuando ve un perro de aguas, le enseña la carne, y aunque el perro vaya con su amo, al olorcillo de la carne se va detrás, y al revolver de una esquina el mozo le suelta la carnada; el perro se la traga y con ella la cuerda; el otro tira, y ya ve usted, el perro no puede ahorcarse ni puede ladrar ni puede hacer nada, y así se va adonde se lo llevan.

—Pero, hombre, ¿y cuánta carne gasta ese hombre en cazar los perros? porque si es mucha, no le saldrá la cuenta.

—Calle usted, señor, que no tuvo que gastar en carne más que para el primer perro, que el segundo lo cazó con la carne del primero y al tercero con la del segundo, y así los demás:

¿si creerá usted que cada uno no hila delgado en su oficio?

—Hombre, ¿y les gusta á los perros su carne?

—Calle usted, cristiano, que usted no sabe lo que se dice: si á usted le dieran á comer carne del prójimo, no le gustaba á usted en toda su vida otra carne; pues, naturalmente, hombre, la carne de la propia casta engorda más que la de la ajena.

—Oiga usted, compadre Sata, ¿y por dónde sabe usted que la carne de hombre está buena?

—Mire usted, señor Silvestre, lo que es la carne de hombre yo no sé si está buena, pero lo que es los sesos de hombre, no he comido en mi vida cosa más rica: ¡qué! cuando á mí me ponen sesos de cerdo, de vaca ó de carnero, pido que se los lleven á escape, porque me parecen ásperos y agrios.

—¿Conque usted ha comido sesos de hombre?— dijo el señor Silvestre retirando su silla y mirando con espanto á Sata, que masticaba con las encías y hacia un sacabuches con la boca que era lo que había que ver.

Al señor Silvestre, que le había parecido antes de todo punto temible Sata, empezó á parecerle un tigre.

—Le diré á usted, señor Silvestre—dijo Sata—: yo no sé si los sesos que yo comí fueron de hombre ó de mujer; lo que sí sé es que eran sesos bautizados.

—¡Hombre!—dijo el señor Silvestre retirando más su silla—: ¿y almuerza usted todos los días ese manjar?

—Hombre, no; eso fué una vez por casualidad, por una equivocación.

—Oiga usted: ¿y se equivoca usted así con mucha frecuencia?

—No señor, que ahorcan, y son esos sesos muy caros, muy de lujo; hay que pasarse sin ellos.

—Y lo dice usted con toda esa calma, hombre: ¿qué sabe usted si yo soy un espulque de la justicia?

—¡Vaya! y se lo diría á la sala de señores alcaldes de casa y corte sin cuidado ninguno.

—Vaya, usted es un embustero, compadre, y yo soy un tonto que le estoy oyendo á usted con la boca abierta: ¿qué se ha de atrever usted á decir á un alcalde de casa y corte que ha comido usted sesos de cristiano?

—Mire usted, señor Silvestre, para que usted no me vuelva otra vez á llamar embustero, porque si me lo llama usted otra vez le salto á usted los sesos, voy á contarle á usted cómo comí yo sesos de mi prójimo. Pues señor, cuando yo era muchacho estaba yo sirviendo en Madrid, porque yo he estado en Madrid, ¿lo sabe usted?, y he visto la casa de fieras y el estanco del Retiro; pues entonces estaba yo sirviendo á un médico, ¿usted lo oye?, á un médico que no venía nunca del hospital, adonde iba todos los días, sin traer-

se un brazo ó una pierna ó un pedazo de espinazo ó un pedazo de difunto, ¿usted entiende?, y luego se metía en su despacho, y en una mesa que tenía forrada de plomo, se ponía con un cortaplumas que parecía el pico de un loro, á sacarle turdigas y cosas de aquello que traía, ¿usted entiende? Pues señor, un día vino con un papelón muy grande, y en cuanto llegó le pidió á la cocinera un plato, y le echó una sesada, pero ¡qué sesada tan hermosa! y le dijo:

—Llévate eso á mi despacho.

Pues sucedió que en aquel momento vinieron á llamar á mi amo para que fuera á visitar á un enfermo, y se fué; y la cocinera, que era una bestia, en vez de entender que le había dicho que llevara aquello al despacho, sucedió que entendió: llévate eso y despacha. Y como la cocinera estaba haciendo el almuerzo, el alma de Tal agarró los sesos, los partió, los frió con tomate, y cuando volvió el amo, como venía con hambre, se puso á almorzar con la familia. Y ahí tiene usted, compadre, nos tragamos todos los sesos, el señor, la señora, las señoritas, la cocinera, la de cuerpo de casa y yo, porque la sesada era muy grande, y prestaba. ¡Qué, hombre, ni las natillas son más suaves! ¡con un saborcillo tan rico! Pues no se lo quiero á usted contar cuando me llamó el amo, que se vino á su despacho, y me dijo:

—Mira tú, Sata, ¿te has llevado tú de aquí un plato?

Mire usted, señor Silvestre, á mí me entró un hormigueo, porque me fui poniendo en el ítem, porque yo no había comido nunca sesos como aquéllos.

—Yo, no señor—le contesté.

—Hombre, preciso—me dijo—, porque nadie más que tú andas en mis cosas.

—Pues yo no he visto hoy más platos que los de la cocina.

—Hombre, era un plato en que había un par de sesos muy grandes.

Mire usted, señor Silvestre, yo no sé lo que á mí me pasó, sino que abrí cuanta boca tenía, y ¡plum! allá fué.

—Calla, calla—dijo mi amo viendo lo que yo había echado—; ya sé dónde están los sesos, y á ti te se puede decir que ya los has echado fuera, y á mí tanto se me da, ¿no es verdad que estaban exquisitos?

Y mire usted, señor Silvestre, yo, vomita que vomita, echando las entrañas, con unos sudores, y maldiciendo hasta la mala mujer que me parió, porque creí que me había llegado mi última.

—Vamos, hombre, yo te daré ahora una bebida para que te sosiegues; pero, mira, no se lo digas á nadie, que no lo sepan, no sea que tengamos una desgracia, que esos sesos eran los de un difunto que yo me traje para estudiar el «dema niervoso».

—¡Pues mala postema le salga, hijo del dia-

blo!—dije yo—: y póngale usted otra vez rótulo á las cosas que traiga del hospital, y que diga no se come, porque es parte difunta de un cristiano muerto.

—Hombre, calle usted ya, que solamente de oírlo se me ha revuelto el estómago, señor Sata, y yo no sé cómo se atreve usted á decir que la carne de cristiano es una cosa muy rica, cuando usted por poco echa las enjundias.

—Hombre, eso no quita. Cuando yo me los comí, aquellos sesos me supieron á gloria; y si después no me hubieran dicho nada, nada hubiera sucedido. Por eso mi amigo da á los perros carne de perro, pero no se le dice para que no vomiten; luego les corta el pescuezo, y en paz, los desuella, les corta á una nalga un cacho, y se va á buscar otro «pichichi»: va ve usted, ayer fué el primer día y cazó doce, con que cuando el hombre vaya tomando práctica en el negocio, calcule usted cuántos cazará.

—No le pido á usted más que un favor, compadre—dijo el señor Silvestre.

—¿Y qué favor es ese, hermanito?

—Que me diga usted á qué pastelería lleva su amigo de usted la carne de los perros, para no pasar ni aun por la puerta.

—Hombre, no los lleva á ninguna pastelería, sino á la Encarnación, donde los cuelan como si fueran cabritos.

—Hombre, esa sí que no cuele, porque los cabritos los venden con piel.

—Mirate tú, el que los vende tiene una piel de cabrito, lla en ella el perro, y cuando lo vende se queda con la piel y vuelve á liar otro perro en cuanto se ha ido el marchante. ¡Anda, anda! ¡y que no son pillos los de la Encarnación! ¡por el aire se la dan al más pintado!

El señor Silvestre hizo un gesto angustioso, abrió la boca, se echó las manos al estómago, y empezó á vomitar.

—Usted es un asesino, señor Sata—decía entre las arcadas.

—A ver, aquí, que se muere un hombre—empezó á gritar Sata—¡pues no es usted muy delicado de estómago que digamos, compadre! ¡que vomite usted por lo que yo me comí hace cuarenta años! ¡ni el corregidor de Almagro!

—¡Mal rayo parta á usted, maldito! ¡si he almorzado yo esta mañana cabrito y he ido yo al amanecer á la Encarnación á por él, y estaba liado en una piel!

—Pues perro, compadre, perro, y no lo tome usted á broma, no señor: ¿lo compró usted en el puesto que está junto á la iglesia de Regina?

—Sí, señor; y el indino lo tenía á lo oscuro.

—Hombre, para que creyera usted que tiraba de la piel, porque las cosas hay que hacerlas bien ó no hacerlas. Oiga usted: ¿y se llama Pachó el del puesto?

—Sí, señor, hombre, sí.

—Nada, pues perro: anoche le llevé yo en un saco los doce «pichichis», y me dió dos reales por cada uno: ¡estaban tan gordicos! ¡tan ricos! ¡con unos lomos!

—Señor Sata, le voy á dar parte á la justicia.

—¡Vaya usted á ver dónde estarán ya los perros, hombre! ¡dónde estarán ya los perros para que sirvan de cuerpo de delito! Desengañese usted, señor Silvestre, ¿le supo á usted bien, cuando lo comió?

—Hombre, muy blanco, muy tierno y muy rico.

—Pues acostúmbrese usted, porque tiene usted un plato de balde, que no hay cosa más de sobra que perros, y deme usted las gracias.

—¿Qué es lo que pasa aquí?—dijo entrando Espantitos—¿quién está de cuidado?

—Hombre, señor Espantitos, no es nada, sino que al señor Silvestre le han dado perro.

—Hombre, pues sí siempre que en este pícaro mundo le dan á uno perro vomitara, tenía uno que estar vomitando á todas las horas del día.

—Mire usted, señor Espantitos, para que se le pase al señor Silvestre lo que tiene, tráigale usted unas chuletilas de cabrito.

—Lo que me ha de traer usted á mí es un vaso de aguardiente seco—exclamó el señor Silvestre—, que lo que es yo, no sólo no vuelvo á comer cabrito en todos los días de mi vida, sino que voy á tirar todas las pieles de Astracán para no volver á acordarme en toda mi vida de lo que me ha pasado.

—Pues que lo entienda quien quiera—dijo Espantitos—: voy por el aguardiente.

—Mire usted, señor Sata ó señor demonio—dijo el señor Silvestre en cuanto se quedaron solos—: me he callado, porque no digan que me han dado perro por cabrito, que á nadie le gusta pasar por tonto; pero si sigue usted sobándome y resobándome, aunque sea usted más que Reinados de Montalvan, me lo como, aunque luego eche las tripas y me muera de asco.

—¿Usted á mí?—dijo Sata hinchando los carrillos y dando hacia el señor Silvestre un paso trágico—¿usted á mí? ¡que me va usted á comer á mí y que después se va usted á morir de asco! hombre, agradezca usted á que á mí ya se me ha pasado el gusto de los sesos, que si no, quien se le come á usted frito como un gorrión, era yo; y le advierto á usted que no me falte usted á mí al respeto, que tengo yo muy mal genio, y si no fuera porque es usted un buen parroquiano de pieles de perro, ya hubiera pasado lo que yo me sé y á usted no le importa; y cepos quedos y punto en boca y qué dese esto así, y cámbiese usted de sitio que esto apesta, y tráguese usted el aguardiente, que ya lo trae Espantitos, y sigamos tratando de cosas que son muy importantes.

—Hombre, usted disimule, señor Sata—dijo el

señor Silvestre, á quien había impuesto la actitud trágica y amenazadora de Sata—, que cuando á uno le pasa lo que á mí, no sabe lo que se dice.

—Pelillos á la mar, y venga esa mano, y en paz; y tome usted ese vasito de aguardiente—añadió tomándolo de una bandeja en que traía dos Espantitos—, y yo me tragaré este, y vamos andando.

—Salud—dijo Espantitos recibiendo los dos vasos vacíos en la bandeja.

Y se fué.

Sata estaba seguro de que tenía ya bajo el brazo, como suele decirse, al señor Silvestre, y y podía hacer de él lo que quisiera.

Así, pues, dijo:

—Mire usted, señor Silvestre: ahora vamos á tratar del negocio verdadero por qué he ido yo á su casa de usted: lo de las pieles de perro ha sido todo «bulería», hombre, y no hay tales perros ni Dios que lo crió, sino que es usted un torpe, porque las pieles que yo le he llevado á usted son pieles de borrego, sólo que estaban muy cardaditas y no lo ha conocido usted: pues sea tonto, ¿usted cree que se cazan así como se quiera doce perros de aguas? ¡vaya una «guasa!» ¿y no sabe usted que los perros de aguas están esquilados de la cintura abajo?

—Hombre, es verdad; pero bien podía usted haberlo dicho antes de que yo hubiera vomitado.

—Deje usted, hombre, deje usted, que si tenía usted el estómago sucio, le ha venido á usted bien. Pero vamos al negocio: ¡y el negocio tiene pelos! ¡como que es negocio de faldas!

—Hombre, me parece á mí que quince mil y más demonios son los que le han saltado á usted hoy—dijo el señor Silvestre—: estos marcos... á mí, á mí me dan sudores.

—Hombre, pare usted la burra, y oiga usted y no interrumpa usted á nadie cuando está hablando, que eso es tener muy mala crianza: usted tiene una chiquilla rubia, ¿no es verdad? Ahora puede usted hablar todo lo que le dé la gana.

—Sí, señor, que tengo una chiquilla rubia; ¿y qué?

—El qué es, que mi amo, que es muy rico, muy rico y muy buen mozo, muy buen mozo, se ha enamorado de ella.

—Pues mire usted, otro señor muy rico, muy rico, y que es muy buen mozo, muy buen mozo, y marqués y muy marqués, se ha enamorado antes, y se va á casar; con que esto ya está concluido, y no hay que hablar de ello.

—¡Cómo que no hay que hablar! sí señor que hay que hablar: ¿no tiene usted otra chiquilla morena, con unos ojazos que mete miedo?

—Sí, señor, que sí, la Tolita.

—Pues vea usted ahí qué bien se arreglan las cosas, porque mi amo me dijo:

—Hombre, Sata, esta mañana me dió el deseo de ir á misa á Santa Clara, y al entrar vi dos niñas que salían, rubia la una, pelinegra la otra, ¡de mi flor, Sata, de mi flor! La una es rubia con los ojos azules, muy blanca y muy metida en carnes; la otra pelinegra, morena, con dos ojos así, tan grandes como los de un buey: ¡vaya unos ojos! ¡y con un garrabato las dos y un meneo tan modoso y tan rico!... en fin, que me fui detrás, Sata, y se metieron en una casa de la calle del Hombre de Piedra, y cuando llegaron á casa, llegó un viejo con un tunantuelo de la Encarnación que le llevaba la capucha.

—Entonces, entonces era cuando yo acababa de comprar el cabrito.

—Bueno, el cabrito, no el perro. Pues señor, mi amo dice que oyó que una de las niñas le llamaba á usted padre, y que usted se metió en la casa con las niñas, y que á poquito salió usted y abrió una tienda de enfrente, una peletería, y se sentó usted allí como si usted fuera el amo; y mi amo tomó lenguas de una vecina, y la vecina le dijo que usted era un puercoespín que en hablándole á usted de sus hijas no se acordaba usted á nadie, fuera quien fuera, y entonces mi amo me dijo:

—Mira, Sata, es menester que me espantes á ese hombre, y que te lo metas en el bolsillo para que hagamos de él lo que nos dé la gana.

—Pues me gusta la franqueza—exclamó el señor Silvestre.

—Sí, señor, sí, nada más; ya sabe mi amo que yo soy un hombre tremendo, que con mirarlo solo mato á un toro.

—Hombre, por Dios, señor Sata, todo lo toma usted á mal.

—Porque es usted un «faltón» que no escarmienta, y siempre me está usted buscando la boca. A ver si me deja usted seguir.

—Pues siga usted, hombre, siga usted.

—Pues señor, mi amo me dijo:

—Así que le espantes, le dices que yo me quiero enredar con su hija la rubia, y para eso que hablaremos los dos.

—¿Y si la rubia tiene enredo?

—Tanto me da; me enredaré con la morena, ó con las dos si viene á mano.

El señor Silvestre no contestó, pero miraba espantado y trémulo á Sata.

—Pues señor—continuó éste—: yo me eché á pensar qué haría qué no haría para meterme suavemente con usted é irle espantando poquito á poco, y como usted es peletero, dije yo: pues á venderle pieles; ¿y qué pieles le vendo? pieles de perro de aguas, que en adobándolas y tiéndolas pueden parecer esas pieles que tienen un pelo blanco y otro negro que son tan bonitas; pero ¿dónde diablos voy yo á buscar perros de aguas? ¡toma! cordero blanco; se les carda la

lana, y pues: me fué á la Encarnación, á la tabla del cordero, compré doce pieles, se las llevé á un tundidor que me las cardó, y aquí tiene usted toda la cuestión. ¿Con que puedo decirle á mi amo que la morena está disponible, y que usted se verá aquí esta misma noche con él? No me diga usted que no, porque si me dice usted que no, ya le ha caído encima todo lo que le hacía falta, porque usted no sabe las picardías que yo inventaría para quemarle á usted la sangre y no dejarlo á usted respirar hasta que reviente usted de una; y si no, hágase usted cargo de la historia de los perros, y asústese usted; y que usted no sabe, ¿qué ha de saber usted lo que soy yo capaz de hacer? ¡pues si soy yo capaz de buscar duendes y metérselos á usted en la casa para que los maten á usted á sustos! Sin contar con que puede ponérseme á mí el comerme un pedacito de su cuerpo de usted; y como se me ponga, me lo como: con que no me diga usted que no, y vaya usted haciéndole las entrañas á la morena, y ¡conjábemela usted para mi amo, y véngase usted por aquí esta misma noche á la oración, para que mi amo se entienda con usted y usted con él.

—Bueno, bien, señor Sata, vendré; pero prométame usted como hombre de bien, que ni usted ni su amo harán ninguna atrocidad.

—Mire usted, señor Silvestre: la atrocidad que puede hacer mi amo con usted es llenarle los bolsillos de onzas mejicanas.

—Pues nada, nada, hombre, no hay más que hablar; vendré esta noche á la oración.

—Pues vámonos, que yo tengo que hacer.

—Y yo también, que tengo mi tienda abandonada.

—Y á mí me está esperando mi amo.

—Pues vámonos, compadre.

—Pues vamos. Pero antes echemos en el mosrador la sosiega de aguardiente, que no quiero yo que usted pague nada; y tome usted las doce pesetas de las pieles.

—Hombre, eso no; que las pieles valen más.

—Pues mejor: tome usted las doce pesetas, que si no se las traga usted y con ellas dos falsas que usted me ha dado, sino que yo me hice el tonto porque de todos modos se las iba á usted á dar.

Tomó el señor Silvestre Ardilla las doce pesetas, salieron á la tienda, les echó Espantitos dos cortadillos de aguardiente seco, se los bebieron, y salieron.

Antes de que salieran de la puerta, Espantitos dijo á Sata:

—¿Oyes tú, chiquillo? que le digas eso á quien tú sabes, y que venga, que importa; y no lo hagas, que ya te puedes estar consintiendo un puntapié que te quedas hecho un sable para todos los días de tu vida.

—Descuida, Espantitos, que lo haré—dijo Sata con voz turbada, porque le sabía á demonios el que el señor Silvestre supiera que había uno que podía más que él.

Pero esto lo enmendó, diciéndole en saliendo al peletero:

—Oiga usted, y entérese usted bien; yo me guardaré de no hacer lo que ese me ha dicho, para que no me arrime un puntapié, porque á todo hay quien gana, y si ese me pega á mí, yo le pego á usted, y por la derecha va, y en paz, y que no haya faltas, porque si no...

—Hombre, usted descuide, que yo no tengo que meterme en lo que hagan con usted, sino en lo que usted haga conmigo; y descuide usted, que estaré yo aquí esta noche á la oración, más fijo que el reloj.

—Pues hasta la oración, compadre.

—Vaya usted con Dios, amigo.

Y el peletero tomó hacia su tienda, y el otro siguió y dobló la esquina y se alejó por la calle de los Roelas.

El señor Silvestre llegó haciendo eses á su tienda, porque le habían achispado los dos cortadillos de aguardiente puro sin nada de venial, haciendo pucheros con un lado de la boca y sonriendo con el otro: pucheros, porque no sabía como tomaría don Zoilo aquello, y sonreía porque estaba viendo venir por parte del amo del tremendo Sata otro bolsón de oro como el que le había dado el marqués de Vadoclaro.

—Vamos, decía: si caso á las dos muchachas con dos señores riquísimos, compro un cortijo y me llevo á la Marisaco, y que don Zoilo se meta en casa de una de las vecinas á rezar el rosario desde la mañana hasta la noche, y á meterse en sus cosas, que yo y ella estamos que ya nos tentamos al reverendo; pero todavía queda el rabo por desollar, que el tal don Zoilo puede mucho, y si dice nones, no podremos nosotros decir pares; y luego, con la autoridad que tiene como tutor secreto de la Pepita, ¡vaya usted á toserle! En fin, Dios dirá. María Santísima quiera que le entre por el ojo el señor marqués, aunque el señor es muy bruto; en fin, á la mano de Dios: vamos tragando, que para vomitar siempre hay tiempo. ¡Maldito perro! válgame Dios, y cómo miente ese asesino. En fin, el día no ha podido ser más malo ni más bueno; y es el caso que con lo que he echado y he tragado, me ha entrado un hambre que los voy á dejar á todos sin comer. Bueno, veremos: estoy deseando que llegue la oración.

Y al decir esto, se entró de un traspies en la tienda.

## XIX

El marqués de Vadoclaro se fué en derecha al convento de la Trinidad, y preguntó al portero dónde tenía la celda el padre maestro don fray Zoilo de Manosmuertas.

Dióle las señas el lego, subió al claustro alto el marqués, y con el auxilio de otro lego que

encontró al paso, llegó al fin á la celda de don Zoilo.

Llamó, y se le presentó el lego que cuotidianamente acompañaba al padre maestro.

—Yo soy el marqués de Vadoclaro, coronel de Dragones del Rey—dijo éste—, porque sabía por experiencia cuánto influyen para con los criados y legos, que son una misma cosa, los altos títulos.

—Muy señor mío y muy mi dueño—dijo humildemente el lego, á quien tenía muy bien educado don Zoilo;—¿en qué puedo servir á usía?

—Más alto, soy grande de España.

—¡Ah! vucencia perdone, yo ignoraba...

—¿Está en casa el padre maestro don fray Zoilo de Manosmuertas?

—Sí, señor, sí; acaba de venir, y se ha echado á dormir la siesta; pero voy á despertarle, porque me tienen mandado que cuando le busquen personas de gran calidad, no respete su sueño. Pase, pase vucencia.

El marqués, sin entrometerse ni por mero cumplimiento en decir al lego que no molestase á su padre, á través un recibimiento en que había dos grandes escaños, entró en una sala muy limpia de paredes blanqueadas con techo de bovedilla, sobre las paredes cuadros místicos de no escaso mérito, alrededor de la pared sillones de baqueta, gran mesa de nogal con asas de hierro, sobre la mesa gran tintero de piedra, gran sillón detrás de la mesa, y en el lienzo de pared que corría detrás del sillón, un gran estante con alambreras en que había lo menos mil volúmenes, todos en pergamino y con su rótulo á lo largo en el lomo.

El suelo estaba ajofijado, mostrando el rojo fuerte de las baldosas.

En la pared, á la derecha de la entrada, había un gran balcón.

En la de la izquierda una gran puerta de alcoba sin vidrieras, pero cubierta por cortinas de lienzo blanco.

El marqués se quitó con trabajo el casco, se lo puso sobre el brazo, lo cual era cargarse, y se puso á pasear, haciendo sonar de una manera ruidosa sus anchas espuelas.

Sonaban además las anillas de su espada.

Este ruido despertó á don Zoilo antes de que le despertase su lego, se incorporó de repente, y dijo para sí:

—¿Qué hace un soldado de caballería en mi celda?

En aquel momento se levantó la cortina y asomó el lacio semblante del lego, que dijo con una voz que podía llamarse meliflua:

—Nuestro padre, aquí está un señor marqués, grande de España, coronel de caballería, que quiere hablar con vuestra paternidad.

—¡Ah!—exclamó don Zoilo con su voz de contrabajo, acabando de echarse fuera de la cama, lo cual no fué sin rechinamiento del ta-

blado y temblor del suelo:—écheme, écheme el hábito, hermano Pascual; ¡un señor marqués, grande de España y coronel de caballería! ¿qué será esto? Vamos, hermano, pronto, que no me gusta hacer esperar á nadie.

Y el buen don Zoilo se restregaba los ojos, cargados aún por el sueño.

Al fin, cuando tuvo encajado el hábito y arreglada con cierta simetría la capucha, y habiendo abierto el lego las cortinas, apareció majestuosamente don fray Zoilo, que encogió el voluminoso vientre y bajando la cabeza, saludó de este modo al marqués, que á su vez le dió su correspondiente cabezada:

—¿Cómo es esto, excelentísimo señor?—dijo el religioso:—vucencia aún no ha tomado asiento; dos sillal al instante, hermano Pascual.

El lego puso dos sillones delante de la mesa.

Se saludaron de nuevo antes de sentarse marqués y fraile, y cuando se hubieron sentado y salido el lego, el marqués dijo:

—En primer lugar, padre maestro, hágame usted el favor de olvidarse de que yo tengo tratamiento.

—Muchas gracias, señor marqués.

—Creo inútil preguntar á usted por su salud—dijo el marqués—, porque le rebosa á usted por los carrillos.

—Muchas gracias, señor marqués; usted también está de buen año—dijo don fray Zoilo, atemperándose á las maneras del marqués.

—Sí, gracias á Dios, yo soy fuerte, muy fuerte, á pesar de que estoy sufriendo disgustos capaces de dejar al hombre más hombre flaco como una caña: en primer lugar, mi prima la señorita doña Dolores, hija de mi excelente tío el señor marqués de Rodovilla, se me ha rebelado despreciándome por un ladrón, á causa del cual su padre la ha metido en el convento de Santa Clara, de que usted es vicario.

—Sí, sí señor—dijo el padre maestro:—pero en esto no puede hacerse nada, porque esa señorita, arrepentida de haber puesto su cariño en un hombre indigno y de clase baja, en un miserable bandido, ha resuelto hacerse monja.

—Pues si se hace monja, señor don Zoilo, en buen hora, y vamos á la segunda cosa que á mí me pesa: ¿me ve usted el pescuezo?

—Sí que veo diez terribles arañazos.

—Pues señor mío, la gata que me ha hecho esto es una gata de dos pies, una rubia, pero ¡qué rubia! En fin, no tengo que ponderar á usted lo que es esa rubia, porque usted la conoce mucho.

—Yo conozco á muchas rubias, señor marqués—dijo con extrañeza al verse metido en tal conversación el respetable padre maestro.

—Pero conoce usted más particularmente que á otras á la rubia de que yo le hablo.

—¡Eh! ¡qué! ¿qué, señor marqués?—dijo algo inquieto el padre maestro.

—Esa rubia de que yo hablo es la hija menor del peletero de la calle de Hombre de Piedra,

—¡Pepita!—exclamó creciendo en inquietud el padre maestro.

—Sí señor, Pepita, la hermosa Pepita.

—¿Y dice usted, señor marqués, que Pepita es la gata que le ha arañado?

—Sí señor; y nunca hubiera creído que aquellas unitas rosadas hubieran podido hacerme tanto daño.

—¿Y dónde le ha arañado á usted Pepita?

—En el patio de su casa.

—¿Y quién le introdujo á usted, señor marqués, en el patio de una casa donde no entran más que el padre y el hermano, mi lego y yo?

—Pues me introdujo el padre, por la cuenta que le tenía.

—¡Ah, ya! ¿introdujo á usted en su casa, á pesar de mis razonables prohibiciones, el señor Silvestre Ardilla? muy bien: ¿y con qué objeto ha pretendido usted entrar en esa honrada casa, señor marqués?

—Con el objeto de que Pepita me quisiera.

—Bien, muy bien—exclamó el padre maestro arreglándose el hábito;—¿en dónde ha conocido usted á Pepita?

—Entre dos luces, en la puerta de la iglesia de Santa Clara; me gustó, y la seguí.

—¡Ah! ¡Pepita llevaba levantado el velo de la mantilla, contra mi expresa prohibición!

—Aunque hubiera llevado echado el velo, señor don Zoilo, me hubiera yo enamorado de ella lo mismo, porque es mucho el aire y la sandunga de la Pepita.

—¡Hum! bien, muy bien; pero vamos al negocio: ¿por qué ha arañado usted á la Pepita?

—La Pepita está más pesada á estas horas de haberme arañado, que de haber ofendido á Dios.

—¡Hum! Pero sepamos la causa de los arañazos.

—¿Qué había de ser sino que ella fué quien abrió la puerta y llevaba el pelo tendido.

—¡Pecado!—exclamó el padre Zoilo—¡presentarse así delante de un hombre una niña tan bien criada, á la que yo he educado con los severos principios de la más sana moral.

—Mire usted, padre, lo que sucedió fué que yo, cuando la ví me acongojé, se me subió yo no sé qué á la cabeza, y me fuí á ella para abrazarla; entonces me arañó.

—Señor marqués, considere usted la santa casa en que está, el santo hábito que visto, y mi sagrado carácter de sacerdote, para mortificar sus palabras.

—¡Por vida de cien legiones!—dijo el coronel—, que usted es tan hombre como yo, y no viene á qué usted se alborote; sobre todo, que de tal manera me he enamorado de Pepita, que me caso con ella.

—¡Que se casa usted con Pepita! ¿y Pepita le quiere á usted?

—¡Si se ha quedado llorando la pobrecilla de sentimiento por haberme arañado, y quería venirse conmigo!

—¡Jesús! ¡Jesús!—exclamó don Zoilo—. Pero eso no puede ser.

—Mire usted, padre maestro, si yo vengo á ver á usted acerca de esto, es porque Silvestre Ardilla me ha dicho que usted manda en su casa, y que acerca de esa chica hay yo no sé qué trabacuentas que usted sólo sabe; y si he venido á ver á usted es por cumplimiento, de una parte y de otra, por saber esas trabacuentas, que lo que es yo, míreme usted á la cara á ver si la tengo de no salirme con la mía.

En efecto, el marqués tenía fijos sus sombríos ojos negros en el religioso, y una densa palidez le hacía parecer terrible.

—¡Jesús! ¡Jesús!—exclamó don Zoilo—¿Quiere usted casarse con esa señora?

—Sí, señor, sí; pero ¿por qué llama usted señora á la hija de un peletero?

—Porque no es su hija.

—¿Pues de quién es hija Pepita?

—Señor marqués, Pepita es hija de un pariente muy próximo de usted, puesto que usted ha llamado su tío, su excelente tío, al señor marqués de Rodovilla; y esto se lo digo á usted porque he comprendido, perdóneme usted que se lo diga, que es usted un hombre feroz, irascible, capaz de todo por satisfacer sus deseos. Ya sé; ya sé por el señor marqués de Rodovilla todo lo que usted ha hecho por comprometer á su hija doña Dolores á que fuera su esposa; ya sé que usted no ha perdonado ninguna monstruosidad, lo que consiste en que ha sido usted tratado con una lenidad vergonzosa por el capitán general de Sevilla y por la justicia del rey nuestro señor.

—¡Por vida de tantos!—exclamó el marqués—: que sólo un fraile, y en su convento, y en su celda, se atrevería á decirme eso.

—Yo soy un ministro del Señor y nada temo—dijo fray Zoilo—; enójese usted en buen hora conmigo porque le digo la verdad desnuda, no importa, seguiré diciéndosela: yo no me amedrento, señor mío, yo no temo á nada más que á la ira de Dios, y procuro no provocarla.

—Mire usted, don fray Zoilo—, todo esto es hablar de la mar, que nada nos importa; lo que importa es que si yo antes quería casarme como dos con Pepita, desde que sé que es hija del marqués de Rodovilla mi tío, quiero casarme como ciento, ¿Pero cómo es hija de mi tío Pepita?

—Si hablamos en buenos términos, señor marqués, nos entenderemos.

—Pues entendámonos—dijo el marqués.

Don fray Zoilo guardó por algunos instantes silencio, se dejó ver en su semblante la expresión de quien quiere ordenar un relato y dijo:

—Me habían á mí llamado una noche muy tarde para ir á auxiliar á una de mis hijas de confesión que se moría.

En efecto, apenas recibidos los auxilios espirituales, aquella bienaventurada fué á gozar en

el regazo de Dios el premio eterno á que se había hecho merecedora por sus virtudes.

Pasaba yo por la calle de la Cabeza del Rey don Pedro, ya á las tres de la mañana de una fría y lluviosa noche de invierno, hace quince años, cuando oí los gritos sofocados de una criatura recién nacida, que salían de un rincón.

Miré, y á luz de un relámpago vi un bulto así como de mujer harapienta.

De debajo de aquel bulto salía el gemido ahogado de la criatura recién nacida.

Mi lego y yo nos arrojamos sobre aquella impía, sobre aquella infame mujer, y apretándola la garganta, la arrancamos de entre las manos una criaturita recién nacida y desnuda.

Envolvía yo en una punta de mi capilla, abrigueta, el hermano Zenón mi lego se aferró á un brazo de la vieja, y tiró de ella para entregarla á la primera ronda de justicia que encontráramos; y no tardó mucho en ser esto porque al revolver la esquina de la calle de Mesones dimos con un alcalde de barrio que rondaba con vecinos honrados, y le entregamos la vieja, manifestando yo al alcalde lo que había acontecido.

Entonces, al alcalde se le ocurrió lo que no se me había ocurrido á mí, esto es, preguntar á la vieja quién era y dónde vivía.

La vieja dijo llamarse María la Caspianta, y que vivía en un casuco de la calle de la Cabeza del Rey don Pedro, número 21, donde se quedaba una hija suya moza, muy malita, porque acababa de dar á luz aquella niña.

Preguntósele á la vieja que por qué había pretendido matar á aquella infeliz criatura, como lo demostraban las señales moradas de dedos que el angelito tenía en el cuello, y respondió que aquello lo había hecho para que nadie supiera la deshonra de su hija, á la que había tenido encerrada y pasando mil miserias, desde que por el bulto había podido sacarse en limpio su deshonra; y habiéndole dicho á la tal bruja, hereje, que por qué no había ido á la casa de Expósitos, respondió:

—¿Qué más da que matase yo á ese mal engendo ó que se muriese de hambre en la Inclusa?

No queriendo oír más impiedades, y dejando á un alcalde de casa y corte la intervención de este suceso, dos vecinos se llevaron á la vieja á la cárcel de Ciudad, habiéndola quitado antes la llave de la puerta de su casa que entregaron al alcalde de barrio, y éste conmigo se trasladó al número 21 de la calle de la Cabeza del Rey don Pedro, que era un casuco de solo piso bajo; y abierta la puerta, los gemidos de una mujer doliente los llevaron á un cuartucho donde sobre un negro jergón en el suelo, y mal revuelta en una manta raída y vieja, encontramos una joven muy hermosa, aunque muy pálida, que al vernos exclamó:

—¡Mi hija! ¡mi hija de mis entrañas! ¡que

vayan y se la quiten á mi madre que se la ha llevado para matarla!

De tal manera y con tal dolor y con tanta ansia dijo aquella pobre joven estas palabras, que se conoció harto claro que era inocente del delito que había pretendido cometer su madre; y tanto más dió á conocer su inocencia cuanto que al entregarla yo su hija rompió á llorar de alegría, y nos pareció á todos que iba á volverse loca.

No se la prendió, pues, porque hubiera sido una crueldad, siendo inocente, darla la tal sofocación en el estado en que se encontraba.

Pero con pretexto de acompañarla se quedaron con ella dos de los vecinos honrados de la ronda, y el alcalde, con los otros dos vecinos que restaban y conmigo y con mi lego, nos fuimos á una calle inmediata, á casa de una hija mía de confesión, casada con un marido muy piadoso, muy bien acomodada y muy caritativa, que tenía cuanto había menester para el caso en que nos encontrábamos, porque era madre de muchos hijos.

Llamé yo, respondió el bueno del marido, nombréme, recibiéronnos, conté al buen hombre lo que sucedía, levantóse su mujer, y cargados con todos los menesteres de una cama los dos vecinos honrados y mi lego, nos trasladamos á la morada de la pobre joven, acompañándonos el matrimonio y trayendo ella ropa blanca para madre y para el hijo, y él en una cesta carbón y jamón y tocino y una gallina.

Dios les habrá premiado ya su caridad, porque han muerto.

Llamóse además á un médico, y á un cirujano de los que llaman comadrones, y aquella infeliz se encontró en un blando y caliente lecho, vestidas ella y su hija con buena ropa blanca, y alimentada á poco con una taza de buen caldo, producto del puchero que puso el marido de mi hija de confesión.

—Pues más pelos y señales—dijo el marqués—, no se le pueden á usted pedir, padre maestro; le parece á uno que está viendo lo que pasó aquella noche hace quince años.

—Como que tal sensación me causó á mí aquello—dijo el buen religioso—, que me parece que lo estoy viendo ahora: ¿usted ve á la Pepita? pues exactamente igual era su madre; pero ¡asómbrese usted!, aquella hermosa cintura que llamaba su madre á la horrible vieja que á tanto se había atrevido, era una gran señora.

—¡Ah! ¿tenemos otro escondrijo que sacar á luz, padre maestro?

—Sí, sí señor: espantan las consecuencias á que llegan las flaquezas y las locuras humanas y el entregarse irreflexivamente á los arrebatos de la pasión; pero, señor marqués, yo con este relato me he debilitado y siento un tanto de necesidad de tomar algo: ¿quiere usted que nos sirvan unos pedillos de chocolate con unas bizcotelas de Santa Clara y agua puesta á enfriar en el pozo?

—Me parece bien—dijo el marqués—, porque yo no he comido todavía, y tengo en el cuerpo cuatro horas de ejercicio de escuadrón y después lo que me ha hecho pasar la Pepita: con que vengan el chocolate y las bizcotelas, que así pondremos un puntalito al estómago, y podré tirar hasta que usted haya acabado su relación, y hayamos quedado en lo que hemos de quedar, que no puede ser en otra cosa sino en que yo me case con la Pepita.

Llamó al hermano Pascual don fray Zoilo, le mandó trajese dos pocillos de chocolate bien caliente, una bandeja de bizcotelas y agua fría en jarras de cristal, y habiéndose quedado de nuevo solo con el marqués, continuó su narración como se verá en el capítulo siguiente.

## XX

Afortunadamente era tan robusta la compleción de Juanita, que así se llamaba la pobre muchacha y estaba tan sana, que ni por un momento corrió el menor peligro.

Habíamos acudido tan á tiempo mi lego y yo á salvar á su hija, y era tan débil la mala bruja que había pretendido matarla, que tampoco la criaturita corrió peligro, gracias á Dios, que es infinitamente misericordioso.

Por algún tiempo nada se pudo preguntar á Juanita; se la cuidó mucho y al fin se la sacó á flote á su hija. Pero yo, que tenía un interés particular en saber algo acerca de aquella joven, porque me parecía muy buena á pesar de la mala situación en que la había encontrado, me aproximé al alcalde de Casa y Corte á quien había ido á parar el proceso, y supe que la bruja había declarado que se llamaba Tomasota la Anguila, que no sabía de dónde era ni de dónde había venido, ni quién la había echado al mundo, sino que cuando ya muchacha, unos labradores de Chiclana la habían dicho que en una noche de tormenta había caído por el cañón de la chimenea, ya grandecita, y montada en un palo de escoba, y que aunque había un buen fuego, no se había quemado; de lo que se deducía que alguna bruja la había dado á luz tal como estaba, en el aire, al pasar volando por encima de la chimenea, y que la muchacha se había traído la escoba de su madre.

Fuera esto verdad ó mentira, sueño, conseja ó delirio, la Anguila lo creía así, y decía que ella era hija del diablo y de un viento de invierno, nacida entre un relámpago y un trueno y caída en el fuego.

—¿Sabe usted, padre maestro—dijo el marqués—, que me parece un cuento de los que se cuentan á los muchachos para asustarlos?

—«Relata refero»—contestó don Zoilo—, así resulta y consta del proceso que se instruyó entonces, ó más bien de los procesos, porque en cuanto la Inquisición supo que se trataba de

una bruja, la llamó á sí, y por cierto que yo escribí mucho del proceso del Tribunal de la Fe, y la justicia ordinaria seglar siguió adelante con su causa, y al poco tiempo la Real Audiencia de Sevilla sentenció á Tomasota la Anguila por embaucadora, tercera, ladrona, embustera y reo de infanticidio frustrado y de dos asesinatos que salieron á luz del fondo tenebroso de la conciencia de aquella infame, á muerte en garrote; y el Tribunal del Santo Oficio de la general Inquisición de Sevilla, por bruja, maldiciente, blasfema, sacrilega, ladrona de vasos sagrados, y por injurias gravísimas y cruentas á las Sagradas Formas, por enlanguidecimiento de niños, por sortilegios, por impurezas y otra porción de abominaciones, y pacto y comercio nefando con Satanás, á ser quemada viva; pero habiéndose retractado, convertido y reconciliado con la iglesia, el Santo Oficio la absolvió del suplicio del fuego; y con sentencia de garrote la entregó al brazo seglar de la justicia ordinaria, para que ejecutase en aquella malaventurada criminal su sentencia y la del Santo Oficio, que habían resultado conformes.

Y la Tomasota la Anguila, á pie, en camisa, descalza, con una soga al cuello, con coraza y sambenito, con un cachillo al cuello en que había paja y cebada en señal de su bestialidad, fué llevada al campo de Tablada, donde en un cadalso fué agarrotada á vista de todo el vecindario de Sevilla, que había salido á presenciar aquel escarmiento.

—Aquí está el chocolate, nuestro padre—dijo entrando el lego con una bandeja muy limpia sobre las manos, y en ella, en sus platillos, dos jicarones de porcelana, en cada uno de los cuales cabía media libra de chocolate. Item. En otra bandeja más pequeña una pirámide de bizcotelas, y á los flancos dos limpiísimas jarras de cristal llenas de limpiísima agua de Tomares, enfriada en el pozo del convento hasta el punto de que parecía enfriada con nieve.

Puso el lego sobre la mesa todo aquel recado; sirvió á cada uno de los señores el humeante y aromático soconusco, y se retiró.

Mientras anduvieron las bizcotelas del chocolate á la boca, no se habló ni una sola palabra. Fraile y marqués mascaban á dos carrillos, y muy pronto las bizcotelas dieron fin, y el chocolate, sacado á pulso, fué trasagado á los estómagos, y por último, la fresca y sabrosa agua de Tomares fué consumida por el marqués y el padre maestro; y acudiendo el lego, llevöse la bandeja harto más ligera que como había venido.

Limpióse el padre maestro los gruesos labios con un riquísimo pañuelo de batista; el marqués, por no meterse la mano en el bolsillo se limpió con un guante, y don Zoilo, después de haberse pasado las dos manos por la calva, y de haberse acariciado la papada, con-

tinuó de esta manera, abandonado por arrobos sobre el sillón y con los ojos adormilados.

—Señor marqués, me duermo, no lo puedo remediar; mi costumbre es dormir una hora después de comer, y apenas he dormido media, y ahora, con este chocolate que he tomado me ha entrado un tal sopor, que en vano pretendo recordar lo que sería necesario decir á usted para que supiese quién es, y cómo y de qué manera, Pepita, la que pasa, sin serlo, por hija de Silvestre Ardilla el peletero; pero todo puede arreglarse sin detrimento de mi salud y sin impaciencia de usted, porque, señor marqués, abriendo usted el cajón de mi mesa encontrará una llave; esta llave es la de un pequeño secreter que está encerrado en aquel estante junto á la pared. En ese secreter hay un cuaderno de papeles atados con una cinta verde; tome usted ese cuaderno, desátelo, léalo, y mientras lo leyere tendré yo tiempo de dar á mis miembros el usual y justo descanso.

—Páreceme bien—dijo el marqués que tenía también los ojos cargados, pero que no quería dormir porque le importaba mucho saber quién era la Jusepilla.

Levantóse, abrió el cajón de la mesa, encontró la llave, fué al estante que le había indicado el fraile, encontró el secreter, le abrió y lo primero que le dió en los ojos fué un legajo de regular volumen atado con una cinta verde, del cual se apoderó, volviéndose junto á la mesa; pero se encontró no sólo con que el padre maestro había desaparecido, sino con que salía un ronquido formidable y persistente del fondo de la alcoba.

El marqués se sentó en el ancho sillón que estaba detrás de la mesa, desató aquel cuaderno, le abrió, y vió que decía:

## XXI

En la ciudad de Sevilla á cinco días del mes de Diciembre del año de mil setecientos sesenta y tres, en la cárcel de Ciudad de la misma y en su cámara de justicia, compareció ante el señor don Diego Estévez y Galindez, doctor en derecho civil y canónico y alcalde de la Real Sala de Casa y Corte de su Real Audiencia, la acusada Tomasota la Anguila, á la cual se pidió juramento por Dios y una cruz sobre los Santos Evangelios, á lo cual se negó blasfemando, por lo que «in continenti» el señor alcalde de Casa y Corte pasó el tanto de culpa al señor fiscal del Santo Oficio de esta ciudad, que se presentó allí con sus familiares, y compeliendo y conjurando á la dicha Tomasota la Anguila, y amenazándole con el potro, legró al fin que jurase por Dios y una cruz sobre los Santos Evangelios, y aunque con visible horror, blasfemo, impío, contumaz y ofensivo á las almas piadosas, juró decir verdad en cuanto la fuese preguntado; y de las muchas declaraciones que desde aquel punto se tomaron á

la dicho reo, resultó larga y difusamente entre otras cosas lo que he relacionado yo, don fray Zoilo de Manosmuertas, doctor en sagrada teología y derecho civil y canónico, religioso de la casa de la Santísima Trinidad de la ciudad de Sevilla; todo sacado punto por punto de los procesos que instruyeron contra la dicha Tomasota la Anguila, por impiedades, sacrilegios, abominaciones y delitos, el Tribunal del Santo Oficio y la Real Audiencia de Sevilla, referente todo á la joven Juanita que existía en poder de la dicha Tomasa, cuya relación es como sigue:

Había por los años de mil setecientos sesenta, en la calle del Guadalquivir, junto á la puerta de San Antonio, de la ciudad de Sevilla, un viejo caserón deshabitado, por delante del cual no pasaba ningún fiel cristiano sin santiguarse. Por los desunidos tablones de la puerta principal se veía un zaguán destartado y lóbrego, y si se hubiera franqueado aquella puerta, á lo que nadie se atrevía, aunque era muy fácil, se hubiera visto en la pared de la derecha un nicho ruinoso, en el cual en otro tiempo había habido una imagen de talla de la Purísima Concepción, alumbrada perpetuamente por un faro, del cual no quedaba más que el mohoso pescante.

La imagen había sido sacrilegamente arrancada de su nicho, y quemada con ceremonias abominables, y en presencia de Satanás, bajo la figura de un gran macho cabrío, con una multitud de brujas, brujos y endemoniados y endemoniadas, todo lo cual, averiguado por el celo del Santo Tribunal de la Inquisición, dió por resultado un general auto de fe, que se celebró en el campo de Tablada en 1646; en el cual auto de fe fueron quemados vivos muchos de los reos de aquel espantable sacrificio, y en estatua otros muchos que habían logrado burlar el rigor del Santo Oficio.

Tal horror causó á los buenos y cristianos vecinos de Sevilla el crimen cometido en aquella casa que pertenecía á la ilustre familia de Per Afán de Rivera, que, amotinados en gran número, acometieron la casa, echaron abajo y rompieron la piedra de armas de los Afán de Rivera, que estaban sobre el frontispicio, rompieron las puertas, lo arrasaron todo, y dejaron la casa en ruina, sin que de esto protestasen sus piadosos dueños, que acudieron también á destruir aquella parte de su hacienda que consideraban maldita.

Pusieron luego fuego á la casa para que de ella no quedase ni memoria; pero Satanás, según se creyó por visibles muestras y señales, apagó el incendio, y sólo se quemó una pequeña parte que daba sobre la huerta del convento de San Antonio.

Desde entonces nadie pasó por la casa maldita sin santiguarse, y esto de día, porque de

noche no se atrevía á pasar nadie, ni aun las rondas de los señores alcaldes porque en el interior de aquella casa se oían gritos, bufidos, baladros, chirridos, son de cadenas y crujimientos como los de huesos que se rompen, y zumbidos como los del huracán entre las peñas, y rugidos como los del Guadalquivir cuando sale de madre, y espantable bramar como cuando las olas del mar se agitan en la tormenta, y se oía ronco estruendo, y se veían relucir relámpagos, y despedía la casa un olor que mataba, á azufre vivo y á betún corrupto.

Algunas veces la Santa Inquisición acudió de noche á aquella casa con el piadoso y cristiano intento de sorprender al diablo y conjurarle y ahuyentarle, para que no escandalizase y pusiese en pavor á los vecinos del barrio.

Pero ninguna de las veces que la Santa Inquisición se acercó á aquella casa, se oyó ruido alguno.

Ni registrada que fué se encontró más que polvo, puertas rotas, tabiques derribados, escombros sobre los pavimentos, paredones negros y ahumados, y lechuzas y murciélagos que de la casa se salían, ahuyentados por las luces que llevaban los alguaciles.

Había quien creía que aquellos mochuelos, lechuzas y murciélagos, eran la multitud maldita é impia que tomaba aquella forma para escaparse en cuanto se presentaba la Inquisición; cosa muy de creer teniendo en cuenta las malas artes y los engaños de que se vale el demonio.

En fin, en fuerza de conjuros, exorcismos y aspersiones de agua bendita, resultó que no volvió á oírse estrépito ni cosa que á los fieles escandalizase ni asustase en aquella casa, pero quedóle encima su maldición, y nadie, sin necesidad, pasaba por ella de noche ni de día sin santiguarse.

Los vecinos llamaban á aquella casa la casa de los condenados.

Decíanse cosas espantables anteriores á la maldición de aquella casa, y que parecían, por horrendas, haber sido la causa de aquella maldición.

Pero esto no viene á cuento. Baste saber que con la historia de los adulterios, las impiedades y los incestos que se contaban de las gentes que durante cincuenta años habían vivido en aquella casa, bastaba para llenar un grueso «in folio» de casos raros y nefandos, más espantosos que los miedos de San Antonio Abad.

Repararon los vecinos allá por el año de 1760, en que por una chimenea derribada de la casa salía por las mañanas, durante cierto tiempo, un humo leve, y algunas veces, más adelante el día, un humo espeso y negro.

O alguien vivía en aquella casa, ó el demonio empezaba poco á poco á atreverse con la Inquisición otra vez.

El enemigo del género humano, el que le perdió en el Paraíso tentando á Eva, no reposa.

Pero en vano pretendió averiguarse quién habitaba allí.

Hizo la Inquisición algunas visitas á la casa, la exorcizó y echó sobre ella nuevas aspersiones de agua bendita, y cesó por último toda señal de humo.

Lo que probaba que el demonio, por fin, huía definitivamente de aquella casa, expelido por el Santo Oficio.

Llegó un día, ó mejor, una noche del mes de Diciembre del año de gracia de 1760.

Se había desencadenado sobre la ciudad, y particularmente sobre la casa maldita, una tempestad espantosa.

A punto que daban las doce, un hombre que había tomado la vuelta del convento de San Antonio, llegó á la puerta del caserón y llamó á ella.

A la luz de un relámpago pudo verse que aquel hombre llevaba traje de caballero.

La puerta dejó ver á poco, á través de sus rendijas, el reflejo de una luz.

Se abrió al fin, y apareció una mujer vieja, cubierta de harapos, desgredada y con una tea en la mano.

Aquella mujer parecía un demonio.

El hombre, sin darta las buenas noches, entró, cerró la puerta la vieja, y luego, precediendo al hombre, atravesó el patio, y dejando á un lado las escaleras principales, se fué á un rincón, y por una estrecha puertecilla penetró y empezó á trepar, siempre seguida del hombre, por una misera escalera de caracol.

Aquella escalera era muy larga, como que atravesaba toda la altura de la casa, y de trecho en trecho la faltaban peldaños, lo que hacía difícil y aun peligrosa la subida.

Aquella escalera desembocaba en una pequeña habitación interior de una torrecilla.

Las paredes estaban completamente ahumadas, sin duda por el fuego de un barreño que puesto en un ángulo servía de fogón.

A otro lado había una poca de paja extendida y una manta revuelta.

Aquel era sin duda el lecho de la mujer que había llevado hasta allí al hombre.

Aquel hombre tenía como treinta y cinco años, era buen mozo, aunque de formas rudas, y por sus maneras y por la expresión de su semblante, se conocía que carecía de instrucción y de trato de gentes, aunque aparecía en ella una gran soberbia.

Su traje, que ocultaba una capa de la que se desembozó en llegando allí, era rico, de lo más rico que se llevaba entonces y de lo más noble.

Gran casaca gris de seda muy doble, profusamente bordada, chupa del mismo género, calzón de riquísimo paño del color de la chupa, y

botas de lecerro muy finas para defender los pies del lodo y las piernas del frío.

Sobre su chupa se veía abrochado con un gancho el cinturón de la espada, y aunque no se veían, llevaba por detrás, enganchados en el mismo cinturón, dos largos pistoletos.

La capa con triple esclavina, galoneada de franja de seda negra, era de finísimo paño de un color pardo obscuro, y el sombrero de tres candiles de inmejorable castor, estaba también galoneado de seda negra.

Por último, una gran corbata blanca bordada y una riquísima camisa de holanda con chorre-rra, en la que se veía un magnífico alfiler de brillantes, completaban el traje de este caballero.

Se nos olvidaba hablar de una gran peluca cuidadosamente empolvada, con su coleta negra y su enorme lazo, y de la cruz de Calatrava que llevaba bordada sobre el lado izquierdo de su casaca.

Aquella mujer era la bruja, la proterva, la endemoniada Tomasota la Anguila, que muchos años antes había escapado del justo castigo que la Inquisición había impuesto á los que en aquella misma casa habían cometido el horrendo sacrilegio de quemar una imagen de la Purísima Concepción.

El caballero era el marqués de Rodovilla.

—¡Ah!—exclamó el marqués de Vadoclaro suspirando al llegar á este punto su lectura: ¿conque mi tío, mi buen tío el marqués de Rodovilla se trataba con brujas, hechiceras, endemoniadas, relapsas, infames y... ¡no! ¡no! cuando el buen padre Zoilo lo ha estampado con tal seguridad en esta relación, pruebas buenas y muy buenas y muy cumplidas tendría de ello. Pero, señor, ¿y por qué razón, por qué no se ha perseguido á ese pícaro de mi tío por estos delitos? ¿por qué no se le ha castigado? ¿por qué no le han quemado vivo en Tablada? Mi prima Dolores se hubiera quedado huérfana de padre y madre, porque la fecha en que anda esta relación su madre había ya muerto á consecuencia del endiablado pleito del gato, de aquel gato de Angola tan funesto y que tanta cola ha traído, y yo no hubiera encontrado dificultades para casarme con mi prima; porque la verdad es que si mi prima Dolores no me quiere, es porque mi tío ha hecho que me aborrezca, hablándola acerca de mí infamias y perrerías desde que tiene uso de razón; ¿pero qué me importa á mí mi prima Dolores, á quien no amo ya, porque á quien amo y por quien estoy loco es la Pepita? Y la verdad es que yo no amaba á mi prima Dolores, que me parecía demasiado enteca y sutil y delicada para que pudiese darme hijos robustos como yo los quiero: la verdad es que si yo había querido casarme con ella, y si todavía quiero sacarla del convento, es por empeño y no por otra cosa. ¡Qué dife-

rencia, señor! la Pepita me ha vuelto loco desde que la he visto: ¡válgame Dios! ¡pero si yo no he visto una hembra tan hermosa en todos los días de mi vida, ni que tenga las uñas tan finas! todavía me escuece esto: mejor, eso prueba que es honrada y que no sufre que la toquen al bulto. Pues, señor, bien: sacaré á mi prima Dolores del convento, porque le he dicho á su padre que la sacaré, me la llevaré, y me casaré con Pepita, si es que puedo casarme con ella. Sigamos leyendo, á ver si esto puede ser.

El marqués volvió á su lectura.

¿Por qué un caballero tan noble y tan cristiano como el señor marqués de Rodovilla, olvidándose del temor de Dios y de su decoro, iba á ver en una casa maldita á una mujer tal, tan despreciable como la tía Tomasota la Anguila, quemada en estatua por la Inquisición, y escondida en la sombra para evitar se verificase en su persona el castigo?

Vivía en la calle del Almirante, en una gran casa solariega, un anciano y nobilísimo señor que se llamaba don José de Velascó y Frías, conde de Puertocerrado y grande de España de primera clase.

Este señor era muy rico y muy estrafalario. Aborrecía la luz, y de día permanecía encerrado en un cuarto obscuro.

Para comer hacía pusiesen á las bujías pantallas verdes muy densas, de manera que la luz sólo alumbrase el plato, y comía muy de prisa, porque aun el reflejo de la luz le era insoportable.

Salía las noches oscuras con carroza cerrada, desde el interior de la casa y se iba al campo, por donde paseaba, saliéndose de la carroza, toda la noche, metiéndose en la carroza antes de que apuntase el alba, cerrando las ventanillas de la carroza, que estaban muy bien preparadas para que no entrase ni un resquicio de luz si esclarecía el día antes de que llegase á las puertas de Sevilla, y la carroza se metía cerrada, y de la carroza salía el conde para meterse en su cuarto obscuro. No se sabía á qué atribuir este odio á la luz, porque el conde no tenía afectados los ojos con enfermedades de ningún género.

Únicamente se creía, que habiendo perdido á su esposa al dar á luz una hija que tenía, guardaba de tal manera su recuerdo y creía de tal modo que los muertos no podían aparecerse donde hubiera luz, que estaba continuamente á oscuras esperando el momento en que la sombra de su mujer se le apareciese.

Pero esto no tenía otro fundamento que una sospecha, porque aun cuando el conde estaba siempre hablando de su difunta mujer, y decía á sus criados y á las personas que aun estando á oscuras iban á visitarle, que daría lo que le quedaba de vida y se sometería á sufrir doblado tiempo de purgatorio por ver á

su mujer aunque fuese en sombra, á nadie había dicho que vivía á obscuras por ver si su mujer se le aparecía.

Para cumplir sus deberes religiosos tenía una capilla en su casa, y en ella una tribuna cerrada con crespones negros que amortiguaban la luz de las dos únicas velas que se encendían en el altar para la celebración del santo sacrificio de la misa, y en aquel crespón había una abertura por la cual comulgaba con frecuencia el conde.

Su único entretenimiento eran los buenos libros, y para esto tenía su lector, que puesto al otro lado de una mampara de seda pintada de negro, leía, oyendo el marqués la lectura sin dejar de estar entre tinieblas.

Pero no era esto lo más singular, sino que tenía sentenciada á su hija única, que era una hermosísima criatura, á su mismo género de vida; y de tal manera, que la infeliz era como si hubiese sido ciega de nacimiento, porque no había visto más luz que esa que se filtra opaca y vaga á través de las tinieblas de la noche, y el reflejo que daba en su plato cuando comía frente á su padre, y las dos luces del altar de la capilla, cuando asistía con su padre en la tribuna ensombrecida á las prácticas religiosas.

La pobre niña no sabía leer ni escribir, porque para esto hubiera sido necesario luz, pero tenía buen trato de gentes, porque el conde, aunque á obscuras, era visitado con suma frecuencia por lo más noble y por lo más rico de Sevilla.

El conde hacía esto por guardar inmediatamente á su hija y porque la destinaba al claustro, en el cual pensaba meterla en cuanto cumplierse los quince años.

—Allí no estarás á obscuras—la decía—, pero no te verá nadie más que las buenas madres: las mujeres son muy desgraciadas, y como no quiero que lo seas, te destino á un puerto seguro y siempre tranquilo, adonde nunca llegan las oleadas del mundo.

Pero fué el caso de que antes de que la hija del conde cumplierse sus quince años, se le murió su mujer al marqués de Rodovilla.

¿Y qué tendrá que ver, dirás tú, benévolo lector, la muerte de la señora marquesa de Rodovilla, con que la señora hija del conde de Puertocerrado entrase ó no entrase en un convento?

¿Se casó acaso aquella señorita con el marqués de Rodovilla?

Nada menos que eso.

Sucedió que el marqués de Rodovilla, que se había ausentado muy pocas veces de Utrera y por poco tiempo, unas para ir á la corte á negocios y otras para pasar algunos días en Sevilla, cuando se quedó con su mujer, que se murió á consecuencia de un rarísimo litigio empeñado con su hermano á causa de un gato de Angola, tomó tal horror á Utrera, y tal comeción sintió por activar el pleito, que se

fué á Sevilla con su hija, resuelto á estar en ella mucho tiempo; y como era primo segundo ó tercero del conde de Puertocerrado, allá se fué á visitarle, sabedor, sí, de que su pariente vivía á obscuras, pero ignorante de que hubiese sentenciado también á la obscuridad á su hija única.

Cuando fué á hacerle la primera visita, encontró solo al conde de Puertocerrado con su hija.

Asombróse, y así se lo dijo á su primo, de su manía de vivir á obscuras, se lo ridiculizó en términos bastante vivos, creyendo hacerle un favor, y el conde empezó á torcerse con el marqués en su ánimo, aunque nada le dijo porque era muy mirado y muy guardador de las formas sociales.

Había algo que encantaba y enamoraba al marqués entre aquella obscuridad, y esto era, á pesar de lo reciente de la muerte de su esposa, la voz de la hija del conde, porque su voz era sonora, armoniosa, dulce, afable, inocente, sencilla, y se conocía por ella la excelente alma de la joven.

Por su parte, el marqués había gustado mucho á la joven porque era rico, decididor, y sobre todo porque había ridiculizado con mucha gracia la manía del conde de vivir á obscuras; de modo que lo que había irritado al padre, había cautivado á la hija.

El marqués repitió sus visitas, y á cada una de ellas salió más olvidado de la difunta, y más llena de memoria de la viva.

Y aconteció también que á medida que crecieron las visitas del marqués, fué creciendo la afición que la hija del conde había contraído por el marqués, hasta que se convirtió en amor.

Al fin, un día el marqués dijo al conde que necesitaba hablarle á solas, y éste se llevó á su hija, la encerró en un aposento más allá de otro inmediato á la sala donde el marqués estaba, volvió junto á éste, y le escuchó.

El marqués pidió al conde la mano de su hija, para dos meses después del día en que se cumplierse el luto que llevaba por su difunta mujer, y el conde negó redondamente al marqués, y no muy cortésmente, la mano de su hija.

El marqués quiso saber, ofendido ya, la razón de esta negativa, y el conde le contestó que su mujer había muerto en edad temprana de parto; que no quería exponer á su hija, á quien adoraba á esta desgracia, y que para evitarla había resuelto meterla monja.

El marqués se irritó, llamó ridículo, estrafalario y grosero á su primo, y tales cosas se dijeron los dos, que sobrevino un verdadero rompimiento de esos que no tienen soldadura; y al salir el marqués de la casa del conde, echando venablos, se encontró que salía más enamorado que nunca.

Procuró distraerse y poner en olvido á su

prima, pero por más que hizo sólo consiguió exacerbar su amor que llegó al punto de convertirse en una pasión desordenada y criminal.

Tentó el marqués el vado con los criados del conde, por ver de aproximarse á su prima, pero aunque los criados hubieran bien querido servirle por lo que les daba, les era imposible, porque el conde no se separaba de su hija sino para dormir, y entonces la encerraba en un cuartito que servía de dormitorio á la joven, y cuya puerta daba á la alcoba donde el conde dormía.

El dormitorio de la infeliz criatura no tenía ventana ni resquicio por donde pudiera ponerse en comunicación con nadie, y las paredes eran demasiado gruesas.

Así, pues, era imposible que el marqués, ni aun seduciendo á los criados del conde, se pudiese en inteligencia con su hija, porque aunque los criados le dieran una carta, ésta era inútil por dos razones, cada una de las cuales era bastante de por sí.

La joven no sabía leer, y además de esto, nadie lee á obscuras.

Por su parte la hija del conde se abrasaba de amor por el marqués, y lloraba y se afligía, y contrajo por el marqués, como el marqués por ella, una pasión desastrada y criminal; y llegó desesperada hasta el punto de decir á su padre que si no la casaba con el marqués de Rodovilla, se moría y se condenaba, porque iba á morir desesperada y desconfiando de la misericordia de Dios.

Llegado al colmo de la desesperación el marqués, y viendo que no había medio en lo humano para acercarse á la hija del conde, como no fuera por medio de una de esas violencias que castigan las leyes, acordóse, olvidado de Dios, de que había en el mundo hechiceros y brujas, criaturas racionales con pacto con el diablo, que lograban por medios de perdición cosas sobrenaturales.

—Nadie mejor que los gitanos conocen á esta clase de gente, porque los gitanos tienen algo de idólatras y se entregan á supersticiones y prácticas vanas, á pesar del celo del Santo Oficio.

Fuése, pues, á Triana el marqués, en busca de la gitanería, se metió en la casa de un herrero, y le dijo enseñándole la mano:

—A ver si adivinas lo que yo vengo á buscar aquí.

—Su merced—contestó el gitano—, viene á buscar una cosa que le hace mucha falta.

—¿Y qué cosa es esa?—preguntó el marqués.

—Una mujer—contestó el gitano á bulto—, porque estos impíos materialistas y «bozales» como no tienen ninguna educación, creen que á todo hombre le hace falta siempre una mujer.

Engañóse el marqués, creyendo que el gitano

tenía el don de la adivinación de las antiguas pitonisas, y le dijo:

—Dálo has en el ítem.

—Pero todavía su merced no me ha dado á mi nada—contestó el gitano.

El marqués sacó del bolsillo de su chupa una onza, y la dió al herrero.

—¡Que Dios bendiga á su merced!—exclamó éste—: á su merced le ha traído un ángel; de este dinero voy á comprarle dos velas á Nuestra Señora Santa Ana, que al fin ha oído las oraciones de estos pobres; pero dígame su merced, ¿esa buena hembra por quien su merced está penando con fatigas, no le quiere? Pues si no le quiere á su merced, mal gusto tiene porque su merced en un mozo que ya; y bien podría alegrarse, pues aunque no la conozco y aunque sea más hermosa que un lucero, nada tiene su merced, yo lo aseguro, que envidiarle á ella de gracia y de ángel, porque sí. ¿Pero no ves tú qué mujeres hay en el mundo, Aurorilla? ¿pues no hay una mujer en el mundo que no quiere á este señor?

—Vamos á ver—dijo el marqués que se había dejado adular creyendo la adulación, que la flaqueza de creer lo bueno que de nosotros se dice, es común á todos los hombres; vamos á ver, muchacho, ¿cómo haríamos para que yo pudiera sacar de casa de su padre á esa señora?

—Pero, vamos claros—dijo el gitano—: ¿ella le quiere á su merced ó no le quiere?

—Yo no lo sé, pero creo que sí.

—¿Cómo es que su merced cree que le quieren y no sabe su le quieren? ¿Sabe su merced que ya es cosa fuerte el entender á su merced?

—Te diré, á mi me parece que me quiere, porque me habla con un sentimiento, con una gachonería, que no parece sino que está en sus glorias cuando me oye hablar.

—Pero, dígame su merced: ¿su merced todavía no le ha dicho por ahí te pudras á esa señora? ¡Válgame Dios, y cómo se engaña uno! pues si tiene su merced una cara de gallo peleador, que no le dejaría yo á su merced solo con mi chiquilla, no fuera que al tirarle su merced el aceite la descalabrara.

—No he podido decir nada á esa señora, porque siempre esta con ella su padre, que es persona de mucho respeto.

—Pero, dígame su merced: ¿en la fisonomía de su semblante, y en el relampagueo de sus ojos, y en el sonreír, no ha visto su merced si esa moza le quiere ó no?

—Es que siempre estamos á obscuras.

—¡María Santísima, y qué económico es ese señor!

—Sea como fuere—dijo el marqués—, yo creo que ella me ama; necesito sacarla afuera, porque creo que ella se saldrá; no quiero valerme de ninguna violencia, con que á ver si tú me buscas alguna hechicería para que ella

salga y se venga á mí sin que nadie pueda impedirlo.

—¡Válgame Dios, señor—contestó el gitano ras-cándose detrás de una oreja—, y qué cosas que tiene su merced! ¡una hechicería! vaya: ¡si su merced lo pagara!

—Lo que me pidas te doy.

—Mire su merced: deme su merced tres onzas, y en seguidita le digo yo á su merced adonde tiene que ir esta misma noche en punto que sean las doce, y llame, y entre, y hable con una bruja que yo conozco (y el gitano bajó la voz para decir estas palabras), y que es la tal indina que saca á esa señorita, si no puede por otra parte, por el cañón de la chimenea.

—Ahí van las tres onzas—dijo el marqués sacándolas del bolsillo de su chupa, y entregándolas al gitano.

—Pues señor—dijo éste apresurándose á guardar las tres onzas donde había guardado la primera—: ¿sabe su merced á la puerta de San Juan, de la ciudad?

—Sí.

—Entrando en la puerta está la calle del Guadalquivir, ¿no es verdad?

—Sí, hombre, sí.

—Y oiga su merced: en entrando en la calle, en la primera calle á mano izquierda hay una casa muy grande que unos dicen que está deshabitada y otros dicen que en esa casa habitan los demonios.

—Esa casa—dijo con cierto espeluzno el marqués—, es la que llaman la casa maldita.

—Sí señor, eso es: pues mire su merced, á la puerta de esa casa es donde tiene que llamar su merced esta noche á las doce.

—Pues iré—dijo decididamente el marqués.

—Mire su merced que ya sabe la tía Anguila que su merced ha dicho que irá, porque la tía Anguila sabe todo lo que se dice en el mundo en todas partes y á todas horas, y si su merced no va y no le da lo que ella espera que le dé su merced, de rabia de esto le va á tomar á su merced enemiga la tía Anguila, y si su merced tiene ganado ó sementeras, que si las tendrá, cuente su merced con que al ganado le entra la morriña y á la tierra sequía, y le va á costar á su merced la torta un pan.

—Iré—dijo el marqués—: ¿y qué hay que hacer para que esa tía Anguila, que debe estar muy celosa, baje á abrir la puerta?

—¡Vaya! ¡si la tía Anguila estará esperando á su merced!

—Pues adiós—dijo el marqués—, y hasta más ver.

—Vaya su merced con Dios.

Apenas hubo montado en su caballo y alejándose con el criado que le acompañaba el marqués, cuando el gitano se quitó su mandil de cuero, se caló un «chapeo», se puso una ca-

pilla, y rebozándose en ella para que no le vieran la cara, apretó á correr, alcanzó al marqués antes de que llegara al puente de Triana, pasó junto á él como una exhalación, sin que al marqués se le ocurriera que aquel hombre que corría era el mismo con quien había hablado pocos momentos antes, siguió fuera de muros hasta que llegó á la puerta de San Juan, por donde se metió, y luego, tomando por la ronda interior, llegando á una tapia apuntillada, y viendo que nadie pasaba, saltó la tapia y desapareció tras ella.

Aquella tapia era la del jardín de la casa maldita, que estaba erial, convertido en un corralón en el que había algunos árboles secos.

Aún no habían transcurrido diez minutos cuando asomó sobre la tapia el semblante del gitano á ver si pasaba alguien, y viendo que no, saltó afuera.

Se escurrió hacia la calle del Guadalquivir, la siguió, se metió en un figón, pidió dos reales de morcilla de lustre frita y un chiquito de vino y medio pan, y se puso á comer con delicia.

Ya se sabe por qué estaba el marqués de Rodovilla en la casa maldita, y en el miserable aposento que en lo más alto de ella tenía Tomasota la Anguila.

—Pues ya sabía yo—le dijo ésta—, desde hace tiempo, que habías tú de buscarme, hijo.

—¡Válgame Dios, y qué fea que eres, madre!

—Mírame bien; que tú no me has visto bien—dijo la Anguila—: ¿si te crearás tú, hijo, que yo soy algún vejestorio? pues mira, todavía no tengo treinta y cinco años; ni estoy arruinada; que lo que tengo es que paso miserias y estoy flaca y se me han caído los dientes y me han repelado mis enemigos y se me han hundido los ojos de tanto llorar, y como no los sujeta la carne, mis huesos suenan cuando ando; pero con un poquito de buen trato, ya me iría yo inflando y me iría yo poniendo hermosa.

—¡Vaya!—dijo el marqués—; pues toma y trátate bien, prenda: á ver si con el beneficio, de tan horrible como eres, te vuelves hermosa como un lucero.

—¿Y qué me das tú aquí, caballero? ¡miseria!—contestó la Anguila sonando en la mano ahuecada cuatro onzas que la había dado el marqués—: ¡como que voy yo á entregarte á esa chiquilla y á ponértela como el jabón blando y á sacarla de su casa por esta tiña!

—Dí tú lo que quieres, que todo lo que ahora traigo encima es eso—contestó el marqués.

—Vamos á ver lo que tú quieres primero.

—Yo quiero tener mía á la hija del conde de Puertocerrado.

—¡Anda, anda, anda! ¡pues ya me han venido á mí otros señores con esa! ¿no es esa niña que nadie sabe si es fea ó bonita, porque su padre recibe las visitas á obscuras?

La bruja hablaba por las noticias que la había dado el gitano.

—Cabalmente—dijo cuidadoso el marqués—; ¿y tiene muchos adoradores la hija del conde?

—¡Que si tiene! Más espesos que la lluvia que está cayendo ahora. ¡Anda, truena, hunde al mundo, maldito!—añadió con ronca voz la bruja al oír el trueno espantoso, porque como sabemos, la noche era de tormenta.

La luz de los relámpagos entraba por una ventana desgarnecida de la torrecilla, deslumbrante, verde, espantosa.

El viento agitaba la luz de la tea sin apagarla.

Por el movimiento de la luz hacía oscilar las sombras del marqués y de la bruja, que se proyectaban sobre la pared opuesta.

Aquello era espantoso.

El marqués de Rodovilla estaba dejado de la mano de Dios.

—¡Que si tiene enamorados la hija del conde!—continuó la bruja—; vaya, á montones; pero son unos miserables que no quieren gastar: ¿ofrecerme á mí veinticinco ó cincuenta onzas porque les pusiera en las manos una perla, y obligar á su padre á que la casara y trajese el día de mañana un condado y millones sin fin? No señor, no; yo no hago eso; y si tú vienes con lo mismo, ya te puedes estar yendo.

—Lo que me sobran á mí son títulos y millones—dijo el marqués de Rodovilla—: y yo no quiero casarme con la hija de Puertocerrado, porque se la pedí y me la negó con menosprecio, y yo no se lo perdono; lo que quiero es afrentarle y decirle: tú no quisiste que tu hija fuese mi mujer, pues ahí tienes que tu hija es mi querida.

—Eso es distinto—exclamó la bruja haciendo una mueca horrible, á tiempo que resonaba un trueno espantoso que hizo retemblar la torrecilla. Vamos, me darás tú quinientas onzas.

—Sí; pero no te las daré hasta que me hayas entregado la hija del conde.

—Es menester que me des la mitad á lo menos, porque tengo yo que comprar ciertos unfos y ciertas cosas que cuestan muy caras, que la magia no se hace así como quiera; y si no me das eso, nada puedo hacer y nada haré, y guárdate de mí, que si no me das ese dinero, de tí he de vengarme por haber venido á burlarte de mí.

—¿Cuándo quieres las doscientas cincuenta onzas?

—Mañana á la noche á estas horas.

—Pues vendré.

—Bueno: pues en eso quedamos; echa á andar, que necesito quedarme sola para evocar los espíritus infernales y preguntarles lo que hay que hacer para darte gusto.

El marqués siguió á la bruja, que cogió la tea que hasta entonces había estado clavada en una rendija del suelo, volvieron á bajar la peligrosa y larga escalera, atravesaron el patio

en medio del cual la lluvia apagó la tea á la bruja, y ésta asíó con su mano árida, cuyos dedos parecían sarmientos, una mano del marqués, que se crispó, y á través de las tinieblas le llevó á la puerta, que abrió le echó fuera y le dijo:

—Que no te olvides que te espero mañana á las doce.

El marqués se alejó estremecido, tal vez arrepentido de valerse de tales medios.

Pero había contraído un empeño, tenía herida su soberbia, dominó el horror que le había causado la bruja, y se afirmó más en su propósito de valerse de ella.

La tía Anguila, cuando se hubo alejado el marqués, salió á la calle, se deslizó junto á la pared de la casa maldita, ganó la ronda del muro, adelantó por ella, pasó más allá de las tapias del que había sido jardín de la casa de los Afan de Rivera, siguió más adelante, llegó á una taberna que estaba cerrada, cogió una piedra del suelo, y llamó con fuerza á una ventana baja por tres veces, y por intervalos iguales.

—¡Allá voy! ¡allá voy!—dijo una voz ronca desde el interior, al sonar el tercer llamamiento.

Y á poco se abrió la puerta de la taberna, dejando ver un fondo obscuro.

La Anguila entró.

—¿Qué se ofrece, indina?—dijo aquella voz bronca, vinoso, que sonaba á crimen.

—Primerio, échame un vaso de aguardiente.

Se cerró la puerta, y luego se oyó como buscar á tientas.

—¡Toma!—dijo á poco aquel hombre—¿y no has venido más que á eso? ¿y para eso me has despertado?

—Bueno es este aguardiente—dijo la Anguila—; pero me parece que no has llenado el vaso: échame más.

Se oyó un ligero choque de vidrio contra vidrio.

—Que si no—dijo poco después la Anguila—no me harto de él.

—¿Y no has venido más que á eso, Anguila?

—¡Qué bruto eres, Ronquillo!—exclamó la Anguila—; pues aunque yo me parezco por el aguardiente, ¿había yo de salir por él de casa á estas horas, y más teniéndole allí, que nunca me falta una limeta de arroba?

—Así estás tú de consumida; pero vamos á ver: ¿á qué vienes?

—Me han ofrecido cuatrocientas onzas la mitad me las traerán mañana á la noche, y yo te las traeré para que gastes lo que sea menester, como que habrá que llenarles el ojo á los muchachos.

—Pero ¿qué es ello?

—Nada, sino que un señor marqués se ha

enamorado de la hija del conde de Puertocerrado, y quiere sacarla de su casa.

—¡Pues no tengo yo trabajado mucho que digamos por el conde de Puertocerrado!—dijo el Ronquillo—: como que á tientas y sin equivocarme puedo yo ir adonde tiene el gato el señor conde, que lo tiene en un armario de hierro en su mismo dormitorio, y la llave no se le cae nunca á su excelencia de encima; ¡como que la tiene atada á la cruz del rosario que lleva al cuello! ¡como que es muy cristiano el buen señor!

—¿Y cómo sabes tú eso, Ronquillo?

—¿Qué como lo sé? ¡pues vaya! ¡como que no estamos aquí siempre al olor de los tontos que tienen mucho dinero dentro de su casa! ¡Mira tú el conde de Puertocerrado! recibe á esportadas el oro de sus arrendadores y gasta muy poco, porque tiene manía de vivir á obscuras: ¡mira tú que manía! si la gente rica, como está harta de todo, echa unas rarezas por entretenerse, ¡que ya! Pues señor, yo dije, en metiéndole un criado entre cuero y carne al señor conde que sea amigo mío, negocio hecho; y fui y aleccioné á Pitigrin, que ya sabrás tú que es muy guapo y muy fino, y una vez que el amo despidió á su ayuda de cámara porque entró con luz en su cuarto, allá se fué Pitigrin á hablar con el mayordomo, muy bien vestido y muy suave, con la Sabihonda, que es su querida, y él dijo que era su prima, muy bien vestida y muy modesta, que parecía que en su vida había roto un plato; y le dijo al mayordomo que él y su prima, que acababan de ir del pueblo, querían entrar á servir en casa del conde, y que en la tienda de comestibles de la calle de Regina, junto á la Encarnación, darían todos los informes que se pidiesen. La carnada que llevaba Pitigrin era la Sabihonda, y el mayordomo tragó el anzuelo. Tomó informes, por tomarlos, de Pelahambre el tendero de la calle de Regina, y ya ves tú si los darías buenos, ¡como que esta en el ajo! Hace quince días están sirviendo en la casa del conde de Puertocerrado Pitigrin y la Sabihonda, y ya tengo yo el plano de la casa, y sé á qué hora se acuestan los criados, donde duermen, por donde se puede entrar, y lo que hay que hacer para llegar á aquel armario donde hay tanta bendita onza de oro. Con que mira tú que casualidad que ese señor quiera quitarle al conde su hija; y que duerme en un cuartito adonde se entra por el dormitorio del conde: ¡ya ves tú, en un camino dos recados!

—Pues bu no—con está la Anguila—: m ñ na á estas horas estoy yo aquí con doscientas onzas: échame otro vaso de aguardiente.

—¡Que te vas á abrasar las entrañas, mujer!

—Mejor, así me iré antes y con el mío.

—A mí, ¿á ver cómo no revientas, maldita: toma.

Bebió de nuevo la Anguila, se despidió de Ronquillo y se fué á su casa.

A la noche siguiente, el marqués fué á buscarla, y para tenerla más propicia la entregó trescientas onzas, y la ofreció darla cuatrocientas en el momento en que le entregase la hija del conde.

La Anguila le citó para de allí á dos noches, ofreciéndole que para entonces podría decirle algo con seguridad.

Acudió á aquella cita el marqués, y la Anguila le dijo que tres días después fuese á esperar al camino de Santiponce, á un cuarto de legua de Sevilla, por la noche, después de las doce; que ella iría y recibiría las cuatrocientas onzas ofrecidas, y que en recibéndolas esperaría á que pasasen dos hombres á caballo, llevando uno á una mujer, que sería la hija del conde; que hiciese la farsa de ir á libertarla, pero que tuviese entendido que aquellos hombres no se la dejarían quitar si ella no hacía una seña, y que si el marqués llevaba mucha gente por no dar las cuatrocientas onzas, matarían á la hija del conde y escaparían á uña de caballo.

Convinieron además en otras muchas cosas, y el marqués y la bruja se separaron.

La noche siguiente á la última en que se vieron el marqués de Rodovilla y la Anguila, fué obscura y tempestuosa.

Acababan de dar las doce en la Giralda, cuando un joven como de veinticuatro años, que estaba echado en una habitación modesta sobre un lecho, y vestido, se levantó, salió sin luz del aposento, á través un corredor, bajó á tientas una escalera, adelantó, y se encontró al aire libre, bajo la lluvia: atravesó un grande espacio.

Aquel espacio era el del jardín de la casa del conde de Puertocerrado.

Aquel joven llegó á un postigo que en la tapia había, y se le oyó trastear primero en una cerradura y luego en otra.

El postigo se abrió.

Entraron cuatro hombres en silencio.

El postigo volvió á cerrarse.

—¿Y el perro?—dijo uno de aquellos hombres.

—¡Toma! ¡toma!—contestó el de la casa—, durmiendo.

—¿Le echaste la carnada?

—Sí.

—¿Y reventó?

—Sí, hombre, ¿pues qué había de hacer?

—¿Está todo listo?

—Sí.

—¿Y los otros criados?

—Durmiendo.

—¿Quién queda junto al señor?

—El viejo Cosme, que no puede tirar de los

zapatos, y que tiene el sueño más pesado del mundo.

—De modo, que no nos sentirá.

—Tened mucho cuidado con las ganzúas, que no suenen.

—¿A quién le vendrás tú á encargar eso, aprendiz?—dijo el que antes había hablado, y que á juzgar por la voz era sin duda Ronquillo.

—Yo lo digo por lo que conviene, porque si despierta Cosme y da voces, y despiertan los criados, os va á ir mal, porque son muchos y valientes.

—Anda, anda, vete á tu cuarto y acuéstate como si tal cosa—dijo Ronquillo—, que ya sabemos nosotros lo que tenemos que hacer.

—Os llevaré antes á la puerta del jardín que da á la casa para que no tengáis que perder tiempo.

—Eso bueno—dijo Ronquillo—; y así, callando ya.

Adelantaron, y desde entonces no se dijo ni una sola palabra.

Pitigrín llevó á Ronquillo y á los otros tres á una puerta por la cual y por una gradería se pasaba de la parte principal del piso bajo de la casa al jardín. Una vez allí, Pitigrín se escurrió, y por la otra puerta de escape ganó las escaleras, subió á su cuarto, se desnudó y se acostó.

¡Tranquilidad empedernida de los criminales!

A pesar de que sabía que en aquella casa iba á suceder algo terrible, apenas se acostó se durmió.

Ronquillo buscó la cerradura de la puerta junto á la cual le había dejado Pitigrín, la encontró en un momento sin ruido, y sin saberse cómo aquella puerta fué abierta.

Ronquillo sacó de debajo de la capilla en que iba envuelto una linterna cuyo cristal tenía pegado un papel verde, de modo que la luz que aquella linterna producía era tan opaca, tan leve, que apenas dejaba percibir los objetos.

Se encontraban en un ancho corredor.

A los lados había algunas puertas, y una grande y bastante bien ornamentada al fondo.

Aquella puerta fué abierta sin ruido por Ronquillo, con una ganzúa.

Entraron en una especie de antesala.

Al entrar había una puerta al fondo, pero no había necesidad de abrirla.

Estaba entornada.

Antes de pasar aquella puerta, Ronquillo consultó un papel ajado: en aquel papel había una especie de plano.

Con arreglo á aquel plano, después de aquella antesala había una sala, y á la derecha de la entrada estaba la puerta de cristales de la grande alcoba donde dormía el conde de Puerto-cerrado.

Dentro de aquella alcoba había otra puerta

que correspondía á un aposento donde dormía la hija del conde.

Ronquillo empujó la puerta de la sala, y antes de entrar se metió la linterna debajo de la capa.

En seguida se deslizó dentro de la sala, seguido por los otros tres hombres, que parecían fantasmas fatídicos, negros, de forma extraña, que habían aparecido de una manera fantástica á la luz verdosa de la linterna, y que al ocultarse ésta se habían hundido en las tinieblas.

Ronquillo adelantó hacia la puerta de la alcoba de una manera tan silenciosa que no podía percibirse el ruido de sus pasos.

Sin embargo, los que le seguían los percibían; y de la misma manera los pasos de éstos no producían ruido.

Empujó al fin la puerta de cristales Ronquillo. Adelantó y tocó un lecho.

Tentó suavemente sobre el lecho, y encontró una cabeza.

Apenas la hubo encontrado, cuando sus dos manos asieron la garganta del dormido, que no tuvo tiempo para gritar.

Solo se oyó un ronquido leve, el ruido sordo y violento del lecho, causado por un estremecimiento poderoso.

Aquello duró poco tiempo.

—Ya está—dijo en voz baja Ronquillo—; ahora, á la otra.

Y torció alrededor del lecho, palpó y encontró una puerta cerrada.

La abrió con una ganzúa y entró.

Le siguieron los otros tres.

En cuanto hubo entrado, Ronquillo sacó la linterna de debajo de su capilla, y la luz verdosa alumbró débilmente aquel pequeño aposento.

Sobre un lecho muy blanco y muy bello había una joven hermosísima, pero la luz especial de la linterna daba á todo aquello un color fantástico y sombrío.

Ronquillo entregó la luz á uno de los que le acompañaban, sacó de uno de los bolsillos de su chaqueta un pañuelo preparado ya, y al despertar la joven la tapó la boca de tal modo, y con tal maestría y tal rapidez, que no pudo lanzar ni un solo grito.

—Vamos, pronto, el saco—dijo Ronquillo.

Uno de sus hombres sacó de debajo de su capa un saco bastante fino.

Aquel saco era de lienzo en el interior, de lana en el exterior.

Ronquillo arrancó de un tirón la cubierta de la cama, y afortunadamente para el pudor de la joven, tenía todas sus ropas interiores y puestas las medias.

Dos de aquellos hombres la agarraron, y otro tuvo el saco: la metieron en él y se lo cerraron en la garganta, pero sin oprimírselo, de manera que la joven no podía moverse.

Estaba además desmayada.

La pusieron un capuz de seda sobre la cabeza, ancho, que la caía hasta los hombros, y suelto, de manera que podía respirar.

—Afuera con ella—dijo Ronquillo.

Aquellos tres hombres la asieron uno por la parte superior del cuerpo, otro por la inferior, y el tercero la sostuvo la cabeza, y precediéndolos Ronquillo atravesaron el dormitorio del desgraciado conde, salieron á la sala, luego á la antesala, después al jardín, y llegaron á una tartana que estaba ya dentro de él y que los hombres que habían quedado en la calle habían introducido por el postigo.

El postigo había sido cerrado de nuevo. En la tartana había algunos colchones cubiertos por dos mantas, y dos almohadas; un lecho, en fin.

En aquel lecho fué puesta la joven.

Volvieron entonces los seis adentro, al dormitorio del conde.

Entonces apareció otra linterna de luz bastante viva.

Lo que se vió entonces fué horrible.

El conde estaba inmóvil, lívido, muerto sobre el lecho.

El terrible Ronquillo había concluído bien y pronto su infame operación.

Al pie del lecho del conde, junto á la pared, había un grande armario de hierro.

Ronquillo descubrió violentamente el cadáver, le abrió la almilla, apareció su garganta amoratada, y parte de su pecho blanco y flaco.

El pobre conde era ya viejo y delicado.

Sobre su pecho, pendiente de su garganta, había un rosario de coral engarzado en oro.

La cruz de este rosario era de valor, porque tenía algunos brillantes.

Unida á esta cruz por un lazo de cinta de seda, había una pequeña llave.

Ronquillo, á sangre fría, como si se hubiera ocupado de la cosa menos violenta del mundo, desató la llave, quitó el rosario al cadáver y lo guardó en el bolsillo; quitóle además una sortija de brillantes que tenía en el dedo del corazón de la mano derecha, y la guardó también.

Luego tapó completamente el cadáver con la cubierta.

Los otros cinco hombres formaban un grupo harapiento, horrible, en un ángulo del dormitorio.

Uno de ellos tenía en la mano la linterna que iluminaba aquel cuadro sombrío.

Ronquillo se dirigió ansioso al armario, y abrió su parte alta.

Dentro había cuatro tablas: dos de ellas contenían libros y legajos; sin duda papeles importantísimos de la familia.

Las otras dos tablas una vajilla de plata, y como hasta una docena de estuches de gran tamaño.

Abrió ansioso uno de los estuches Ronquillo. Contenía un collar de brillantes, otro, una gar-

gantilla de perlas de diez hilos, y á lo menos de tres vueltas, gruesas, redondas é iguales las perlas, y pendiente de un broche de brillantes un medallón de oro, y en él el retrato en miniatura de una joven como de veinte años, rubia, pálida, con los ojos negros, hermosísima y ricamente prendida.

Ronquillo echó los dientes al medallón, rompió el cristal, descompuso el marco, sacó el retrato y lo arrojó sobre el lecho donde estaba el cadáver.

Luego puso la gargantilla en el estuche, y cerró éste.

Fué examinando los estuches: contenían pulseiras, aderezos, veneras, alhajas, en fin, gran valor.

—¡A ver, un saco!—dijo con la voz más ronca que de ordinario, Ronquillo.

Uno de aquellos andrajosos de semblante reblandecido, de ojos lagrimosos, de fisonomía estúpida, de barba rala, cubierta la cabeza por una gorra de piel de conejo, sacó de debajo del balandrán que le cubría un saco de los de trigo, de cabida de tres fanegas, de los que llaman «jaldas» en Andalucía.

—A ver si vais echando ahí—dijo Ronquillo—, de manera que no hagáis ruido, toda esa plata.

La que había en las dos tablas, que era mucha, fué trasladada al saco.

—¿A ver si podéis con él?—dijo Ronquillo tomando la linterna al que la tenía.

—¡Pues no hemos de poder!—dijo uno.—¿Habrá ahí treinta arrobas?

—Puede ser que las haya, Javero —dijo Ronquillo.

—A bien que no es menester más que sacar esto al jardín—observó Javero—, y de aquí allá bien podemos cada uno con seis arrobas.

—Piensa en lo que le puedes comprar á la Javerilla con la parte que te toque. Anda, anda, y verás cómo sacas fuerzas; y lo mismo las sacaréis vosotros en cuanto os acordéis de vuestras hijas y de vuestras queridas. Esperad, voy á echar ahí estas cajas.

—¡Eso sí que valdrá dinero!—dijo otro.

—Vaya, Cosilla—dijo Ronquillo—: bien me parece á mí que valen más de un millón todas esas cajas. ¡Y lo que tenía ese pícaro viejo! Anda, anda, que ya no necesita nada.

Y Ronquillo puso en el costal los estuches, que llegaban á veinte. Cargaron con gran trabajo con aquella «jalda» de plata y alhajas los cinco bandidos, y alumbrándoles Ronquillo, salieron.

Antes de entrar en el jardín, Ronquillo guardó la linterna debajo de la capilla, y desde la puerta avanzaron á obscuras hasta la tartana, y allí, á tientas, metieron en su bolsa la «jalda».

Volvieron al dormitorio.

Ronquillo había sacado su linterna al entrar en la casa.

Abrió la parte baja del armario, y en una tabla encontró veinticuatro repellos saquillos.

Examinó uno Ronquillo, y lo encontró lleno de onzas mejicanas.

Un aullido de alegría, mejor dicho, un rugido, porque aquello fué sordo, salió del pecho de todos los bandidos.

—¡Eh!—dijo Ronquillo—: me parece que estáis contentos con vuestro capitán.

—¡Pues no hemos de estarlo! ¡si hace más milagros que un santo!—dijo Cosilla.

—Vamos—dijo—, cada saco de estos tiene mil onzas, lo conozco por el bulto, y pesa cada uno dos arrobas y media; conque á ver, cargad con el costal, y fuera.

Echaron en otra «jalda» doce de los sacos. Cargaron con ella, la sacaron al jardín y la metieron en la bolsa de la tartana.

Volvieron á entrar, y á poco salieron con otra «jalda» que echaron también en la bolsa.

Una vez hecho esto, dos de los bandidos se pusieron al morro de las dos mulas que tiraban de la tartana, la revolieron, abrió el portillo Ronquillo, salió la tartana á la calle, encajó Ronquillo el postigo, y á buen paso se dirigieron todos á la calle del Guadalquivir.

Iban dos delante, preparados con trabucos, resuellos á defenderse de toda ronda que les saliese al encuentro.

Otros tres detrás, con trabucos también; uno al morro de la mula delantera.

Y marchaban rápidamente.

Hay que advertir que las mulas no llevaban campanillas.

La tormenta había arreciado.

La lluvia caía espesa y violenta.

El huracán se revolvía entre las calles.

Retumbaba el trueno de tiempo en tiempo, precedido de un fuerte relámpago.

Era aquella mala noche de rondas.

Así es que los bandidos llegaron con la tartana á la casa maldita de la calle del Guadalquivir, media hora después de haber salido de la casa del conde de Puertocerrado.

La puerta se abrió inmediatamente, como que estaba esperando la Anguila.

Entró la tartana, entraron los bandidos, y la puerta se volvió á cerrar.

Atravesó la tartana el zaguán, el patio, y se detuvo delante de la puerta de una gran sala baja.

En ella, sobre el alféizar de una ventana, había en un viejo candelero de hojadelata una vela de sebo encendida.

Sentado en el otro extremo del alféizar había un hombrecillo decentemente vestido, y cuyo semblante, que revelaba lo menos sesenta años, tenía el corte del de la lechuza y la astucia y el recelo del de la zorra.

Se puso de pie al entrar la Anguila con los bandidos en la sala.

—Vamos, ¿está ahí eso?—dijo.

—Sí señor, sí—contestó Ronquillo.

—¿Y habéis «afanado» alhajas?

—Sí señor, sí, muchas y buenas.

—Veámoslas—dijo con ansia aquel hombrecillo.

—Poco á poco—dijo la Anguila—: ¿y la niña? ¿os habéis traído la niña?

—¡Pues para qué no nos la trajéramos!—dijo Ronquillo.

—Pues la niña es lo primero: á ver si la sacáis, que la tengo yo preparado al otro lado del patio cuarto y cama. Conque vaya, vamos á sacarla y á ponerla en seguridad: ¡pobrecita! que no se estropee.

Los bandidos fueron á la tartana, sacaron de ella á la hija del conde, que continuaba desmayada, y siguiendo á la Anguila, la llevaron á un pequeño aposento desguarnecido, y en el que en punto á comodidad sólo había una cama bastante aceptable, un felpudo viejo á los pies de la cama, junto á su cabecera una mala silla, y en la pared de enfrente una mesa maltratada, y junto á ella, sentada, una muchachota robusta, joven y de no mal aspecto, á quien la Anguila había buscado entre sus conocimientos para que cuidase de la señorita que esperaba.

Entregáronse la Anguila y la joven de la hija del conde, la sacaron de la especie de costal en que estaba embutida, y la arrojaron en la cama, sin que la joven diese muestras de volver en sí.

La Anguila se salió con Ronquillo y con los otros bandidos y se trasladó á la sala baja, donde esperaba don Nemesio, el platero de los ladrones, ó lo que es lo mismo, el hombre que compraba por un ínfimo precio á los «buscadores» todas las alhajas de pedrería, oro ó plata que robaban.

—¿Os parece—dijo don Nemesio cuando entraron en la sala baja donde se encontraban la Anguila, el Ronquillo y los otros—, que estoy yo aquí que Dios me ha echado al mundo para perder el tiempo y para que se me tenga comprometido? porque aquí se tiene la misma seguridad que un duro en medio de la calle. Si se le pone al señor del gran poder meterse en esta casa á saber si hay en ella duendes ó brujas, estamos al reloj; al que vaya á Ceuta se le puede dar la enhorabuena. Conque, andandito, á ver á lo que se ha venido, muchachos, y si se os puede dar por ello algo.

—Me parece á mí, don Nemesio—dijo Ronquillo—, que no tiene usted dinero bastante ni lo tendrá en su vida para pagar lo que esta noche se nos ha metido por casa; y si no, á ver, Cosilla, echa para acá esas veinte cajas ó estuches, ó lo que sea, para que se quede bizco don Nemesio; ¡qué! ¡si hay unas perlas gordas como los garbanzos de los gordos, y á cientos! ¿Y diamantes? Pero ¿á qué es hablar? Anda, anda, Cosilla, y no estés ahí como un abanto, dormilón, que en llegando cierta hora de la noche no se puede contar contigo.

Cosilla salió y volvió á poco, trayendo en

el halda de su andrajosa capa lo que se le había pedido.

Todo aquello fué á parar encima de una mesa.

Don Nemesio, como un bultre hambriento, se tiró sobre los estuches, los abrió, y se quedó absorto.

La luz de la vela de sebo arrancaba destellos vivísimos de los brillantes.

Le seducía el mórbido y lascivo color de las perlas, su tamaño, su igualdad.

—En fin—dijo volviéndose trágicamente hacia Ronquillo y sus adláteres, quince mil pesos de los fuertes de Méjico, columnarios, con los dos mundos, por todo esto; y no hay que decir ni una palabra, porque..

—Porque no—dijo Ronquillo—; ¡quince mil ni treinta mil, ni cuarenta y cinco mil: cuenta redonda, don Nemesio, cincuenta mil pesos fuertes.

—¡Cincuenta mil pesos fuertes, muchacho!—exclamó don Nemesio redondeando su boca, abriendo mucho sus ojos y espeluznándose todo—: ¿sabes tú lo que son cincuenta mil pesos fuertes?

—Cincuenta mil pesos fuertes son cincuenta mil pesos fuertes: ¿entiende usted, don Nemesio? Y oiga usted: si usted no los da los dará otro; y si no ahí está don Nicolasito, el otro platero de ladrones, que si yo no hago nada con él es porque á fuerza de dinero me «jonjabó» una chiquilla que yo quería y me hizo tragar quina, y yo no se lo perdono; pero cuando se trata de asuntos que tanto importan, enemistades á la mar, que con las enemistades no se come y con el dinero sí; y yo soy un hombre de mucha razón, y nuestro trabajo nos ha costado eso y nuestro compromiso; y si usted había de ganarse quinientos por ciento, conténtese usted con el doscientos, que es menester que todos vivamos, hombre, don Nemesio, y no hay que hablar más.

—Os daré los treinta mil.

—Los cincuenta mil, ni un ochavo menos.

—No puedo; estas alhajas no valen lo que creéis.

—Pues dejarlo, amigo, no hay que incomodarse por eso, pero estas alhajas no salen de aquí si aquí no se mete un millón de reales. Ea, y á no cansar más, que da desgano y fatiga de ver que quiere usted comérselo todo, don Nemesio, que le debían llamar á usted don Tiburón.

—Pues quedaos con Dios, que Dios no me ha hecho á mí para perder.

—Pues vaya usted con Dios, don Nemesio: mira, Anguila, anda y ábrele la puerta, que cuando él no hace el negocio es porque no le conviene hacerlo.

Tomó la bruja la luz, echó á andar, y detrás de ella se fué don Nemesio.

Ronquillo no le dijo ni una sola palabra.

Antes de llegar á la desgarnecida puerta de la sala baja, que más que puerta parecía un boquerón, don Nemesio se volvió, y dijo:

—Hombre, tengamos juicio, y partamos la diferencia: que no sean ni los treinta mil que yo te he ofrecido, ni los cincuenta mil que pides tú: quédese la cosa en cuarenta mil, y así saldremos todos bien.

—Oiga usted, don Nemesio—dijo Ronquillo—; ¿por dónde iría usted ya si no hubiera vuelto?

—¡Conque el millón!

—Sí.

—¡Un millón! ¡un millón! Pensar que de esta manera se adquiere un millón...

—Mire usted, don Nemesio, dejémonos de rodeos: ¿usted da los cincuenta mil, sí ó no?

—De manera que si tú te empeñas en ello...

—Si me aprieta usted me alargo hasta el millón y medio; y lo dicho, don Nemesio, que me voy á don Nicolasito, aunque tenga que perdonarle la mala partida que me hizo.

—Es que yo no tengo un millón, muchacho.

—Pues búsquelo usted: en fin, todo lo que yo puedo hacer es darle á usted quince días de plazo para que realice esos fondos.

—¡Tú estás loco!

—Pues mire usted, don Nemesio, no hay quien me cure á mí de mi locura; y si no ha de ser, lárguese usted, hombre, lárguese usted, que me está ya incomodando á mí tanta calma y tanta tunantería; ea, y luz, ó le meto á usted mano y le corto el pescuezo y lo tiro al pozo y se acaba un pícaro en el mundo.

—Pero ¿no oyes, tú?

—Yo no oigo nada, don Nemesio: usted es un usurero y de las usurerías nadie le saca á usted, conque andando; si quiere usted hacer el negocio, dígalo usted, y si no lárguese usted, en la inteligencia que si vuelve usted mañana ya todo eso está derretido.

—Bueno, hombre, bien, á ti hay que darte gusto, porque eres mal enemigo; pero que lo creas, que no lo creas, pierdo en el negocio.

—Déjese usted de «bulerías», don Nemesio, y vamos andando, y que gane cada cual lo que pueda, y no molamos; le digo yo á usted que parta mal rayo á la Bizca, que es lo que más quiero en el mundo, y á los «chorrés» que ella me ha dado, si doy yo esa perdición de Dios que está sobre la mesa ni un ochavo menos de cincuenta mil pesos fuertes mejicanos.

—Pues bueno, hombre, bueno, hay que darte gusto, y si ahora se pierde, váyase por cuando se gane: me llevo esas alhajas.

—Trae el tintero y un pedazo de papel, Anguila—dijo Ronquillo.

La Anguila salió, y volvió instantáneamente, trayendo en la mano un tintero de cuerno con media pluma y un pliego de papel blanco.

—Escriba usted ahí, don Nemesio—dijo Ronquillo.

Don Nemesio se hincó de rodillas junto á la mesa, porque no había silla, y esperó á que le dictase Ronquillo.

Este dijo:

«Hermano Porras: Ahí te envío el plano de

la casa de don Nicanor Ruiz; se puede hacer la mina tomando en arrendamiento un casuco que hay junto á la huerta de los Carmelitas, y en sacando la mina á una habitación que en el plano está señalada con tinta verde, se llega á un punto que está señalado con tinta encarnada, que es un arca donde hay mucho dinero y muchas alhajas. Conque no hay que desmayar, y al avio, que es muy buen negocio.—Tu amigo,

»Nemesio Patiño.»

Cuando hubo acabado de escribir el infame platero esta carta, Ronquillo se apoderó de ella, y dijo guardándola en una sucia cartera.

—Don Nemesio, si dentro de quince días no me entrega usted á mí en buenas onzas de oro cincuenta mil pesos fuertes, me voy á San ticone, le escribo una carta sin firma al señor Asistente, diciéndole que un hombre de bien le escribe para remitirle la otra carta en que se trata de un robo; y como todo lo que en esa carta que yo le he dictado á usted es verdad, porque visto el plano de la casa de don Nicanor Ruiz se ve que la habitación marcada con puntos verdes es aquella en que hay muchísimo dinero en el lugar señalado por el punto encarnado y que la huerta de los Carmelitas está orilla, y orilla el camino de que habla, le agarran á usted y lo echan lo menos por diez años y un día á presidio.

—Vaya, no será menester eso, porque dentro de quince días tendrás onza sobre onza el millón.

Y don Nemesio se metía en todos los bolsillos; los estuches, los que no le cabían en el bolsillo los puso en un pañuelo; después de lo cual se fué, precedido de la Anguila, que iba á echarle fuera.

Se quedaron los seis bandidos y la Anguila, que volvió á poco.

—Pues señor—dijo Ronquillo—: con este negocio somos felices y podemos echarnos á hombres de bien, y además que en pasando los quince días que le hemos dado plazo á don Nemesio, nos echamos sobre el negocio de don Nicanor Ruiz; pero vamos á lo que ya está en casa: aquí hay veinticuatro mil onzas de oro.

Y señaló al montón que formaban los sacos cerca de ellos.

—Voy á echar la cuenta sobre la mesa, que es tan buen papel como otro cualquiera; hay que multiplicar veinticuatro mil por diez y seis. Pues señor, resulta que veinticuatro mil onzas son trescientos ochenta y cuatro mil pesos fuertes: me parece bien. Pues señor, trescientos ochenta y cuatro mil multiplicados por veinte, vamos á ver lo que resulta; aquí está: resultan siete millones seiscientos ochenta mil reales; hay que añadir un millón que nos ha de dar don Nemesio, de manera que ya son ocho millones y el pico; hay que añadir cuatrocientas onzas que nos da el marqués de Rodovilla

por la hija del conde; Dios le haya perdonado. Veinticinco onzas son ocho mil reales; cuatrocientas onzas tienen diez y seis veccas veinticinco onzas; ocho por diez y seis son... vamos á verlo: son ciento veintiocho mil reales. Pues señor, añadiendo á ocho millones seiscientos ochenta mil reales, ciento veintiocho mil, resultan ocho millones ochocientos mil reales: ahora hay que partir entre tres esta cantidad, porque la tercera parte me corresponde á mí, y ¿á qué hemos de andar con miserias? pongamos que son nueve millones, á mí me tocan tres: quedan para repartirlo entre vosotros cinco y la Anguila, cinco millones ochocientos ochenta mil reales; del pico faltan para un millón ciento noventa y dos mil, que son... no andar con miserias, nueve mil seiscientos duros, con que á hacer el prorrateo y á tomar cada cual su parte: yo tomaré ahora mismo dos millones y cobraré de don Nemesio el otro, que es hombre de confianza, y allá vosotros. Cada tres sacos son cuarenta y ocho mil duros faltan seis mil para mi parte. Apartar seis sacos: faltan cuatro mil duros, que es lo mismo que doscientas cincuenta onzas. Mirad cómo se abrevian las cuentas: abrid uno de esos sacos y contad doscientas cincuenta onzas y dádmelas, que los otros seis sacos ya están en este lado.

Obedecieron los bandidos, Cosilla contó las doscientas cincuenta onzas y las entregó á Ronquillo, que se las guardó en los diferentes bolsillos de su vestido; después llevó por sí mismo los seis sacos á la tartana, y dijo á la Anguila:

—Abre, que yo voy á mi casa.

La Anguila obedeció.

Ronquillo se puso al morro de la mula delantera, sacó la tartana, y por la ronda interior la llevó á su casa.

La Bizca, que estaba atenta, recibió el dinero, lo metió dentro de la taberna, y el Ronquillo llevó la tartana al mesón del Tartamudo, que estaba en un extremo de la calle de Guadalquivir, hacia el interior de Sevilla.

Poco después, Ronquillo se acostaba tranquilamente en su casa.

La tartana quedaba bajo un sotechado del mesón.

En un cuarto de él ocupaban su lugar los colchones que habían servido de lecho dentro de la tartana: las mulas comían vorazmente su pienso.

Los cinco bandidos y la Anguila, se reparaban tranquilamente su parte de presa.

El conde de Puertocerrado dormía entre la soledad y el silencio de su casa el sueño de la eternidad, y su hija permanecía aún dominada por un desmayo.

A la noche siguiente, apenas había obscurecido, el marqués de Rodovilla montó en un magnífico overo, y con una escolta de seis criados

bravos como lobos, tomó el camino de Santiponce adelante y se detuvo á un cuarto de legua de la ciudad, en el cruzamiento de un camino vecinal, junto á una cruz, y dijo á sus criados:

—Alejad un tanto, y aunque veáis lo que veáis, no vengáis hasta que yo os diga: ¡ahora sí que va de veras!

Los criados obedecieron.

Apenas se había apartado, cuando de unos árboles inmediatos al lugar donde se encontraba el marqués, adelantó una sombra de muy mal cariz, de muy mal andar: una mala sombra, en una palabra.

Aquella sombra tenía cuerpo; este cuerpo era el de la Anguila, que llegando adonde el marqués estaba, le dijo:

—¿Traes las frescitas onzas, marquesil'o?

—Aquí están en este saco—dijo el marqués echando mano á unas bolsas de cuero que iban en su caballo, y entregando un talego á la bruja.

Esta silbó, y sin saberse de dónde, apareció una sombra pequeñuela, que era también cuerpo, y el cuerpo de un pillastre.

—Toma eso, Cerezuelo—dijo la bruja entregando la bolsa al muchacho.

Este, que no era sordo ni cojo, la cogió inmediatamente y desapareció.

—¿Sabes tú adónde tienes que llevar á la niña?—dijo la Anguila al marqués—: pues has de saber, que es á la calle de la Cabeza del rey don Pedro, á un casuquito muy chiquitín, que está entre dos casas muy altas, frente por frente de la posada del Valeroso: cuando tú vayas ya estaré yo allí muy bien puesta, muy decente, de manera que la niña no se espante; «jonjábala» tú bien, y que no tengamos historias.

—Pero ¿quieres decirme cómo te has apoderado de la hija del conde?

—¡Vaya! ¿con que no sabes tú lo que ha pasado en Sevilla, en la casa del conde de Puertocerrado?

—Hombre, no, porque me devoraba la impaciencia y me he estado cazando todo el día, desde el amanecer, y no he vuelto á Sevilla, sino á boca de noche, para montar á caballo y venirme aquí. Pero ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha de haber sucedido? nada—contestó la Anguila—: que la Giralda tiene muy buena salud, y que por los que se han muerto hoy han doblado en la parroquia, si han tenido dinero para pagar el campaneo: lo de todos los días, marqués; lo que es yo me he chupado á la muchacha, me la he traído por mis artes mágicas, en fin, ella te contará... Con que adiós; voy á decir á esos dos que adelanten. En cuanto tú los veas, te echas encima, hablas muy gordo, sueltas dos tiros al aire, y san se acabó; los muchachos te dejarán á la señorita en el suelo, la recoges, ella cree que la has salvado, y andando. Ea, hasta la

vista, que será esta noche, porque esos dos no tardarán en llegar cinco minutos.

Y la bruja desapareció y se alejó.

El marqués montó á caballo, preparó sus pistolas y avanzó hacia el camino.

Sus criados quedaron á alguna distancia entre los árboles: poco después se oyó por la parte de Sevilla el galope de dos caballos.

El marqués salió en medio de la carretera, y al llegar á cierta distancia de los jinetes, exclamó:

—¡Alto ahí! ¿qué bulto es ese que lleváis con vosotros? Esa es una mujer robada.

—Señor mío—dijo con un ceceo espantoso, con un ceceo de gitano uno de los jinetes—, á usted no le importa tres pitos que este bulto sea una mujer, un hombre, ó lo que le diere la gana; lo que usted tiene que hacer es quitarse de en medio si no quiere usted pasarlo mal.

El marqués, sin encomendarse á Dios ni al diablo, hizo fuego, pero tan distraído, tan dominado por la situación, que la bala de su pistoletazo le pasó á uno de los dos ladrones que estaba convenido en la farsa, muy cerca de la oreja izquierda.

—¡Eh! que eso no es lo tratado—exclamó—: y si tiramos de esta manera, nosotros tiraremos del mismo modo y veremos á ver lo que sucede.

El marqués disparó otro pistoletazo, pero teniendo cuidado en apartar la puntería de tal manera, que la bala pasó á diez pasos de los bandidos.

—Chico, déjala ahí, que nosotros no tenemos necesidad de comprometernos: y nosotros, ¿para qué la queríamos?

El que llevaba á la hija del conde, la dejó caer del arzón al suelo, é inmediatamente volvieron grupas los dos bandidos y se alejaron á escape hacia Sevilla.

El marqués arrimó las espuelas á su caballo, no con intención de seguirlos, pero le detuvo una voz doliente que exclamó:

—¡Por Dios, caballero, no me deje usted abandonada!

La voz salía del corazón.

La producía el terror.

La hija del conde no estaba en la farsa.

Veamos lo que había acontecido.

La Anguila no se había dejado ver de la joven, que, como sabemos, había quedado desmayada en el cuartucho, sobre un mezuquino lecho, en la casa maldita.

La otra joven de aparejo redondo que allí había quedado cuidando de ella, la hizo volver en sí, la consoló, la dió esperanza de que aquello terminaría pronto, y la hizo tomar algun alimento.

La hija del conde durmió muy poco aquella noche.

Por la mañana la rindió el sueño, y despertó de día, muy tarde.

Entonces encontró que la habían llevado las ropas.

La joven que la asistía, la vistió, la dió de almorzar, la entretuvo con una amable conversación á su manera, y así pasó el día entre la ansiedad de la hija del conde y los esfuerzos que la joven, que con ella habían dejado, hacía por tranquilizarla.

Por la noche, al oscurecer, se presentó un hombre muy mal encarado en el aposento, y dijo á la hija del conde:

—Es menester que usted, señorita, se prepare á seguirnos: su padre de usted es muy rico, y necesitamos que nos pague por su rescate una gran cantidad; con que así, toda resistencia es inútil; vamos á llevarla á usted en un caballo, y si al salir de Sevilla hace un solo movimiento que á mi me parezca que va á ser para pedir socorro, la meto á usted este pedazo de hierro en el cuerpo.

Y sacó un puñal de media vara que llevaba sujeto á su cintura, á la espalda.

La hija del conde protestó que no gritaría, suplicó que no la mataran ni la maltratasen, y afirmó que su padre daría por ella todo lo que le pidiesen.

El ladrón la tranquilizó, la aseguró que ningún daño se la haría, y que la respetaría como una cosa sagrada.

Y sacándola del aposento al patio, montó á caballo con otro, la tomó sobre el arzón, y salieron de la casa: en esta disposición, tomaron por la puerta de San Juan, siguieron á la orilla del río y ganaron el camino de Santiponce, por el que siguieron, y donde el marqués apareció de repente y acometió á los que le vaban á la joven.

El marqués volvió á los gritos que la hija del conde lanzaba desesperada, echó pie á tierra, y la miró ansioso á la luz de la luna.

Era hermosísima, tenía los cabellos rubios, los ojos negros; era blanca, blanquísima, y su palidez á la luz de la luna aumentaba aquella blancura hasta hacerla fantástica, divina.

Estaba vestida con un traje oscuro, con un pañolón negro; y estas prendas, que no se habían hecho para ella, adquirían sobre ella cierta elegancia.

Sus hermosos cabellos estaban desordenados, pero con ese desorden que aventaja al peinado más cuidadoso.

—Yo conozco á usted—exclamó la joven en el momento que el marqués la habló.

—Y yo á usted también—dijo el marqués como recordando—. ¿Dónde la he oído hablar á usted? ¿Es usted hija de mi amigo el conde de Puertocerrado?

—Sí, soy Juanita.

—¡Ah, Juanita de mi alma y qué casualidad tan afortunada! Yo la había pedido á usted en casamiento á su padre, y el señor conde se ha negado tenazmente á ello. Ahora no podrá negarse, porque... en fin, he salvado á usted, y la tendré hasta que pase algún tiempo, en mi poder.

—¡Oh, Dios mío, qué feliz soy!—exclamó Juanita—: yo también amaba á usted. ¿Y qué hacemos?

—¿Qué hemos de hacer, luz de mis ojos? volvernos á Sevilla; pero ir ahora mismo á casa de su padre de usted, no es prudente: será necesario valerse de un medio indirecto para apaciguar su furor, porque ¿quién quita que su padre de usted crea que yo la he robado? No ha habido testigos de este lance, y nadie puede decir que yo la he salvado á usted de dos ladrones, porque ladrones debían ser, ¿no es esto?

—Sí, señor, sí, señor, yo no sé cómo ha sucedido esto: anoche dormía yo tranquilamente y de improviso me desperté, abrí los ojos y vi unos hombres horribles; me desmayé: después, cuando volví en mí, me encontré en un negro aposento, en una casa humilde, y al lado de una joven simpática: una joven de baja condición, pero muy amable. Nada pude lograr que me dijera, sino que me habían llevado allí, no sabía quién, ni para qué, y que la habían mandado que cuidase de mí. He pasado el día en una ansiedad mortal. Por la noche, uno de esos hombres á quienes usted ha ahuyentado entró en mi cuarto y me dijo que era necesario que les siguiese, que pedirían á mi padre les diese por mí una gran cantidad, y que si gritaba me matarían. Yo callé, dejé hacer, me puse en un caballo un hombre, montó, me asió por la cintura, salimos de la casa, luego de Sevilla, tomaron un camino y siguieron muy de prisa, hasta que usted apareció y me salvó.

—Pues bien, no nos detengamos, Juanita de mi alma: yo venía de mi cortijo de la Sal que está á media legua de aquí.

Era verdad que el marqués tenía á media legua del punto en que se encontraba con Juanita, en el camino de Santiponce, un cortijo que se llamaba de la Sal.

El conde no avisó á sus criados, los dejó allí, montó á caballo, dió el estribo á Juanita, la que montó como pudo: al fin la colocó sobre el arzón y partió para Sevilla, á la que llegaron á las nueve de la noche.

Nada tenía de extraño ver entrar á un jinete con una mujer y atravesar las calles, porque esto era muy frecuente en Andalucía, y aún lo es ahora.

Cuando menos se pensaba se oía el trote poderoso de un caballo, y se veía á un buen mozo que llevaba á la grupa á una buena moza,

y que iba lleno de orgullo, despertando la envidia á los transeuntes, por las calles de Sevilla.

Así es que, como esto era una costumbre entre los andaluces, nadie lo extrañó.

El marqués atravesó una gran parte de Sevilla, llegó á la calle de la Cabeza del Rey don Pedro y preguntó cuál era la posada del Valeroso; le dijeron cuál era, y llegado que hubo á la puerta del mesón, vió al frente una casa pequeña de un solo piso, entre dos casas más altas.

Aquella era, pues, la casa que le habían indicado.

Llamó á la puerta, que se abrió al momento. Entró con caballo y todo, sin echar pie á tierra, el marqués.

Se cerró la puerta.

La Anguila ayudó á bajar á Juanita.

La hizo atravesar algunas habitaciones, hasta llegar á otra cuya ventana correspondía á un corral medio jardín.

La Anguila se había transformado.

Estaba peinada, se había compuesto, y hasta parecía menos vieja; había dominado la hosca expresión de su semblante; parecía, en fin, una mujer vulgar de la clase ínfima, estropeada por el trabajo y árida por el descuido; pero había desaparecido de ella todo lo repugnante, lo asqueroso; en fin, podía pasar.

Era como una de nuestras lavanderas, curtidas por el sol y por el aire, y nada más.

El marqués estuvo gran parte de la noche al lado de Juanita, la tranquilizó, la dijo que vería á su padre, y que al fin se lo revelarían todo.

Pero apenas llegó el marqués á su casa, cuando le dieron la noticia de la que estaba llena Sevilla.

El conde de Puertocerrado había sido asesinado la noche anterior.

Le habían robado cuanto dinero y cuantas alhajas tenía en su casa, y le habían quitado á su hija.

Se le heló el corazón al marqués.

Aquellas eran las hechicerías de que se había valido la Anguila; es decir, que en vez de medios sobrenaturales, en vez de conjuros y de milagros para atraer á doña Juana, se había valido del crimen por medio de bandidos, y había sobrevenido una gran catástrofe.

El marqués de Rodovilla, que era muy egoísta, no tuvo valor para presentarse al Asistente, revelar le la situación, excusar á doña Juana, casarse con ella y perseguir á los asesinos de su padre.

Verdad es que hasta cierto punto él estaba comprometido, porque había sido él el instigador de aquel crimen; pero era muy difícil que le probaran que había tenido parte en él, y se propuso dejar seguir á las cosas su curso natural.

No tuvo, sin embargo, ni la grandeza ni el valor de respetar á Juanita y dejar que saliese

naturalmente de aquella situación horrible, lo cual hubiera sido fácil, avisando por medio de un anónimo al Asistente.

Ni esto se ocurrió al marqués de Rodovilla, ni hubiera sido prudente, porque presa la Anguila «in fraganti», apoderada de la hija del conde de Puertocerrado, una declaración de aquella infame podía comprometer al marqués.

Otro hombre, un hombre de honor, ya que no se hubiera atrevido á provocar la situación difícil en que él se había colocado, no hubiera vuelto á ver á Juanita ó la hubiera respetado, puesto que sin peligro no podía hacerla su esposa.

El marqués volvió al día siguiente por la noche á casa de Anguila, engañó á doña Juana, no la dijo nada de lo que había acontecido, la sedujo, y al fin la hizo suya.

Pero no paró aquí la infamia del marqués, sino que temeroso de que le sorprendiesen entrando en aquella casa, harto peligrosa, y se viese comprometido, abandonó á Juanita.

La pobre niña supo al fin, porque no podía menos de saberlo, que su padre había sido asesinado, y atribuyó el asesinato de su padre al interés del marqués por ella.

Un extraño remordimiento acometió á la infeliz; para ella, el amor del marqués había causado la muerte de su padre.

Ella había alentado, aunque á obscuras como sabemos, los amores del marqués, hablándole cariñosamente, dejándole conocer que era amado.

Por consecuencia de esto, se creyó culpable de la muerte de su padre.

Pero doña Juana estaba encinta.

La Anguila, inquieta porque la habían dejado aquel mochuelo, no sabía que hacerse.

En su casa no entraba nadie.

¿Qué hacer con aquella joven? ¿Matarla? Este era un crimen más, un crimen inútil, un crimen sin provecho, y los infames no incurren en el crimen sino cuando les excita un interés grande.

—¡Si se enamora de alguien!—decía la Anguila—: pero ¿cómo se ha de enamorar de nadie, si nadie entra aquí? ¿ni cómo dejar entrar aquí á nadie para que ella revele la situación en que se encuentra, y nos veamos por ella liados en un mal lance?

La Anguila, pues, esperó á que Juanita saliese de su situación, para ver después el partido que debía tomar.

En efecto, llegó el momento.

Juanita dió á luz una hermosa niña.

La Anguila era infame hasta donde podía serlo una criatura.

Desconocía á Dios, y solo adoraba á Satanás.

Ahora bien: ¿había hecho pacto con el demonio de matar cuantos niños pudiera haber

á las manos, para poder alcanzar el amor y complacer á su amante Satanás?

Así es que en cuanto tuvo en sus brazos la pequeña criatura, se salió á la calle, con intención de ahogarla en un rincón de la obscura calle de la Cabeza del Rey don Pedro.

Entonces fué cuando yo pasé con mi lego, de vuelta de auxiliar á un moribundo, y pude salvar la pequeña criatura.

De las actuaciones del proceso, vino á sacarse en claro todo lo que he referido en la antecedente relación, y que consigno en este cuaderno para el día en que tenga que revelar á Pepita la historia de sus padres.

La ley intervino, y la hija del conde fué arrancada de su penosa situación, trasladada á su casa, y puesta en posesión del título y de los estados de su padre.

La opinión pública la salvó.  
Ella era inocente.

En cuanto al marqués de Rodovilla, no pudo hacerse nada contra él, porque asustado por la prisión de Anguila, se había ido á Portugal.

Se le siguió el proceso en rebeldía, y resultó que nada podía hacerse contra él por el asesinato y el robo del conde de Puertocerrado, puesto que se demostró hasta la saciedad que la intención no había sido sino la de que una bruja maldita y hechicera le procurase la posesión de la joven Juana, con el objeto de obligar á su padre á que la casase con él.

La Inquisición fué la única que terció en el proceso del marqués, atendiendo á que el marqués había tenido tratos y contratos ilícitos y heréticos con una bruja maldita de Dios.

El Santo Oficio logró, porque lo alcanzaba todo, la extradición del marqués de Rodovilla; le trajo á Sevilla, le encerró en sus cárceles, y abrió de nuevo su proceso, del cual salió el marqués completamente libre de todos los errores y de todos los crímenes en que había podido incurrir contra la religión y dando para obras pías una enorme cantidad; después de lo cual, con apercibimiento del Santo Oficio, retratación solemne y abjuración de sus errores, fué puesto en libertad, sin que en nada perjudicase á su buena y limpia fama de buen cristiano el proceso, puesto que se tomó aquello como por una tentación de Satanás, á la que, harto débil el marqués, había sucumbido, pero sin perder su fe y sus creencias en Dios y en los misterios de nuestra santa religión.

Tratóse del casamiento del marqués con la condesa de Puertocerrado, pero me encontré con que doña Juana se negaba absolutamente á casarse con un hombre que no había tenido valor para sacarla del poder de aquellos infames, y que había expuesto á morir á su hija.

Además de esto, doña Juana estaba devorada por el remordimiento, y me manifestó, con toda la firmeza de que era capaz, que quería ir al

desierto para hacer penitencia por toda su vida en expiación de la culpa que creía tener en la muerte de su padre.

Se trataba de la salvación de un alma, y esto era gravísimo.

Consulté con mi prelado, con el ilustrísimo y reverendísimo arzobispo, con el tribunal de la Santa Inquisición, y todos encontraron muy justo y muy conveniente el medio que había adoptado doña Juana, llena sin duda de la gracia del Señor, para redimir su culpa.

Doña Juana, pues, partió conmigo y con algunos criados hacia la Sierra.

Allí se la construyó una ermita, y concluida que fué ésta, se la dejó sola, entregada á su destino y á la misericordia de Dios, y respetando su voto de que ningún conocimiento suyo la visitase, de que nadie la conociese, de que nadie velase por ella.

Se quedó atendida á la voluntad de Dios.

Había hecho dejación de sus bienes, de su título, á un primo hermano suyo, condicionalmente, hasta que una circunstancia que dependía de la voluntad de Dios, hiciese variar estas, porque podría sobrevenir muy bien su casamiento con el conde y la legitimación de su hija.

Esto lo hizo doña Juana, impelida por mí, que miraba al porvenir.

En cuanto á su hija, á Pepita, me fué confiada con el nombre de tutor, de padre.

Ella no sabe quienes son sus padres.

Se cree de buena fe hija de un peletero honrado.

El se llama Silvestre Ardilla, y tiene la tienda en la calle del Hombre de Piedra, y su mujer se llama Marisaco.

Esta tuvo alguna historia antes de casarse; pero yo, que afortunadamente la confesé en una ocasión, la enderecé por el buen camino, y la he transformado de tal manera, que ahora es una excelente mujer.

Pepita ha sido educada por mí como conviene á una joven que con el tiempo puede ser elevada á otra situación muy diferente de la en que ahora se encuentra.

Es piadosa, honrada, honesta, y sobre todo, hermosa.

Mucho será que no nos dé algún disgusto, pues que ha salido de corazón demasiado ardiente y propenso al amor.

Sin embargo, no nos descuidaremos, y ahuyentaremos á Satanás como hasta ahora, con el auxilio de Dios.

Esto es cuanto puede decirse acerca de Pepita; y si yo muero antes de que pueda revelarla su origen, en esta relación queda escrito todo lo que á Pepita concierne.

«Laus Deo».

## XXII

Quedóse perplejo el marqués de Vadoclaro cuando hubo acabado de leer las Memorias del padre don fray Zoilo de Manosmuertas, y después de algún tiempo en que estuvo con la cabeza inclinada y apoyada entre las manos, exclamó:

—¿Conque es decir que cuando me enamoro de una mujer y me saca del corazón la espina que en él me había metido Dolores, me encuentro con que esta mujer es su hermana, y con que todavía tengo que pelear con mi excelente tío el señor marqués de Rodovilla, que según lo que se desprende del relato, no le ha despedido la Inquisición, yo no sé por qué? Porque, como todos los tribunales, en un-  
tándoles la mano, todo va bien. Si me oye el padre Zoilo, me va á meter en chirona por esto que acabo de decir de la Inquisición. Cepos quedos. ¡Vaya un disgusto que voy á dar á mi excelente tío! va á ser mucho mayor que aquel en que se metió por un gato de Angola. Me alegro. Ahora nos veremos, señor marqués de Rodovilla. Lo primero que voy á hacer es sacar de su destierro á aquella mujer, si no ha muerto, y el premio será para mí, porque Pepita será mi mujer, la aclararé todo el misterio, y la haré toda una marquesa; y luego le digo al marqués de Rodovilla, que todo lo ha perdido por egoísta, que se case con la penitente, que legitime á Pepita y que la haga marquesa; que esto es lo que nos conviene. ¡Pero, señor, si eso no puede ser! ¡si la marquesa es Dolores! yo tengo la cabeza á pájaros; ¡si estoy furioso por haber leído las Memorias de ese fraile! ¡Válgame Dios, y qué cosas guardan esos frailes en el buche! Como lo tienen tan grande...  
En fin, bueno.

Y echó mano á la empuñadura de su espada.

—Lo que haya que resolver á palos y á estocadas y á tajos, lo resuelvo yo; y lo que es al marqués de Rodovilla ya le ha caído la fortuna. Que haga que Dolores se meta á monja: ya que no me caso con ella, que no se case con nadie, y gracias que se la dejó á Jesucristo, porque es mucha persona y yo no me puedo meter con él. Pero siendo monja Dolores, ésta no puede ser marquesa, porque hará voto de castidad, de humildad y de pobreza, y de yo no sé cuantas cosas, ni puede ser grande de España, ni tener rentas, de manera que el marquesado de Rodovilla pasará á Pepita cuando mi tío se case con su madre, si es que no ha muerto ya, y me parece que no se ha de haber muerto; y antes de morir se tiene que casarse con el marqués de Rodovilla, porque el marqués la hizo una picardía, y Dios no puede permitir que las picardías se queden sin castigo. ¡Pues mire usted á mi tío que le gustan las buenas mozas, tener que casarse con una caña vieja! Se le van á llevar los demonios. Bueno, bien empleado le está. Yo te lo con-

taré, marqués. ¡Pero ese fraile que no despierta!... ¡Qué, si en echándose á dormir un justo de estos, no despierta nunca! Yo no me atrevo á despertarle, porque necesito tenerle muy de mi parte, y no sé como lo podrá tomar. ¡Si te pudiera despertar de una manera indirecta no entrando en su habitación, pero sí haciendo sonar las espuelas!... si no ahora, luego, quizá dentro de dos horas, ya despertará.

Y el marqués de Vadoclaro, no solamente hizo sonar sus espuelas, sino que arrastró su espada, produciendo un estrépito infernal, que no parecía sino que un escuadrón de dragones se había apoderado de la tranquila celda de don fray Zoilo de Manosmuertas.

Dormía éste gratisamente.

Pero, ¿qué sueño hay que resista al inmediato y continuo paseo de un coronel de dragones, que no contento con el ruido de sus espuelas, arrastra su espada y pisa fuerte y tiene un volumen tal como el que tenía el marqués de Vadoclaro?

Don fray Zoilo dormía de una manera tan dulce, que ni aún soñaba.

¿Y en qué había de soñar aquel bendito varón, que era tan feliz como puede serlo quien tiene todos sus deseos satisfechos?

Pero dentro de aquel tranquilísimo sueño penetró el ruido que movía el marqués, y don fray Zoilo despertó y se incorporó; vió que no le pedía el cuerpo más sueño, y dijo para sí:

—Vamos, ya he dormido bastante.

Notó luego que la luz que penetraba en la celda era mucho más blanda que cuando se acostó, como que empezaba á descender la tarde, como que el marqués se había llevado tres horas largas leyendo la relación de don fray Zoilo.

—Pues creo que he dormido demasiado—dijo.

Y tiró de un cordón de campanilla que pendía junto á la cabecera de su cama.

Inmediatamente se le presentó el lego.

—Hermano Pascual—dijo don fray Zoilo—, écheme ese hábito: ¿qué hora es?

—Las siete—contestó el lego echando el hábito por la cabeza á su padre.

—Ya decía yo que había dormido demasiado; ¡y cómo estarán mis hijas de Santa Clara, que me esperaban á las seis! No siento yo sino que crean que me he puesto enfermo y se hayan asustado, porque las pobrecillas me quieren mucho; vamos, vamos, suba, hermano, algo para que merendemos el señor marqués y yo.

—¿Y qué he de subir, nuestro padre?

—Almíbar con bollos y agua muy fresca.

—¿Y de qué almíbar?

—De acerola: de aquella de Santa Clara, de la de la madre Mínima, que es exquisita.

—Muy bien, padre nuestro.

Y el lego abrió las cortinas para que saliera don fray Zoilo, y éste salió, y tras él el lego, que abandonó la celda.

—Muy buenas tardes nos dé Dios, señor marqués—dijo don fray Zoilo.

—Muy buenas tardes, padre—contestó el marqués—: parece que se ha dormido bien, ¿no es verdad?

—¡Oh! perfectamente, pero en demasía: ya se ve, como mi lego no sabía que yo me había acostado, no me ha llamado á tiempo; yo nunca duermo más que una hora. ¿Y ha leído usted ya mi relación?

—Sí, señor, padre, sí; y ahora más que nunca me obstino en casarme con mi prima Pepa.

—¿Con su prima de usted?—exclamó don fray Zoilo con extrañeza.

—Sí, sí, señor, con mi prima; con mi prima, puesto que yo soy sobrino del marqués de Rodovilla.

—En efecto, me había trascordado—dijo don fray Zoilo—: el sueño... no conviene dormir tanto, se embotan los sentidos. ¿Y renuncia usted, señor marqués, á su proyecto de casarse con su otra prima doña Dolores?

—De todo punto, porque si antes pretendía casarme con ella, era por empeño, por lo mismo que mi tío el marqués de Rodovilla no quería que yo me casase con ella; pero ese empeño continúa, porque no habiendo querido el marqués que yo me case con Dolores, tampoco querrá que me case con Pepa.

—Hoy por hoy, nada tiene que ver el marqués con Pepita, porque no la ha reconocido.

—Pues yo le haré que la reconozca—dijo el marqués—, porque me iré á buscar á la condesa de Puertocerrado, y la convenceré de que no tiene perdón de Dios desheredando á su hija, que si alguna culpa tuvo en la muerte de su padre, que yo no la veo, quince años de penitencia son bastantes para que el Señor la haya perdonado; en fin, me iré luego con la condesa de la mano á presentarme á mi señor tío y á obligarle á que se case con la madre de mi novia. Y digo mi novia, porque la Pepita está enamorada de mí como una loca; eso no lo puede usted dudar, padre, porque lo digo yo, y cuando yo digo una cosa, no hay que darle vueltas, porque yo no me equivoco, la Pepita me adora, la he parecido bien, he simpatizado con ella: ¿y qué digo simpatizado? la he flechado; estoy seguro de que la pobre chiquilla no vive ni respira acordándose de mí, y que está echando á suspiros el alma por la boca.

Y el coronel suspiró de una manera ruidosa.

—Vamos, vamos, señor marqués—dijo don fray Zoilo, viendo llegar á Pascual con una bandeja cargada con lo que le había pedido: echemos un poco de almibar y un buen trago de agua fría sobre todo ese amor.

—Todo lo que sea ahora comer, me hace bien—dijo el coronel—, porque la verdad es que con el pasado chocolate y las bizcotelas, no hice otra cosa que entretener el hambre.

—Pues merendemos—dijo don Zoilo.

El lego había puesto á cada extremo de la mesa una gran servilleta muy blanca, y sobre cada una de ellas un plato muy grande y muy

hondo de cristal, lleno de almibar de acerola, una jarra muy limpia con agua muy fresca, un gran bollo de leche, una enorme cuchara de plata, y un cuchillo con pesado puño del mismo metal.

—No es muy buen alimento este para un hambriento—dijo el coronel para sí—; pero, en fin, cuando se tiene buen hambre, no hay que pensar en si el alimento es ó no es de sustancia.

Y se sentó y embistió con el almibar.

Don fray Zoilo hizo otro tanto.

Por el momento, no se oyó más que el ruido de las mandíbulas.

Al fin, haciendo un alto don fray Zoilo, y después de haberse tirado de un solo trago la mitad del agua que contenía la jarra que tenía junto á sí, y de haberse limpiado reposadamente la boca, dijo:

—Ahora bien, señor marqués, si hubiese muerto doña Juana, ó aunque no hubiese muerto, si no quisiese casarse con el marqués de Rodovilla, ó aunque ella no quisiese, si con ella quería casarse el marqués, si Pepita no tuviese apellidado ni constase más que como hija de padres desconocidos, ¿se casaría usted con ella?

—Sí señor, aunque me la diesen en pelo.

—Poco á poco, señor marqués, que no está tan en pelo la Pepita; que dos millones tengo yo para ella, que me los dió su madre, puestos con gran seguridad á ganancia en una casa de comercio muy honrada de Sevilla, y á estos dos millones hay que añadir las ganancias que se han acumulado en catorce años, que son otros dos millones; porque en criar á la Pepita y en obtener que el bueno de Silvestre Ardilla y su excelente mujer Marisaco, consientan en que pase por su hija, se ha gastado muy poco; conque ya ve usted, que á una mujer que lleva de dote cuatro millones de reales, no puede decirse que se la recibe en pelo.

—¿Y qué se me da á mí de eso—dijo el marqués—, si mi caudal es más de veinticinco millones? ¿Pues qué, no sabe usted que para ser yo coronel de Dragones del Rey, he montado y equipado por una vez el regimiento?

—Sí, sí, ya sé que es usted riquísimo, señor marqués, pero á una mujer que lleva de renta doce mil pesos fuertes, no puede llamársela pobre.

—En fin, don fray Zoilo, ¿usted me la da por mujer?

—Poco á poco, señor marqués—dijo el religioso—, que yo, respecto á Pepita, no puedo hacer lo que quiera; para ello sería necesario saber si existe su madre ó no.

—Pero, ¿usted no lo sabe?

—No señor, no lo sé, porque doña Juana hizo voto de vivir ignorada, y hay que respetar el voto de las criaturas, tanto más cuando es tan piadoso.

—¿Y dónde es el retiro de esa señora?

—En la Sierra, por la parte de Cazalla, á

dos leguas de esa villa, en un vallecito que está al pie del Nido de la Cigüeña.

—Pues bonito lugar ha ido á buscar para retiro la penitente!

—Ningún mejor lugar para probar la fuerza de la virtud, que aquél donde se está más expuesto á las asechanzas y á las tentaciones del demonio.

—Y dígame usted: ¿cuándo iremos á ver á la penitente?

—Dentro de tres días, que se acabará la solemne novena que estamos haciendo en Santa Clara á María Santísima.

—Y dígame usted, don fray Zoilo: ¿no le parece á usted oportuno llevemos con nosotros á la Pepita?

—No me parece de todo punto mal—dijo don fray Zoilo—, porque así podrá suceder que doña Juana se entenezca, y que al ver á su hija consienta en volver al mundo, y en demandar al marqués se case con ella por legitimarla.

—¿Conque es decir que dentro de tres días marchamos á la Sierra en busca de la penitente?

—Si Dios quiere—dijo don fray Zoilo—. Para eso será necesario que la Marisaco acompañe á la Pepita. ¿Y con quién se va á quedar la Tolija? Su hermano es un perdido, y su padre tiene que atender á la tienda.

—Pues que venga Tolita también, que yo aseguro á usted que todos iremos bien guardados.

—No estará de más—dijo don fray Zoilo—, porque anda por ahí un tal Diego Corriente, que trae asustada á la tierra.

—No me hable usted de Diego Corriente, padre—dijo el marqués—, porque me enfurezco: usted no sabe lo que á mí me ha sucedido con Diego Corriente; él tiene la culpa de que yo no esté casado con mi prima Dolores.

—Pero, ¿en qué quedamos, señor marqués?—dijo con grande aplomo el religioso—: ¿con quién quiere usted casarse, con su prima doña Dolores ó con su prima Pepita?

—Tiene usted razón—dijo el marqués—; y si se miran las cosas por este lado, agradecido debo yo estar á ese Diego Corriente, porque si me hubiera casado con Dolores, no me podría casar con Pepita; pero todavía me debe este mozo una cuenta, que cuando se marchó de Utrera se me llevó una moza del cortijo del Almendralejo, que vale un Perú, y que era la mejor del mundo para manceba.

—Usted está en pecado mortal, marqués; usted no teme á Dios, cuando casi casado ya, porque piensa usted seriamente en casarse, piensa usted en mancebas: pecaminoso es esto en un hombre soltero, pero en un hombre casado, es de todo punto abominable.

—Pues entonces son abominables todos los casados que hay en Sevilla, porque no hay uno que no tenga manceba, y son muchos los que tienen más de tres.

—Su alma en su almarío, señor mío, y no porque ellos hagan mal, hemos de imitarles nos-

otros en sus maldades; que el brazo de Dios no se cansa, y tiene castigos para todos.

—Bueno, bien—dijo el marqués—; con tal de que yo me case con Pepita, me importa poco la cortijera; pero vamos al caso: ni usted ni los que nos acompañen tienen nada que temer de ese Diego Corriente, porque yo pediré licencia al capitán general, que es mi amigo, y nos irá escoltando el primer escuadrón de mi regimiento.

—No estará de más, señor marqués, porque los campos, aunque no debiera ser así, están muy mal seguros, y particularmente la Sierra: pero mire usted que ya va obscureciendo y que tengo yo que ir á casa de Silvestre Ardilla, ya que no pueda ir á ver á mis monjas, porque se ha hecho tarde, y no quiero estar de noche fuera del convento más que el tiempo indispensablemente necesario.

—Pues vámonos allá—dijo el coronel—; acompañaré á usted.

—Sea en buen hora: que no hacen mala liga los hábitos con las armas.

—¡Ya lo creo! como que tan uniforme es el de usted como el mío.

—Pero, ¿oiga usted, señor marqués?—añadió el religioso—: antes de llegar á la casa de Silvestre Ardilla tendrá usted que separarse de mí, porque lo que es pensar que usted va á entrar en la casa hasta que se case con la Pepita, mientras sea yo su tutor, es pensar en lo imposible.

—Pues mire usted, don fray Zoilo, quiere decir que como yo tengo mucha hambre, mientras usted habla con la Pepita y sus padres supuestos acerca de mi negocio, yo me meteré en la tienda de un montañés que hay en una esquina de la calle del Hombre de Piedra, comeré algo de sustancia, y luego me esperaré en la puerta del montañés á que usted pase; pero hágame usted el favor de no pasar hasta después de hora y media de haberme dejado, porque yo tengo mucha hambre, quiero comer bien y no de prisa, porque lo que se come de prisa no presta.

—Pues mire usted, señor marqués, yo no saldré de la casa de Silvestre Ardilla hasta que hayamos rezado las ánimas: cuando oiga usted tocar á ánimas, se pone usted en la puerta del montañés, que á poco pasaré yo.

—Pues mire usted, don fray Zoilo, para tener yo más tiempo de comer, porque están dando las oraciones, y las ánimas en el verano se echan encima, yo me voy delante, que ando más deprisa que usted, porque usted está muy gordo, de buen año, Dios le bendiga á usted, y va usted á echar su hora larga en llegar á casa del peletero.

—Me parece bien—dijo don fray Zoilo.

—Pues quede usted con Dios, padre, y hasta luego.

—Hasta luego, señor marqués; vaya usted con Dios.

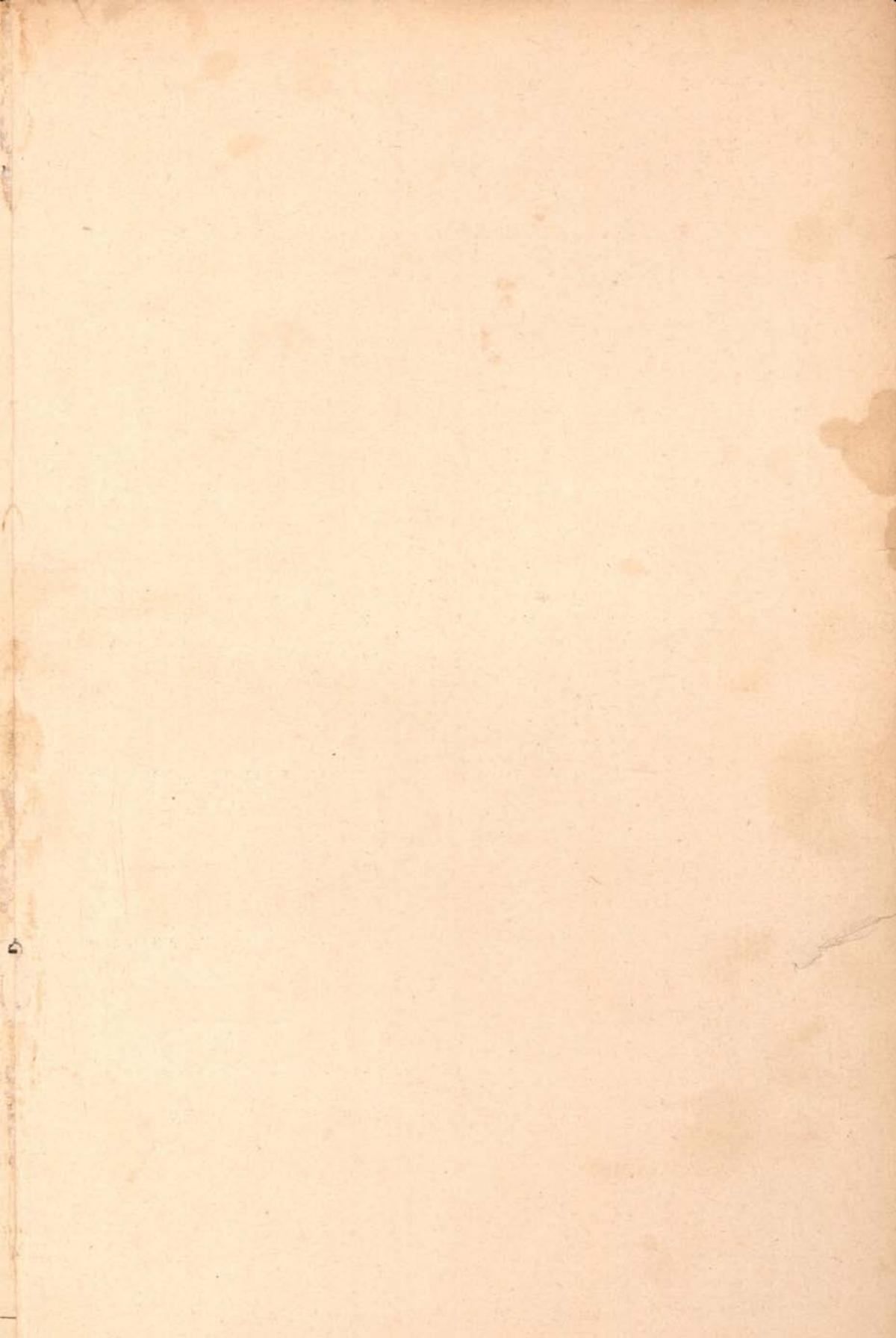
El marqués de Vadoclaro tomó su enorme cas-

co de sobre la mesa, besó la mano á don fray Zoilo, y salió.

Se encasquetó el casco, cogió la espada por la vaina, y en paso rápido atravesó parte del

claustro alto, bajó las escaleras, y cruzó el patio, salió del convento y adelantó á paso por las revueltas calles de Sevilla, la del Hombre de Piedra.

FIN DEL TOMO CUARTO



# NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL

Se ha publicado el quinto tomo, Historia de la República Romana, por Michelet; El Imperio Romano, por Víctor Duruy, é Historia de la Literatura Romana, por A. Pierrón. Numerosísimas ilustraciones. Láminas y mapas en color. La Historia más moderna y más completa del mundo. CINCO pesetas tomo en rústica y SEIS pesetas encuadernada en tela.

Mesonero Romanos, 42.--MADRID

## MAGNIFICAS TAPAS

en tela para encuadernar cuatro ó cinco volúmenes de la NOVELA ILUSTRADA. Tapas especiales para encuadernar.

Las novelas de Victor Hugo, en 2 tomos. Las de Tolstoy, en un tomo.—*Los tres Mosqueteros y Veinte años después*, en un tomo.—*El Visconde de Bragelonne*, en un tomo.—*El Conde de Montecristo*, en un tomo.—*Asiento y Las Dos Dianas*, en un tomo.—*El paje del Duque de Saboya*, *El Horóscopo*, y *la Reina Margarita*, en un tomo.—*La Dama de Monsoreu* y *los Cuarenta y cinco*, en un tomo.—*Rocambol*, en ocho tomos.—*Memorias de un Médico* en un tomo.—*El Collar de la Reina*, en un tomo.—*El Tribunal de la Sangre*, en dos tomos.—*El Siglo de las tinieblas*, en dos tomos.

## UNA PESETA

Forman un hermoso tomo de lujo, encuadernado á la inglesa.

Pedidos: Mesonero Romanos, 42, y á los corresponsales en provincias de la NOVELA ILUSTRADA.

## Novísima Geografía Universal

POR Onésimo y Eliseo Reclús.

Traducción y prólogo de V. Blasco Ibáñez.

Seis volúmenes en 4.º, compacta lectura, más de 1.000 grabados de Doré, Reinault, Vierge, etc. Numerosos mapas en colores.

4 pesetas el tomo.

Elegantemente encuadernado en tela, cinco pesetas.

LA OBRA MAS BARATA DEL MUNDO

Editorial Española Americana.

Mesonero Romanos, 42, Madrid.

## Grabador en metales.

FUENTES, 7.

## Los Muertos Mandan

NOVELA

por

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Tres pesetas en todas las librerías.

## LA CIENCIA PARA TODOS

MANUALES CIENTÍFICOS. LOS MAS PRACTICOS, LOS MAS ECONOMICOS

Historia de Europa.—El Polo Artico y sus misterios.—El mundo de los microbios.—Agricultura científica.—La Vida íntima de los griegos y los romanos.

Numerosos grabados. Encuadernados en pasta. UNA PESETA VOLUMEN.

## Las novelas del detective Sherlock Holmes. por A. Conan Doyle.

Un crimen extraño.—El perro de Baskeville.—La marca de los cuatro triunfos de Sherlock Holmes.—Nuevos triunfos de Sherlock Holmes.—Policía fina.—El Problema final.—La resurrección de Sherlock Holmes. Una peseta volumen.